



LAS
CENIZAS
DEL
ÉXITO

M A X I C A M P O

LAS CENIZAS DEL ÉXITO

LAS CENIZAS DEL ÉXITO

Maxi Campo

© Maxi Campo, 2020

Las cenizas del éxito es una adaptación novelada de *Losers Win*,
guión cinematográfico del mismo autor.

Registro de Propiedad Intelectual Z-41-18

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados.

Dedicado a quién crea que hay otra opción.

PRIMER ACTO

La mano del cadáver asomó de la bolsa.
Nada de qué preocuparse.
De pronto, oyó algo; que se acercaba...
Por primera vez, sintió que todo había terminado.
Por fin.

10 meses antes...

De los cuatro millones y medio de habitantes del área urbana de Madrid puede asegurarse que **Mario** no era precisamente uno de los que estuvieran pasando por su mejor momento. Nadie de su entorno lo hubiera imaginado diez años antes, y mucho menos él, cuando trabajaba con gusto viajando en su camión por toda la geografía española instalando puertas blindadas en oficinas bancarias. Un oficio bien pagado y que parecía no tener fin. En esa época era un hombre honesto y felizmente casado con Mercedes, con la que además acababa de traer al mundo dos preciosos retoños. Hoy no le quedaba casi nada de aquello. Divorciado. Sin trabajo conocido. Y lo que para él era peor: sin perspectivas.

Pasarse a jugar a baloncesto en la cancha del barrio —como había hecho toda su vida— o el tiempo que podía compartir con sus hijos eran ahora dos de las pocas cosas que a Mario le daban la vida. Y ese día tocaba disfrutarlas juntas.

Mario parecía relajado y lleno de vitalidad. La tarde era perfecta y él, vestido de deporte, botaba el balón en una parte de la pista frente a sus dos avispados pequeños, Iván de diez años y Paula de ocho, que correteaban divertidos tras él tratando de robarle la pelota antes de que Mario la tirase fácilmente a canasta. Pero esta vez su tiro no entró y la bola salió despedida. El niño cogió el rebote y, sin pensárselo, se puso a botar en dirección al aro hasta atraer frente a él la presencia de su padre, momento en el cual pasó el balón a su hermana que, tomándose su tiempo, lanzó la pelota y la metió limpia en la cesta.

En ese punto, llegó Mercedes al parque. Caminaba despacio, con el móvil en la mano, y tras mirarles a través de la valla metálica que rodeaba la pista, sonrió ligeramente.

Mario, con semblante alegre, acaba de agarrar el balón tras la canasta y les recordaba a los niños el marcador.

— ¡Empate!

Tras esa exclamación, su mirada se cruzó con la de Mercedes que, esquiva, se encendió un cigarro. No hacía falta confirmar la hora, ella siempre llegaba puntual, caviló él. Las expresiones de ambos se endurecieron un instante de forma automática.

Mario recobró su vigor para iniciar el ataque, botaba el balón concentrado frente a la pegajosa defensa de sus hijos, hasta que se zafó de ellos y tiró a canasta, esta vez también con fallo. Se lamentó con el gesto. «No meto una», pareció pensar.

El balón llegó a la más pequeña.

— Vamos chicos, el que la meta gana —les animó Mario, dando palmas.

Los chiquillos trataron de tirar a canasta pero no lo conseguían, ya que su padre los defendía con más intensidad. Mercedes escribía con el teléfono y no mostraba el más mínimo interés por el desenlace. El ataque se alargaba y Mario quiso teatralizar el momento proyectando su voz en plan épico mientras jugaban.

— Venga, venga. Últimos diez segundos del partido. El balón del triunfo en vuestras manos ¡No hay miedo Paula! ¡Ese desmarque Iván! Diez, nueve, ocho, siete, seis...

Antes de que la cuenta llegara a cero, Iván tiró y metió canasta. Los pequeños lo celebraron a la vez que Mario se arrodillaba ante ellos y les pedía consuelo con sus brazos abiertos. El hijo mayor lo miró feliz, pero decidió ir primero a recoger el balón, que rodaba sin freno hacia afuera

de la pista. Su hija pequeña se abrazó alegre a él.

— ¡Te hemos ganado, papi! —le cantó, pizpireta.

— Sí, sois muy buenos —respondió cariñoso Mario.

En un segundo, Iván se unió al achuchón conjunto.

— ¡Bravo campeón! Lo habéis vuelto a hacer —le dijo orgulloso su padre —. Tenéis que irros —les recordó.

— Adiós, papá...

Los tres se dieron besos y los niños salieron corriendo en dirección a su madre. Iván, que por inercia se había ido botando la pelota, se giró de repente y se dirigió a su padre.

— ¡Eh, papá! El balón...

Mario recogió el pase de su hijo y, con un gesto con la mano, se volvió a despedir de él, intercambiando afecto con la mirada.

Con el esférico en las manos y la vista puesta en ellos, en los ojos de Mario apareció un brillo húmedo. Por un instante en su pensamiento asomó el hecho de que ahora era él, y no Mercedes, el que tenía cosas que esconder. Demonios internos que le impedían aceptar su realidad y que le habían llevado a mentir y a tratar de perpetuar esa falacia. Él, que se tenía por un hombre íntegro, llevaba tiempo transitando sobre un alambre que era cada vez más estrecho.

Antes de que Mercedes y sus dos hijos arrancaran a caminar calle abajo, Mario se reactivó con brío, giró hacia la otra mitad de la cancha y se ofreció a entrar en el partido que un variopinto grupo de seis chavales del barrio estaban jugando.

— ¡Eh! Ya estoy disponible —se mostró Mario.

El más jovial del grupo advirtió su petición y detuvo un instante el juego. Otros jóvenes estaban a un lado de la pista sentados en un banco.

— ¡Eh, eh, eh! Un momento. Entra tío. Vas con los que defendemos. Tú —señalando a uno de los chicos de fuera, que miraba —, con ellos. Seis abajo. Va, va...

Mario pasó su balón a uno de los que no querían competir, y se incorporó a su equipo chocando un par de manos.

— No os fiéis, es perro viejo —advirtió simpático uno de los chicos a los suyos.

Al instante, el partido se reanudó y Mario se afanó en defender duro al adversario que tenía junto a él.

Cuando jugaba, en su cabeza no había lugar a nada más. Por eso necesitaba jugar.

Anna comenzó a probarse ropa frente al espejo de su dormitorio. Tras ducharse, lavarse la cabeza y plancharse el pelo, se disponía a disfrutar del que sin duda era su momento favorito del día. Elegir qué vestuario ponerse. En esta ocasión apostó por un perfil conservador, un pantalón oscuro algo holgado de corte clásico, una blusa blanca y una chaqueta ocre clara. Para los pies, unos zapatos negros de medio tacón. Un poquito de maquillaje aquí y allá, ligero, apenas perceptible y, para rematar, en la muñeca, el sencillo reloj de cuarzo de piel marrón que por su treinta y ocho cumpleaños le regaló su padre. Esa edad era un cifra muy especial para ella. «Diez años hace ya. Y sigue pareciendo nuevo», pensó. Cuando se arreglaba y vestía así, como esa mañana, Anna se miraba en el espejo y sentía que también ella conservaba aún parte del atractivo natural y la elegancia que fue su seña de identidad cuando era más joven. Ahora no era tan coqueta ni presumida como lo fue a los veinte o a los treinta años, pero es que su vida tampoco era tan sencilla.

Su anciano padre, Ramón, vivía con ella en el apartamento. Los problemas de movilidad derivados de la artrosis de rodilla y cadera que desde hace años le mortificaba hacían que la mayor parte de su tiempo necesitara estar acompañado. Y era su hija quien había decidido cuidarlo.

Cuando Anna entró al salón, su progenitor estaba sentado en el sillón individual en dirección a la tele. A su lado, ajustándole la manta a las piernas, estaba Gabriel, el estudiante sudamericano al que Anna recurría cuando el deber le llamaba y tenía que salir a trabajar sin horario fijo de vuelta. Anna caminó resuelta hacia el escritorio junto a la ventana.

— Da gusto verte así, hija —le alabó su padre.

Anna cogió el maletín que tenía preparado sobre la mesa y fue a darle un cariñoso beso.

— Papá, salgo ya. Cualquier cosa que necesites le dices a Gabriel.

— Pórtate bien, mi pequeña... —la miró orgulloso Ramón—. Es mi bebé —aclaró, teatralizando hacia el joven—.

Anna sonrió cómplice al cachondeo de su padre y se dirigió a Gabriel mientras se alejaba en dirección a la puerta.

— He dejado verdura hecha en la cocina para la cena. Y en la nevera tenéis el postre.

Desde el umbral, justo antes de salir, Anna se detuvo para mirar al interior del apartamento y ver cómo su padre proponía a Gabriel acomodarse en el rincón del sofá, junto a su silla.

— Siéntate conmigo, vamos a ver una película.

Al joven le pareció un buen plan y aceptó rápido.

— Si te digo que la dirigió alguien que es tan viejo como yo, ¿qué me dices? —le preguntó provocador el anciano.

— ¿Que igual me aburre un poco? —contestó resignado el chico.

Anna salió de casa con la certeza de que su padre se refería a Clint Eastwood y que la película que iba a poner al imberbe Gabriel era *El sargento de hierro*. Iban a disfrutarla.

Una hora y cuarto después, Anna paseaba elegante con su maletín por la calle Hermanos García Noblejas de Madrid. Había llegado hasta allí en metro, se había bajado en la estación de Alsacia, y caminaba por el barrio en busca de una dirección concreta. Tras localizarla, y desde la acera de enfrente, examinó detalladamente la calle, el edificio, el portal... En esa fase del proceso, en la que extraía *in situ* información útil con la que después trabajar, Anna se tomaba todo el tiempo que la ocasión precisara. Diez minutos más tarde, tras mirar el reloj, cruzó la calle y se acercó a la entrada. Mientras se aproximaba, varios viandantes pasaron al lado. Ya en el portal, junto al portero automático, Anna respiró hondo y soltó el aire con fuerza, abrió y cerró varias

veces la boca activando los músculos de la mandíbula, y fijó la sonrisa en su rostro igual que lo haría una actriz tras el telón antes de salir al escenario.

A continuación, tocó el timbre del 1ºA. Tras una breve espera en silencio, tocó el timbre del 1ºB. En esta ocasión sí hubo respuesta.

— ¿Quién? —preguntó una voz de mujer.

— Hola, buenas tardes. Vendo aspiradores ¿Me deja pasar, por favor? —Anna se mostró amable y directa.

La señora colgó rápido y Anna continuó tocando el timbre de otro piso, el 4ºA. Tras unos segundos se oyó descolgar el telefonillo.

— ¿Sí? —pronunció un hombre.

— Hola, buenas tardes. Vendo aspiradores ¿Me deja pasar, por favor? —Anna repitió la misma fórmula de venta con idéntica intensidad.

Este vecino sí que le abrió la puerta. Anna la empujó enérgica y se lo agradeció.

— Ya. Gracias.

Sosteniendo la puerta y antes de entrar, Anna pulsó el timbre del 3ºB, y también el de otros tres o cuatro pisos más a los que aún no había llamado. Era importante que el mayor número posible de vecinos de la finca escucharan su anodina oferta comercial. Insistir e importunar indiscriminadamente a los residentes la convertía, en el acto, en una odiosa vendedora ambulante más a la que no tardarían en olvidar, y de eso se trataba.

Por un instante, los tonos se solaparon, y el sonido se tornó estridente.

— Diga... —contestaron desde una de las viviendas.

— ¿Qué quiere? —inquirieron desde otra.

— Hola buenas tardes. Vendo aspiradores ¿Me dejan...?

Tan pronto como Anna oyó que, al otro lado, los interfonos colgaban, interrumpió su pregunta y se introdujo en el inmueble.

Al pasar por el rellano, Anna quiso leer los datos de uno de los buzones. Después, llamó al ascensor. Una vez dentro, aprovechó el viaje para estirarse la chaqueta y arreglarse un poco el pelo, cerciorándose en el espejo.

Al llegar a la tercera planta, Anna se situó frente a la puerta de la derecha, y pulsó el timbre. Esperó tranquila. Un instante después, un hombre entreabrió la puerta con la seguridad lateral echada.

— ¿Qué es lo que quiere? —preguntó, con cierto desdén.

— Hola, muy buenas. Vendo aspiradores y quería preguntarle si tal vez usted estuviera interesado en alguno de ellos. ¿Puedo pasar y le explico?

A la vez que hablaba con detenimiento y hacía visible que sostenía un maletín, Anna también escrutaba el interior de la vivienda con un disimulo casi natural. No vio ni escuchó a nadie más dentro. El hombre le contestó serio y convencido.

— No, muchas gracias.

La puerta se cerró en la cara de Anna, que ni se inmutó. Dejó pasar sólo unos segundos y volvió a llamar. La puerta se entreabrió de nuevo, más bruscamente; el tirón de la cerradura de cadena sonó seco y la resonancia tensó el ambiente. El hombre parecía molesto.

— ¿Otra vez? ¡Le he dicho que no! —exclamó enojado.

Anna le replicó con calma y una sonrisa en la cara.

— Usted contactó con nosotros anteanoche. Hablamos brevemente ayer. ¿Recuerda? —le incitó a que hiciera memoria.

El hombre se extrañó, arrugó los ojos y torció el gesto, pensativo.

Ella borró la sonrisa de su cara y asintió vehemente, arqueando las cejas, sugiriendo con la expresión que le dejara pasar. De pronto, él lo recordó y suavizó su tono.

— ¿Ah? Ayer, por teléfono, es verdad. Pase.

La puerta se cerró fugazmente para volverse a abrir del todo. Anna entró decidida en el domicilio.

No eran ni las doce del mediodía en el pub Stop, el bar más veterano del barrio, donde un grupo de vecinos pasaban la mañana. El sitio era la típica cervecería irlandesa de tarde y noche que, con el paso del tiempo, había adquirido tintes castizos y apertura casi ininterrumpida. Desde dentro apenas se vislumbraba luz natural, así que todas las horas del día parecían la misma. Si alguno de los clientes de esa mañana hubiera estado también ahí de copas la noche anterior, la única diferencia que advertiría sería el volumen de la música y su ritmo más calmado, ya que a Rocío, la camarera que desde hace unos meses abría el local todas las mañanas —tan pronto terminaban de limpiarlo—, le gustaba amanecer escuchando blues rock.

Rocío era bastante más joven que Mario y, para ella, él era uno de los clientes habituales más atractivos; algo distante y enigmático también, pero educado, y por lo que ella sabía, disponible, así que no le importaría poder conocerlo más íntimamente. Pensaba en todo eso mientras cogía la cerveza de la cámara frigorífica y la llevaba hasta el rincón de la barra donde Mario, que acababa de llegar un minuto antes, miraba abstraído las imágenes apocalípticas que emitía el canal de noticias de la televisión mientras despachaba los últimos cacahuets sobrantes de la ronda previa. Rocío sabía que a Mario le gustaba servirse él mismo, y le dejó la botella abierta y el vaso sobre la barra.

— Ahora te traigo más... ¿pipas, cacahuets, qué prefieres? —le propuso con ademán sugerente, con los brazos abiertos y apoyando sus dos palmas en la barra.

Mario, que efectivamente estaba ensimismado contemplando el escenario bélico en el que se habían transformado las calles de París —en la última de las protestas contra las políticas de empleo de la Unión Europea organizada en el país vecino—, tardó un poco en reaccionar pero, tan pronto entendió que la pregunta era para él, se volteó y le contestó cortésmente.

— Ah, no, no quiero nada más, gracias.

Él apartó la mirada indiferente y comenzó a verter parte de la cerveza en el vaso. Una vez más, Rocío no encontró la manera de que el distante caballero de la coraza —como ella lo apodaba en sus adentros—, reaccionara ni tímidamente a sus insinuaciones, así que, dando un golpe con sus dedos en el mostrador, se impulsó con sus extremidades superiores para alejarse cabizbaja, contrariada, con la media sonrisa de quién no entiende el por qué.

Mario no era idiota, ni mucho menos un inapetente sexual; había notado el tono meloso de Rocío —de vez en cuando ella le hablaba así—, pero para él era una chica muy joven, y eso inhibía cualquier potencial explosión de su libido. No se iba a dar por aludido ni iba a entrar en el juego del tonteo porque no había ninguna tentación en la que caer, no tenía nada que ofrecerle y, además, no quería líos. Le gustaba el sitio y conocía a sus propietarios. Era cuestión de tiempo y ella, por esa u otra razón, terminaría desistiendo.

Tras echar un primer sorbo del vaso y dar por zanjada su reflexión sobre la camarera, Mario fijó su mirada en un paquete de tabaco que, entre vasos y botellas, alguien había dejado abierto en ese rincón de la barra. Inmediatamente, con la mano, lo apartó de su campo de visión. Esa imagen sí le resultaba provocativa.

A su espalda un grupo de hombres jugaba a los dardos, entre ellos su amigo de infancia Óscar, que le tocó la espalda en el mismo momento en el que él bebía su segundo trago.

— ¡Eh, Mario! Te toca ya.

Mario se giró distraído, dejó la cerveza sobre la barra y cogió los tres dardos que su amigo le traía. Al llegar a la zona de juego se disculpó parco, con un gesto con la mano, ante los otros dos compañeros que apenas conocía. Desde la lejanía, Rocío observó furtivamente como Mario tiraba rápido los dardos. Los tres se clavaron, pero lejos del centro de la diana. Tras recogerlos, Óscar le indicó a Mario con la mano quién era el siguiente, y una vez cedido el testigo, ambos se

aproximaron a la barra, donde echaron mano de sus cervezas.

— ¿Cómo vas, tío? —le preguntó cordial su amigo.

— Bien, bien. Vamos tirando, sin alardes —contestó Mario.

— ¿Sigues con lo de las puertas?

Mario dudó un instante, antes de mentir convencido.

— Sí, sí. Ahí sigo. Antes montando, ahora desmontando. Ya sabes, casi siempre en ruta...

— Bueno, tal y como están las cosas, trabajo que no falte. A ti te va ese rollo itinerante ¿eh?
—Óscar reflejaba en su rostro el cariño de conocer bien a su viejo amigo.

Mario asintió sonriente. Por dentro le dolía el alma. Sabía que ese bar no era el lugar apropiado para charlar a corazón abierto, pero daba igual. Sintió que, aunque fuera en su casa, también sería incapaz de compartir su verdad con un buen amigo. Quiso cambiar rápido de conversación, y la reciente paternidad de Óscar era una buena opción.

— ¿Y tú qué tal? —le preguntó con interés.

— Jodido, jodido. Falto de sueño, tenso. Vanesa ya ha vuelto al trabajo. Todo es nuevo con la pequeña.

— ¡El milagro de la vida! —dijo Mario, exagerando con el gesto como quién ya está de vuelta y sabe de lo que se habla, tratando de animarlo.

Justo cuando Óscar iba a responder, desde la diana le advirtieron que era su turno.

— Sí, no sabes si echarte a reír o llorar. Puta mierda... —lamentó camino hacia los dardos.

Mario vio a Óscar alejarse, y oyó lo que dijo en tono decreciente en volumen y ánimo. Se giró entonces hacia la barra y vació el resto de la botella en el vaso para beber de nuevo un trago largo de cerveza. Mientras se relamía la espuma que había quedado retenida en su labio superior deslizó la mirada con indiferencia hacia la televisión, en la que un presentador de noticias daba paso a la imagen de un teniente de la policía que, en plena calle —un localizador gráfico situaba la escena en Madrid—, se dirigía al nutrido grupo de periodistas que lo rodeaban con micrófonos y cámaras. El texto informativo hacía alusión a una detención múltiple por trata de blancas.

John, a sus veintisiete años, aún no sabía que iba a hacer con su vida. Lo mismo se pasaba el día sin hacer nada que quedaba con una chica distinta cada noche de la semana como se enclaustraba en su apartamento el tiempo que fuera necesario para preparar a conciencia cualquier oportunidad de entrevista o prueba de acceso a algún trabajo que le interesara. De momento, disponía de tiempo libre y de recursos económicos para poder improvisar e ir a salto de mata.

Esa mañana le habían llamado desde un departamento de recursos humanos al que debió de enviar un currículum tiempo atrás y de repente ahí estaba, citado en una sala de espera de no sabía qué empresa multinacional, para hacer una entrevista personal de no sabía bien qué puesto. Se había arreglado algo, pero no tanto en relación al resto de jóvenes candidatos que aguardaban sentados alrededor de la sala. Alguno de ellos llevaban carpetas con documentos. Tenían una apariencia muy formal. Él, sin embargo, había ido a pecho descubierto, sin más herramientas que el idioma y su oratoria. Al llegar, cogió al azar una de las revista de la recepción y con ella estaba tratando de pasar el rato entretenido.

El silencio y quietud de los aspirantes era el habitual en esos casos; casi todos los que accedían a este tipo de procesos de selección sabían que, si al llamarlos eran sorprendidos con el móvil en la mano, o distraídos en alguna conversación, eso suponía menos opciones de conseguir el empleo. Por no pensar en que, durante la espera, alguna cámara oculta les pudieran estar grabando. Así que todos los presentes permanecían sentados y callados, a lo sumo ojeando las hojas de sus méritos.

John, de mente inquieta, no era precisamente paciente. La revista de viajes tampoco era de su interés y la espera se le antojaba ya demasiado larga para las expectativas que tenía. Para distraerse, pensó en examinar uno a uno el rostro de los asistentes cuando un señor con traje de ejecutivo abrió la puerta y con acento inglés —la madre de John era americana y él los distinguía perfectamente —llamó al siguiente.

— Steve Norris, please.

Un apuesto y formal joven rubio que estaba a su lado se levantó y entró en el despacho. John lo siguió con la vista. Al cerrarse la puerta echó un vistazo a su alrededor: al menos quedaban ocho personas más. Una de ellas parecía tomar notas. Sonrió ligeramente al coincidir su mirada con la de una chica morena y sencilla que también esperaba frente a él. Por su aspecto, juraría que era irlandesa. Tendría más o menos su edad, y un lunar justo encima de la comisura de los labios que le resultó muy atractivo.

Con la voz algo impostada, John trató de seducirla.

— Hi honey, let's take a walk on the wild side?

La joven no contestó y cambió la mirada naturalmente como si no fuera con ella. John dio por sentado que a la mujer no le apetecía hacer nada atrevido con él y, también como si nada, se levantó decidido, dejó la revista en la mesita de la esquina y, con un gesto que evidenció querer decir «*tú te lo pierdes*», salió en dirección a la calle.

Imaginó que ella, de reojo, lo estaría viendo marchar, reprimiendo la tentación de irse tras él.

Anna seguía departiendo con el propietario del piso que se había interesado por sus servicios. Llevaba en la vivienda casi una hora, se había tomado un café con leche y había encontrado respuestas satisfactorias a todas las preguntas que tenía planteadas. Durante la conversación, que discurrió con tranquilidad, también hubo momentos para abordar temas personales. Por su forma de trabajar —mezcla de magnetismo natural y experiencia adquirida—, y su saber escuchar, Anna resultaba muy pronto una persona de confianza con la que poder desahogarse.

En esta ocasión tampoco le había costado mucho restablecer el ánimo del hombre, que aún con el semblante serio y la forma de hablar pausada, se mostraba seguro y sereno.

— Lo tengo muy, muy pensado, y también claro. Sí — afirmó él, sentado en un confortable sillón junto al tresillo.

Anna, que metida en faena evitaba siempre la comodidad de los sofás, se había acercado una silla de madera de una esquina del salón y estaba sentada junto a la mesita del centro.

— Pues poco más que añadir entonces. Concrete usted el día.

— El martes. Sólo necesito tres días más. El martes es perfecto.

Anna asintió satisfecha y se giró para señalar y coger las dos llaves que estaban apoyadas junto a las tazas de café.

— Llave de la casa —precisó—. Y llave del portal, ¿verdad?

Inmediatamente después de que él confirmara el dato, Anna se levantó en dirección a la mesa de comedor sobre la que se encontraba el maletín abierto. De él sacó un escáner 3D portátil y, en unas pequeñas pinzas que incorporaba la plataforma giratoria, colocó las dos llaves verticales. Mientras el aparato transmitía la imagen que su haz blanco capturaba al ordenador que llevaba integrado el maletín, Anna aprovechó para seguir preguntando al hombre, que también se había puesto en pie y recogía la vajilla.

— ¿Algún vecino con insomnio?

— No le sabría decir —le contestó titubeante, antes de echar a andar cargado y despacio hacia la cocina.

En el puntual mutismo de la sala, únicamente con el soniquete informático de fondo, Anna escuchó perfectamente el ruido de la cubertería depositada en el fregadero, y esperó a que el cliente regresara para continuar conversando.

— ¿Es un barrio movido? —le inquirió al advertir, con el rabillo del ojo, que rebasaba el umbral de la puerta.

— Lo normal, no sé... —tardó en unos segundos en responder.

Anna permanecía atenta comprobando el progreso de la digitalización cuando reparó en que él se había acercado con curiosidad hasta el mismo punto donde estaba ella.

— ¿Algo más que debemos saber? —dijo, reincorporándose y mirándolo fijamente.

El hombre negó con la cabeza.

Un sonido informático confirmó que el proceso había terminado y Anna verificó que la forma de cada una de las llaves estaba ya bien definida en la pantalla del portátil.

— Sólo nos queda el dinero —requirió Anna.

— Sí, claro —dijo por sentado él.

El hombre salió ahora del cuarto en dirección a su habitación. Anna recogió el escáner y cerró el ordenador. Ordenó el interior de su maleta, en la que distintos útiles y aparatos se repartían de forma óptima el espacio. Cuando terminó, sin llegar a cerrarla, se quedó de pie, esperando alerta, ojeando la estancia. Al rato el hombre regresó con una caja de habanos en sus manos. La dejó sobre la mesa de comedor y la abrió. Estaba llena de billetes perfectamente amontonados. Anna se aproximó y estiró sus manos a la caja.

— Permítame que lo cuente.

El hombre consintió con el gesto. Anna cogió uno de los fajos y comenzó a contar. Después hizo lo propio con el segundo montón. Mostró su conformidad al concluir y colocó el dinero en un falso fondo que el maletín tenía en su tapa superior. Lo cerró, lo cogió por el asa, y dio por finalizado el encuentro tendiéndole la mano.

— Pues nada más Carlos. Un placer conocerle y un placer complacerle. Todo irá perfecto. Carlos dejó de sonreír al oír cerrarse la puerta por la que acababa de salir Anna.

Mario se agachó sobre el motor del utilitario rojo con el capó levantado, afanado en encontrar la supuesta avería del vehículo de Rosa, percance este por el que ella le había llamado y pedido, por favor, que se acercara a ayudarlo. Mario vivía en el otro extremo de Móstoles, pero el polígono industrial Prado Regordoño desde el que ella le avisó estaba tan sólo a 8 minutos en moto en dirección al este y él, a esas horas de la tarde, no tenía nada mejor que hacer. Al llegar a la calle Eduardo Torroja, junto a los solares vacíos siguientes a los de la planta de reciclaje, vio que Rosa y otra mujer le esperaban de pie pegadas al coche que tenía ahí parado. Las dos vestían el mismo uniforme, así que dedujo con lógica que eran compañeras de trabajo. Rosa, con ese atuendo industrial blanco y el pelo recogido, parecía otra mujer. Irreconocible. Si no fuera por su inconfundible sonrisa, a sus ojos pasaría desapercibida. Por fortuna para él, habitualmente la veía de otra guisa. Tan pronto aparcó, dejó el casco en la moto, se acercó hasta el coche, abrió el capó y, directo al grano, les pidió a las dos que se metieran dentro. Enseguida se dio cuenta de que, para trajinar con las manos, le sobraba su chaqueta de cuero, así que entreabrió la puerta del conductor donde acababa de sentarse Rosa y la colgó de la esquina superior.

Desde dentro del coche, mientras escuchaban el ímpetu de Mario manipulando el mecanismo, y lo imaginaban sudoroso y esforzado al otro lado del capó, ambas féminas compartían impresiones. La amiga de Rosa le brindó una sucesión de expresivas muecas gestuales con su rostro para indicarle que el mecánico que en ese momento las socorría le había causado una gratísima impresión, y le estaba provocando sudores tan ardientes que debía de sofocar, por lo pronto, abanicándose con la mano, cosa que Rosa ratificó, con convicción y alegría.

— ¿Qué te había dicho?, ¿eh? —le cuchicheó, abriendo sus ojos como platos.

— ¡Prueba ahora! —oyeron gritar a Mario.

En esa calle no había apenas tráfico, pero la proximidad de la carretera autonómica M-506 hacía que el sonido de la circulación presidiera por momentos el ambiente.

Rosa trató de arrancarlo. No funcionaba. Volvió a probar. Mario maldijo. De repente, pareció que sonaba un teléfono, pero ni Rosa ni su compañera sabían dónde. Mario se había agachado de nuevo y, asomando la mano por un lateral, le instó a que volviera a intentarlo otra vez. Ella volvió a darle a la llave de contacto y el coche esta vez arrancó. Mario se reincorporó y, con el motor funcionando frente a él, inspiró satisfecho y se dispuso a ordenar el asunto y cerrar el capó.

Mientras tanto, Rosa, aunque complacida por haberse ahorrado el dinero del taller, seguía inquieta tratando de localizar el sonido de teléfono. Terminó por reparar en la chaqueta de cuero que colgaba en el lateral de la puerta. Se fijó en el bolsillo, metió ahí la mano y sacó un móvil de los antiguos que todavía daba señal. Miró un instante la pequeña pantalla y leyó que se trataba de un número sin identificar. Rosa se quedó escrutando curiosa el teléfono en su mano, le dio la vuelta y se lo enseñó a su amiga, que lo miró extraña también. Era un Nokia 3310, hacía mucho tiempo que no veían uno así. Y seguía sonando.

Mario acababa de asegurarse de que había cerrado bien el capó y se dirigió hacia la puerta donde estaba Rosa sentada. Al llegar, vio cómo ella tenía la vista fija en el móvil que sonaba en su mano y, sin advertir que él se acercaba, alzó la voz sin apartar la vista de la pantalla.

— ¡Mario, te llaman! —le chilló Rosa.

Al levantar los ojos ella se topó con la figura de Mario, que ya estaba ahí, al otro lado de la ventanilla. Le extendió la mano con el móvil por encima de la puerta y normalizó el volumen de su voz.

— Toma, vamos... —le apremió ella, con el insistente tono de llamada de fondo.

— ¿Qué cojones haces? —exclamó contrariado Mario.

— Nada. Suena. Cógelo —replicó ella con naturalidad.

Cuando Mario agarró el teléfono, este dejó de sonar. No pudo disimular su enfado ante el gesto de incredulidad de Rosa.

— ¡Mierda! ¡Coño!

Mario descolgó de un tirón la chaqueta y, tras ponérsela enérgicamente, recuperó la serenidad. Apoyó su mano en la puerta entreabierta y se dirigió a Rosa.

— Bueno, ya lo tienes arreglado. Creo que era lo que te he dicho.

— A ver si aguanta. Lo llevaré al taller por si acaso —le dijo agradecida.

El teléfono volvió a sonar. Mario reaccionó rápido y se disculpó, advirtiendo a Rosa con una seña que le reclamaban por el móvil. Ella no puso pegas.

— Cuidaros —se despidió apresurado él.

De inmediato les cerró la puerta.

Desde el interior del vehículo, Rosa se dirigió a Mario con ademán divertido y postura marcial.

— ¡A la orden, señor! Y gracias —añadió, vocalizando con semblante cariñoso cuando él la miró.

Acto seguido, y tras sonreír a la mirada cómplice e intencionada que le dedicó su amiga, Rosa puso en movimiento el automóvil y, acelerando rápido, dejó atrás el reflejo de Mario, que en el retrovisor andaba aún titubeante con el móvil en la mano, caminando en dirección a la moto negra que tenía aparcada a unos metros de distancia, en la que un casco colgaba del manillar.

Mario descolgó el teléfono y se lo llevó a su oreja.

— ¿Sí?

Al otro lado de la línea estaba Anna, que vestida con ropa sport y una bolsa de deporte colgada de su hombro, le llamaba desde una de las pocas cabinas de teléfono operativas que quedaban en el castizo barrio madrileño de Hortaleza.

— Hola M —le saludó.

— Hola, ¿qué hay?

— Uno, para la madrugada del miércoles. Aquí. Vehículo listo martes tarde en distrito tres — Anna hablaba despacio y claro—. Martes tarde. Distrito tres —repitió ella.

Mario retuvo la información al vuelo conforme la escuchó: «Uno, dos, tres —lugar, día de la semana y punto de salida», sintetizó en su cabeza para memorizarlo.

— Perfecto, muy bien —le confirmó, a la vez que se sentaba en la moto—. ¿Tú cómo vas? —preguntó cortésmente.

— Bien, voy bien. Todo en orden. Seguimos —respondió ella con sequedad, antes que le comunicación se cortara.

— Adiós —se despidió también Mario, pero fuera de tiempo.

Tras colgar el teléfono, Anna miró si había caído dinero y, con un pañuelo blanco, limpió ágil y meticulosamente el mango y los auriculares del aparato. También la caja metálica de las vueltas. Después, con la bolsa de deporte colgada de su hombro, se alejó de allí, caminando ligera entre la gente.

John estaba sentado en el retrete ojeando la revista inglesa de tecnología y ciencia *Popular Mechanics* cuando sonó su antiguo teléfono móvil Sony Ericsson Star azul. Lo tenía sobre su smartphone actual, apoyados ambos encima del lavabo. Estiró su brazo para cogerlo. Número desconocido. Abrió la tapa abatible para descolgar y se lo acercó al oído. Reconoció la voz de

Mario que le saludaba.

— Dime.

Mario le llamaba sentado todavía en la moto aparcada en el polígono. Tras colgar la llamada de Anna había cogido el casco para ponerse en marcha, pero pensó que lo mejor era dejar también su parte hecha y zanjar el asunto. Y llamó a John.

— Tenemos trabajo. El próximo martes. Te recojo a las doce —le anunció.

Mario no hablaba ni tan claro ni tan despacio como Anna, pero el joven le confirmó rápido.

— De acuerdo.

— ¿Lo tienes? —quiso asegurarse Mario.

— Lo tengo —ratificó.

Mario colgó la llamada sin más, se puso el casco y arrancó la moto.

John se estiró para dejar el teléfono en su localización inicial y, aprovechado que había vuelto a levantar su culo ligeramente del asiento, y que la lectura le tenía entretenido, echó su otra mano atrás, pulsó el botón de la cisterna y, sosteniendo la postura los segundos iniciales de la descarga de agua, se dejó caer de nuevo sobre la taza para seguir leyendo en intimidad la publicación.

El hermoso atardecer teñía de naranja la línea del horizonte que Mario miraba impertérrito mientras pilotaba su moto por una carretera secundaria rumbo a ninguna parte, decidido como estaba a satisfacer su repentina necesidad de evasión. A pesar de no haber sido nunca antes motero, muy pronto tuvo que agradecerle y reconocerle a su amigo Roberto las bondades que, para su ánimo, suponía echarse al asfalto con la Honda CMX500 Rebel de segunda mano que a muy buen precio le vendió. Dos años después, podría decirse que sentía que la dominaba.

La carretera avanzaba a toda velocidad delante de él. Él, sin embargo, no tenía prisa. Sus urgencias eran, en todo caso, internas.

A su paso, las incipientes flores rosadas y blancas de los almendros que, a un lado de la carretera, empezaban a poner la nota de color en los extensos campos de cultivo, eran también testigas mudas del ocaso del día.

En el interior de la ajetreada comisaría de policía del centro de la capital, dejando atrás los controles de seguridad y el trajín organizado de los mostradores y mesas de atención al ciudadano, y bajando una planta por las escaleras, se encontraba la recepción de la amplia sala en la que un buen número de agentes trabajaban aplicados en sus escritorios, disertaban con los compañeros o hacían llamadas telefónicas. Al fondo de la oficina, por el lado izquierdo y siguiendo el pasillo, se localizaban los aseos y la sala de cafetería y comedor, con sus máquinas expendedoras de bebida y comida; y de frente, tras el entramado de percheros, mesas, ordenadores e impresoras, se distinguían tres herméticas puertas que, separadas entre sí con sus correspondientes cristalerías y persianas venecianas de aluminio, aislaban del contacto directo con esa frenética actividad central lo que en el interior de eso dos despachos independientes, o de la sala de reuniones, se cocía.

El Subinspector Velilla abrió la puerta de uno de esas dependencias e invitó con su mano a salir primero a **Linda**, que con 26 años y recién licenciada, tras superar con éxito unas tranquilas prácticas en la Comisaría Local de Gijón, ingresaba ese mismo día en el cuerpo como Policía Nacional con todas las de la ley. Tras ella, salió el mando y, alzando la voz, pidió atención al resto.

— A ver, un momento. Prestadme atención por favor. Es sólo un instante.

El bullicio de la oficina se apaciguó y casi todos los presentes lo miraron.

— Os presento a Linda —prosiguió el subinspector—. Hoy es su primer día de los muchos que esperamos esté con nosotros.

Los agentes la vitorearon y silbaron con simpatía. El subinspector continuó con naturalidad, quitándole importancia a la algarabía que se acaba de formar.

— Ya está bien. Es joven, talentosa, y preparada para cumplir con su deber. Sé bienvenida —Velilla abrió sus dos brazos en dirección al grupo.

Los agentes aplaudieron. Entre ellos un grupo en el que destacaba el sexagenario oficial Marcos, al que le quedaban pocos meses para retirarse, y Esteban, un veterano y efectivo agente con cincuenta y una primaveras a sus espaldas que, hacía una década, había vuelto a nacer —aquel fatídico día en el que los nervios le traicionaron y, en el mismo instante en que se armaba frente al conocido «asesino de la zanja» para darle caza, un aparatoso ataque de ansiedad se apoderó de él. El criminal le perdonó la vida y pudo escapar del cerco policial, la operación fue un sonoro fracaso y el apuesto policía, además, por poco no lo cuenta—. Desde entonces se dedicaba, relegado y resignado, a funciones policiales carentes de trascendencia, alejadas de la intensidad y el riesgo al que un tiempo estuvo acostumbrado.

Tras los aplausos, Linda sonrió tímida pero complacida y correspondió, dirigiendo su mirada a todos los presentes.

— Gracias, gracias, muchas gracias.

El subinspector Velilla aguardó solo el tiempo justo para que el silencio entrante no terminara resultando incómodo y alzó la voz de nuevo, dirigiendo sus palabras al oficial que estaba a punto de jubilarse, al que señaló con la mano.

— Teniente Marcos, formará parte de su equipo.

— A la orden —contestó el oficial.

El Teniente Marcos tenía un porte altivo natural y, al escuchar su nombre, instantáneamente se había estirado todavía más, cuadrándose militarmente antes de contestar al subinspector con rapidez y firmeza.

Linda lo miró y pensó que, a pesar de su aparente edad y su larga trayectoria, el Teniente Marcos era, a buen seguro, un hombre de acción que todavía conservaba intacta su pasión por el trabajo y que tardaría en abandonar oficialmente el cuerpo de la policía nacional tanto como le fuera posible. Linda admiraba a las personas que poseían esa cualidad de mantener siempre intacta la energía y ilusión en las cosas que les tocaba hacer. Que aceptaban su realidad y caminaban con la mirada puesta en el horizonte, sin detenerse. Que se sobreponían a los problemas y nunca se rendían. No como alguien al que quiso con toda su alma y por el que aprendió casi todo lo que ella ahora sabía del oficio. En estas cavilaciones anduvo la joven hasta que llegó a la altura del oficial y este le estrechó con entusiasmo y brío su mano.

Linda saludó al resto de los compañeros uno a uno. Le llamó la atención el aspecto y la templanza del que le dijeron era el más veterano del equipo, Esteban. Un hombre alto, de constitución fuerte y calvo, al que la perilla no disimulaba la tristeza de sus ojos, y que la saludó como distante, con su voz grave y sin el más mínimo gesto expresivo en su rostro.

Eran poco más de las nueve de la noche. Mario terminaba de lavarse la cara en el austero baño del piso de alquiler en el que se había instalado tras su separación de Mercedes.

Por lo resuelto de sus movimientos y por lo limpia que llevaba la ropa —cualquiera supondría que se dedicaba a la fontanería y que en los bolsillos de su chaleco guardaba todo tipo de útiles de trabajo—, podía deducirse que, a pesar de las horas, la ocupación laboral de Mario estaba a punto de comenzar.

Tras secarse la cara fuerte y con nervio con la toalla, y pasando de largo el mirarse al espejo, Mario salió rápido y ensimismado del aseo. Tan concentrado en sus cosas que sólo su instinto evitó que pisara de lleno al gato que, en ese preciso momento, cruzaba por la puerta del pasillo. Tras trastabillar él y reaccionar ágil el felino, los dos se quedaron rígidos y tensos, y se miraron mutuamente. El montón de pelo maulló defensivo.

— Dios, por poco te piso, joder —farfulló Mario.

De repente el animal se había hecho grande, había estirado sus patas, arqueado el lomo, erizado el pelo y levantado la cola. Mario destensó el gesto y le habló cariñoso.

— Ven aquí pequeño. Ton, ven.

El gato se llamaba Ton. Llevaba tanto tiempo en ese piso de alquiler como Mario, que lo había adoptado en cuanto tuvo la certeza de que su incipiente vida en solitario ya no tenía marcha atrás. «Con él pululando en casa, nunca me sentiré sólo», pensó entonces Mario, que sabía lo peligroso que resultaba para su ánimo la sensación de soledad vital que en ocasiones, incluso cuando era un feliz padre de familia, le inundaba. Lo que no imaginó ese día fue que el carácter de Ton se terminaría pareciendo tanto al suyo: independiente, poco afectuoso y con mal genio. Nunca quiso preguntar en la protectora sobre la historia del minino, pero con los años de convivencia ya pudo hacerse una idea.

El bufido con el que el felino contestó al acercamiento de Mario fue aparatoso e intimidatorio.

— Está bien. Luego nos vemos —concluyó en tono amistoso Mario.

Ton se relajó y prosiguió su tranquilo paseo nocturno tan pronto Mario se alejó por el pasillo y cerró por fuera la puerta del piso.

Mario se desplazó una parte del trayecto en metro y un buen trecho caminando antes de acceder a pie por la puerta principal del gran centro comercial de lo que en su jerga acotaban como «Distrito 3», un barrio más bien moderno y transitable construido treinta años atrás al norte de la ciudad. Avanzó firme y decidido por el hall principal entre la escasa gente que, a esas horas de un martes, apuraba los últimos minutos para comprar en la tiendas abiertas hasta las diez de la noche, momento en que todas ellas cerraban y el movimiento dentro del edificio quedaba reducido a los accesos a la planta superior —que ocupaban los cines y la restauración—, y a los accesos a las plantas sótanos —donde se encontraban los aparcamientos—, lugar este al que se dirigía Mario, que bajaba por la escaleras mecánicas hacia el subsuelo.

Ya en el parking del centro comercial anduvo con normalidad, mirando bien los números de los pilares. En su paseo se cruzó con un grupo de chicos jóvenes que, atendiendo a lo elevado de sus voces, parecían excitados, y vio cómo algunos coches aparcaron y otros tantos se pusieron en marcha para salir de allí.

Al llegar a la altura de la letra *D*, se detuvo. Sacó de un bolsillo del chaleco unos guantes de látex negros y, mientras inspeccionaba las líneas de vehículos ahí estacionados, se los puso. En el número cuarenta y siete estaba aparcada una furgoneta negra con los cristales laterales tintados. Se acercó a ella. Con naturalidad, introdujo su mano derecha en un hueco entre la luna delantera y el

capó y, sin rebuscar, sacó una llave. A continuación, también sin titubear, abrió la puerta del conductor y entró a la furgoneta. De un tirón seco, la cerró.

Una vez resguardado en la cabina, Mario abrió la guantera. En su interior, bien ordenados, de un rápido vistazo se distinguían varios objetos. Por su escrupulosa disposición, parecían haber sido colocados con sumo cuidado. A un lado, dos gorras azules plegadas y montadas una sobre la otra junto a sendos coloridos zurullos de látex. Y al otro lado, una bolsa plástica negra con cremallera —doblada tan fina como si antes hubiera sido planchada—, que hacía de base sobre la que apoyaba una funda transparente de tamaño de medio folio, con unas llaves, una fotografía y una jeringuilla en su interior. Mario metió la mano y sacó la jeringuilla. Comprobó la fijación de la protección de la aguja, el nivel del líquido de su interior, y se la echó al bolsillo izquierdo superior del chaleco, junto al corazón. Guardarla ahí tenía su sentido y lo recordaría perfectamente llegado el caso, consideró. Cerró el cajón del salpicadero y bajó el parasol.

La circulación por el centro de la capital todavía no era totalmente fluida a esas horas y a Mario no le gustaba nada ni el tráfico lento, ni las esperas en los semáforos, ni las paradas que, en determinadas calles, provocaban los conductores estacionando su vehículo, así que decidió rodear la ciudad por la más urbana de sus vías de circunvalación, la M-30, esa que a Mario le evocaba esos tiempos no tan lejanos en los que, sobre ese mismo asfalto, conducía su camión cargado con puertas blindadas en dirección a cualquier parte del territorio nacional.

Quince minutos después, la furgoneta se adentró en el sector oeste de la ciudad y se dirigió a un cruce de la avenida en una zona poco transitada donde John, desde hacía apenas dos minutos, esperaba en una esquina ataviado igualmente con traje de faena y guantes negros. Mario detuvo el vehículo junto a él y John abrió tibio la puerta, levantó ligeramente la mano a modo de saludo y entró.

Tan pronto como se oyó el golpe seco de cierre del habitáculo, la furgoneta se puso en ruta. Con lo tranquilo que estaba el tráfico en esa zona, no les llevaría apenas tiempo coger de nuevo la circunvalación, pensó en ese momento Mario.

Tras acomodarse en el asiento y ajustarse el cinturón, John exhaló un suspiro. No quedó claro para ninguno de los dos si fue fruto de la pereza o de los nervios, pero acto seguido el joven abrió la guantera que tenía frente a él, manipuló con cuidado la funda de plástico transparente y sacó de su interior una foto con el rostro de un hombre que rondaría los sesenta años. Tras un breve vistazo, la giró y leyó la dirección que había escrita al dorso.

— No está lejos, es el límite del distrito de Ciudad Lineal. Podemos tomar algo —sugirió John, mirando directamente a Mario.

— No. Vamos directos —rechazó en seco él, sin apartar la vista del frente.

John intuía de antemano cual sería su respuesta, pues ya conocía algo el carácter seco de Mario y su *modus operandi*, pero por lo menos lo había intentado.

— Tú mandas —concluyó resignado, y tecleó la información de destino en el navegador del vehículo.

Sobre la una de la madrugada, tras dar algo más de vuelta para hacer tiempo, el furgón estacionó próximo al portal de un bloque de viviendas al noroeste de la ciudad y paró el motor.

Mario conocía algo esa zona. En alguna ocasión, en la época de noviazgo con Mercedes, se escapaban hasta ese tranquilo barrio por la tarde para ir al cine y cenar después en un desconocido y novedoso restaurante oriental, donde degustaban el pato laqueado más sabroso que ambos probarían jamás. O por lo menos él.

Muchos años después y a esas horas, el mismo barrio, más que tranquilo, le pareció desértico.

En el interior de la cabina tanto Mario como John, que sostenía la foto volteada en su mano, miraron a través de los cristales de la ventanillas tratando de confirmar en la realidad la ubicación conseguida digitalmente.

— Calle Paredes de Nava, portal 24, tercero B —recordó John.

— Estamos —corroboró Mario.

En ese momento, Mario se inclinó a un lado y se estiró hacia la guantera. Sacó primero los dos zurullos de látex que resultaron ser dos máscaras de corte realista. Le pasó una a John, y ambos las tensaron y se las pusieron.

El rostro de John era el de un personaje adulto, con prominentes entradas, de piel flácida, papada y cara de pan. Sin lugar a dudas, los dos supieron que se trataba de Alfred Hitchcock.

La cara de Mario era de alguien más joven peinado con raya a un lado, de facciones cuadradas, frente prominente y nariz ancha. Al ajustarse fugazmente la máscara mirándose en el espejo del retrovisor, a Mario le vino a la cabeza un nombre francés, pero no dio con él y no le dedicó más tiempo.

John le extendía en una de sus manos una de las dos gorras azules que acababa de coger y los dos se las pusieron.

Actuaban con diligencia y cierto automatismo. Mario agarró las llaves. John se guardó la foto y la funda en uno de los bolsillos de la cazadora ajustada que llevaba y, a continuación, vació del todo la guantera sacando la bolsa de plástico negra con cremallera tan bien plegada y escondiéndola bajo su zamarra.

Cuando estuvo listo, miró a Mario, que aguardaba paciente escrutando las inmediaciones. Sus ojos se encontraron y sus cabezas asintieron. En ese momento los dos inspiraron profundamente y soltaron el aire lento. Era su hora.

Salieron de la furgoneta a la vez, con movimientos rápidos y limpios, y se dirigieron prestos a la parte de atrás. Antes de llegar John había confirmado, apoyando su mano en el pecho, que lo que escondía bajo su ropa estaba bien sujeto. Mario abrió una de las hojas del portón trasero. El interior de la caja era todo zona de carga, diáfana, libre de asientos traseros.

Sin necesidad de subirse al furgón, John agarró los mangos de una carretilla gris de acero que tenían ahí dispuesta y tiró de ellos con fuerza pero con cuidado para, con la ayuda final de Mario, apoyarla vertical en el suelo. La carretilla les pesó porque llevaba sujetas a su respaldo, y apoyadas en el soporte inferior, una serie de planchas de madera apiladas unas sobre otras.

Tras cerrar con suavidad el portón, se dirigieron ligeros al número veinticuatro que tenían a escasos metros.

John operaba la carretilla sin esfuerzo y apenas sin producir ruido, gracias a las generosas ruedas de goma inflable que incorporaba. Cuando el joven llegó a la altura de la entrada del bloque, Mario acababa de abrir con una de las llaves la puerta y los dos se introdujeron en el portal.

El ascensor era estrecho, pero tenía altura. Mario y John buscaron la manera de ajustarse dentro con la carretilla. Cualquiera entendido en la materia hubiera reconocido, reflejados en el espejo, al veterano Alfred Hitchcock y al joven François Truffaut, ambos con gorra azul, pero en ese momento ni Mario ni John repararon en sus dualidades, invertidas en edad.

Cuando lo tuvo claro, Mario, con marcado aire italiano, pulsó el botón del tercero. A

continuación y durante el trayecto, igual que hubiera hecho el maestro del suspense, John echó la mano lentamente a uno de los bolsillos de su chaqueta y rebuscó.

Cuando el ascensor se detuvo, y antes de salir, John entreabrió la puerta y se asomó ligeramente para ojear a la derecha y la izquierda. Un segundo después, Mario la terminó de abrir y la sostuvo con su brazo estirado.

John abandonó entonces el ascensor para atravesar el rellano de la planta empujando la carretilla; la apoyó un instante en el suelo y, con el rollo de cinta aislante negra que había sacado del bolsillo y llevaba ahora en la mano, se encaminó sigiloso hacia el domicilio de su izquierda. Una vez junto a la puerta, sin vacilar, pegó en la mirilla un trozo de cinta. Mientras se cercioraba de la efectividad de su acción, el sonido de una llave introduciéndose en una cerradura y la inmediata apertura de la puerta que tenía a sus espaldas le indicó que Mario ya había accedido a la vivienda a la que se dirigían, así que fue tras él.

Poco más de media hora después, la puerta de la calle del portal número veinticuatro se abrió, y de ella lo primero que se dejó ver fue la carretilla que, empujada ahora por Mario, portaba lo que parecía ser un voluminoso reloj de carrillón de pie. John le facilitó la maniobra aguantando la puerta y evitando que esta se cerrara a su paso y, una vez que la carretilla rodó sobre la acera y los dos se encontraban afuera, se encaminaron con diligencia y a la par hacia el vehículo.

La furgoneta dejó atrás la ciudad rumbo al noreste. Casi no había circulación en ninguno de los dos sentidos de la carretera nacional. Una música tranquila sonaba en la radio.

John se acababa de quitar la gorra y la máscara de Hitchcock, y las sostenía ahora en sus manos con guantes negros.

Mario lo miró y cayó en la cuenta de que él aún las llevaba puestas.

— Joder, ni me acordaba, con lo poco que me gustan.

Inmediatamente, se quitó la gorra y se la pasó a su compañero. Con un gesto con su cabeza le pidió a John que sujetase el volante, así que este estiró su brazo izquierdo y lo agarró con su mano, momento en el que Mario, haciendo uso rápido de sus dos manos también con guantes, se quitó la máscara de látex y la tiró a los pies de John. Casi al mismo tiempo retomó el control del vehículo, así que John soltó el volante, echó las gorras y su máscara al suelo sobre la que había llevado Mario, y trató de ponerse cómodo en el asiento estirando la espalda en el respaldo y apoyando su cabeza atrás.

Por un instante, a John los ojos se le cerraron pero reaccionó rápido. Parpadeó sucesivamente, abrió la ventanilla un dedo y dirigió su mirada hacia las luces de la radio. ¿Lo que sonaba era ópera?, se preguntó extrañado. Dudó que Mario estuviera prestando atención a la música, sabía que conducía perfectamente sin más sonido que el ambiental. Estiró su mano hacia el mando del dial y giró su rostro hacia el puesto del conductor.

— Pongo algo más animado ¿o qué? —le propuso.

Mario le contestó sin apartar su mirada de la carretera.

— Como quieras.

John asintió sonriente y buscó entre las frecuencias hasta que encontró una en la que sonaba el tema nuevo de uno de sus grupos favoritos. Esos sonidos pop rock eran, sin duda, más apropiados si quería mantenerse despierto a esas horas.

La oscuridad de la habitación siempre fue el escenario ideal de las personas para dar rienda suelta a la imaginación, exhibir los deseos más íntimos o llevar a cabo las fantasías más variopintas. El silencio en el que uno se escuchaba respirar, el secretismo que proporcionaba la negrura, o el placer de poder satisfacer inconfesables apetitos personales, eran motivos más que incitadores para quienes no eran capaces de conciliar el sueño en esas horas en las que el resto del mundo dormía.

De madrugada, en las viviendas, cientos de habitaciones en apariencia dormidas ocultaban una incesante actividad humana que se realizaba en soledad, sólo al cobijo de la tenue luz blanca de la pantalla de ordenador o dispositivo móvil de turno.

En el salón de una de esas casas, con el delicado parpadeo de la luz de la calle penetrando por la ventana, sentado frente al equipo informático, se encontraba Ernesto. No era un hombre muy ducho en el uso de la tecnología, pero uno de sus hijos le había enseñado a navegar por internet y, con el paso de los años y su creciente curiosidad nocturna, había llegado a manejarse por la red con una soltura y profundidad que sus propios allegados no se creerían si lo supieran.

En la pantalla, sobre las distintas páginas web que tenía desplegadas, destacaba una ventana emergente con un anuncio. Él lo miraba fijamente. Llevaba minutos observándolo sin hacer nada más. Pensativo. Sus ojos leían y releían una y otra vez «*Nadie*», «*Sin rastro*», «*Teclea aquí tu número de teléfono y te llamaremos muy pronto*».

Reflexionó.

Con su dedo índice derecho tecleó suavemente la primera cifra, y prosiguió. Conforme aparecía el número sucesivo que pulsaba, el anterior se evaporaba. Así ocurrió con toda la serie de nueve dígitos de su teléfono personal. Un segundo después de pulsar el último número, este también desapareció, dejando todo ese espacio flotante del anuncio de nuevo vacío. Acto seguido, la ventana emergente entera se cerró automáticamente.

Ernesto se sobresaltó de repente como si hubiera sido sorprendido haciendo algo inapropiado y, por instinto, cerró inmediatamente la pantalla del portátil.

Respiró hondo y se levantó en la oscuridad y la quietud de la noche para mirar la ciudad a través de la ventana.

— Os van a dar mucho por culo — murmuró.

Eran las siete de la mañana cuando el reloj despertador empezó a sonar sobre la mesilla. Aún no había amanecido. Linda llevaba ya unos minutos despierta en la cama, pero había decidido aguardar acurrucada entre las sábanas sumida en sus pensamientos, con los ojos cerrados, hasta que la señal acústica le recordara la hora elegida para ponerse en marcha.

No había sido una noche corta, había dormido a trompicones, en intervalos breves y, algunas de las veces, entre sueño y sueño y a su pesar, se había desvelado lo suficiente como para que le costara de nuevo dormirse. «Total, más de la mitad de la noche despierta», se dijo.

Tan sólo llevaba unos días instalada en la capital, una gran ciudad que no conocía y, sin duda, sabía que le llevaría un tiempo adaptarse. ¿Quién le iba a decir a ella, natural de un pequeño pueblo de la provincia de Gijón, que empezaría su andadura profesional allí, en el lugar al que tantas veces se refirió su madre como «*la ciudad de los demonios*»? Pero ahí estaba, y seguro que el cambio no era para tanto.

Atrás quedaron los felices años de Academia en Salamanca, el entorno ideal para formarse si, como ella, se sabía combinar en su justa medida la exigencia y el compromiso del estudio con la tentadora oferta de ocio y placeres que la floreciente vida independiente ofrecía. Ahora, en Madrid, comenzaba el periodo profesional que determinaría el grado de adjetivación con el que, en su vida adulta, en el futuro, podría referirse a su carrera en la Policía; tal vez como «decepcionante», si finalmente no conseguía encontrar su sitio y ser de utilidad; quizás como «emocionante», si la cosa pronto le iba bien y, en adelante, podía trabajar cómoda y a gusto; ojalá pudiera decir que resultaba ser una carrera «feliz», y llegara a sentirse realizada con su trabajo; y, desde luego, que nunca la viera como algo «insufrible o insoportable», como una responsabilidad que no hubiese sido capaz de aguantar, confió. Eso nunca. No había salido a su padre, ella era bien distinta. Deseaba que su trayectoria profesional le fuera bien, y que su madre estuviera orgullosa. Sólo con el tiempo lo descubriría.

Tan pronto resonó de nuevo la alarma del reloj, Linda estiró su brazo y la apagó. Abrió los ojos y se incorporó sin pereza, para quedarse un instante sentada en el borde de la cama. Enderezó su espalda y sus articulaciones verticalmente. Su boca exhaló un gemido. Había vuelto a sentir el dolor y su mano derecha se dirigió automáticamente a la zona lumbar.

El agua del río parecía una lámina de espejo en la que se reflejaba el paisaje a su paso. El sol despuntaba al alba y, desde el horizonte, comenzaba a teñir con el amarillo cálido de sus rayos el azul oscuro proveniente del final de la noche que aún presidía gran parte del cielo. Unas cuantas nubes grises y densas parecían querer ocultarse al oeste, hacia la parte más sombría del hemisferio.

Corriente arriba, entre árboles y laderas, se divisaban edificios e infraestructuras del pequeño y dormido núcleo industrial por el que hacía unos minutos Mario y John habían pasado. Algo más abajo, unos cuantos rápidos y remansos después, el torrente se suavizaba y expandía lentamente, entrando a formar parte de la cola de un hermoso pantano rodeado de frondosas laderas de media montaña.

En ese punto, más despejado y menos agraciado visualmente, la furgoneta se encontraba aparcada en un alto a pocos metros del cauce. Tenía su parte trasera enfilada al impracticable camino que descendía hasta la orilla del río. Una de las dos hojas del portón del maletero se había quedado abierta. John se disponía a descender por el camino cuando Mario ya casi lo había recorrido en su totalidad, portando entre sus manos dos bolsas negra de basura.

Al llegar al borde del cauce, y sobre el hormigón que protegía la parte final de la canalización de los tubos del desagüe que desembocaba en el río, ambos se detuvieron. Bajo sus pies, en el círculo de agua mansa que recibía la llegada progresiva de residuos, un buen número de barbos se amontonaban asomando sus abiertas bocas y sus gruesos bigotes al aire.

A Mario esa imagen le trajo recuerdos de infancia, el día en el que, jugando inocentemente con sus amigos por la ribera del río, se subió a una protección de hormigón pensando en poder ver todo el panorama desde allí con más perspectiva y, para su sorpresa, lo que pudo contemplar por primera vez y con cara de pasmo, fue a unos seres vertebrados acuáticos apiñados voluntariamente a la salida de un tubo y aparentemente contentos de poder comerse la mierda de otros. Eso le marcó, y le hizo pensar. Ni siquiera lo comentó con nadie. Para más inri, eran el tipo de peces bastos que alguna vez había visto pescar y comer a su padre.

Enfrascado en sus pensamientos, Mario apoyó las bolsas en el suelo. Abrió una, cogió unas piedras del camino y las echó dentro con cuidado. Luego anudó el plástico y, sin soltarlo, con la llave del vehículo, lo pinchó varias veces por su parte superior. Mantuvo el saco sostenido unos segundos sobre la masa de peces y, con la extraña satisfacción que experimentaba siempre con el recuerdo, lo soltó al agua. En el mismo momento del impacto el grupo de peces salió despedido. El peso del interior sumergió paulatina y verticalmente el recipiente. El agua entró por los orificios y empapó las piedras y los restos que, con el movimiento de la caída y por la propia presión, fueron diluyéndose en el agua como si una cuchara los revolviere a conciencia dentro de un vaso. La fuerza de la gravedad hizo el resto y la mezcla resultante repleta de partículas fue saliendo lentamente por las aberturas. En ese momento los barbos gordos y curiosos ya habían vuelto y se encontraban apelotonados a su alrededor recibiendo el alimento.

Cuando Mario fue a por la segunda bolsa, John ya la tenía lista y anudada. Mario la perforó también con sus llaves pero esta vez no se recreó en la acción, y la lanzó al aire sin mimo. El sonido del bulto al tocar el agua fue equivalente al que una persona produce al saltar en bomba. Incluso los pájaros dormidos echaron a volar.

—¡Vámonos! —dijo con sequedad, a la vez que arrancaba a andar camino arriba.

John contempló un momento cómo unos restos de ceniza entraba por la boca de los peces mientras otros se distribuían y alejaban por el agua.

— ¡Qué os aproveche! —le deseo John, antes de volver sobre sus pasos.

Los dos caminaron ágiles en dirección a la furgoneta.

Haría unos cinco años desde que Anna trabajó con contrato por cuenta ajena por última vez. Desde que se diplomó en Empresariales con veintidós años había ido alternado con distinta suerte profesiones variopintas, desde auxiliar administrativo a dependienta, pasando por teleoperadora, comercial o personal de limpieza. Incluso en medio de ese trayecto, con treinta y dos años y alentada por su pareja de entonces, se había montado un comercio de cosméticos, su gran pasión, que no le funcionó. Como tampoco le funcionó esa relación, que duró dos años, la más larga de las que había tenido.

En todos ese período que se mantuvo activa laboralmente de forma continuada no tuvo inclinación alguna por el deporte. Ni falta que le hizo.

Pero pasados los cuarenta comenzó a alternar trabajos más puntuales y a disponer de más tiempo libre y, recomendada por un amante ocasional, decidió apuntarse en un gimnasio.

Muy pronto se dio cuenta de que los beneficios mentales que le provoca el ejercicio eran para ella mucho más importantes y necesarios que los físicos, y se fue enganchando.

Así, como cada vez la llamaron de menos empresas, su libertad horaria no dejó de aumentar y su culto al cuerpo tampoco.

Ahora salía a correr una o dos veces por semana, practicaba boxeo los martes y los viernes, e iba a la sala de musculación unas diez veces al mes. Alguno de esos días hacía pesas y otros se machacaba en la bicicleta.

El gimnasio en el que ahora estaba era de una franquicia nueva en la ciudad, espacioso y muy limpio. Anna solía cambiar de establecimiento cada cierto tiempo porque prefería pasar desapercibida en su tiempo de ocio. La única precaución que aprendió a tener en este era acudir a él o a primera hora de la mañana o a última de la tarde, evitando así los horarios y clases más populares en los que el lugar se masificaba. Odiaba esa sensación. Huía en esa situación.

Ese día no eran más de las diez de la mañana. Tocaba bicicleta. Anna escuchaba música en sus cascos mientras, concentrada, pedaleaba a ritmo constante sentada en una de las ocho bicis estáticas de la sala.

A menudo coincidía con Berta, una mujer aparentemente frívola y vitalista con la que compartía conversaciones intrascendentes muy divertidas que, sin duda, le ayudaban a evadirse y a echarse unas risas. Berta se tomaba el ejercicio de modo menos intenso, y aunque ese día estaba también como ella, rodando la bici estática con auriculares a su lado, su actitud era más relajada, su cadencia de pedaleo más suave y su interés estaba más centrado en las imágenes de las pantallas que colgaban frente a ellas que de su propio esfuerzo.

Los televisores tenían sintonizados distintos canales que a esa hora emitían deportes, tertulias o actualidad informativa. A unos de esos monitores de noticias dirigía su mirada Berta. A través de los auriculares escuchó en boca de la presentadora lo que se destacaba como suceso de última hora. Al parecer, Mark Seen, el popular cantante de su grupo de rock favorito de juventud, había sido encontrado muerto por suicidio.

— Ha sido un miembro del personal del hotel, que ahora se encuentra recibiendo ayuda psicológica, el que esta mañana ha encontrado el cuerpo ya sin vida del cantante australiano en la bañera —comunicaba la presentadora.

A Berta le impactó la noticia y con impulsivos aspavientos de sus brazos trató de llamar la atención de Anna para que mirara la televisión con urgencia.

Anna debió de percibir el ligero movimiento del aire porque, sin dejar de pedalear, de súbito, salió de su ensimismamiento, giró su rostro de golpe y miró a su amiga, extrañada. «¿Qué demonios te pasa?», pareció exclamar.

Con la música a todo volumen retumbando en sus oídos, observó como Berta, ansiosa, movía

la boca y le hacía gestos como en lenguaje mímico: se llevaba el dedo índice a la oreja y señalaba después en dirección a la pantalla, así que ella tenía que escuchar y mirar en esa dirección, dedujo con rapidez. Sacó el conector de sus auriculares del móvil, lo enganchó al orificio de sonido que incorporaba el monitor frontal de la bicicleta y pulsó varias veces uno de los botones. Así, en unos pocos segundos pasó de escuchar la banda sonora de *Mad Max: Furia en la carretera*, a oír el audio de la noticia en el informativo.

— Advertimos de la crudeza de las imágenes que van a ver a continuación —avisó la periodista.

En las fotos podía reconocerse un baño de hotel y, aunque la imagen estaba desenfocada digitalmente en su parte central, la forma resultante era la de un cuerpo tendido sobre la bañera con predominancia del color rojo sobre sí mismo y a su alrededor.

— El grupo ha comunicado que suspende la gira que les traía a nuestro país el próximo mes de septiembre... —proseguía informando la voz en el momento en el que Anna, que no había mostrado signos de sobresalto o de interés por el suceso, cambió de nuevo el conector a su móvil para volver a escuchar los tambores que sonorizaban las escenas de persecución en la trepidante y épica banda sonora de la película con le servía de estímulo. Enseguida, sin dejar de mirar —en un primer momento— la tele que ya no escuchaba, aceleró el pedaleo y su dureza, para terminar el entrenamiento con intensidad, totalmente entregada sensorial y físicamente a experimentar con los límites de su cuerpo hasta que el reloj de la cuenta atrás llegara a su fin.

Unos cinco minutos después, y tan pronto como Anna dejó de pedalear, empapada de sudor y jadeante, se encontró que Berta aguardaba de pie su lado, con la toalla seca sobre el hombro, deseosa de compartir su parecer.

— ¿Te lo puedes creer? Mark, «el hombre». ¡Adiós! —le dijo, entrecomillando con los dedos y dramatizando con el gesto.

Anna, exhausta, asintió con la cabeza sin articular palabra. Cogió su toalla y comenzó a secarse el rostro y los brazos mientras Berta le siguió hablando.

— Estoy impactada, ¿no te da pena? Figúrate, encontrártelo así, a todo un mito.

— Sabes que yo aún tengo su póster firmado colgado en la puerta de dentro del armario —le confesó Anna, aún sofocada.

— ¿Qué dices? ¿De verdad?

— De cuando vino en el 85 —Anna sonrió, mirando directamente a Berta a los ojos—. Fueron buenos tiempos, sin duda. ¿Verdad?

Los pensamientos de Anna se habían trasladado treinta años atrás, pero los de su compañera parecían seguir impresionados en la actualidad.

— ¿Por qué lo habrá hecho? Lo tenía todo. ¿Se vuelven locos o qué? —pronunció abstraída.

Anna no supo qué contestar y aprovechó para bajarse de la bicicleta y dar como finalizada la sesión.

— ¿Qué dices pues, abogada? —le apremió su colega.

Anna, que no había sido abogada nunca, pero había sido tantas otras cosas que podía hacerse pasar por lo quisiera, mostró con su sonrisa la simpatía que le tenía a Berta y echó a andar hacia el vestuario.

— Chica, estás fría como un témpano —le recriminó Berta, antes de alcanzarla y caminar a su altura—. Pues para mí es una pena —continuó—, de verdad, con lo bueno que estaba y lo bonita que es la vida. Eh, mira ese tipo... —señaló a un lado de pronto—. ¡Madre mía!, vaya cuerpo para darle forma.

Esa volatilidad natural en los temas de conversación de Berta y esas distintas profundidades de las charlas era lo que más le gustaba a Anna de ella que, ahora sí, reaccionó intrigada girando la cabeza y buscando con su mirada al chico que estaba sentado frente al espejo levantando mancuernas por encima de sus hombros. Enseguida se sumó al entusiasmo de su amiga y las dos se quedaron contemplándolo como pasmarotes, sonrientes y exageradas, acción que no pasó desapercibida para el joven, que clavó sus ojos en ellas con mueca de suficiencia en el rostro. Ellas reaccionaron a la par, con falsa vergüenza y humor.

— ¡Eh! ¿Has visto? Ya lo tengo loco —afirmó con seguridad Berta, antes de echar a andar altiva y pavoneándose camino del vestuario.

Anna pensó que las dos necesitaban una ducha de agua fría.

Esa mañana Linda había acudido algo nerviosa a la comisaría. Durante la noche no había logrado conciliar bien el sueño y el pinchazo que había sentido en la zona lumbar al levantarse le había recordado que no debía subestimar el poder neutralizador que tenían sus dolores crónicos de espalda, aunque en los últimos años el tratamiento fisioterápico que recibía —y las pastillas— le hubiera ido atenuando el suplicio hasta hacerlo casi desaparecer.

Desde luego, la deficiente calidad del colchón del piso de alquiler había sido determinante. «Tendré que comprar uno bueno cuanto antes», resolvió de inmediato en sus adentros; pero lo cierto es que también se reprochaba a sí misma la desidia de no haber estirado su espalda en los últimos días.

Mudarse de ciudad. Empezar de cero. El trabajo. Su autoexigencia. Los nervios. Linda confió en que, poco a poco, cada cosa se fuera poniendo en su sitio.

A la media hora de entrar en la jefatura y después de tomarse un café y conocer a alguno más de sus compañeros policías, Linda se encontraba sentada con cuaderno y bolígrafo en la tercera fila de sillas de la sala de reuniones, en compañía de parte de su equipo. Esteban, el agente más veterano, estaba colocado dos asientos a su izquierda. En la fila de delante se ubicaba repantigado Fran, otro agente curtido que en ese momento leía plácidamente el periódico. Y en primera línea tres agentes más se distribuían alternativamente los cinco asientos.

El teniente Marcos estaba de pie frente a ellos, con un rotulador en su mano, escribiendo distintas cifras en la pizarra.

Linda contempló cómo, de repente, Fran se giró para atrás y le enseñó a Esteban una noticia del periódico que aludía al suicidio de un cantante que ella no conocía. El hombre, en la foto, parecía tener unos cincuenta años y ningún problema de alopecia, pues lucía un buen montón de pelo levantado con fijador. Esteban agarró el diario para leerlo bien. Los dos agentes mostraron su sorpresa con el suceso. «No me jodas, no se puede ser más tonto», oyó decir a Fran. Linda sintió como su cuerpo se estremeció.

En el mismo momento en el que el teniente Marcos se giró hacia ellos, Esteban dobló el periódico y lo dejó en el asiento lateral.

— Mirad. Los números son claros —comenzó a hablar el mando—. El suicidio es la primera causa de muerte no natural en nuestro país y en muchos de los países civilizados.

En la pizarra podía leerse:

SUICIDIOS 2002: 3.563

SUICIDIOS 2016: 3.626

10 suicidios al día

Linda tragó saliva.

El teniente Marcos dejó a los agentes unos segundos de silencio para el análisis de los datos.

Fran fue el primero en asimilarlos y preguntó extrañado:

— ¿Más que los accidentes de tráfico?

— Más. Más que todas las muertes no naturales. ¿A que es increíble? —concretó el oficial.

Linda sintió cómo los dientes le rechinaron y el hombro derecho se le activó involuntariamente. Se sentía realmente incómoda y se recolocó en el asiento. Su cabeza trataba de encontrar una justificación y las preguntas le brotaban sin esperar respuesta: «¿De verdad que así iba a ser su primer día en el equipo? ¿Esto qué era, una prueba... una novatada? ¿Alguno de los presentes sabía más cosas de ella de lo que hubiera deseado? ¿O era todo solo una casualidad?». Tenía que conservar la calma, parecer serena, esperar, pensó. Se llevó el boli a la boca para

morderlo.

El teniente Marcos prosiguió su exposición.

— **Sólo en nuestro país cada día se suicidan 10 personas. En todo el mundo, cada 45 segundos se suicida un individuo.** ¿Pero esto quién lo sabe? ¿Alguno de vosotros lo sabíais?

A todos los presentes, así en frío, les sorprendió conocer esos datos y negaron con sus cabezas. Era la reacción que el oficial esperaba.

— Hoy sale en prensa el cantante este —señaló el periódico que estaba en la silla junto a Esteban—, porque con los artistas el suicidio parece un acto hasta romántico, los mitifica, pero los demás... —enfaticó con el gesto hacia los presentes, como esperando una respuesta con la que en realidad no contaba—. ¿Qué pasa con las demás, eh? —volvió a detenerse unos segundos antes de continuar—. Pues que se silencian, se ocultan, se miente... No son datos bonitos. A nadie le ha interesado nunca que trasciendan. Ni se han tomado nunca medidas. Ni aquí ni en ningún lado. Son muertes invisibles.

El teniente Marcos calló unos segundos y destensó su postura echándose a andar hacia un lado, dejando que la argumentación fuera dejando poso. Los agentes se miraron entre sí incrédulos. Fran resopló mirando a Esteban. Linda, que todavía estaba tratando de establecer relaciones de lo uno y de lo otro, quiso saber.

— ¿Y nosotros qué podemos hacer, mi Teniente?

— Nada, para prevenirlo nada, ese paso o el de la concienciación debe darlo el gobierno de turno —contestó con voz calmada y tono casi docente el oficial—. Nosotros vamos donde nos dicen y confirmamos el fallecimiento y las circunstancias en las que se ha producido. Ese es nuestro trabajo.

Fran se giró desde la fila de delante hacia la posición de Linda, dejó colgar su brazo por el respaldo del asiento y, con voz engolada y aires de protector, soltó:

— Es pan comido, no te preocupes.

Aunque adivinaba ya el espíritu provocador de su compañero, a Linda le pareció un comentario fuera de lugar.

— No me preocupa, tranquilo, machote—le replicó, con una sonrisa forzada en su rostro.

Debió pronunciarlo de forma más seca y cortante de lo que pensó porque, distendido como estaba el ambiente, por un momento pareció que pasaba un ángel, y el runrún del aire acondicionado se hizo presente en la sala en ausencia de otros sonidos. Esteban arqueó las cejas en dirección al teniente Marcos en señal de alucinar con la respuesta que la novata acababa de espetarle a Fran, que tras encajar el golpe y quedarse un instante perplejo, se volteó al frente de nuevo y borró la sonrisa de su cara de un plumazo. Al oficial también le debió de parecer una respuesta valiente, pues asintió tres veces con contundencia antes de retomar el asunto.

— Calma, calma, nuestro tema hoy es otro —dijo, mirando a Linda primero y a Fran después.

El superior se acercó de nuevo a la pizarra y señaló hacia la mitad inferior de la misma, donde había escrito otro grupo de cifras.

DESAPARICIONES 2016: 23.297
DENUNCIAS ACTIVAS 2002: 280
DENUNCIAS ACTIVAS 2016: 325
Desapariciones acumuladas= 4.164

— Desapariciones. Como sabéis la mayor parte de estas denuncias se resuelven para bien o para mal a las pocas horas. Por desgracia siempre hay, y todos conocemos, casos aún sin resolver. Pero ojo, de unos años a esta parte las denuncias de desapariciones que se mantienen activas en el

tiempo han aumentado. Sobre todo las de personas adultas con poder adquisitivo medio y alto, que de buenas a primeras se esfuman y no vuelven a dar señales de vida —el oficial paró un instante para beber agua del vaso de plástico que tenía sobre el escritorio—. No sabemos si motivados también por dificultades personales, sentimentales, familiares... El caso es que este grupo de desapariciones que presumimos de «voluntarias» no para de crecer, y ahora ya son más incluso que las desapariciones por enfermedad o en las que puede sospecharse una finalidad sexual, económica o criminal.

El teniente remarcó los tres últimos tipos de desapariciones enumerándolas con sus dedos.

A Fran ya le había vuelto a circular la sangre por las venas y teatralizó su intervención.

— ¡Ay!, yo siempre he querido huir, iniciar una nueva vida. En otro lugar. Volver a empezar...

A uno de los agentes de la primera fila se le escapó una carcajada que rápidamente apoyaron sus compañeros con una risa, y los tres miraron atrás. Fran se había quedado como congelado en su interpretación. Esteban apretó los labios y meneó la cabeza, como admitiendo al grupo que él ya sabía que su buen amigo no tenía remedio.

Linda no estaba en ese momento para frivolidades y no prestó atención a ninguna de las reacciones. Alzó un poco la voz dirigiéndose al teniente, pero recuperando la entonación cordial adecuada.

— ¿Y qué tiene que ver esto con el suicidio?

Al oficial le satisfizo que la joven le formulara esa pregunta, pues señaló con su dedo índice hacía su posición de forma reiterada e insistente.

— Ahí quería llegar yo. Puede tener relación o puede que no —dijo al cabo, tratando de sembrar la duda.

— Puede ser cosa de asesinos a sueldo, mafias... —quiso aportar Esteban, para alimentar el terreno de las hipótesis.

Esteban era un agente experimentado pero no un hombre de muchas palabras, así que cuando decía algo no es que necesariamente sentara cátedra, pero sus superiores lo respetaban y sabían que podía ir bien encaminado.

— Sabemos poco —reconoció al instante el teniente—. Lo que es seguro es que desaparecen. ¿Cómo? No sé cómo cojones lo hacen. Ni por qué. Lo que sí sé es que, si está ocurriendo, es una actividad ilegal y la tenemos que impedir.

Los ojos expectantes de los seis agentes que tenía enfrente estaban clavados en los suyos. El teniente volvió a jugar con el silencio y, como un entrenador que mira a su banquillo para decidir qué jugador saca al terreno de juego, paseó su mirada por cada uno de ellos.

— Ese será vuestro trabajo a partir de ahora —anunció con determinación—. Tuyo y tuyo.

El Teniente Marcos señaló con su rostro a Linda y a Esteban.

— ¿Yo? —contestó sorprendida Linda.

— Usted —le confirmó el teniente.

Linda notó cómo el pulso se le aceleraba. Asintió al oficial con la cabeza. Cuando percibió controlada la impresión de vértigo que había recorrido su cuerpo ojeó a su izquierda y se encontró con la mirada amable de Esteban, que le dedicó una sonrisa cómplice de su emoción. Linda trató de que la humedad de sus ojos no se transformara en lágrimas.

El oficial se había girado primero hacia el escritorio y se acercaba ahora hacía ellos abriéndose paso entre las sillas con dos carpetas en sus manos.

Al recoger la suya, Esteban la brindó al aire en dirección a la joven en señal de entusiasmo por compartir ese cometido.

Desde la segunda hilera de asientos el teniente Marcos estiró su brazo y esperó a que Linda

agarrara la otra carpeta. Tan pronto se liberó de los informes, el superior concluyó su exposición con intensidad .

— ¿Habéis entendido? Mover el culo, investigad. Informadme de lo que consigáis.

— Descuide mi teniente —respondió convincente Esteban.

El mando abandonó diligente la sala. Los tres agentes de la primera fila se levantaron también para irse.

Linda y Esteban aún permanecían en sus asientos palpando la carpeta entre sus dedos y asimilando su suerte cuando la mano de Fran, a su paso, tocó amistosamente el hombro de su veterano compañero.

— Algo has hecho mal, amigo —le bromeó en voz baja. Dirigiéndose también a Linda, continuó—. Si me necesitáis, me lo decís, ¿de acuerdo?

Linda estaba abstraída en sus pensamientos mirando hacia la carpeta y no reaccionó.

— Gracias Fran, y tranquilo—le contestó Esteban—. No estamos preocupados, ¿verdad Linda?

Los dos hombres la escudaron sin recibir respuesta. Esteban insistió en llamar su atención con tono más grave.

— Linda. Linda...

La ahora contundente voz de Esteban pareció haber traído de repente a la vida a Linda, que salió de su ensimismamiento como quien despierta de pronto en otra ciudad sin saber dónde está realmente. Los miró y los vio ahí con cara de inquietud, observándola. No sabía que esperaban de ella.

— ¿Estás bien? —le preguntó el más mayor de los agentes y el que tenía menos pelo, por no decir directamente que era calvo.

Linda salió al paso forzando la sonrisa y asintiendo. El agente que estaba de pie se despidió entonces y los dejó solos a los dos. Los ojos del hombre sentado no dejaron de mirarla hasta que ella sintió que recobraba el control de la situación. Era real. Estaba pasando. Así era la vida, nos ponía pruebas que había que superar. Enfrentarse a los miedos. Y ella ahora vestía de policía y estaba preparada.

Se levantó de pronto con sus cosas y se fue a sentar justo al lado de su compañero.

— Perdóname Esteban, los nervios, me he quedado en *shock* —se excusó, mirándole agradecida mientras se acomodaba mucho más relajada—. Muchas gracias, ¿eh? —insistió.

— No hay de qué —se quitó importancia él.

— ¿Qué, por dónde empezamos? —quiso saber ella.

— Vamos a verlo...

Esteban se puso las gafas para ver de cerca, abrió calmoso la carpeta y comenzó a ojear y separar los distintos informes. Linda hizo lo propio con más brío.

Hace treinta años los atardeceres junto al río eran otra cosa. No como fenómeno natural en sí, sino como experiencia vital. En el recuerdo de Mario se mostraban como un dibujo hecho a pinceladas naranjas, rojas y amarillas que, junto con el sonido del agua y de los pájaros, transmitía una relajante sensación de bienestar. Y en el medio de esa bonita estampa, su vida. La de él con sus amigos.

Esa tarde el imberbe y espigado Mario estaba con el incondicional Óscar jugando con la arena a la orilla del arroyo. Cogían un puñado de la arenilla entre las piedras y la lanzaban con fuerza al aire en dirección hacia el cauce. Así una y otra vez. Mientras las diminutas partículas de tierra se dispersaban aleatoriamente en el vuelo y salpicaban divertidas el agua, con sonido a metralleta, ellos imaginaban una cruenta batalla entre dos ejércitos gigantes en la que, poco a poco, iban aniquilando al enemigo con sus impactos letales.

Los dos adolescentes solían acompañar ese ruido con el gesto de portar un arma de repetición entre sus brazos y disparar a diestro y siniestro, haciendo todo tipo de muecas.

Hasta que ese día cayó la tarde y el contraluz que produjo el sol sobre el horizonte hizo que Mario contemplara algo hermoso en lo que nunca antes había reparado.

Al lanzar las pequeñas piedras y salir estas despedidas de su mano, soltaban un polvo antes invisible que ahora quedaba suspendido en el aire y, como una nube, permanecía un instante flotando extrañamente cerca de él, y se iba difuminando.

Cayó en la cuenta de que esas micro partículas independientes y con vida propia que volaban libres se manifestaban solo entonces, al zarandear los lugares donde tranquilamente reposaban, en este caso la arenilla del río. Aparecían de pronto y en bandada, como el efecto de humo de los magos. Para luego perderse en el aire y desaparecer.

— Fíjate. Vaya nube —exclamó Óscar, al advertir la estela de polvo sobre su amigo—. ¡Qué pasada!

Mario le sonrió alucinado y quiso probar otra vez, cargando más arena en la mano y tirándola más vertical hacia el cielo. Esa nueva y mayor polvareda que se generó le cubrió por completo y, a su paso, difuminó su realidad. Inicialmente se quedó petrificado, pero pronto tosió y salió de allí a toda prisa.

— Te vas a ensuciar un huevo. Pareces tonto. Ya verás tu madre —le dijo Óscar, entre risas.

«¿Y si esas partículas llevaran consigo las historias de los cuerpos que abandonan, ya fueran piedras, flores o seres vivos? Su esencia, su alma, su poder...», se cuestionó algo aturdido Mario, sin llegar a tener el control de sus pensamientos.

Los dos jóvenes continuaron un rato experimentando a sus anchas con ese efecto físico y visual, pero si bien Óscar evitaba el contacto directo con la polvareda, Mario parecía progresar en tiempo aguantando en el interior.

Diez minutos después, con el último rayo de sol, Óscar caminaba de vuelta hacia Mario y se impresionó al verlo. Ahí seguía, envuelto en una gran nube de polvo con la ropa y las dos manos sucias, los brazos abiertos y el rostro sonriente mirando hacia arriba, como en trance, embriagado, juraría que también inspirando de ese aire turbio irrespirable.

— ¡Eh, tío! ¡Mario! ¿Pero qué haces? —le gritó asustado.

La escena que Óscar tenía ante sus ojos era inquietante. Mario parecía estar gozando y era seguro que respiraba, aunque cuanto más aire polvoriento metía en sus pulmones más tenía que esforzarse para seguir inhalándolo. De pronto, en pleno éxtasis, advirtió que su amigo se ahogaba.

La tos seca y continua despertó a Mario en la cama en mitad de la noche. Sobresaltado, se sentó en el borde por la misma inercia de las sacudidas, pasó sus manos por la nuca sudada y trató de inspirar buenas bocanadas de aire con la boca abierta mientras carraspeaba como acto reflejo. Encendió una luz. Sentía mucha irritación en su garganta, así que alcanzó con su mano la botella con agua de su mesilla y se sirvió en un vaso cristal. Bebió un poco primero. Después algo más. La tos remitió y sus pulsaciones se normalizaron. Observó al gato estirado desperezarse sobre el colchón, brincar al suelo y perderse por la puerta. En el silencio reinante, Mario escuchó el chasquido de la lengua felina golpeando rítmicamente el agua del cuenco que tenía en la cocina. Entonces apagó la luz y se volvió a recostar. “Putos sueños de mierda”, masculló, antes de cerrar los ojos. Solo con un poco de suerte se volvería a dormir.

La noche anterior Anna se había ido a acostar pronto y esta mañana se había levantado a la hora acostumbrada, así que estaba animada porque la táctica de sacrificar estirar la noche para ver el capítulo de la serie de turno le había funcionado, y se sentía más descansada.

Poco después de las nueve, hora en la que sonó su despertador, salió del baño en pijama y se dirigió directa al escritorio que tenía instalado en el comedor junto a la ventana del pequeño balcón. Esa era su pequeña oficina en la que todos los días pasaba por lo menos un rato, y donde le esperaba su teléfono móvil y el ordenador personal.

Su padre aún no se había levantado, pero no tardaría mucho en dar señales de vida.

Lo primero que hizo al sentarse fue mirar si tenía algún mensaje o llamada en el teléfono. Para su tranquilidad, comprobó que no. Acto seguido, abrió su portátil y movió el ratón sobre la alfombrilla para que se encendiera la pantalla. En casa, habitualmente, nunca apagaba el equipo, lo dejaba conectado a la red eléctrica quitándole la batería cuando esta estaba ya cargada. Al iluminarse el monitor vio un mensaje emergente abierto en todo el centro. Nueve emoticonos con forma de fruta aparecían uno a continuación de otro. Un melón. Un plátano. Otro melón. Una manzana. Una pera. Una cereza. Otro plátano. Un kiwi. Y una naranja.

Anna cogió un papel de los que tenía cortados y amontonados a los pies del flexo y, con un bolígrafo, anotó una serie de números: 535042376. Finalmente, cerró la ventana del ordenador. En ese momento oyó la voz de su padre.

— Oiga, perdone, hay alguien ahí. ¿Servicio de desayuno?

Pedro acababa de despertarse y gritaba desde la cama para que su hija le escuchara al otro lado de la puerta de su dormitorio.

A Anna le encantaba su padre. Admiraba muchas cosas de él, pero sobre todo le fascinaba su sentido del humor. Ni en los peores momentos del día actuaba o decía las cosas sin tomárselas un poco a risa.

— Voy, papá. Dame un minuto —voceó Anna, con el rostro sonriente.

Antes tenía que arreglar un asunto. Cogió el móvil, buscó a el contacto de Gabriel en la agenda del WhatsApp y le escribió un mensaje: «*Buenos días :) Ven, por favor*».

Tres horas después, Anna se encontraba en un barrio periférico de la ciudad, a unos cinco kilómetros y medio de su casa. Había llegado hasta allí corriendo, y lo había hecho a muy buen ritmo según ella, pues por su cronómetro había recorrido esa distancia en menos de veinticinco minutos. La vuelta la haría más relajada, que el día podía ser largo y no quería vaciarse.

Tan pronto se recuperó del sofoco, se acercó hasta una cabina de teléfono que aún se mantenía como un armario abandonado en medio de una de las aceras y, de un rápido vistazo en rededor, examinó las inmediaciones. Una vez dentro, sin riesgos potenciales, del bolsillo interno del pantalón deportivo sacó un trozo de papel doblado y unas monedas. Las introdujo en el aparato y tecleó con cuidado el número que estaba escrito. Escuchó sonar la señal del auricular.

Ese mediodía era de celebración en la casa de Ernesto. Hacía algo más de tres meses desde que, por motivo de su sesenta y siete cumpleaños, allí mismo se había reunido toda la familia por última vez. En esta ocasión era por la más pequeña de sus nietos, que cumplía seis años. Como por la tarde sus padres le tenían reservada una fiesta en un parque de bolas con sus amigos del colegio, habían decidido que la niña compartiera su alegría con sus abuelos paternos esa misma mañana.

Repartidos por el comedor estaban Ernesto y su mujer, su hijo e hija, el nuero y la nuera y sus cuatro nietos —dos chicos y dos chicas de cada una de las parejas—. Como ninguno de los chiquillos pasaba de los diez años, y eran muy alegres y movidos, en el salón reinaba una gran algarabía.

Había llegado el momento de soplar la tarta en la mesita de los sofás y la ilusionada niña no le quitaba ojo al fuego de las velas que acababa de encender su abuela y que coronaban el postre. De pie frente a ella, toda la familia empezó a cantar a la vez: «Cumpleaños feliz. Cumpleaños feliz...», cuando Ernesto sintió que su móvil vibraba y sonaba en su bolsillo. Instintivamente lo cogió y, dejando de cantar, descolgó. En el momento que escuchó la voz al otro lado de la línea se violentó de pronto y se apartó del grupo para poder hablar con más intimidad y menos bullicio, pues en ese momento todos los presentes aplaudían y vitoreaban a la benjamina de la casa.

Se había alejado hasta el comienzo del pasillo, junto a la puerta del baño, cuando pegó de nuevo su teléfono a la oreja.

— Dígame —contestó Ernesto.

— Hola, sí, buenos días otra vez. Le llamo porque usted mismo nos ha dejado su número de teléfono esta noche pasada, ¿es así? —la voz de Anna resultaba muy cálida al otro lado de la línea.

Ernesto lo recordó al instante, pero antes de pronunciar una palabra dejó que su mujer pasara a su lado como un rayo en dirección al dormitorio. Después tratando de aislarse más del festejo, giró y encorvó su espalda hacia la pared, y para evitar ser escuchado, pegó la palma de su mano izquierda en la base del teléfono, junto a su boca.

— Sí, sí, lo hice. Dígame —confirmó en voz baja.

— ¿Quiere contratarnos? —preguntó Anna.

— Eh... Sí, sí quiero —aseguró Ernesto.

— ¿Tiene usted el dinero?

— Sí, bueno, no, encima no. Pero lo tengo, sí —le explicó, algo atropellado.

Anna notó su nerviosismo repentino. Y el silencio posterior.

Ernesto había tapado con su mano el micrófono. Su esposa volvía por el pasillo en dirección a él portando unas cajas de regalos y, al pasar a su lado, se detuvo.

— ¿Quién es? —le inquirió con ansiosa curiosidad.

— Nadie. Déjame.

Ernesto se mostró tenso, invadido en su intimidad, y mostrándole el camino con su mano, le incitó a continuar su marcha. En ese momento Anna escuchó ambiente de nuevo.

— No vive usted solo, ¿verdad? —dedujo Anna.

Hasta que su mujer no se integró de nuevo en la fiesta, Ernesto no quiso contestar.

— No. Bueno, hoy tenemos a los hijos de visita, pero no, no vivo solo.

— ¿Dónde y cuándo podemos vernos?

Ernesto volvió a tardar en responder. Comprobó que su mujer estaba con la mosca detrás de la oreja y, a pesar de estar en el convite, no dejaba de mirar atrás hacia la conversación que él estaba manteniendo. Así que, sin titubear, pospuso la charla.

— No sé, no sé qué decirle ahora. Llámeme en dos horas.

Colgó el teléfono y se incorporó con aparente normalidad a la entrega de regalos.

Tan pronto llegó, su mujer, inquieta, quiso saber de nuevo.

— ¿Quién era?

— El abogado —le replicó Ernesto, con ademán de reproche.

La respuesta contentó a la señora que, relajando el semblante, alcanzó un trozo de tarta a su marido.

Linda entraba en la sala de archivo de la Biblioteca Central del Ministerio de Interior escuchando las amables indicaciones de una veterana funcionaria bibliotecaria. En su época de formación y estudio Linda ya pasó mucho tiempo entre estanterías y libros, y en esta ocasión, aunque la pisaba por primera vez y no era especialmente cálida ni bonita, tuvo la impresión de que sería un lugar donde también iba a pasar muchas horas el resto de su carrera.

— Hacia allá, los fondos más antiguos —la mujer señalaba con su dedo índice hacia los distintos sitios—. Documentos electrónicos y publicaciones, en la puerta de la derecha. Arriba, búsquedas documentales y DSI...

Linda seguía atentamente las instrucciones con su mirada cuando reparó en que la mujer se había quedado callada un instante, con el dedo índice apoyado en el moflete, como pensando qué era lo que le quedaba por añadir.

— ¡Ah!, y préstamos a la entrada —concluyó, con una encantadora sonrisa.

— ¿Fotocopiadora? —preguntó interesada Linda.

— Ahí la tiene —la bibliotecaria orientó su cabeza y, con un gesto, apuntó justo unos metros atrás por donde habían pasado.

— Muy bien. Es todo lo que necesito. Muchísimas gracias —se despidió cordial Linda.

La mujer asintió y se retiró hacia la entrada, dejando a la joven agente ya informada.

En la sala no había en ese momento más de seis personas entre policías y personal del departamento.

Linda quiso ponerse en situación, endureció concentrada su rostro e inspiró hondo, como el atleta que sabe que de un momento a otro va a sonar el pistoletazo de salida. La diferencia era que en su caso echaba a correr sin saber cómo de larga sería la carrera. Ni si esta tendría un final. «Paso a paso», reflexionó serena, justo antes de ponerse en acción.

Poco a poco las calles del barrio, de toda la ciudad, se estaban llenando de locales vacíos en alquiler. «Cada vez es más difícil sobrevivir montando un negocio», pensó Mario, que siempre se había imaginado siendo jefe de su propia marca. ¿Pero qué podría ofrecer él a estas alturas de la vida? ¿No estaba ya demasiado oxidado para actualizarse, con lo deprisa que había evolucionado todo?

Los últimos diez años no había hecho otra cosa que conducir, y la mayor parte de ese periodo no había tenido ánimo suficiente para mantener viva su inquietud intelectual, con lo que podía decirse que, a sus cuarenta y ocho primaveras, sentía su cerebro atrofiado para cavilar. No obstante sabía que, en este tiempo como en otros, con formación o sin formación, las oportunidades sólo se conseguían agudizando el ingenio y yendo a por ellas.

Esa tarde Mario caminaba meditabundo por los callejones de la zona vieja de Móstoles cuando, de pronto, al cruzar la esquina, algo llamó su atención y ralentizó su paso. Una tienda con una gran ventanal, un escaparate atractivo y, sobre el cristal, destacando del resto, el cartel de «SE TRASPASA».

Mario se acercó a inspeccionar la fachada y el rótulo comercial. Era una panadería. Después pegó su rostro al vidrio y curioseó en un segundo el interior. Se decidió a entrar.

Dentro del local, un afable panadero —que rondaría la edad de jubilación— despachaba pan detrás del mostrador de su veterano establecimiento. Unos pocos clientes esperaban su turno en fila en el momento en que Mario entró por la puerta.

Mario saludó con un gesto mudo al dependiente y este, amablemente y sin dejar de atender, se lo devolvió. Acto seguido y comprobando la abundancia de gente, aprovechó para escrutar el comercio.

En las vitrinas lucían escasos los artículos pero, en todos ellos, unos coloridos letreros anunciaban que eran artesanos. Mario esperó su turno pacientemente. Una barra de pan. Unas magdalenas. Un bollo para el niño. Cinco cruasanes. Dos baguettes, una docena de huevos, tres botellas de leche... Y una tarta de cumpleaños personalizada para recoger. Enseguida Mario se quedó solo y el panadero se dirigió a él con tono vivo.

— Dígame caballero. ¿Qué le pongo?

— Nada. Me interesa el tema del traspaso —precisó Mario.

— ¡Ah, el traspaso! Hace días que nadie entraba aquí interesado por el traspaso —celebró el hombre, mostrando asombro—. Esa agencia inmobiliaria se queda nuestro dinero pero no hace bien su trabajo. ¿Usted hace bien su trabajo?

A Mario le hizo gracia el comentario del panadero. Y su pregunta. Sin duda, el hombre tenía un sexto sentido para calar a la gente de un primer vistazo muy desarrollado.

En ese momento sonaron los cascabeles sobre la puerta y entraron nuevos clientes, en este caso una madre y sus dos hijos. El panadero levantó la vista hacia ellos, giró su cabeza hacia atrás y alzó su voz.

— Felisa, puedes salir por favor.

Detrás de la mesa un arco cuadrado abierto en la pared daba a lo que parecía ser la extensión del local dedicada a la elaboración de los productos. El sonido de pequeños golpes arrítmicos sobre superficie metálica que salía del fondo de esa dependencia cesó.

— Esperen un momento, por favor —el anciano rogó cordialmente a la madre y a sus alborotados niños.

Entonces, con su brazo abierto, le indicó el camino a Mario.

— Venga usted conmigo.

Mario siguió al propietario, paso al otro lado del mostrador, cruzaron la arcada y justo en la

antesala que conectaba con una sala mucho más grande, se detuvieron un segundo al cruzarse con una mujer también mayor y con delantal, que terminaba de limpiarse las manos con el trapo que llevaba colgado.

— Hola —saludó escueta pero animada la señora.

Mario asintió.

— Atiende afuera, que voy a hablar del traspaso con este señor —le pidió su marido.

Su esposa accedió con gusto y siguió el camino hacia los clientes, dejando a los dos hombres a su espalda contemplándola como alelados.

— Hola buenos días, ¿qué les pongo? —la oyeron preguntar a los potenciales compradores antes de ponerse ellos en marcha.

Mario y el panadero se encontraban ya dentro de la sala donde se hacía la repostería y estaba el horno. El espacio era amplio, de paredes blancas y mobiliario metálico antiguo, pero parecía especialmente limpio. Sobre la mesa había dispuestas distintas bandejas con moldes cubiertos de papel vegetal.

En uno de los lados tenían una pequeña cocina de gas.

Entre los utensilios por allí visibles: una manga pastelera, algún pincel... A Mario le llamó la atención la convivencia, en el mismo rincón, de una pequeña báscula digital plana junto a una voluminosa y preciosa báscula mecánica antigua; y de una potente máquina eléctrica de varillas enchufada en la misma pared donde colgaban cuatro batidoras de mano de toda la vida.

El panadero hablaba con nostalgia y sentido del humor.

— Pues este negocio no es para hacerse millonario pero da para vivir dignamente. Treinta y cinco años hace que lo llevamos, nuestros hijos han crecido aquí... Es perfecto para una familia. ¿Está usted casado?

— No actualmente.

— Bueno, ofertas no le faltarán, que los panaderos estamos muy cotizados.

A Mario se le escapó la risa en esta ocasión con la gracia del viejo y, al instante, torció el gesto y se lo quedó mirando, pensativo: ¿Lo veo como un viejo?—se cuestionó si ese era el término correcto para referirse al hombre que tenía enfrente, y meditó al respecto—. En realidad, con los años que debía de tener, más cerca de los setenta que de los sesenta, no era un viejo, no parecía un anciano, y ni siquiera sabía si había sido o sería ya abuelo. El mundo había cambiando tanto y tan deprisa que hasta la forma de envejecer hoy en día era diferente... Mario reflexionaba en su pensamiento mientras seguía paseando sus ojos por la habitación: En todo caso, sí que podía decir que el panadero era un hombre mayor con una agilidad mental y un salero envidiable. Ya le gustaría a él llegar a esa edad con ese ánimo y esa salud, concluyó en su cavilación.

— Como puede ver, todo lo que vendemos lo hacemos aquí —siguió hablando el dueño—. Tenemos nuestro propio horno. Nunca hemos dependido de nadie. Sano y económico. Usted podrá hacer lo que quiera, faltaría más. Son treinta mil euros de traspaso y quinientos de alquiler al mes, gastos aparte. Un regalo para el que esté listo y nos jubile.

Tras escuchar muy de fondo el sonido de campanillas de la puerta, Mario vio cómo Felisa entró de nuevo en la sala y, echando mano a uno de los boles y a una espátula de silicona, reanudó su trabajo sobre la mesa sin interrumpirles.

— ¿Cuánta capacidad tiene el horno? —consultó con interés Mario.

— Mírelo usted mismo —sugirió decidido el hombre—. Más que suficiente si quiere ampliar nuestro radio de acción.

Mario se acercó hasta asomar la cabeza en el interior del horno, que en ese momento estaba funcionando en muy poca proporción para su capacidad. Estaba construido con ladrillos

refractarios con bóveda de círculo.

— Horno tradicional. Y a prueba de fuego, nunca mejor dicho —prosiguió hablando el panadero—. La leña le diría yo como conseguirla a buen precio. ¿Qué? ¿Cómo lo ve?

Mario cerraba la puerta y sacaba en ese momento la cabeza del arco de la abertura del horno. Su rostro dibujaba una sonrisa de oreja a oreja.

— Lo veo tentador.

— Pues piénselo y decídase pronto —le urgió el empresario—. Tengo el jet privado listo para volar con mi chica al Caribe tan pronto nos saquemos este muerto de encima.

Felisa se dio por aludida al instante y, atareada como estaba, lo miró con reproche simpático.

Mario le sonrió abiertamente y extendió sus brazos a los lados rendido a su talento.

— Muy amable y que tengan mucha suerte —alzó la vista y el tono porque quiso despedirse de ambos.

— Igualmente —repuso el hombre.

Mario le tendió su mano y este se la apretó con amabilidad a la vez que, con el otro brazo, le mostraba de nuevo el camino. Mario salió de la sala en primer lugar.

— Adiós —le despidió la mujer a su paso.

Al rebasar el mostrador y dirigirse a la salida, la puerta se abrió y por ella entraron cuatro nuevos clientes, a los que tuvo que dejar pasar antes de poder irse. El panadero aprovechó esa parada y, alzando la voz, le recordó las bondades del negocio.

— ¡Ya lo ve usted mismo! Esto es un no parar. ¡Nos lo quitan de las manos!

Mario pensó que sí, que si no tomaba con su descarriada vida una decisión pronto, alguien la tomaría por él. Y el final no iba a ser agradable.

Había caído la tarde y el cielo ya oscurecía. Quedaban sólo cinco minutos para lo hora de cierre y el bibliotecario del segundo turno hacía la ronda por la instalación para asegurarse de que por allí no quedaba ningún despistado.

En la sala del archivo de la biblioteca apenas se oía algún ruido. En una esquina tras la columna, en la zona de registro periodístico, Linda aún permanecía sentada visionando y tomando notas en su cuaderno. En la fotocopidora se había impreso un buen número de titulares y recortes de prensa:

MUERTO EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS; IDENTIFICADOS LOS RESTOS DEL CADÁVER EN ESTADO DE DESCOMPOSICIÓN; SIN NOTICIAS DEL EMPRESARIO AMANCIO GIL DESDE HACE TRES AÑOS; HALLADA MUERTA A LOS ONCE DÍAS DE SU DESAPARICIÓN: LA TESIS DE LOS INVESTIGADORES ES QUE LA POPULAR ATLETA SE QUITÓ LA VIDA; DESAPARECIDOS MISTERIOSAMENTE DE LA FAZ DE LA TIERRA; EL TABÚ DEL SUICIDIO;...

...eran algunos de los encabezamientos.

El sonido de los fluorescentes al apagarse devolvió a Linda a la realidad del día y a la percepción del tiempo en el que vivía. Cuando se enfrascaba en algo estimulante se entregaba a tope y a conciencia, no medía intensidad ni tiempo, así que las horas se le pasaban volando. Advirtió cómo se fueron apagando en cascada casi todas las luces próximas a la posición en la que se encontraba.

El bibliotecario había entrado en la sala y se acercó a ella con aire altanero.

— Ya hemos cerrado, por favor.

Linda comprendió que su tono seco no era tanto por la hora —aún no eran las ocho en punto — como porque aún no la conocía, pero ya tendría tiempo ella de ganarse su simpatía y arañarle esos últimos minutos.

— Sí, sí, perdone. Ya me voy —respondió presta.

Se afanó en recoger sus papeles y fotocopias y, en menos de un minuto, salió alegremente de allí.

— Buenas noches. ¡Y gracias! —le gritó.

La estación de Atocha rezumaba a esa hora una mezcla de olores

nada homogénea entre el tufillo áspero procedente de los conductos de ventilación, los productos de limpieza en uso y el aroma que emanaban de su interior los locales de restauración. Precisamente de uno de ellos salía Anna que, vestida tal y como lo haría una monja dominica, con hábito de color blanco, velo negro, escapulario blanco sobre sus hombros y un rosario de quince misterios sujetos al cinto, acababa de desayunar un café con leche y seis churros y caminaba ahora en dirección a la puerta de acceso a vías número tres. Llevaba en una de sus manos una bolsa grande de El Corte Inglés con lo que parecían cajas de regalo en su interior. Se dirigía al convento Santa María del Pilar que las religiosas tenían en Zaragoza, según informó con serenidad a alguno de los vigilantes que le ayudaron a pasar por los controles el bulto.

Ya dentro del vagón caminó con dificultad entre las butacas hasta encontrar su asiento. Probó sin éxito colocar la bolsa anudada en la estantería superior destinada al equipaje de mano y lanzó una mirada de auxilio a su alrededor, momento en el que un amable pasajero se ofreció a llevarle el paquete hasta la otra punta del vehículo, al otro pasillo de acceso en el que se encontraba el armario lateral abierto y amplio en el que amontonar las maletas. Anna agradeció sinceramente el gesto y se sentó reconfortada. «Sin duda, si mi padre pudiera verme actuar así, como en una película, se quedaría con la boca abierta» —pensó. Según ella, su interpretación de religiosa resultaba de lo más verosímil.

Una hora y cuarto más tarde, a unos trescientos treinta kilómetros de la capital, Zaragoza ciudad la recibió. No era ni mucho menos la primera vez que viajaba hasta allí. Desde que apostó por esta forma de ganarse la vida, haría unos cinco años, al menos unas cuatro veces había acudido hasta aquí por negocios, y otras tantas por placer. No obstante, Zaragoza era la quinta urbe más poblada de España, y su relevancia histórica y monumental, así como su incesante actividad cultural, la convertían en una atractiva válvula de escape para mentes necesitadas de aire como la suya. Por no decir que una vez, en una de esas ociosas visitas, conoció a alguien con el que por la noche se acostó y a la mañana le hizo tilín, por lo que convino —para disfrutar más tiempo junto a él— en estirar su estancia allí unos pocos días; justos los que necesitó para dejar de oír el tintineo de los cascabeles y retornar convencida a su atrayente soltería.

Eso sí, nunca antes hasta ese momento se había paseado por esas calles mañanas vestida así, de monja.

Al salir de la estación, Anna cogió un taxi que la llevó hasta la puerta de entrada del Parque Grande, la zona verde más importante y conocida de la ciudad. Una vez allí se adentró en los jardines por la avenida principal y caminó con pausa, llevando consigo la bolsa de regalo. Como iba con algo de tiempo decidió acercarse hasta la base de las escalinatas que crecían frente a la circular fuente de colores. Este lugar más que ningún otro, y no sabía bien por qué, le evocaba al Parque del Retiro de Madrid, y le hacía sentir cómoda, como en casa. Sabía, fruto de aquel corto romance, que el final de las escaleras ofrecía una romántica vista del entorno, además de ser ahí, en lo más alto, el lugar donde se encontraba el monumento al Rey Alfonso I El Batallador —una enorme estatua que se alzaba sobre un pedestal a modo de torreón medieval y del que su amante tantas cosas le contó—. Pero este no era el momento de recrearse ni de gastar energías. Así que se quedó unos minutos apoyada sobre la barandilla de piedra blanca que se encontraba entre el final del paseo y el comienzo de la ascensión, junto a las gradas de agua, mirando la poca pero variopinta gente que pasaba por allí a esas horas. En ese corto lapso de tiempo y con el sonido de los surtidores de agua tanto hacia un lado como hacia el otro, logró alcanzar la tranquilidad que necesitaba.

En torno a las once de la mañana Anna merodeaba la zona conocida como la terraza La

Rosaleda. Allí, entre coquetos y discretos jardines, en una zona arbolada, se encontraba la fuente de chorro nada extraordinaria que le había servido de referencia para citar a su cliente. Se detuvo y escrutó alrededor. Unos bancos más allá, a unos cincuenta metros, localizó a un hombre de espaldas sentado en un banco, estimó que sexagenario, con una bolsa con forma rectangular apoyada sobre sus inquietas piernas. Según el protocolo, era él. Anna aguardó entonces un rato más para verificar que todo estuviera en orden. Nadie sospechoso en las inmediaciones. Nada raro a la vista. Él estaba solo. Las manos a la vista sobre el paquete. No había peligro. Se encaminó hacia él.

— Buenos días —le abordó ella por la espalda.

El hombre se volvió despacio, con gesto intrigado, que se tornó en pasmo al ver que era una monja la que se dirigía a él.

— He quedado con usted, hablamos ayer por teléfono —prosiguió Anna.

— ¿Disculpe? —pronunció él, visiblemente contrariado.

— Sólo es un disfraz —le aclaró Anna con normalidad, señalando su atuendo—. ¿Me puedo sentar?

El hombre arqueó las cejas y asintió mecánicamente mientras ataba cabos. Luego contestó cortés.

— ¡Ah! Desde luego, hermana. Siéntese.

Anna se sentó en la otra mitad del banco poniendo su bolsa también sobre sus piernas. Con la vista al frente, continuó la conversación.

— Bonita su ciudad —afirmó.

— Como todas, supongo —contestó sin pasión él.

El hombre, que mantenía la espalda recta apoyada en el banco, tenía su cabeza girada hacia ella y mueca de extrañeza en el rostro. Anna, que lo controlaba por el rabillo del ojo, lo miró también.

— Así que vive con su mujer.

— Sí. Y por nada del mundo quiero que sospeche nada. Nada —exigió con vehemencia él, remarcando las sílabas y mirándola fijamente a los ojos.

— Tranquilo. Ni ella ni nadie lo hará. ¿Lleva las llaves del coche, verdad?

— Sí.

— Perfecto. ¿Y el dinero? Empecemos por ahí...

— Aquí lo traigo —el hombre agarró la caja de zapatos que escondía la bolsa sobre sus piernas y extendió sus brazos hacia ella. —Tenga.

En ese mismo momento, Anna echó mano al interior de su bolsa de regalos y sacó, de entre varios envoltorios, una caja de zapatos oscura que intercambió con diligencia con la del cliente.

— Échele un ojo mientras tanto a esta. Coja... —le indicó Anna, refiriéndose a la caja que le entregaba.

Anna colocó la caja de zapatos sobre el resto de paquetes que escondía la bolsa sobre su rodillas. Levantó la vista y oteó los alrededores con precaución antes de decidirse a abrirla. Alguna persona paseaba a lo lejos. Unas pareja de jóvenes se habían sentado en una de las mesas de la terraza de una cafetería cerrada.

Anna entreabría la tapa y metía su mano dentro cuando reparó en que el hombre que tenía a su lado se había quedado inmóvil, mirándola como un pasmarote.

— ¡Vamos! ¡Vamos! —le azuzó, levantando repetidamente los dedos de su mano con la palma hacia arriba.

El hombre reaccionó de pronto. Ojeó entre sus piernas y la miró a ella. Volvió a observar

abajo y a su lado, desconcertado.

— ¡Ábrala! —le ordenó ella—. Es puro teatro. Aparente normalidad.

Ahora sí, el hombre destapó la caja que le había entregado la monja para descubrir un montón de fotografías variadas de paisajes y animales amontonadas en su interior. Las fue cogiendo y levantando una a una para ver de qué eran.

A su vez Anna, con la tapa descubierta sin llegar a desvelar todo el fondo, las dos manos en el interior de la caja, y agudizando la vista, contaba con disimulo el dinero.

En medio del cálculo mental, en un número de millar redondo, Anna miró al cliente con cercanía.

— Le recomiendo que vea la del koala, es muy divertida.

Tan pronto el hombre escuchó la sugerencia, se afanó en localizar la foto del animal.

Anna se giró de nuevo y continuó con la suma hasta terminar, confirmar la cifra resultante, darla por buena y cerrar la caja. Más tarde escondería los billetes en el bolsillo que ella mismo había cosido en el interior de la túnica a la altura de vientre, proyectó en su cabeza.

— Muy bien —musitó para sí.

Al dirigir su atención hacia él lo encontró examinando, sin expresión en el rostro, la foto del koala.

— ¿Qué le parece? —preguntó con expectación ella.

— Increíble —contestó plano e impertérrito él.

Ocasionalmente, cuando Anna se desplazaba sin el micro escáner 3D y el ordenador, hacía uso del maletín de moldes rápidos, botes con líquidos gelatinosos de solidificación rápida. Sin descuidar el contacto de su mano con la ubicación del dinero, Anna sacó una pequeña maleta metálica de la bolsa y la apoyó en el banco entre él y ella. Después introdujo en su bolsa grande de plástico primero la caja con el efectivo y luego, tras devolver él las fotos al interior y cerrar la tapa, la caja con las instantáneas.

— Sigamos. Llaves... —reclamó ella.

Desde que el teniente Marcos les asignara el caso hacía dos semanas, Linda tenía la sensación de que los días pasaban rápido y, por el momento, no resultaban muy fructíferos. Básicamente había dedicado las jornadas a visitar la Biblioteca Central del Ministerio y documentarse con el máximo número posible de casos que pudieran guardar relación con ese nuevo perfil de desapariciones —y a tratar de establecer posibles nexos de unión o coincidencias entre ellos, obviamente—. Su radio de acción se había limitado primero a los archivos de sucesos de índole autonómico, pero al poco había extendido ya su búsqueda de noticias en todo el territorio nacional. Solo de los últimos dos años había recabado veintisiete nombres de personas desaparecidas sin ninguna enfermedad diagnosticada y buena salud cuyas familias seguían todavía sin conocer nada de su estado físico ni su paradero. Sin saber si seguían vivos o habían muerto. Linda entendía que lo que estaba consiguiendo con ese concienzudo trabajo de rastreo era solamente información y datos. Nada más. Pero contextualizar el asunto y haber construido esa base de conocimiento sobre la que apoyarse le permitiría ahora abordar el pistoletazo de salida a la investigación activa con más recursos. Además, tal y como se había imaginado, este tiempo le había servido también para ganarse la simpatía de Juan, el bibliotecario de la tarde, así que se sentía doblemente satisfecha con el trabajo realizado.

Ese día, como casi todos, la comisaría estaba atestada de personas y actividad. Linda había decidido poner en común sus investigaciones con Esteban y gastar entre las cuatro paredes de la oficina toda el día. Y en eso estaban, en el rincón más alejado de la planta menos uno, afanados en sus tareas. El agente veterano sentado entre carpetas y fotocopias de periódicos, revisando concienzudamente los casos y las notas aportadas por Linda. Y ella a su lado, con el auricular del teléfono pegado en la oreja, su libreta abierta sobre la mesa y el bolígrafo Bic de tinta azul apuntando hacia la página en blanco en su mano.

Eran las doce del mediodía, tres horas después de iniciar la mañana, y Linda había marcado ya por lo menos una docena de números de teléfono de la lista de comisarías y delegaciones que había elaborado su colega. En todas las ocasiones sin obtener resultados. Sin embargo, como comprobó Esteban, y a pesar del barullo reinante, el tono de su voz no decaía, ni tampoco el ánimo.

— Sí, soy Linda, agente del equipo del Teniente Marcos. Preguntaba a su compañero por la denuncias —la interlocutora la cortó en seco.

— Ya me ha contado. Vamos a ver...

Linda escuchó a la mujer hablando para sí a la vez que tecleaba las teclas del ordenador.

— Denuncias recientes, ¿verdad?

— Sí, eso es, recientes —aclaró Linda.

Esteban vio cómo Linda esperaba en silencio concentrada, con la cabeza inclinada hacia abajo y la mirada fija en la hoja de su libreta.

De pronto la mujer soltó una cifra.

— Aquí tengo dos...

El cuerpo de Linda dio un respingo de alegría.

— Dos, pero ya están retiradas —matizó la voz femenina.

Linda suspiró lamentándose. O su compañero no le había detallado el filtro o ella no lo había entendido bien.

— No, si ya se han retirado las denuncias no me interesa —le matizó—. Que el caso siga sin resolverse, por favor.

— Vamos a ver... —volvió a decir pausadamente la mujer.

Linda levantó la mirada hacia Esteban. Por un momento dudó de si esa frase la había

escuchado a través del auricular o procedía de la oficina, de él concretamente. Esteban estaba absorto en los informes, así que dedujo que había sido la mujer, y que como para él, era una muletilla inconsciente que soltaba al ponerse con algún cometido que exigiera cierta concentración. Igual esa expresión era un distintivo generacional de aquellos agentes más veteranos a los que la informática les costaba un poco más y necesitaban abordarla con calma, aventuró Linda, mientras aguardaba una respuesta.

Esa mañana, en la oficina también se encontraba el experimentado agente Fran que, amistosamente, como de costumbre, se acercó a saludar por la espalda a su buen amigo Esteban, apoyando las dos manos sobre sus hombros.

— ¿Cómo va eso? ¿Necesitáis algo?

El agente veterano giró su cabeza para atrás buscando el contacto visual de su compañero.

— De momento poca cosa. Dando palos de ciego —contestó, con cierta resignación.

— ¿Así que nada nuevo bajo el sol? —preguntó insinuante Fran, dirigiendo su barbilla hacia la joven agente.

— Sí. Tu horrible cara. Esa que tienes —bromeó Esteban, señalando con su índice hacia el rostro que tenía encima del suyo.

— Tú sí que eres feo, calvo, calvito —le espetó desde detrás con burla Fran, mientras le zarandeaba sin parar los hombros con sus manos.

— ¡Estate quieto, joder! —gruñó Esteban que, por acto reflejo y para quitárselo de encima, se levantó bruscamente de la silla.

— ¡Eh, eh, eh! Tranquilo —voceó su amigo.

El chirrido de la silla al moverse y el tono festivo de los dos agentes molestó de pronto a Linda, que levantó la cabeza, los miró con rostro serio, y les exigió silencio fijando su dedo tenso sobre su boca. Esteban y Fran se quedaron mudos al instante y asintieron, levantando además sus palmas en señal de haberlo entendido.

Linda apretó el auricular en su oreja y volvió a inclinar la cabeza hacia la mesa.

— ¿Sí? Dígame...

Sus labios esbozaron la primera sonrisa del día.

— Carlos Arnas. Hace quince días.

Linda repetía lo que escuchaba a la vez que lo apuntaba en su libreta. Tanto Esteban como Fran se quedaron de pie expectantes, contemplando el floreciente brillo que iluminaba el rostro de su compañera.

— Su hija puso la denuncia. Dígame la dirección. Sí, apunto. Calle Paredes de Nava, portal veinticuatro, tercero B. Perfecto, gracias.

Linda colgó el teléfono súper satisfecha a la vez que terminó de escribir la dirección con el bolígrafo.

— Tengo el primer sitio donde ir a preguntar —se dirigió con entusiasmo hacia Esteban—. Y calentito. Una mujer denunció la desaparición de su ex marido hace quince días en el distrito de Ciudad Lineal.

— ¿Has pedido que te envíen la denuncia? —preguntó al instante él.

Linda torció el gesto de su rostro asumiendo el descuido y negó con su cabeza.

— Prioritario. Ya estás tardando —urgió Esteban.

Linda reaccionó con inmediatez y volvió a coger el teléfono para llamar.

Fran tocó de nuevo con su mano el hombro de su amigo con guiño de complicidad y mueca de aprobación.

— Ya veo que os vais entendiendo —se despidió.

Al llegar a las inmediaciones del destino y coger la rotonda con el vehículo, Mario recreó la vista y relajó su rictus unos segundos con las sugerentes imágenes de arquitectura creativa que se proyectaban en cada una de las cuatro pantallas gigantes de led que formaban las paredes de edificio con forma de cubo que dejó a su derecha. La luminosidad de la proyección se integraba con armonía en el entramado de las luces de farolas y automóviles que a su paso iluminaban esa zona por la que entraban a la ciudad. Era casi la medianoche, y Mario y John llevaban casi tres horas en carretera.

Bajando a escasos metros de allí, sin llegar a cruzar el puente del Tercer Milenio, el navegador les hizo desviarse a su izquierda. El solar al que accedieron era una explanada asfaltada de grandes dimensiones y un alumbrado muy puntual y sutil. Al estar ahora próximos al nivel del río Ebro, desde allí destacaba sobremanera, encaramado en uno de los lados, el edificio de la estación de ferrocarril Zaragoza-Delicias junto al que habían pasado en ruta hacia tan sólo tres minutos sin apenas reparar en su dimensión.

Mario comprobó que, para el tamaño del recinto, apenas había vehículos estacionados, y alguno de ellos se habían quedado dispersos y solitarios, con lo que dirigió la furgoneta a una de esas zonas despejadas y menos iluminada. Estacionó marcha atrás junto a un escuálido árbol, paró el motor y apagó las luces.

— Aquí estamos bien — afirmó Mario.

Tanto él como John vestían cada uno con su habitual ropa de trabajo azul oscuro y permanecieron un rato sentados a cara descubierta oteando a través del cristal delantero de la cabina.

— Esa debe ser la estación de tren — dedujo el joven, señalando hacia arriba.

— De tren y de autobuses he leído — matizó el mayor—. Pero aquí y a esta hora ya ves, hay poco movimiento.

John miró alrededor, hacia la zona urbana. Al fondo, las pantallas de led continuaban animando la entrada del barrio; a su izquierda, un moderno puente iluminado con luz blanca se elevaba sobre el río como sacado de un anuncio; y más allá, junto a la ribera, entre luces de ciudad, se divisaba el skyline nocturno y azulado de una zona de edificios futuristas. A sus ojos, la noche ofrecía un entorno aparentemente vanguardista pegado a ese siniestro páramo de asfalto en el que permanecían detenidos.

— Desde aquí tiene buena pinta esta ciudad — comentó el joven.

Mario no contestó y miró su reloj, que marcaba las once y treinta y uno de la noche.

— Estará al caer — advirtió.

Solo unos minutos después, los faros de un coche se adentraban lentamente en el aparcamiento por el mismo lugar por el que lo habían hecho ellos.

— Mira, ese puede ser — apuntó John.

El coche rebasó la posición en la que se encontraban y se detuvo a unos noventa metros, en una zona más al fondo y desierta. Otros tantos metros más para allá, la tenue iluminación de las farolas daba paso a la oscuridad, y la plancha de alquitrán se transformaba en tierra.

John abrió entonces la guantera y, de encima de uno plásticos, sacó una fotografía. En ella, el

rostro serio de un hombre de barba y pelo blanco, con gafas de montura oscura rectangular, mostraba extrañeza. Su aspecto era cuidado, llevaba una camisa gris, tenía la parte superior la cabeza despejada y su edad rondaría los sesenta y pico años, según calculó en ese primer vistazo. Dio la vuelta a la instantánea y, en el dorso, encontró algo anotado con bolígrafo azul. Inclinandose y ayudado de la propia luz que salía de la guantera, leyó en voz alta.

— Peugeot 307, granate. Matrícula Zeta, Cuatro, Uno, Tres, Seis; letras *de, ele y hache*.

John levantó la vista y corroboró que esos datos coincidían con los del vehículo recién estacionado.

— Es él —suspiró—. Esperemos que todo vaya bien.

Mario, que mientras escuchaba la información no había apartado la mirada ni un instante de la trayectoria que había seguido el coche, ni se inmutó, y continuó observando.

Dentro del Peugeot color carmesí, y en el momento de adentrarse en el aparcamiento, Ernesto escuchaba en radio clásica música de Johann Sebastian Bach, *Coral Herr Christ, der einige Gottes Sohn BWV 601*, traducido en boca del locutor como coral para órgano Señor Cristo único Hijo de Dios, interpretada por M. C. Alain. Guió su vehículo desde la calle principal hasta la zona más despejada y tranquila y lo estacionó correctamente encajado y alineado con las últimas líneas blancas visibles del suelo. Sin parar el motor, apagó la luces de cruce primero y las de posición después. Con la manos apoyadas en el volante y la mirada fija al frente, llenó de aire sus pulmones y exhaló resoplando. Bajó su ventanilla un poco y volvió a respirar. A continuación, abrió la puerta y se bajó del coche directo hacia el maletero. Lo abrió y, agarrando bien con sus dos manos y tirando fuerte, de su interior sacó un aparatoso rollo de tubo de plástico flexible que apoyó en su caída sobre el asfalto. Se agachó, soltó un agarre de velcro a modo de brida que salía de una de las bocas y que mantenía enrollada la manguera, y con el extremo de 55 milímetros de diámetro en su mano, y con precaución para no quemarse, lo enganchó sobre el tubo de escape y lo agarró después con las tiras de sujeción. En ese momento Ernesto verificó como el humo y los gases resultantes de la combustión del motor dejaron de aflorar ante sus narices y, de pronto, tuvieron que recorrer cuatro metros más de distancia antes de salir despedidos a la atmósfera. Funcionaba. Cerró el maletero y, tras una pequeña pausa contemplativa, extendió la manguera hacia adelante, se colocó de pie entre la puerta abierta y el asiento de conductor, e introdujo desde ahí el tubo a través del hueco que había dejado en el cristal de la ventanilla. Estiró lo suficiente el conducto de plástico, se sentó y cerró con cuidado la puerta. Una vez dentro, con el extremo del cilindro asomando frente a él, subió la ventanilla lo justo para que el caño se sostuviera firme. Respiró hondo. Alargó su brazo derecho y, del asiento del copiloto, cogió un par de pastillas de la caja de tranquilizantes que había dejado al alcance antes de salir. Se las tomó bebiendo agua de la botella que también tenía ahí prevista. Restregó su espalda por el respaldo conforme lo inclinaba unos grados, y se puso cómodo en el asiento estirando las piernas lo que pudo. Apagó las luces del interior del vehículo. No había pasado ni un minuto desde que había cerrado la puerta y ya se notaba como el aire se estaba enturbiando y el ambiente se notaba denso. Cerró los ojos. En la radio continuaba sonando música de Bach, ahora la *Invención a dos voces en do mayor BWV 772* interpretada al piano por T. Fellner. Ernestó amó toda su vida la música clásica y especialmente a este compositor, pero llevaba tiempo sintiendo como esas melodías resbalaban planas sobre sus tímpanos y no le activaban ninguna emoción.

Mario, que continuaba atento, con la mirada fija en el coche del cliente, bajó ahora ligeramente su ventanilla. La quietud y silencio de la noche era tal que, además del acompasado canto de los grillos del entorno de la ribera, podía oír perfectamente el ruido del motor del

Peugeot al ralentí.

— ¿Cuánto tiempo? —le preguntó John

— Media hora —estimó Mario, haciendo un gesto oscilante con su mano.

Los dos se miraron un instante antes de volver la vista al frente. A pesar de llevar poco tiempo con él, Mario reconocía en John un joven alegre con un gran espíritu de aprendizaje y una capacidad de adaptación admirable. Sabía que el chico era cuidadoso y había asimilado rápido frenar su curiosidad para evitar molestarle, pues tardó poco en descubrir que Mario no era un hombre ni risueño ni de muchas palabras. El día que John se subió a la furgoneta por primera vez, a punto estuvo de tener que bajarse en el tercer semáforo. Mario ese día no estuvo bien y le mostró su peor cara, pero la reacción que tuvo el joven el resto de la jornada bastó para poner en valor su inteligencia emocional y su compromiso. En esta situación, y sin que pronunciara palabra alguna, Mario acababa de advertir en los ojos del joven las ganas de entender, de preguntar acerca de esta forma de actuar que para él era nueva. Pero se estaba conteniendo, tratando de disimular. No sabía para qué le podría servir este conocimiento en el futuro, pero quiso explicárselo.

— Se conoce como «la muerte dulce». Ahora se practica menos —Mario esperó a que John girara su rostro hacia él y prosiguió—. Al inhalar monóxido de carbono de forma continua se le bloqueará la capacidad de la sangre en transportar oxígeno, lo que le provocará primero un estado de sopor, confuso pero placentero, en el que su cuerpo se adormece paulatinamente hasta producir parálisis de todos sus músculos. Si nada lo impide se desvanecerá de pronto, perderá el sentido y sufrirá una parada cardíaca. Muerte rápida y sin dolor. Ni se enterará.

El reloj de la furgoneta marcaba las veintitrés horas y cuarenta minutos. Mario y John observaron cómo un coche deportivo blanco entró al solar más rápido de lo normal y pasó por delante de ellos acelerando.

No sabría decir cuánto rato llevaba abandonado en sus pensamientos en búsqueda de la paz interior con el sonido del piano de fondo cuando sus párpados reaccionaron instintivamente a un destello de luz que incidió directa y fugazmente sobre su cara. Un coche maniobraba y pasaba de largo junto al suyo buscando ubicarse en el aparcamiento. Ernesto entreabrió un instante los ojos, pero en su aturdimiento, no detectó nada por lo que no seguir manteniéndolos cerrados, sumergido como estaba, junto a las notas musicales, en una piscina de pentagramas.

Desde la furgoneta pudieron ver cómo el coche deportivo había pasado despacio junto al Peugeot después de derrapar y girar ciento ochenta grados haciendo un trompo. Por un instante temieron que, a pasar del todo el espacio disponible, el vehículo fuera a detenerse junto al de su cliente. Pero no. Estacionó más próximo a la zona urbana. Del interior del coche blanco salieron dos chavales jóvenes y una chica también veinteañera. Cuando el conductor se encaminó a la parte de atrás del coche, Mario receló que fuese a abrir el maletero para sacar algo de bebida y hacerse un botellón allí mismo con sus amigos y la música retumbando por los altavoces. Ese escenario comprometería seriamente su situación y el trabajo que habían venido a hacer. ¿Había contemplando Anna esa posibilidad? Desde luego, la zona parecía propicia. Mario chascó su lengua, inquieto. Por suerte de nuevo, lo que el chico sacó de dentro, agarrada por el asa, fue una funda con su guitarra dentro. Y los tres echaron a andar en dirección a las viviendas del barrio.

— No han visto nada —trató de tranquilizarlo John.

— No parece —respondió seguro Mario—. Sería peor al revés, que fuera nuestro cliente quien los viera a ellos, se asustara de pronto, y le diera por abrir la puerta y pedir auxilio.

John recreó esa hipótesis en su pensamiento y le produjo intriga.

— ¿Alguna vez ha salido mal?

— Sólo una vez —afirmó serio Mario—. Fue por culpa de mi ayudante.

John giró sorprendido su rostro hacia él.

— ¿Tu ayudante? ¿Y qué hiciste con él?

— Me lo cargué.

Mario contestó firme, sin dejar de mirar al frente, pero sabía que el joven estaba mirándolo atentamente y escuchó su risa nerviosa, así que volteó brusco su rostro hacia él.

— ¿Te hace gracia? —le espetó duro.

John hizo una mueca avergonzada con media sonrisa tratando de excusarse, y sacó su propia conclusión al respecto.

— Bueno, supongo que es por eso que ahora hago yo su trabajo.

Ahora fue Mario el que, impasible, disimuló sus emociones. La ágil salida del joven le reafirmó en su opinión sobre él. Sabía seguir el juego y jugaba sus cartas a la perfección. Recursos tenía de sobra.

John se levantó del asiento como si nada.

— Voy a preparar. Espero no cagarla...—le soltó atrevido.

Brincó por el asiento hacia la parte de atrás de la furgoneta. Mario se quedó sólo en la cabina mirando al exterior a través de la luna delantera de la furgoneta y escuchó al chico comenzar a montar y a disponer con cautela los útiles que en un rato necesitarían. La bolsa negra con cremallera. El reloj de pared. El asunto estaba yendo bien, y por fin su rostro destensó el gesto y sus labios esbozaron una ligera sonrisa. Sin embargo sabía que, solo en cuestión de minutos, el humo denso que se iba ido acomodando en el interior del coche granate saldría por la ventanilla a la misma velocidad que ahora entraba por el tubo, y llamaría la atención de cualquiera que pasase por allí. Así que había que actuar con diligencia, porque llegar a que se diera esa situación no era prudente.

Ernesto, que descendía tranquilo hacia el azul oscuro de la profundidad sumido en un grato sueño, de pronto sintió cómo el agua le zarandó y las imágenes de su pensamiento se emborronaron. Un ligero ataque de tos acompañó ese repentino mareo con el que su cuerpo trató de acercarlo a la consciencia. Ni siquiera abrió los ojos. Notó la garganta seca y por impulso estiró su brazo y tanteó con su mano tratando de localizar la botella. No tenía aliento para más, desistió y se refugió entre los algodones del adormecimiento.

El reloj digital de la furgoneta marcaba ahora media hora más que en el momento en que Ernesto entró al parking con su coche: los cuatro ceros, justo la medianoche. John había terminado de prepararlo todo en la parte de atrás y aguardaba ya sentado de nuevo en la cabina junto a Mario. La tensión provocada por el movimiento de varios coches en el recinto había hecho que los últimos minutos de espera prudencial se les hubieran pasado lentísimos, así que, en este punto, los dos manejaban cierta inquietud y trataban de controlar a la vez su producción de adrenalina.

— Las máscaras —ordenó Mario.

John abrió la guantera y sacó dos máscaras idénticas de látex; una se la pasó a Mario y otra se la quedó él. Tanto uno como otro se la pusieron si dilación.

Mario miró a John. John miró a Mario.

Sus caras eran ahora las de un varón de unos cincuenta años, de corte clásico, con el rostro resplandeciente y sonrisa amable, que se peinaba su escaso pelo hacia atrás y lucía dignamente su despejada frente.

— ¿Quién cojones es este tipo? —preguntó Mario.

— Ni puta idea —repuso John.

Ninguno de los dos sabía ni le importaba la trascendencia que para Anna tenía la figura de Billy Wilder, y los momentos y emociones que gracias a sus películas había podido compartir junto a su padre.

John sacó dos gorras, se puso al vuelo una y le pasó la otra a Mario.

— Gorras. Toma.

En esta ocasión Mario rehusó ponérsela y la devolvió a la caja del salpicadero. Arrancó la furgoneta y la dirigió, sin encender las luces, junto al coche del cliente, deteniéndola en paralelo en el lado del conductor y dejando algo de espacio entre los vehículos. Aún así, trató de tapar lo más posible lo que iba a ser su área de acción.

Como era posible que el hombre hubiera echado los pestillos desde dentro y las puertas estuvieran cerradas, Mario había puesto en uno de sus bolsillos del chaleco las llaves del coche que Anna había duplicado.

Sin parar el motor y con el freno de mano activado, Mario y John salieron presurosos del furgón a la vez, con sus quehaceres claros. John, en labor de infantería, comenzó abriendo completamente el portón de la furgoneta por detrás y disponiendo de los utensilios de trabajo; y Mario, con atribuciones médicas asignadas, fue directo a abrir la puerta del coche y, cubriéndose la nariz con un pañuelo para protegerse del aire turbio que salió de golpe, se dispuso a verificar las constantes vitales del cliente. Primero, se sacó un instante el guante y comprobó, apoyando sus dedos índice y medio sobre el cuello a un lado de la tráquea, justo debajo del ángulo de la quijada, que el hombre no tenía pulso. Y después, acercando su oído a su nariz y con la mano sobre su vientre, que efectivamente ya no respiraba. Se cubrió la mano de nuevo antes de continuar. Descolgó la manguera, subió la ventanilla, apagó el motor, quitó la música y se preparó para sacarlo. John se acercaba entonces.

— Ayúdame —solicitó Mario.

— ¿Está muerto? —quiso asegurarse el joven.

— Tiene que estarlo.

Entre los dos sacaron a Ernesto del coche y lo depositaron con tino en la bolsa negra que John había dejado desplegada y abierta en el suelo junto al acceso trasero a la caja de la furgoneta. Después lo levantaron como un macuto y lo metieron dentro del vehículo, sin que asomara por el hueco ninguna parte. A continuación, como si se tratara de una coreografía perfectamente ensayada, recogieron y revisaron el automóvil de arriba a abajo, llevándose consigo cualquier resto u objeto que pudiera comprometerles. John se encargó del maletero y exteriores; Mario abrió las dos puertas de lado del conductor y se encargó de explorar todo el interior.

Cuando Mario, ayudado de su linterna, terminó con su exhaustivo análisis, sacó la llave del contacto, salió con cuidado del coche, meneó la puerta de delante unas cuantas veces antes de voltear ambas, y cerró el coche con llave.

En un segundo, Mario se subió a la furgoneta de un salto y, tras cerciorarse de el que joven ya estaba dentro, con un fuerte empujón hacia sí cerró de sopetón el portón trasero.

John ya había depositado sobre el cadáver de Ernesto su fotografía y los papeles con la información. Mario dejó caer también en el interior de la bolsa la caja de los tranquilizantes y la botella de agua, sacudiendo también de sus guantes los restos metálicos que protegían las pastillas y que había encontrado dispersos sobre el asiento y el suelo.

— Tranquilizantes.

— Bravo por él —frivolizó mecánicamente John.

Ernesto lo había puesto fácil, haciendo todo tal y como se le había pedido.

— Vamos —dijo Mario, a la vez que agarraba el peso con sus dos manos.

Entre los dos levantaron el saco y lo encajaron en el interior de la caja con forma de reloj de pared que tenían montado a su vera.

— Termina tú —ordenó Mario—. Nos marchamos.

Tan pronto se sentó en el asiento de la cabina puso primera, soltó el embrague y, sin dejar de pensar en la situación de inestabilidad en la que todavía se encontraba John —pululando sin sujeción en la parte trasera—, apretó con delicadeza el acelerador para salir despacio pero cuanto antes de allí. Al poco, en el primer semáforo, cayó en la cuenta de que aún llevaba puesta la máscara.

— ¡John, las putas máscaras! —gruñó.

Se quitó la suya como pudo y la aventó para atrás. John se disponía a fijar la tapa del reloj cuando recibió volando el revoltijo de látex que impactó en su hombro.

— ¡Joder, sí! —reparó el joven.

Acto seguido cayó a su lado también la gorra que Mario no se había puesto y le acababa de lanzar. Las juntó con su parte, destapó la caja, abrió un poco la cremallera de la bolsa, introdujo los cuatro elementos de camuflaje dentro y retomó hasta el punto en el que se había quedado para continuar con el trabajo.

Con el sonido del martillar de clavos, la furgoneta emprendió su viaje de madrugada por la autovía.

La temperatura del horno alcanzaba los trescientos ochenta grados cuando Mario cerró la puerta y subió los dígitos hasta ochocientos cincuenta. Dentro de él habían introducido, a modo de ataúd, el armazón de madera que simulaba ser un reloj de pared, en cuyo interior descansaba el cadáver con sus propias pertenencias personales, cartera y documentación, así como las cosas que habían recogido en su coche: las medicinas, el agua o las llaves. Además, a un lado de la base, se empezaba a quemar también la maleta de viaje que Ernesto había preparado con mimo para la ocasión —y que John había retirado del maletero de Peugeot—, y el artilugio de plástico de cuatro metros que el joven había separado del tubo de escape y enrollado de nuevo para depositarlo en la furgoneta antes de ayudar a Mario a cargar con el muerto. Por supuesto, los útiles necesarios para la identificación, datos y fotografías, así como las máscaras y las gorras, también eran pasto de las llamas.

Tras hacer el recuento en su mente, Mario miró su reloj, eran las cuatro de la madrugada. No era mala hora. Al darse la vuelta para hacer tiempo vio a John dolorido. Se estiraba la espalda con mueca de dolor y exhalaba para sí lamentos.

— Putos horarios. Si no te importa me subo a la furgoneta a echar una cabezada. He dormido poco que anoche quedé con...

— No me cuentes tu vida, John —le interrumpió Mario—. Ve, y cuando esté listo, te llamo.

— De acuerdo.

John, resignado, levantó la palma de su mano en señal de disculpa. La sala en la que se encontraban era amplia, fruto de la ampliación de un garaje con parte de la planta baja de la vivienda, pero no dejaba de ser una cochera particular, así que sólo tuvo que caminar unos metros para llegar al furgón, abrir la puerta del copiloto, subirse al asiento, y quedarse ahí dormido.

Mientras tanto, Mario dirigió su pasos con cierta letanía hacia un lateral, la zona donde diversos útiles de limpieza colgaban de clavos o ganchos en la blanca pared. Dos escobas de cerdas duras, un cepillo barrendero, varios recogedores metálicos y dos sets de fregona destacaban sobre el resto. Todos elevados a cincuenta centímetros del suelo. Junto a ellos, en un rincón, sobre una mesa metálica, un gran triturador de cocina.

En el exterior de la construcción en la que se encontraban, oscuridad y naturaleza. Sonidos de la noche entre verdes y densas montañas. El caserío disfrutaba de una localización privilegiada, resguardada por la vegetación y a una docena de kilómetros de la carretera asfaltada más cercana. El núcleo de población más próximo era un pueblo de escasos doscientos habitantes a dieciséis kilómetros de allí. Y a su alrededor apenas se localizaban un par de casas de campo antes —al principio del camino—, y una casona después, todas ellas de fin de semana y muy poco frecuentadas.

Ese día la luna llena, entre estiradas nubes blancas, aclaraba el negro del cielo e iluminaba el valle en su inmensidad. Situados en la explanada en la que desembocaba el camino de tierra y grava que llevaba hasta la casa, se adivinaban a contraluz los perfiles de las montes y laderas circundantes. También se contemplaba la espesa y gris cortina de humo que, desde hacía unas horas, salía por la chimenea y que, al poco, conforme el aire le empujaba, se alejaba y perdía difusa en el manto negro del firmamento.

En el silencio de la noche, entre la inmensidad de la montaña, el seco zumbido del fuego que arrojaban los quemadores ambientaba la estancia. Mario miró a John. Se había recostado en el sillón y dormía profundamente con la boca abierta de par en par. Sin duda, el crepitar de las llamas al quemar tenía un punto relajante y le ayudaría a soñar, supuso Mario. Pero él prefería el sonido de las olas del mar. Con ellas no existía vínculo. Siempre estaban ahí cuando las necesitabas, formando parte del paisaje. No eran fruto de su intervención, de sus acciones, sino que, impulsadas por el viento, ondeaban y rompían libremente, como por decreto natural. Le resultaba imposible no entregar sus sentidos a esa liviana musicalidad. Pero los crujidos procedentes del interior del horno resonaban distintos, con carga emocional detrás. A Mario esos chasquidos de combustión le martilleaban el oído y le mantenían en tensión, expectante, atento. Aunque cerrara los ojos, sus oídos permanecían alerta, sensibles al centelleo chispeante de las llamas, impidiéndole cualquier tipo de relajación. En la quietud de la casa y de la noche, con ese repetitivo rumor de hoguera de fondo, lo único que Mario era capaz de hacer mientras esperaba era darle vueltas a la cabeza. Cuál sería la intensidad de las llamaradas en cada momento; a qué velocidad se calcinaba el cuerpo; o qué tiempo quedaría para terminar, eran devaneos recurrentes que no le atormentaban especialmente. Preguntarse por qué había llegado a esta situación o hasta cuándo iba a seguirse engañando, sí.

Tres horas más tarde Mario apagó el horno y encendió la función de refrigerador que accionaba tres ventiladores. Esa media hora menos de calor que esa noche le quitaba a la incineración le iba a dificultar algo el siguiente paso pero, en contrapartida, les permitía salir de allí tan pronto comenzara a amanecer.

Ayudado del voluminoso atizador de carbón —de unos cuarenta centímetros de pala— que agarró a dos manos por el mango de madera en el que culminaba una varilla de acero tan larga como él, fue arrastrando y amontonando, poco a poco, las cenizas y demás elementos carbonizados en la cámara principal del horno. Sin interrupción, empujó todo hacia afuera para hacerlo caer en el balde de plástico azul que tenía apoyado junto a sus pies. Después, con un cepillo metálico afinó la limpieza del interior, y con una escoba convencional y un recogedor, quitó del suelo los restos calcinados que habían quedado esparcidos en el trasvase. Cuando lo tuvo todo controlado, la boca del horno apenas emanaba el mismo calor que el que saldría de cualquier sauna mal cerrada de un balneario.

Mario agarró el cubo color mar y, con cuidado, volcó su interior en el amplio vaso de cristal de la trituradora industrial que estaba en la esquina. Le puso la tapa y apretó el botón rojo.

El fuerte sonido inundó de pronto la sala y despertó de golpe a John, que abrió sus ojos como

platos, sobresaltado y algo desorientado. Desde el interior de la furgoneta vio cómo algún hueso calcinado de Ernesto todavía daba vueltas tratando de descomponerse entre las aspas de aleación de la batidora, junto con el resto de las partes de su cuerpo, y pertenencias, convertidas ya en cenizas. Bostezó.

La resonancia del habitáculo era difícilmente soportable. El joven bajó rápido del vehículo y fue directo al rincón. Aguardó unos segundos a que se completara el proceso y apagó el ruidoso aparato. Como un autómata, aún perezoso, agarró con su mano una urna biodegradable que estaba apoyada en la mesa y, en cuanto cesó el molesto eco de reverberación que aún coleaba entre las cuatro paredes, comenzó a vaciar en ella el contenido de cenizas y restos óseos recién molidos. Al coger la segunda urna buscó con la mirada a Mario, y lo encontró afanado en limpiar el interior del horno.

— No me has avisado —le reprochó en voz alta John.

Mario dio un paso atrás y giró su rostro hacia él.

— Qué esperas, si duermes como un tronco —contestó áspero e hizo una pausa antes de continuar, señalando hacia la trituradora con media sonrisa—. Este despertador no falla.

John afeó su decisión con una mueca y terminó de vaciar las cenizas en la segunda urna. Miró su reloj y se dirigió a la furgoneta.

Junto a las mangueras, los ojos de uno y de otro se volvieron a encontrar.

— ¿Y qué has hecho tú solo este rato? —quiso saber el joven.

— Nada. Qué voy a hacer. Esperar —respondió el mayor.

Mario observó cómo John meneaba su cabeza con resignación al abrir la llave de paso. «Esperar», pudo ver cómo el chico reprodujo mudo la palabra en sus labios. Tampoco es que hubiera hecho una cosa distinta a dejar que pasara el tiempo, opinó Mario, pero sin duda podía haber sido más cordial y compartir con el risueño joven alguna de sus inquietudes. «Bueno — resolvió de inmediato Mario en sus pensamientos—, había cosas que hacer, tenían poco tiempo, y a fin de cuentas, no estaba ahí para hacer amigos».

Tal y como había previsto, poco después de despuntar el alba, Mario conducía la furgoneta entre los campos de cultivo que se encontraban a unos cincuenta minutos al este una vez que se cogía la carretera principal. La bruma de la mañana hacía que la luz del sol en ese momento tiñera el ambiente de un amarillo intenso, convirtiendo el paisaje de extensiones de lavanda a un lado, y de trigo a otro, en un espectáculo cromático singular.

John miraba por la ventanilla como embriagado por el aroma y los colores imperantes, recreándose en la paleta de violetas, amarillos, marrones y azules con la que parecía haberse pintado el cuadro impresionista que tenía ante sus ojos.

Un poco más adelante cuando, por un lado, las plantas moradas de lavanda daban paso a un inmenso campo de almendros y, por el otro, el rubio del cereal se tornaba en el verdoso color cardo propio del cultivo de Cártamo —con sus vistosas cabezas florales doradas—, Mario atisbó a lo lejos una singular y monumental encina más que centenaria que le recordó que ese era el punto que buscaban, así que redujo la velocidad y arrimó la furgoneta bien al borde derecho de la carretera. John, que aguardaba expectante a la señal de Mario con una urna entre sus manos, asomó entonces medio cuerpo por la ventanilla del copiloto y fue derramando su contenido y esparciendo las cenizas a lo largo de la tradicional y espinosa extensión color esperanza de las plantas de Cártamo, de cuyas semillas, abonadas ahora con los restos de Ernesto, ambos sabían que se extraerían, al tiempo, todo tipo de aceites vegetales.

John estaba eufórico y gritó de felicidad alzando sus brazos al cielo. Mario entendía perfectamente esa exaltación. La ceniza suspendida en el aire y volando por el campo mientras los

rayos del sol la atravesaban, provocaban una imagen muy estimulante también para él, con haces de luz y partículas a contraluz sobre fondo natural. Recuerdos de otra época. Romanticismo. Belleza en estado puro.

Cuando terminó con la primera urna, John cogió la segunda. Las sensaciones de júbilo se repitieron, aunque ligeramente atenuadas. Al terminar de vaciarlas el joven se dejó caer a peso sobre su asiento. Su rostro reflejaba satisfacción.

— Guau tío. ¡Qué subidón! —resopló contento John.

Una mueca de agrado torció la boca de Mario, que con sus dos manos reposadas en el volante, miró con orgullo al chico.

— Un final de película. Descanse en paz.

John, aún extasiado, aguantaba la segunda urna vacía en su mano.

— ¿Qué hacemos con esto? —le preguntó.

— Nos desharemos de ello, tranquilo —le recordó Mario—. Pero aquí no.

Acto seguido, su pie derecho apretó decidido el pedal del acelerador.

Esa mañana Linda y Esteban habían decidido ir a visitar la dirección de la vivienda habitual en la que Carlos Arnas vivió hasta el mismo momento de su desaparición. El agente veterano conocía de sobra el distrito de Ciudad Lineal y condujo el coche policial hasta allí mientras le contaba a la joven la de veces que sus noches de juerga desenfrenada terminaron templándose en alguna de las populares churrerías con las que el barrio contaba, especialmente la que se encontraba en el cruce de García Noblejas con la calle Alcalá.

Como nadie les esperaba en el portal del edificio de cinco plantas de ladrillo naranja caravista, decidieron entrar a preguntar a algún vecino. Aunque habían pasado ya diecinueve días desde que la hija interpuso la denuncia, Linda pensó que quizá todavía podían pescar en la finca algún testimonio relevante o ver algo que les diera alguna pista.

Les abrió a través del portero automático una mujer que vivía en el piso frente a la puerta de Carlos. Tras llegar al rellano de la tercera planta y saludar, Linda abrió enseguida su libreta y, apoyada sobre la carpeta en la que llevaba los informes y papeles del caso, tomó notas.

— ¿No vio u oyó nada extraño esos días? —preguntó Esteban en ese momento—. ¿Algún desconocido en la finca?

— No. No recuerdo nada que me llamara la atención —contestó la vecina.

Linda examinó bien a la mujer que salió a recibirles: estaba vestida de calle pero recubierta en bata color avellana. Menuda, flaca, pelo moreno corto, de unos cincuenta y muchos años, y con acento francés, eran alguno de sus rasgos distintivos. Dedujo que era una persona nerviosa, pues miraba a un lado y a otro cuando escuchaba y también al hablar, como si fuera presa de un tic. También podía ser por simple curiosidad o intranquilidad —contempló en sus razonamientos la joven—. No obstante, no todos los días dos agentes de paisano llaman a tu puerta y se identifican como policías.

— ¿Y cuándo fue la última vez que lo vio? —le inquirió su compañero.

— Uy, qué sé yo. Tal vez hace un mes, o más... — comentó ella, tras lo que miró alrededor antes de aproximarse a Esteban y bajar la voz como si fuera un secreto lo que le iba a decir—. Es un hombre muy reservado, ¿sabe?

El sonido de alguien subiendo aprisa a pie activó la curiosidad de la mujer, que rápidamente dirigió su mirada hacia el hueco de la escalera. Desde luego, era cotilla, advirtió Linda.

Un joven policía uniformado apareció en el rellano sin signos de sofoco y con una hoja gruesa enrollada en la mano, que entregó a Esteban nada más llegar.

— A sus órdenes —saludó en plural—. Perdón por el retraso —se disculpó.

Esteban abrió la lámina y comprobó que era el cartel de búsqueda del desaparecido con el que la familia había solicitado colaboración ciudadana tanto por el barrio como en las comisarias próximas, y que incluía la foto de Carlos en la edad actual, una descripción física y los datos personales relevantes, así como la fecha de la desaparición y la forma de proporcionar cualquier tipo de información que pudiera ser de utilidad.

De un vistazo, Linda apuntó dos detalles que no conocía sobre Carlos: los últimos veinte años de su vida había trabajado como técnico de mantenimiento en una residencia de ancianos; y era aficionado a las carreras populares, consiguiendo distintos premios en la categoría de veterano.

Tras esos segundos de contemplación, Linda y Esteban levantaron intrigados el rostro al escuchar las pisadas de más pasos acercándose.

— Ha llegado ya su hija —reaccionó de pronto el joven policía, cayendo en la cuenta que no lo había explicado aún—. He entrado con ella y se había quedado abajo abriendo el buzón. Subía detrás de mí, también por la escalera. El ascensor se os debe haber quedado mal cerrado.

Linda observó la cara de extrañeza con la que reaccionó la vecina. El agente aragonés caminó hacia la puerta atascada del ascensor, la abrió y cerró con una mano para inspeccionar bien el movimiento y después, tras fruncir la boca enigmático, la terminó de cerrar con un ligero empujón.

— ¿Y eso? —preguntó Linda a la vecina, señalando con el mentón hacia el elevador.

— Yo nunca lo utilizo, pero que yo sepa, nadie del edificio se ha quejado —replicó esquivando la mujer.

Linda se acercó a inspeccionar y tocar con su propia mano la chapa del estrecho ascensor y, cuando se disponía a anotar en su libreta el detalle de esa incidencia, la hija del desaparecido llegó al rellano. Esteban enrolló apresuradamente el cartel.

— Buenos días —la recibió con amabilidad Linda.

— Buenos días, agentes —saludó cortésmente la recién llegada, que asintió con su mirada a los tres policías para terminar dirigiéndose a la vecina con un tono más seco—. Hola Amparo.

Con la respuesta gestual y recelosa de Amparo, y su silencio posterior, Linda infirió que ninguna de las dos se tenían simpatía. Esteban miró a la mujer mayor y le exigió, señalando con su mano el camino a la vivienda, la intimidad que en ese momento necesitaban.

— Puede retirarse, señora. Muchas gracias.

La mujer se dio la vuelta cariacontecida y se metió en el piso a regañadientes, muerta de curiosidad.

— Estaré abajo si me necesitan —anunció el joven policía antes de encaminarse escaleras abajo.

— Hasta luego Jorge —le despidió Linda.

Linda conocía a Jorge pues, casualidades de la vida, había coincidido con él en la fiesta del año anterior al de su graduación en la Escuela Nacional de la Policía de Ávila. Una amiga de un amigo se lo presentó, y estuvieron charlando el resto de la noche. Hacía un año que a él lo habían destinado a la Comisaría del Distrito de Ciudad Lineal en Madrid, y no lo había vuelto a ver. Por lo poco que pudo saber a través de las conversaciones telefónicas oficiales que habían mantenido los dos últimos días para procurar esta visita, no le iba mal. Desde luego él pensaría que a ella le había ido mucho mejor.

— ¿Es usted Pilar Arnas, la hija de Carlos Arnas? —quiso confirmar antes que nada Linda, centrando ahora todos sus sentidos en la denunciante.

— Sí, soy yo. Hija única.

Linda entreabrió la carpeta y sacó de ella un folio, que alcanzó a la mujer.

— Mire, aquí tengo la orden de registro de la vivienda. Compruébela.

Pilar agarró la hoja y la empezó a leer con atención. Linda quiso aprovechar ese momento para seguir preguntando.

— Dígame, ¿hace cuánto que...?

El sonido metálico procedente de la mirilla de la vecina le interrumpió. Los dos policías y la hija giraron su rostro en dirección a la vivienda que tenían detrás. Ellos no podían ver a Amparo, pero podían imaginarla agazapada cual gata al otro lado de la puerta. Linda terminó de confirmar que esa mujer de acento francés era una persona de natural fisgona y entrometida. Y además indiscreta. Esteban había llegado también a la misma conclusión, y entendió que la conversación exigía aún más intimidad.

— Perdón, Pilar. Pasemos ya dentro, por favor.

Pilar sacó rápido las llaves de su bolso, pues las acababa de utilizar para abrir el portal y el buzón hacía tan solo un rato, y se encaminó a la entrada.

Una vez los tres estuvieron dentro, Esteban cerró la puerta.

Para Linda, el piso respondía al de una familia trabajadora normal de propietarios ya de cierta edad, pues conservaba un buen número de muebles antiguos y, en general, una decoración bastante barroca, con muchos elementos decorativos por aquí y por allá... Sin duda, la casa tenía posibilidades como vivienda. Por lo menos tenía dos habitaciones, una sala de estar, la cocina, el baño y el comedor en el que estaban. Si fuera suya —pensó Linda—, en dos días parecería un hogar mucho más espacioso, pues casi todo lo que veía a su alrededor le recordaba a la casa de sus abuelos nonagenarios, y era para ella prescindible. Cortinas como las de antes, láminas enmarcadas, cubre mesas, alfombras geométricas, ceniceros de cristal, reloj de cuco... Detestaba todo eso y el recuerdo del olor a polvo en los tejidos cuando abrían la casa del pueblo en verano o por Navidad.

Ahí de pie, desde el punto del salón en el que en ese momento observaba con la libreta abierta, lo único que le gustaba de la estancia eran las fotos familiares, la luz natural que entraba por las ventanas y la limpieza.

Mientras Pilar terminaba de abrir las persianas, y Esteban se había puesto los guantes azules e inspeccionaba con pausa en dirección a la cocina, Linda destacó en su libreta la higiene y el orden que, a primera vista, podía apreciarse en la casa. Si eran cosa de Carlos, podía afirmarse que el desaparecido era un hombre bien cuidadoso. Meticuloso, escribió.

— Así que este es el piso de su padre... —arrancó Linda, esperando confirmación.

— Sí, vive aquí, solo, desde hace años —verificó la hija, que de inmediato buscó acomodo en una de las sillas..

— ¿Y de la limpieza se encarga él? —preguntó la agente, a la vez que pasaba su dedo índice sobre el borde de un jarrón y lo frotaba contra el pulgar.

— De momento sí. Alguna vez le he echado una mano, pero ya ve —señaló hacia el gesto con la mano de la agente—, es un poco maniático, no suele hacer falta.

Pilar sonrió nostálgica con la mirada perdida.

— Explíquenos por qué vive aquí solo —solicitó Esteban, asomándose desde la entrada a la habitación principal.

— Bueno, hace unos diez años mis padres se separaron y él volvió a vivir a este piso, que entonces tenían alquilado. Yo crecí aquí, guardo grandes recuerdos...

Linda observó cómo el tono de Pilar transmitía emoción mientras su vista recorría en ese momento las estanterías del salón, cargadas de libros y de fotografías, sobre todo de ella misma, en los distintos hitos de su vida.

— ¿La denuncia de su desaparición la puso usted?

— Sí, claro, vengo a verle a menudo, y no contestaba.

— ¿Qué tal se lleva ahora él con tu madre?

— Mal, que quiere que le diga. Acabaron mal. Hace tiempo que no quieren saber nada el uno del otro.

Esteban salió del dormitorio y pasó por el salón camino hacia el aseo.

— El informe dice que usted advirtió que sólo echaba en falta una maleta, los útiles de aseo y las medicinas de su padre.

— Así es.

— ¿De qué está enfermo? —quiso saber Linda.

— ¡De nada! Rodillas. Colesterol. —Pilar le restó importancia haciendo aspavientos con las manos.

— ¿Dónde cree que puede haber ido? —preguntó frunciendo el gesto la agente.

La hija meneó la cabeza con gesto de no tener ni idea. Los policías le dieron su tiempo respetando su silencio.

— ¿Sabe usted si tenía pareja o se estaba viendo con alguien? —inquirió directamente Esteban al salir de explorar el baño.

— No, pienso que no. Al menos nunca me dijo.

Linda se había quedado absorta mirando una fotografía enmarcada sobre un mueble en la que aparecían, posando en bañador en una playa, el desaparecido Carlos, un hombre de cincuenta y tantos años, de mediana estatura —de un metro y setenta y cinco centímetros, calculó con las referencias que veía—, de pelo castaño y raya a un lado, que exultante y orgulloso agarraba con su brazo por encima de los hombros a su risueña hija rubia, y levantaba los dos dedos de su otra mano en señal de victoria. Linda se preguntó cuál sería la relación normal entre un padre y una hija a esas edades, qué nivel de confianza y complicidad compartirían. Enredada de pronto en melancolía volvió a la realidad levantando el rostro, y miró alrededor buscando alguna reacción de Esteban a la que agarrarse, pero él andaba ocupado abriendo y cerrando armarios y cajones en otro cuarto.

Con ese sonsonete de registro de fondo Linda sonrió amable hacia la cariacontecida Pilar y decidió releer sus anotaciones. En ese momento no creyó oportuno preguntar a la hija por si sabía si su padre desarrollaba alguna actividad ilícita, o si tenía algún enemigo peligroso, así que trató de disfrazar con sutiliza parte de esa inquietud.

— ¿Cree que le puede haber pasado algo?

SEGUNDO ACTO

Anna durmió esa noche como un tronco. Las dos últimas semanas, además de ir una par de veces al gimnasio, había salido a correr día sí y día no, incluyendo un par de tandas largas, de unos 14 kilómetros, y el cuerpo le pedía descanso. Pero ella no pensaba dárselo, al menos no más del necesario. Se sentía perfectamente y esa mañana le tocaba salir de nuevo a quemar zapatillas.

Hacía casi dos horas que habían desayunado junto a su padre y, vestida ya de corto y antes de salir, aprovechó un instante de intimidad para abrir el portátil y comprobar si había recibido alguna notificación en forma de frutas. Efectivamente. Plátano, uva, melón, fresa, plátano otra vez... cogió el bolígrafo y un recorte de papel y anotó el número resultante del trampantojo de color. Ya se iba a levantar cuando, al cerrarse la ventana emergente, se abrió una segunda en la que las frutas se disponían en un orden distinto. «Vaya, esto va a más» —pensó. Por el otro lado de la hoja anotó otras nueve cifras. Y esperó un segundo.

El timbre de la casa sonó con una melodía reconocible. Ta, tatata ta. Ta, ta. Anna se apresuró, cerró el ordenador, dobló el pequeño recorte de folio y se lo metió al bolsillo interior de su pantalón. Era el momento de salir.

— ¿Todo bien, papá? —preguntó entreabriendo un poco la puerta del baño.

Últimamente Ramón pasaba más tiempo del habitual en el servicio.

— ¿Tú que crees, hija? Ya sabes lo que decimos los de mi edad: «*Yendo bien, cada día peor*».

Anna vocalizó burlona y simultáneamente el refrán que de boca de su padre habría oído unas mil veces el último año. Mil no, pero cien seguro —se corrigió para sí esbozando una sonrisa.

— Menos refranes y más fibra es lo que te hace falta —le recomendó con retintín su hija desde el pasillo.

— Ya, ya —replicó como pudo Ramón en pleno esfuerzo.

Anna arqueó las cejas con el sonido y resolvió terminar la conversación y voltear la puerta.

— Sube Gabriel. Pasadlo bien —le deseó con alegría Anna antes de salir.

— Descuida —pareció querer decir Ramón apretando los dientes.

A pocos kilómetros del piso donde Gabriel y Ramón despachaban a gusto la película *El Golpe*, ambientada en los años treinta, y en la que Robert Redford y Paul Newman interpretaban a dos timadores dispuestos a ejecutar un ingenioso y complicado plan para vengar la muerte de un amigo, en un restaurante de la capital, en pleno Paseo de la Castellana, a la altura del estadio Santiago Bernabéu, un hombre llamado también Santiago bebía un trago largo de la copa de vino mientras esperaba que le sirvieran la comida que había pedido hacía unos minutos. De un tiempo a esta parte, y ya habrían pasado unos cuantos años, sólo ocasionalmente encontraba el ánimo suficiente para salir a comer con la intención de darse un buen festín, de calidad, y tratar de volver a disfrutar de algo que tanto le había apasionado en su vida pasada, los banquetes. Ese día sí que había sentido brotar esa energía latente en su interior y no había dudado en atravesar la puerta del local al pasar como tantas veces caminando por delante de él de vuelta del trabajo y en dirección a su casa. Como apenas pasaba del mediodía, había querido comer ligero, y había recurrido a dos entrantes fríos: una templada de bacalao, y un carpaccio de buey con parmesano y aroma de trufa,

que para él marinaban perfectamente con el tradicional vino de reserva de Rioja que acostumbraba a beber en estas ocasiones. Si no flaqueaba el temple y se quedaba con hambre, siempre podría culminar la sesión con un arroz a banda de conejo y caracoles o unos huevos rotos con jamón, que mucho tiempo atrás fue su plato preferido.

Ahí estaba salivando en el recuerdo de uno de esos infrecuentes placeres que de vez en cuando le regalaba la vida cuando el camarero apareció de repente a su lado con las dos bandejas de pescado y carne a la vez, tal y como Santiago le había solicitado.

— Señor, aquí tiene. Buen provecho —le deseo amable el camarero.

— Gracias —respondió seco Santiago, sin quitar la vista de los platos.

Se rellenó de nuevo con tranquilidad la copa de vino, saboreó un nuevo trago relamiéndose los labios, cogió los cubiertos con sus manos y, cuando se disponía a cortar pinchar un trozo de bacalao para llevárselo a su boca, el sonido del teléfono le detuvo.

Santiago levantó el teléfono móvil que tenía sobre la mesa y vio en la pantalla que el emisor de la llamada era un número desconocido. Telemarketing —supuso.

— ¿Sí, quién es?

— Hola. Le llamo porque usted nos escribió noche y...

Santiago notó de inmediato que a la desconocida voz al otro lado de la línea no le preocupaba en absoluto mostrar un tono ondulante y vivo para llamar su atención, sino que le hablaba más bien en tono plano y bajo.

— ¿Podemos hablar? —terminó preguntando la mujer.

Santiago se quedó pensativo un momento mirando los platos de comida que tenía frente a él.

— Sí, claro —afirmó al fin el hombre—. Dígame.

Cincuenta minutos más tarde la voz de Anna viajaba a través de la línea telefónica hasta la tercera ciudad más grande de España, la primera de la costa levantina, a la orilla del mar Mediterráneo, Valencia, a poco más de trescientos cincuenta kilómetros de Madrid. Tras terminar la llamada con Santiago, Anna había emprendido de nuevo la que ella denominaba «la ruta de las cabinas, III», un itinerario potencialmente circular por la periferia de la ciudad que, según conveniencia, podía estirar desde los seis kilómetros hasta los veinte. Esa primera parada la había hecho cuando llevaba tres mil metros recorridos, en el primer teléfono público por el que pasaba el trayecto, en un polígono industrial próximo a las vías del tren. El aparato funcionaba a pesar de su apariencia, pues el armazón rectangular que protegía el teléfono estaba parcialmente descolgado de la pared sobre la que reposaba, además de en un estado deplorable, por viejo y descuidado. Para encontrarse la segunda cabina, esta sí vestida con la clásica estructura de cristal rectangular y en mitad de la acera, había recorrido otros seis kilómetros más, hasta el barrio de Valdebernardo, en pleno distrito de Vicálvaro.

Al otro lado de la línea telefónica una mujer que había dicho llamarse Nieves se mostraba ahora agitada y balbuceaba como a punto de romper a llorar. Por su timbre de voz Anna la imaginó de no más de sesenta años, y por lo situación que le describió, tenía una enfermedad complicada y hablaba desde un cuarto piso, apoyada en la muleta, y pegada al enorme mirador de cristal que su piso tenía en la esquina del comedor, con la ventana abierta de par en par.

— Es que no aguanto más, no aguanto más esta mierda... —Nieves parecía que iba a estallar de un momento a otro—. Lo haría ahora mismo, ahora mismo —repitió para remarcar la posibilidad real que tenía ante ella—. Pero no quiero darles ese gusto, ¿sabe usted? Son unas hienas desagradecidas que sólo están esperando que me muera para...

— No, no, no —Anna la cortó en seco—. No me cuente nada ahora, por favor, por teléfono no... —guardó unos segundos de apaciguador silencio—. Y no tome esta decisión en caliente.

Nieves se serenó de pronto mientras se arrancaba las lágrimas de los ojos con el dorso de su mano.

— Uy, en caliente no, qué va. Qué va —replicó templando su tono—. Hace días que sé que mi tiempo aquí se ha terminado.

— La entiendo. Y estoy con usted, de verdad. ¿Cuándo podemos vernos?

— Cuando quiera. Aquí me tiene. Preparada.

El rostro de Anna hizo un gesto de extrañeza al creer escuchar de fondo por el auricular el ladrido de un perro, que un segundo después pudo corroborar al escuchar a Nieves decir con cariño: «Sí, bonito, sí, yo también te quiero»

— ¿Tiene usted perro? —Anna debía confirmar ese punto.

Nieves contestó seria, con la cabeza inclinada y su vista clavada en los inteligentes ojos del animal, un tranquilo beagle que movía su cola alegre y la miraba con la misma devoción a ella.

— Snoopy. Podría decirse que es lo único que tengo —dijo a modo de sentencia.

— Me dice concretamente cuál es su dirección, por favor.

Al día siguiente a Anna le tocaba descanso físico. Sin embargo, se había obligado a levantarse a una hora prudente. Se había duchado, desayunado, ocupado de su padre y después había elegido un vestuario poco habitual en ella pero con el que se sentía muy cómoda: unas sandalias planas, una falda negra con coloridas flores estampadas, una blusa blanca de tirantes y un sombrero marrón discreto.

Mientras se maquillaba frente al espejo del baño y pensaba en las cosas que podía haber hecho un día como ese en una ciudad con playa si la visita no fuera exclusivamente de trabajo y con el maletín a cuestas, desde el otro lado de la puerta su padre la observaba con orgullo desde el pasillo.

— ¿Qué? ¿Me llevas a la fiesta contigo? —le propuso alegre Ramón.

A Anna le salió una risa natural que culminó en una sonrisa de oreja a oreja y brillo alegre en los ojos.

— Te aburrirías, papá —le dijo con ternura a través del espejo.

— ¿Aburrirme yo? Podíamos probar un día, quién sabe...

Ramón reanudó su camino hacia el pasillo fingiendo resignación y tristeza. Anna sacudió su cabeza resoplando a la vez y pensando que el hombre no tenía remedio; cogió entonces el cepillito para peinarse las cejas, cubrió de sombra los pequeñas calvitas en cada uno de los lados y, con el pincel, difuminó el producto. En cuanto se pintara los labios, saldría pitando de allí. A las once salía el tren que, en menos de dos horas, la llevarían a conocer a Nieves en persona.

Por primera desde que llegó destinada a esa comisaría, a esas horas de la mañana —rondaría el mediodía—, Linda podía trabajar con cierta tranquilidad y hablar con los compañeros a dos metros de distancia sin tener que levantar la voz. Por lo que fuera, ese jueves no se apreciaba tanto movimiento ni trasiego de gente pululando alrededor como había sido habitual. No sería porque el mundo hubiera amanecido siendo un lugar mejor —pensó absurdamente mientras cotejaba, en su mesa, el último informe estadístico sobre desapariciones en España que tenía en la pantalla del ordenador, y repartía las cifras en el esbozo de mapa peninsular que ella misma había dibujado en su libreta.

Notó la vibración de su móvil en el tablero de su escritorio. Sabía que era su madre, le tenía dicho y redicho que intentara no llamarla en horario comprometido, pero era irreductible. Siempre había estado muy pendiente de ella, desde pequeña, pero especialmente a partir de la adolescencia, en los estudios, al tener que salir de casa, durante la carrera... Vaya, que no iba a ser diferente ahora que su hijita se había ido a vivir y trabajar más lejos que nunca. Ante esa perspectiva, Linda reaccionó con previsión y buscó una aplicación de móvil que le permitiese elegir silenciar determinados números y dejar que sonaran el resto, y la encontró. Y silenció el de su madre. Exclusivamente. ¡Qué ingrato parecía el gesto, pero qué útil resultaba! Estaba convencida de que si un día andaba metida en una operación importante, en el momento de mayor concentración, en el silencio previo a una detención coordinada, su teléfono sonaría bien alto y sería su madre preocupada por su espalda, para preguntarle qué tal había dormido esa noche. Y la operación se iría al garete. Y ella también. Pero en ese momento Linda no estaba haciendo nada relevante que no pudiera esperar, así que descolgó el teléfono y saludó a su querida madre.

— ¿Cómo te va, hija, estás bien? —le preguntó con tierna preocupación su madre.

— Estoy bien. Muy bien —remarcó con seguridad Linda.

— ¿En el trabajo también?

— Sí, en el trabajo también, mamá.

Linda levantó la vista y notó que, como contrapartida, la tranquilidad reinante en la oficina favorecía que su conversación fuera menos discreta, así que giró un poco la silla a un lado y bajó el tono casi hasta el susurro.

— Estamos investigando —prosiguió.

— ¿Y qué investigas?

— Uf, no te lo creerías... —de pronto Linda titubeó y rectificó guardando silencio.

— ¿Qué? —replicó impaciente su madre.

— Nada, era un expresión, de broma. Lo normal —hizo ademán de estar incómoda—. Cosas de policías.

— ¿No te pondrás en peligro?

— No, no hay peligro. Para nada. Tranquila mamá.

— ¿Comes bien, de todo?

A Linda se le escapó una risa nerviosa recordando la hamburguesa con patatas que se había preparado la noche anterior.

— Sí, como bien, y de todo.

— Ya, te creo.

Linda sabía que en ese punto las dos mintieron, pero ambas con buena intención. Engañar a una madre no era tarea sencilla ni siquiera sin más pruebas para ella que su propia voz.

— ¿Has llamado a tu primo Fede? —continuó como si tal cosa la madre.

— Jo, sigues con eso... No, no lo he llamado.

— ¿Pero habrás conocido a algún chico?

— Por supuesto que sí mamá, pero no en el sentido que te preocupa. Ni quiero. No tengo tiempo ahora de pensar en eso. Estoy concentrada en mi trabajo, mamá. Sólo trabajo.

— Estás sola hija, te vendría bien relacionarte.

Linda enarcó de pronto la cejas al comprobar que el Teniente Marcos irrumpió en su campo de visión y se dirigía, directamente, hacia la posición en la que se encontraba ella, lo que hizo que precipitara el final de la conversación.

— Mamá, déjame, que ya no soy una niña —le reprochó con cierta aspereza.

— ¡Pero hija! —exclamó molesta su madre.

— Besos a la tía —endulzó Linda el tono como despedida y cortó de golpe.

El oficial se había detenido a su lado y aguardaba a que la agente colgara el teléfono. Desde el punto de vista de Linda, mirando hacia arriba, la figura del Teniente Marcos resultaba más que imponente. Intimidaba. Su postura corporal altiva, la impavidez de su rostro, el pelo cano... Era bien conocido en la oficina por su rectitud y el nivel de dedicación que exigía a sus equipos. Y corría entre los compañeros más de una anécdota relativa a su fuerte carácter y a los visibles encontronazos que había mantenido incluso con sus superiores. Desde luego había llegado al final de su trayectoria policial con un expediente intachable y ganándose el respeto de todo el mundo. Y la admiración. Pero también el temor. O al menos eso es lo que añadió Linda en sus pensamientos cuando conectó su mirada con la de él y, de súbito, un eléctrico escalofrío recorrió su cuerpo, desde la cintura hasta su nuca.

— Su madre se preocupa por usted —pronunció, con tono grave y rictus serio y trascendente.

— Sigue pensando que soy una niña —le contestó Linda, haciendo una mueca de resignación.

El oficial destensó el porte y sonrió cercano.

— No se lo reproche. A sus ojos siempre...

A Linda le pareció que el teniente iba terminar la frase diciendo que siempre sería su niña, pero no lo hizo. El hombre pareció emocionarse, el brillo en los ojos y el cariño de tono al hablar lo delataba. No obstante, él sabía alguna cosa de Linda que ninguno más en la oficina conocía.

— Está bien tener quién se preocupe por uno. Y usted aún tiene a su madre.

— Sí, eso sí —valoró con tristeza ella.

— ¿Alguna novedad con los desaparecidos?

El teniente había recuperado de pronto el tono autoritario y la presencia corporal.

— Estamos en ello —informó con brío la agente.

— ¿Y Esteban? —preguntó extrañado el superior levantando la barbilla y escudriñando con su vista la oficina tratando de localizarlo.

— Ha ido a recoger un informe —Linda disculpó la ausencia de su compañero antes de divisarlo entrar—. Ahí viene.

El agente veterano se acercó hasta a ellos a buen paso, con ritmo vivo y un informe en la mano.

— Mi teniente —saludó enérgico a su superior y tendió los papeles a Linda—. Traigo algo calentito. En Zaragoza.

El teniente Marcos asintió conforme con lo que vio.

— Les dejo trabajar —les dijo—. Cuando tengan algo firme les espero en mi despacho.

Linda se quedó mirando como el oficial se encaminó a su despacho. De pronto lo vio girar.

— Y agente Linda —alzó la voz a posta, con tono duro—, no olvide hacer caso a los consejos de su madre —le lanzó una mirada con gesto amenazante antes de continuar— ¡Sobre todo si los recibe en horario laboral!

Se hizo el silencio en la sala. Los ojos de Linda se salieron de sus órbitas. Él se alejó de espaldas haciendo aspavientos de advertencia al aire con su mano. Esteban y gran parte de los agentes presentes en la oficina —habían podido oír perfectamente la reprimenda del teniente— se giraron estupefactos mirando hacia la agente. Linda, que no sabía bien cómo pero aún sostenía el móvil en su mano, no sabía dónde meterse. Vio a su compañero veterano contener la carcajada al mismo tiempo que sintió como el murmullo jocoso general creció, distendiendo progresivamente el ambiente. Solamente unos segundos después, pero que para ella fueron eternos, los rostros justicieros que la acechaban y parecían divertirse a su costa dejaron de prestarle atención, la normalidad se restableció en la oficina, y cada uno siguió con lo suyo.

— Anda, novata, lee eso —le sugirió entre risitas Esteban, señalando el documento— Ahí... —acotó con su dedo índice.

Linda tardó en reaccionar y miró la hoja sin poder concentrarse en lo que veía.

Lo que ni Linda ni ninguno de los agentes repartidos por la oficina pudo observar fue la traviesa sonrisa de teniente Marcos cuando entró y cerró la puerta de su despacho.

En el apartamento sonaba *Last of the rock stars* de Elliot Murphy. Mario había descubierto a ese potente e incombustible cantante de rock en un festival de música en el Pirineo Aragonés que se celebraba en el interior de un castillo. Un fin de semana de julio del año anterior, y con la intención de escapar de la nebrura, de todo, se había subido a la moto rumbo al norte y había acabado haciendo noche en un precioso pueblo medieval en el confluían dos caudalosos y cristalinos ríos de montaña. Y ahí estaba ese hombre de setenta y dos años, con sus botas de cowboy, su sombrero y su guitarra, subido sobre el escenario y destilando un magnetismo y una forma de cantar que le cautivó desde el primer momento. Bajo un manto de estrellas, en compañía de cerveza y escuchando música tan energética y evocadora, por unas horas Mario consiguió evadirse de todo y sentirse libre y feliz como cuando era un niño. Desde entonces, ese recuerdo reparador, de paz, lo llevaba consigo y así, cuando la ocasión lo requería, recurría a volver a escuchar sus temas en la intimidad de su casa con la confianza de levantar el ánimo de su maltrecho espíritu.

El cuarto de baño no tenía más de cinco metros cuadrados y contaba con lo indispensable, ni siquiera tenía bidé. Mario estaba subido con los dos pies sobre el retrete canturreando «oh, oh, oh...» a la vez que levantaba cuidadosamente con sus dos manos una de las placas cuadradas del doble techo y la apartaba a un lado hasta dejar parte del armazón y las cañerías al descubierto. De puntillas, se asomó un poco por el agujero y localizó el punto que buscaba. Estiró la mano, agarró un trozo de escayola que rodeaba uno de los tubos y, con un tirón seco, lo arrancó. Lo miró, verificó que era el que él quería, uno de tamaño mediano, y se agachó ligeramente para dejarlo caer suavemente en el cuenco del lavabo. Después volvió a estirarse para otear por encima de la techumbre y ver con claridad lo que esta se encargaba de tapar, el feo enredo de tuberías y pegotes de escayola que era inherente a la infraestructura del aseo; paisaje este que Mario, con el tiempo, había ido personalizando añadiendo nuevos «mazacotes o estalactitas de yeso» —como las llamaba él—, de distinto volumen y forma dependiendo de la cantidad de su relleno. Tras hacer el recuento visual de bultos y confirmar que sus cuentas estaban en orden, cerró con mimo el doble techo y bajó de encima de váter.

El cantante americano hacía sonar la armónica por los altavoces cuando Mario, sobre el mismo desagüe del lavabo y con un pequeño martillo, golpeó el trozo de yeso hasta poder abrirlo con las manos. De su interior sacó algo envuelto en papel transparente primero y de aluminio después. Con sus manos blanquecinas, con delicadeza, separó la fina lámina de plata para descubrir un buen fajó de billetes. Con la yema de su pulgar acarició los bordes. Tres mil euros tenía que haber.

En ese momento el timbre de la puerta sonó estridente y eléctrico. Ring, ring, ring. Tres llamadas consecutivas.

— ¡Mierda, joder! —masculló con sobresalto Mario.

Por un instante se quedó parado sin moverse, sin hacer ruido, sin respirar. No esperaba a nadie. El llamador volvió a retumbar con esa triple pulsación. Mario cerró los ojos, pensó un segundo y exhaló con fuerza el aire al caer en la cuenta de quién podía ser.

— Rosa —dijo para sí.

Mario decidió abrir. Analizó el panorama. Su mente se puso a discurrir. A ver. Deprisa. Papel transparente, hago bola y váter. Tiro de la cadena. Me lavo las manos. Miro al espejo, reviso mi aspecto: sacudo el blanco del hombro de la camiseta, meneo el calzoncillo. Vamos. Cojo un trozo de papel higiénico, lo humedezco un poco apoyándolo en la boca del grifo, bajo la tapa del retrete y limpio la huella de los zapatos; repaso con la parte seca; tiro el papel dentro. Siguiendo. Envuelvo de nuevo el fajó de billetes en el papel de aluminio, abro el armario y los guardo entre

los envases cosméticos. Escondo también el martillo. Perfecto. Cierro armario. Ojo, los restos de escayola. Mierda, ahí se quedan. Salgo del baño.

Esta vez fue el sonido de unos nudillos golpeando enrabiados contra la madera los que aumentaron el nivel de tensión en el ambiente e incordiaron a Mario, que descalzo caminaba cauteloso hacia la entrada. Ojeó discreto por la mirilla. Su amiga Rosa estaba al otro lado, arreglada como para cenar y visiblemente molesta. Parecía a punto de dar una patada a la puerta e irse cuando Mario suspiró aliviado y abrió.

— Macho, ¿dónde te metes? —le reprochó ella con mueca de indignación— ¿No íbamos a cenar? Te he estado llamando todo el día.

Mario se mostró desconcertado, parpadeó varias veces, movió sus manos... No le salían las palabras.

— He estado durmiendo todo el día —mintió al fin, fingiendo cansancio—. Se habrá vaciado la batería del móvil y por eso... Al oír el timbre lo he recordado. Perdona. Pasa.

Rosa meneó la cabeza acumulando furia como lo haría un toro antes de embestir y tiró para adentro. Al pasar por el lado del ingenuo Mario, que esperaba un beso, con su mano firme le agarró la cara, apretó el mentón hasta secarle los mofletes y, mirándole a los ojos, le bufó como una gata agresiva, «ffffu». Al soltarlo de pronto relajó el gesto y entró a la vivienda con los mismos andares que si no hubiera pasado nada.

— Hola Ton —saludó desde lejos al gato, que dormitaba sobre el sillón y miraba hacia ella con los ojos entreabiertos—. No sé cómo aguantas a este hombre —le compadeció.

Mario cerró la puerta mirándola de soslayo.

— ¿Cansado, mucho trabajo? —Rosa se había detenido con pausa y girado noventa grados para poder mirarlo luciendo su estilizado perfil.

— No. Sólo con el horario cambiado —contestó él.

— ¿Ah sí, cambiado?

A Rosa le hizo gracia la expresión y soltó una risita pilla con mirada lasciva mientras se quitaba la chaqueta vaquera.

— Genial. ¿Qué te parece si empezamos entonces por el postre? —le sugirió.

Rosa se volteó insinuante y dirigió sus pasos lentamente y en vaivén en dirección al dormitorio. Dejó caer al suelo la chaqueta y el bolso. Descolgó los tirantes de sus hombros y movió ondulante el cuerpo hasta perder el vestido. Al rebasar la entrada del dormitorio, se desabrochó el sujetador.

Mario resopló y agradeció tanta inmediatez.

— ¿Y por qué no? —contestó al aire antes de ir tras ella.

Quince minutos después Rosa y Mario yacían en la cama jadeantes y exhaustos uno al lado del otro, boca arriba, llenando de aire sus pulmones tratando de restablecerse.

—¿Qué tal? —preguntó cansado él.

— Yo muy bien, ¿y tú? —contestó con media sonrisa ella, volviendo su rostro hacia él.

— Ahora me fumaría un puto cigarro —dijo Mario con rabia en los labios y sin apartar la vista del blanco techo.

Rosa se acercó serpenteando como una culebra, acomodó sus piernas sobre las de él, suave, y se apoyó a su lado reposando su cabeza en la palma de la mano. Entonces, muy lentamente, comenzó a acariciarle el pecho, con cariño, haciendo pequeños círculos, arrastrando con sus dedos gotitas de sudor. Se entretuvo algo en los pezones, Rosa sabía que eso a él le relajaba, y lo miraba complacida, en silencio. Alargó las caricias hasta su cuello y a la barba de tres días; después subió al rostro —Mario ya había cerrado los ojos— donde se recreó especialmente en el

masaje sobre la nariz, las cejas y los párpados. Hasta llegar a la sien y frotar más fuerte arriba y abajo.

Traspuesto como estaba, Mario no sabía contestar si el masaje había comenzado hacía un minuto o diez cuando notó como unos cuantos golpecitos de dedo índice sobre su frente le reclamaban desde fuera, al otro lado de la pared que le protegía del frío.

— ¿Cómo vas de aquí? —le preguntó Rosa, que con ganas de hablar, dejó de acariciarle.

— Voy. Sin más —expuso seco él, sin querer volver a la realidad.

— La crisis de los cuarenta no es toda la década, ¿lo sabes, no? —le dio unos segundos para contestar pero Mario sonrió su humor sin pronunciar palabra—. Con cuarenta y ocho años ya podrías superarla si quisieras, y sería lo normal.

Rosa usaba un tono jovial incluso diciendo cosas serias, tenía esa habilidad, la cual Mario admiraba y había aprendido a sobrellevar. Debía reconocer que esa forma de ser, que él entendía ligera, simplificaba mucho cuestiones fundamentales de la vida, y procuraban más felicidad. Pero él era incapaz de encontrar su sitio en ese mundo de distensión.

— Tienes que empezar cambiando de trabajo —afirmó convencida ella.

— Estoy mirando —pronunció Mario al fin, y abrió los párpados para mirarla a los ojos.

Sus diferencias los conectaban. Ella sonrió con ademán afectivo y acarició su inexpresivo rostro.

— Llevas muchos años con lo de las puertas blindadas y estás tenso, te falta sentido del humor.

— El trabajo no tiene nada que ver. Es un tema de perspectiva...

Rosa se reincorporó de golpe y se puso de pie, al borde de la cama.

— ¿Perspectiva? ¿Acaso no te gusta lo que ves? —como una diva del folclore reafirmó, con altivez y un envolvente movimiento de brazos, su cuerpo desnudo —. Voy al baño.

Mario la siguió con la mirada tumbado en la cama, pensativo. Haberse topado con una mujer como Rosa en ese momento tan gris su vida y que ella lo aguantase, aunque fueran únicamente algunos ratos, había sido un regalo inesperado que no sabía si realmente merecía. Pero ahí estaba ella, sin hacer preguntas incómodas, sin estrés, tan sólo compartiendo. Fuera ya de su campo de visión oyó a Rosa llegar al baño y encender la luz.

— ¡Ahí va! ¿Pero qué se te ha roto aquí? —exclamó.

Rosa vio los restos de escayola esparcidos por el lavabo, levantó rauda la tapa del retrete y se sentó. Examinó alrededor por la pared, el techo, tratando de encontrar una explicación.

— ¿Lo has visto, Mario? —gritó hacia el dormitorio.

Mario no contestó ni sí ni no, pero un teléfono sonó en el salón. Rápidamente, él se levantó a cogerlo. Rosa ató cabos y pareció no dar crédito con la incongruencia.

— ¿No lo tenías sin batería? —inquirió molesta.

— Es el del trabajo. Deja de agobiarme —le replicó con actitud fea él.

Rosa cabeceó resignada. «A partir de ahora, chitón», se dijo, mientras sellaba teatralmente su boca como si fuera una cremallera. El aparato seguía dando tono reclamando al destinatario.

— ¡Y cierra la jodida puerta! —añadió vociferando nervioso él.

Mario aceleró sus pasos hasta llegar a la estancia principal donde, sobre una mesa baja junto al sofá, descansaban sus dos teléfonos, el antiguo, que era el que sonaba, y el inteligente, que estaba apagado. Cogió el encendido, miró su arcaica pantalla y se separó todavía más del área de influencia de Rosa antes de descolgar.

— ¿Sí? —contestó en voz baja.

— Más trabajo, M —le informó Anna al otro lado de la línea.

— Ah, ¿más? —repuso él—. Pensaba que me llamabas para quedar, lo necesito...

— Ya me gustaría, pero aún no puede ser, lo entenderás.

Mientras escuchaba la disculpa, Mario se acercó a una repisa para coger papel y bolígrafo.

— A ver... —solicitó tan pronto estuvo preparado.

— Por un lado, sigue en pie lo del lunes de la semana que viene —confirmó ella.

— Sí, claro. Eso está controlado ¿Y el siguiente cuándo?

— Es «la» siguiente —remarcó el matiz—, y es antes, inmediato, pasado mañana.

— ¡Ah! Joder.

Mario sintió de pronto su cuerpo activarse, su corazón comenzó a bombear más fuerte. Un nuevo encargo, una nueva responsabilidad. Expectación. Una razón más para seguir.

— Toca viaje otra vez. Ciudad C, Distrito 6. Hora habitual —concretó despacio Anna.

Mario tomó nota en el papel como de costumbre, sin realizar ningún alusión literal a las palabras pronunciadas por su compañera. Un garabato ondulado, una multiplicación de tres por dos, dos puntos y una sonrisa. Todo en clave personal y desordenado para que sólo él fuera capaz de traducirlo.

— Espera —le pidió Mario mientras terminaba de apuntar, conociendo la rapidez con la que se finiquitaban estas comunicaciones—. ¿Algo más?

— Tengo otro, pero debo confirmarlo aún.

— Bien.

— Id con cuidado —exigió ella.

— No olvides que debemos vernos —quiso recordarle Mario, sin darse cuenta de que Anna ya había colgado.

— Adiós —musitó por inercia él con gesto de extrañeza.

Cuando Mario giró para dejar el teléfono donde lo había cogido, vio a Rosa mirando en el interior de la nevera.

— ¿Cenamos aquí? —propuso alegre ella alzando la voz.

Mario se detuvo a mirarla, destensó la expresión de su cara y sonrió. No podía con ella, pero para bien. De nuevo, sucumbió a sus encantos.

El cielo de Madrid amaneció encapotado. No parecía que fuera a salir el sol pero tampoco daba sensación de llover. Un día raro, pensó Anna al asomar por la boca del metro de Nuevos Ministerios, a tres manzanas de la dirección a la que se dirigía, a unos quince o veinte minutos andando desde allí, calculó. Solía ir a los sitios con tiempo, le gustaba andar y además desplazarse a pie era lo más seguro, así que formaba parte ya de su meticuloso *modus operandi*.

Por ejemplo, cuando el trabajo era en la capital, que más o menos tres de cada cinco lo eran, acostumbraba a tener en cuenta los veintiún distritos en los que oficialmente se distribuía la urbe, y se acercaba en transporte público o taxi hasta alguna de las áreas limítrofes al punto al que iba; en este caso caminaba rumbo al barrio de Salamanca y se había bajado del vagón en la zona de Chamberí. Ella creía que esos pequeños detalles eran fundamentales para no resultar comprometida si algún día algo salía mal, y trataba de ejecutarlos siempre con la misma intención allá donde fuera, independientemente de la ciudad en la que se encontrara.

Ese día vestía tal y como lo haría una ejecutiva cosmopolita de una compañía internacional, con traje azul marino de lino, pantalón recto del mismo color y camisa holgada blanca de algodón, con unos cómodos zapatos a juego de punta cuadrada y tacón ancho. En lugar de bolso, colgado de un hombro llevaba un maletín de cuero negro; y agarrados con la mano sobre el pecho, un vistoso paquete de folletos tamaño folio.

Cinco minutos antes de llegar a su destino activó las herramientas útiles para la recogida de información —fundamentalmente su aguda vista, su fino oído y su memoria fotográfica—, e inspeccionó con mimo el entorno, el barrio, la calle, la gente... Doblaba la esquina de la Calle de María de Molina con la Calle de Lagasca cuando ralentizó el paso aún más. Escrutó los portales a uno y otro lado, las alturas de los bloques, el estado de la acera, el sentido de la circulación, las zonas de carga y descarga, los huecos para aparcar en la calle, la posibles salidas...

A unos doscientos metros, poco antes del primer cruce, se detuvo, y se concentró bien en cotejar y retener cualquier cosa que tuviera enfrente y le resultara disonante con relación al trabajo de documentación previo que había realizado. Trató de serenarse, cogió aire, y cruzó la calle. Portal ciento veintiuno. Tocó casi todos los botones del portero automático, entre ellos el segundo izquierda. Esperó paciente junto al portón un instante.

— ¿Sí, agencia de viajes, puede abirme por favor? —respondió simpática al primer vecino que contestó.

En los siguientes segundos las voces se sucedieron consecutivas: ¿Sí? ¿Quién? ¿Qué pasa? ¿Diga?

— Agencia de viajes, ¿me abre? —Anna repitió uno a uno la misma solicitud, manteniendo su sonrisa— Agencia de viajes...

De repente, la voluminosa puerta de la que Anna había tirado suavemente hacia sí y sostenía ligeramente abierta mientras contestaba se abrió de golpe hacia ella, bruscamente, empujándola por sorpresa y haciéndole retroceder hasta la acera.

— ¿Llamaba a alguien en concreto? —preguntó con cara de pocos amigos el hombre que irrumpió en la entrada.

Anna, de un vistazo, concluyó que era el portero de la finca, un cincuentón resabiado de rasgos afilados y cara de pocos amigos, con el que tenía que andarse con cuidado.

— No, al azar —replicó rápida y encantadora—. Por si alguien estaba interesado en tomarse unas vacaciones. Ya ve...

Anna le señaló la golosa oferta de viajes que recogía uno de los coloridos catálogos que llevaba consigo. Él la miró con desdén.

— Pues es que aquí, señora, no nos gusta que nos vengán a molestar — dijo torciendo el

gesto y con aires autoritarios.

Anna trató de ganar tiempo.

— ¿Qué tal usted? ¿Le apetece? —le inquirió directamente.

El hombre negó en rotundo con desagrado y, por un instante, Anna se quedó sin saber qué decir. Es duro de pelar, caviló, tal vez será mejor volver otro rato, estudiar sus horarios y regresar cuando él no esté. Justo en el momento en el que el conserje cerraba la puerta y la dejaba definitivamente en la calle, una voz masculina procedente del portero automático captó la atención de los dos y paralizó la acción.

— Sí, ¿oiga? Usted, suba —dijo, y pulsó el botón.

La señal de apertura sonó larga. El portero, resignado, rectificó el movimiento y abrió de nuevo el paso mirando fijamente a Anna, que aliviada y risueña, se encogió de hombros como espetándole: «Ves listo, ahí lo tienes». Ella entró ahora con decisión, sabiendo que dejaba tras de sí, y con un palmo de narices, a un hombre resentido.

— Gracias señor. Muy amable, de veras —exclamó como si nada.

Anna pudo sentir como la recelosa mirada del portero siguió clavada detrás de ella hasta que el ascensor la apartó de su vista.

Santiago esperaba con la puerta de su piso abierta de par en par situado justo debajo del marco, sin llegar a salir al rellano, cuando el ascensor se detuvo en la planta y de su interior apareció, para el deleite de sus ojos, una atractiva mujer en traje, con un maletín de cuero y unos folletos en la mano.

— Agencia de viajes —anunció en tono bien alto la comercial, como para que su voz se proyectara por todo el hueco de la escalera—. Permítame que le enseñe nuestras ofertas— continuó.

— A la paz de Dios. Pase.

Anna observó extrañada como el hombre la invitó a acceder a su vivienda con un gesto que le pareció más un pase de torero que otra cosa pues, sin mover los pies, acompañó con su brazo la entrada de ella girando medio cuerpo, y únicamente le faltó haber exclamado un «olé...».

Tan pronto como Anna oyó cómo él cerró la puerta, se giró de súbito en el mismo pasillo y se encaró al rostro de Santiago, que frenó con pasmo.

— No me informó correctamente sobre la finca y el servicio de portería —le recriminó seria y con tono duro.

Ante la falta de respuesta inmediata, Anna hizo ademán de querer salir de allí.

— No le di importancia —repuso el hombre excusándose, tratando de frenarla torpemente con su mano.

Anna se quedó frente a él y fue tan clara como supo.

— A partir de ahora debemos ser más cuidadosos si queremos que todo vaya bien —le informó—. ¿Quiere que continuemos?

— Sí, claro. —contestó seguro él, afirmando también con la cabeza—. Uno no da este paso para echarse para atrás.

La aceptable contestación del hombre medio convenció a Anna, que destensó su actitud y redirigió sus pasos hacia el comedor.

— ¿Quiere tomar algo? —ofreció él en tono amable.

— No gracias.

Al adentrarse en el cuarto Anna parecía no querer dejar de moverse, daba pasos lentos, en círculos, examinado cauta, como buscando, sin encontrar, el sitio donde acomodarse.

— Tome asiento —le propuso el hombre señalando el sillón.

— No, estoy bien de pie.

— Como quiera —aceptó con una mueca.

Santiago se acercó al mueble bar junto a la ventana del salón.

— Llevo días algo nervioso. No es fácil. Para mí no es fácil —explicó con cierta timidez mientras se servía un vaso de whisky sin hielo y se sentaba en el sofá.

— Nunca es fácil —afirmó cortante Anna—. Pero no admite dudas.

— Y no las tengo —aseguró sin vacilar.

Santiago bebió un sorbo largo y la miró directamente a los ojos.

—¿Sabe? Ya lo intenté, yo solo, y menos mal que no lo conseguí. Porque esta opción me parece mucho mejor. Y funciona, ¿verdad?

— Hasta ahora nadie nos ha reclamado —Anna acompañó el sarcasmo con media sonrisa.

— A fin de cuentas, ¿qué le importa a nadie!

Al terminar la reflexión, el hombre dio un impulso para levantarse y se dirigió de nuevo en dirección a la ventana. Anna reparó que caminaba con el vaso ya vacío y recapacitó sobre en qué momento ella se había perdido ver al hombre engullir el resto de la bebida.

Se quedó mirándolo con recelo mientras él rellenaba el recipiente de nuevo con alcohol amarillo.

— Si está decidido, tiene que seguir con precisión las instrucciones —le advirtió ella.

Al reparar en lo antipático de su tono de voz desde que había puesto los pies dentro de esa casa, Anna se extrañó de que a Santiago no le hubieran surgido dudas de si realmente ella era la misma dulce mujer con la que habló por teléfono dos días atrás, o la de la encantadora voz que había oído por el interfono.

— El sábado —contestó él, que se había quedado de pie sosteniendo el vaso en su mano—. El próximo sábado lo haré. Como le advertí por teléfono ya no dispongo en casa de nada, no sé...

Anna se acercó hasta la mesa del salón y apoyó el maletín sobre el tablero.

— Lo que usted me diga. Estoy en sus manos —indicó el hombre.

Santiago bebió un trago y se quedó absorto mirando la habilidad y presteza con la que Anna comenzó a moverse. Abrió uno de los bolsillos, cogió dos guantes blancos y se los puso. Seguidamente sacó del interior una jeringuilla esterilizada y un bote con líquido transparente. Rompió la bolsita y pinchó la aguja en el tarro, tiró para fuera del émbolo de la jeringa y extrajo fluido hasta llenarla. Después, cogió una bolsa transparente de polipropileno —de las que igual se usan en panaderías como en laboratorios médicos— e introdujo en ella el lote: la jeringuilla y un vaso de plástico, antes de cerrar la solapa. A continuación, estiró su brazo apuntando al hombre.

— Vaciará el líquido en este vaso de agua, se lo beberá de un trago y se pondrá cómodo. A los tres minutos su corazón se detendrá.

Santiago cogió la bolsa y arrugó los ojos.

— De acuerdo. ¿Qué es?

— Es un barbitúrico veterinario, Tetrabamato —concretó ella.

El hombre recordó bien las utilidades del producto y le pareció acertado como herramienta. Asintió unos segundos pensativo.

— ¿Será doloroso? —esperó a conectar su mirada con la de ella antes de proseguir— Morir, me refiero.

— No. Para nada. Se quedará dormido antes.

Santiago torció el gesto de su rostro y vació la copa de un trago.

— ¿Estará usted conmigo?

Esa pregunta cayó en el talante de Anna como una patada en los ovarios.

— ¿Está usted de broma? —rugió indignada—. De verdad, creo que se confunde de servicio. Traiga aquí la bolsa, me voy.

Anna trató de agarrar sin éxito la jeringuilla. Él parecía patidifuso, pero reaccionó a su gesto.

— Devúelvamela —insistió ella con vehemencia.

— Que no, que no, que sé lo que quiero...

Santiago se zafó forcejeando del segundo intento de la mujer de arrebatarse el plástico y, sin querer, golpeó con su codo en el rostro de Anna, que reaccionó rápido deteniéndose rígida, desafiante, con los puños prietos y la sangre de furia aflorando en sus ojos.

— Perdón. De verdad, perdóneme — el hombre se disculpó de inmediato, parecía angustiado. Levantaba sus dos brazos mostrando las palmas abiertas a Anna, en señal de rendición —. Ha sido sin querer. Me ha quedado claro —expuso pausado y tratando de parecer razonable —. Está bien. Así lo haré. Así será.

A cada cosa que él fue diciendo le siguió un tenso silencio, lo que le hacía temer por una reacción violenta final de ella.

Anna inspiró profundamente con gesto tenso y expulsó el aire de sus pulmones lentamente tratando de restablecer la serenidad.

— Le ruego que no me haga perder más el tiempo —su tono no sonó tan áspero por primera vez.

Santiago se dio la vuelta decidido hacia el mueble de salón. Igual que un elefante en una cacharrería, con el ímpetu de querer arreglar el desbarajuste deprisa o fruto de los síntomas del alcohol —sospechó Anna—, se tropezó con la mesita y tiró al suelo un florero y el cenicero. Abrió un cajón.

— Tengo aquí la pasta, vea. Tome.

Había cogido un buen montón de billetes de todos los colores, sobre todo marrones, verdes y amarillos, y lo puso en la mano de Anna, que lo cogió sin objeción.

— Aquí tiene las llaves —se las entregó tras sacarlas de su bolsillo—. Y mire...

Caminó aparatosamente precipitado hasta el dormitorio con zancadas abiertas como para no tambalearse, empujó fuerte la puerta y dejó ver una maleta abierta repleta de ropa sobre la cama. Señaló hacia dentro y esperó, asintiendo nervioso, a que la mujer mirara al interior de la habitación.

— Es un viaje que estoy deseando hacer —explicó entonces convencido—. Sólo que estoy nervioso, y tengo miedo...

Al terminar, Santiago sollozó conmovido. Anna había contado el dinero deprisa durante la intervención y sacó ahora del maletín una tira metálica de pastillas.

— Tranquilizantes —Anna los lanzó al vuelo y, para su sorpresa, él los agarró—. Vaya tomando uno cada 6 horas —ordenó como si recetara un tratamiento—. Y el sábado doble la dosis. Le ayudará.

— Lo haré —aseguró él.

Anna señaló hacia la cristalera, hacia el mueble bar tan recurrente para él. El hombre entendió deprisa cuál iba a ser la siguiente recomendación.

— Y quítese el alcohol de la vista, tírelo todo.

Santiago se quedó con la mirada perdida en los cristales del mueble, tal vez tomando conciencia de la importancia de esa decisión y aunando fuerzas en su interior.

— ¿Me ha oído? ¡Eh! —exclamó Anna, que aguardó sin quitarle ojo hasta confirmar que lo había entendido.

— Sí. Sí. Lo tiraré —afirmó.

Santiago reaccionó alejando el vaso de su alcance como un primer gesto.

— Está bien —sonrió por fin Anna— ¿dónde quiere descansar?

El hombre se acercó hasta la ventana antes de contestar. Miró con nostalgia el horizonte.

— En el mar. En el mar cantábrico. Estuve una vez y quise quedarme. Pero me volví —
suspiró resignado.

— Quieto un segundo...

Anna había sacado una cámara de fotos digital y pulsó el disparador justo en el momento en que él giró el rostro intrigado hacia ella.

Linda había colocado junto a su mesa una de las dos pizarras blancas con ruedas de las que el departamento disponía y que iban rotando casi todos los días por los distintos equipos de trabajo. Había estado documentándose primero con el Código Civil y a través guías jurídicas online, y después en consulta directa con abogados de la Policía, y esa tarde, con el rotulador en la mano, quería plasmar el esquema de conceptos adquiridos en una superficie grande y luminosa, a ver si así se les clarificaba algo el trasfondo del asunto que estaban investigando.

Suicidio - Cadáver - Declaración de fallecimiento

Linda escribía de pie en la lámina y leía en voz alta las palabras clave para involucrar en su explicación a Esteban, que permanecía sentado en su sitio con los codos apoyados sobre la mesa, las manos entrecruzadas y atento a la pizarra.

Suicidio y/o Desaparecido - ¿NO? - Ausente Legal

Tras escribir y presentar la segunda línea secuencial, comenzó su exposición.

— Bueno, mira, con lo que ahora sé, si Carlos «el desaparecido» no aparece vivo o muerto en el próximo año —escribió debajo el nombre de Carlos y lo rodeó—, o si no se sabe nada de él en ese tiempo, quiero decir que no se encuentra en su domicilio ni se tienen noticias suyas... — paró un segundo y, antes de reanudar, Linda quiso cerciorarse que su compañero seguía el hilo; él afirmó con un gesto, así que continuó— eso provocará una situación de ausencia legal o declarada —subrayó ausencia—, lo que sencillamente significa que, oficialmente, existirá una duda sobre su vida.

Linda se quedó mirando pensativa un instante la pizarra y se volvió hacia Esteban.

— ¿Y eso qué supone? —preguntó él.

— Que mientras pueda estar vivo no puede decirse que haya muerto. Estará... «ausente».

— ¿Y?

— Pues que, por ejemplo, todas sus cosas si las tiene: dinero, propiedades, deudas... se quedan ahí, en un limbo administrativo. Paralizadas. Y que a sus familiares les toca lidiar con esa incertidumbre...

— O sea que nadie hereda nada hasta que no se demuestre que realmente ha fallecido — infirió rápido Esteban.

— Nadie.

— Hasta que aparezca o encuentren su cuerpo.

Linda arqueó las cejas y corroboró asintiendo.

— Eso es, hasta que aparezca o encontremos su cuerpo — repitió musitando, mientras se giraba de nuevo a contemplar la pizarra.

— Vaya faena. Me pregunto quién se hará cargo de las facturas todo ese tiempo —dijo Esteban, en tono distendido—. Anda, que si al final de dar por culo apareces... ¡Es tu propia familia la que te asesina!

Linda miró a Esteban de soslayo y sonrió su ocurrencia.

Para Mario era la cuarta ocasión consecutiva en los últimos tiempos que viajaba hasta Valencia al caer el sol. Antes había estado allí solo una vez, hacía siete años y en compañía de su mujer y sus hijos, a pasar unos días de vacaciones y disfrutar la ciudad a plena luz. Esa secuencia cronológica de trayectos se reveló en sus pensamientos como una metáfora dedicada a su situación actual: el pasado se revelaba luminoso, el presente se tornaba oscuro. De aquellas fechas recordaba especialmente el moderno entorno de la Ciudad de las Artes y las Ciencias y la visita que realizaron al Oceanográfico, donde no paró de hacer fotografías a sus hijos embelesado por las caras de fascinación y asombro con la que estos reaccionaban, rodeados como estaban de animales marinos. Pero especial mención merecía la tarde que pasaron en el Parque Gulliver donde, como un niño más, compartió junto a ellos toboganes gigantes y zonas de juego, en esa fase en que todo en la vida era para ellos como un descubrimiento. Mario sonrió nostálgico. Algún día imprimiría alguna de esas fotos, lo tenía pendiente desde entonces. Había pasado el tiempo, pero las imágenes de aquellos rostros risueños, de aquella familia feliz, aún las conservaba intactas en la retina.

Unas horas más tarde, ya de madrugada, las llaves que portaba en la mano no abrían la puerta de una habitación de hotel sino un piso localizado en un cuarto piso de un bloque de viviendas en el barrio de Sant Llorenç, en el distrito de Rascanya.

Mario cerró con sigilo y comprobó que la negrura inicial del pasillo se tornaba en claridad casi al final. Una luz encendida en uno de los cuartos iluminaba hasta parte del salón. Tanto él como John se quedaron inmóviles, tratando de confirmar que el silencio reinante significaba también ausencia de peligro.

Con prudencia pero resuelto, Mario se dirigió hasta las ventanas del salón, desde donde se podía contemplar como la ciudad dormía en la penumbra, y corrió del todo las cortinas escondiéndose del exterior. Al mismo tiempo, John buscó un sitio despejado donde apoyar horizontalmente la carretilla.

Al meterse en la habitación de la bombilla encendida Mario se encontró tumbada sobre la cama a la cliente. Una señora mayor, entrada en kilos, embutida en un ligero vestido largo sin mangas y de cuello alto —a él le pareció una elección elegante para la ocasión—. Estaba inmóvil, con los ojos cerrados y los pies descalzos. Mario advirtió cómo una de sus manos caía hacia por un extremo del colchón mientras que la otra descansaba sobre su pecho, dejando ver bajo los dedos una nota escrita. Se acercó a ella, apartó con cuidado la extremidad y agarró el papel con sus guantes de látex.

«YA ESTÁ HECHO. PENSAR QUE HARÁN BIEN SU TRABAJO ME DA PAZ. GRACIAS».

La letra iba perdiendo consistencia y legibilidad a medida que fue escrita. Mario sonrió junto al cadáver. Miró hacia el suelo y, además de un bolígrafo ahí caído, vio una cesta de mimbre vieja y vacía con una manta acolchada encima. Distinguió restos de pelo sobre la tela. Un perro, dedujo. Anna ya se habría encargado de proporcionarle un nuevo destino.

Al poco entró John y ambos actuaron con celeridad. El joven desplegó y estiró en el suelo la bolsa negra con cremallera, mientras el mayor fue recogiendo y echando dentro de ella las cosas que tenían que desaparecer de la escena: primero el vaso de plástico que estaba sobre la mesita

de noche; luego las cajas de pastillas dispersas también en la almohada y los restos de aluminio encima de la colcha; el bolígrafo del suelo; y finalmente, visible sobre la cómoda, al otro lado, la cartera —en la que Mario comprobó que se encontraba la identificación de Nieves y sus tarjetas—, y las llaves personales de la casa.

Entre los dos, agarrando con cuidado a dos manos a la mujer, uno por los tobillos y el otro por debajo de cada sobaco desde la espalda, la elevaron unos centímetros y la depositaron con cuidado en el interior del macuto.

Mario sacudió lateralmente el cubrecama extendiendo la tela eficazmente y, al incorporarse, cogió la muleta que estaba apoyada en la pared y salió con ella hacia el salón, esquivando antes el bulto del suelo.

John se preocupó de acomodar bien el cuerpo de la muerta para que todas las partes quedaran escondidas y fuera de la línea de la cremallera cuando fueran a cerrarla. Después rebuscó en su chaleco y echó sobre el cuerpo la fotografía de la mujer y los datos de contacto que les había procurado Anna. En ese momento avistó algo de lo que no se había percatado, un recorte de papel escrito junto a los medicamentos. Parecía una nota. Al leerla, sintió como algo en su interior se revolvía. Se quedó inmóvil, pensativo. Miró el rostro de la mujer, reflexionó sobre las vicisitudes que nos depara la vida y, como parte de un ritual, pasó suavemente las cinco yemas de su mano extendida por la frente y los ojos de la difunta. Cuando creyó haber reunido toda la energía vital circulante en un punto sobre el tabique nasal agarró la supuesta bola de aire denso entre sus dedos y, con cuidado como si permaneciera conectada a la piel por un hilo, tiró de ella hacia arriba. Despacio. Al poco, con un sutil meneo, pareció separar ese flujo de corriente magnética del pálido rostro del cadáver y abrió la mano alzada, simulando esparcir de nuevo toda esa fuerza de protones y neutrones en el medio de los dos, como un ejercicio místico de compartir con ella esa última voluntad, quedando así él también comprometido a realizar su parte y procurarle un feliz descanso. El joven sonrió tranquilo, subió la cremallera hasta la mitad y salió de la habitación.

En el salón, en el lado opuesto de las ventanas, una pequeña lámpara iluminaba el rincón en el que Mario terminaba de montar una especie de armario ropero hueco a modo de caja, mueble al que recurrían en las ocasiones en las que la anchura corporal de los clientes era significativa. Al llegar a su altura, John le invitó con un gesto a revisar el resto de la casa mientras él mismo terminaba con la carpintería, pero Mario le hizo la señal con el dedo de tenerlo todo ya controlado, así que entre los dos terminaron el trampantojo de ataúd en el que finalmente descansaría la mujer.

A su vera, sobre el suelo, esperaba tumbada la muleta que Mario había traído del dormitorio y la bolsa de viaje preparada por la señora y que John había encontrado dispuesta sobre el sofá.

El silencio en la finca era total. El ruido procedente de la calle equivalía a cero. Quedándose uno quieto se escuchaba tan nítida la nada que daba la sensación de poder poner nombre a cada uno de los ronquidos de los vecinos. Con esa paz en el ambiente, a duras penas trajeron desde el dormitorio la bolsa con el cuerpo rígido y frío de Nieves dentro, esforzados en caminar sin ruido, en no tropezarse, casi en no respirar. Al tratar de encajar el cuerpo en la caja y depositarlo con suavidad, en pleno esfuerzo John pisó mal, soltó de pronto y salió rebotado y trastabillado hacia atrás. En la semioscuridad del cuarto, instintivamente, quiso agarrarse a algo que vio pero, al tocarlo, lo que quiera que fuese ese algo se movió. De pronto se oyó un golpe fuerte, ¡clonc!, un objeto sólido golpeando con el suelo. Y seguido, un estruendo agudo y seco, ¡plum!

En la quietud de la noche esos sonidos fueron como bombas que retumbaron en sus cerebros. Mario y John —que finalmente había terminado apoyándose en la pared— se quedaron

petrificados, alerta, con el rictus tenso y los ojos como platos. De un rápida ojeada Mario entendió que, con el percance, una segunda muleta se había caído al suelo y, en el trayecto, había arrastrado consigo un jarrón mediano de cerámica con una voluminosa flor de plástico en su interior. Por suerte para ellos no se había hecho trizas. Pero era indudable que la inesperada situación les comprometía. Miró a John con rostro tranquilo y, bajando los brazos con las palmas de la mano apuntando al suelo, le instó a quedarse quieto un rato. Sin moverse. Sin reproches. Conservando la calma. En absoluto silencio. Aprovecharían la espera para pensar. Nieves podía perfectamente haberse levantado a medianoche en dirección al aseo y tropezarse con algo en el camino. Así que Mario se dirigió sigilosamente hasta el baño y entró en él, aguardo un segundo y tiró de la cadena. A continuación abrió y cerró el grifo del lavabo un instante, como si solamente se mojara la mano un poco para no despertarse más de la cuenta. Volvió hasta la puerta del dormitorio y apagó la luz. John aprobó aliviado la treta de Mario. En ese mismo momento se escuchó una puerta cerrarse afuera y los dos hombres giraron de pronto sus rostros y dirigieron su mirada hacia el pasillo. El sonido provenía de una planta superior. Los dos atendían al frente con gesto de preocupación y controlaban su reacción coordinada mirándose de soslayo, tratando de no precipitarse en la resolución del problema. Oyeron los pasos descender por la escalera y detenerse en el rellano de la entrada, frente a la puerta. Aguardaron en tensión. Al poco, la persona siguió descendiendo y el eco de sus pisadas se fue difuminando.

Hasta diez minutos después Mario no quiso retomar la operación, y aguantaron de cuclillas en la penumbra del domicilio sin hablar ni decirse nada el uno al otro. Tenía muy claro que una de las claves de ese trabajo que realizaban era el autocontrol, tanto físico y emocional. Y esa era una buena prueba.

Una vez que tuvieron cada cosa en su sitio y bien amarrado todo —integrar las muletas entre los bultos de la caja les resultó tan complicado como encajar dos piezas de distintas partes de un puzzle—, salieron prestos de la vivienda.

John, tan pronto recuperó el pañuelo negro que había puesto para tapar la clásica mirilla circular enrejada de la puerta del vecino de enfrente, despegando las cuatro tiras de cinta de carroceros con la que lo sostuvo, ayudó rápido a Mario para bajar a mano por las escaleras el pesado armatoste que formaba la carretilla y el armario juntos.

Al llegar al portal, John abrió y sostuvo la puerta mientras Mario aguantaba el bulto y se ayudaba también de la fuerza del pie para empujar las ruedas hacia afuera. Tras su paso, el joven acompañó el movimiento de la empuñadura con su mano para cerrarla con suavidad.

— ¡Eh! Espere. No cierre.

Una voz desconocida de hombre le sobresaltó desde el lado derecho de la acera. Con la inercia, la puerta se cerró.

— Lo siento, no lo he visto —contestó rápido y vivo John que, al mismo tiempo en que intuyó la ubicación del tipo, le dio la espalda con naturalidad y echó a andar tras Mario.

Notó en su nuca el aliento del vecino al llegar hasta allí tras una breve carrera y, una vez se detuvo, le oyó maldecir algo y sacar las llaves.

— Perdón —se disculpó de nuevo el joven, girando apenas su rostro y haciendo un gesto tímido con la mano.

Mario llegó a la altura de la furgoneta y la rodeó para quedarse aguardando a John junto al portón de atrás. Desde ahí, parapetado entre las sombras, lo vio venir aprisa y pudo distinguir la figura de un hombre con ademán de ir a entrar al portal pero detenido frente al cristal, mirando curioso hacia ellos. Esperó que, a sus ojos, ellos únicamente fueran dos trabajadores autónomos

más, vestidos con chaleco, gorra y, como mucho, guantes, que extrañamente transportaban un mueble a altas horas de la madrugada.

— Vaya horarios ¿eh? —les gritó el vecino, intrigado.

— ¡24 horas! Siempre que llaman, que está la cosa jodida —aprovechando la distancia ganada y sin dejar de avanzar, John respondió de medio lado y alzando también la voz, para que el mensaje le llegara claro y no diera lugar a más interacción.

— Y que lo diga —corroboró el individuo—. Buenas noches.

— Buenas noches —se despidió el joven sacudiendo al aire la mano.

El hombre giró la llave en el bombín y empujó la puerta con la expresión torcida, como certificando que era verdad eso de que corrían malos tiempos, y penetró en el portal.

John llegó diligente al lugar de Mario, le hizo un gesto de complicidad entornando los ojos y abrió raudamente el portón de atrás de la furgoneta para, entre los dos, cargar la mercancía y salir pitando de allí.

Faltaban unos minutos para las siete de la mañana cuando Linda entró a la estación de tren Madrid Atocha. Dentro de la ciudad solía desplazarse en Metro, pero esa noche no había descansado todo lo que le hubiera gustado y, a esas horas, todavía no tenía ganas de verle la cara a nadie, así que había pedido que un Uber la recogiera en la puerta de su casa. Tenía casi media hora por delante para desayunar algo, tomarse un café doble y confiar que se le mejorara la actitud antes de que apareciera Esteban. Por si acaso, sacó un analgésico de su cartera y se lo tragó.

Puntual, media hora después, el tren partió rumbo a Zaragoza. Según el billete, en una hora y veintidós minutos llegarían a la ciudad de los leones. Si todo iba bien, antes de las cuatro de la tarde regresarían a Madrid, y Esteban podría dedicar la tarde del viernes a su anciana madre, como tenía costumbre de hacer y había solicitado poder seguir haciendo también esa semana, así que a ambos les había tocado madrugar. Este caso parecía tener miga y la investigación no podía esperar al lunes.

Linda miraba por la ventanilla incómoda. Se desabrochó el cinturón, trató de cambiar de posición, se estiró, se recogió, se sentó de lado, pero no conseguía quitar de su embotada cabeza el pinchazo de dolor que sentía en su espalda.

— ¡Estás peor que yo! —le dijo Esteban al verla tan inquieta.

Linda le devolvió la mirada con una sonrisa forzada y se echó la mano a la espalda con mueca de dolor.

— Algo escondes, que te castiga con dolores —infirió el agente veterano—. Afloja un poco, es solo trabajo...

Esteban trató de animarla en tono paternalista relativizando la tensión que pudiera sentir en ese momento. Linda asintió dándose por enterada pero mantuvo el aire de preocupación.

— No, en realidad no me duele —contestó convencida—. Lo hago solo para parecer humana, y empatizar algo contigo...

Linda recurrió al humor para procurar reconducir su talante.

— Ya veo. Yo de ti iría al médico —replicó escéptico Esteban, que sin embargo alabó su intención con media sonrisa.

— Se me pasará —quiso tranquilizarlo ella.

Como si el intercambio de golpes verbales con su compañero le hubiera ayudado de pronto a mitigar el dolor, Linda volvió a sentirse persona y a pensar de nuevo como policía.

— Estoy dándole vueltas... Voy a pedir al teniente un refuerzo en nuestro equipo.

— ¿Un refuerzo para qué? —replicó con extrañeza él.

— Alguien más que nos ayude con el papeleo, las llamadas, el tema legal... —explicó la joven, como si lo que estaba diciendo fuera una cosa evidente.

— Joder como vienes, acabas de llegar y ya estás pidiendo. Le va a encantar al Teniente, ya lo verás —le espetó con retintín el agente veterano.

— Yo le plantearé. Si es que sí, genial, y si es que no, a aguantarse —Linda hablaba serena—. Mira, hoy podría hacer el trabajo de oficina que dejamos de hacer nosotros.

Esteban frunció el ceño negando repetidamente con la cabeza como si esa petición le resultara del todo insólita.

— No te extrañe si acabas siendo tú la que se queda trabajando en la oficina —le advirtió aventurando él—. No he visto por allí a nadie más novel...

— Yo tampoco he visto a ninguno más capullo que tú —le soltó sin complejos ella.

Esteban recibió el impacto con la flema que da la edad. Buen golpe, asintió. Sí señor.

— Enhorabuena, porque nos ha tocado la lotería — reflexionó a modo de conclusión él, y giró el rostro hacia ella—. A mí, pero sobre todo a ti. A los dos.

A Linda se le escapó una risita floja y miró templada a su compañero. Por un instante, sus ojos compartieron un brillo de aceptación y complicidad.

Era más tarde de lo habitual. Rara vez se encontraban en la penúltima parada del servicio rondando las once de la mañana, pero el desplazamiento a Valencia era uno de los largos y las horas al volante reducían pronto la noche con tanta carretera de por medio.

Entre las distintas opciones dignas que Mario manejaba para casos como este, en los que el tiempo realmente les apremiaba, se decantó por la que creyó más adecuada al somero perfil que Anna le facilitó de la cliente: el Embalse de Bolarque, un lugar para él paradisiaco encajonado entre las montañas de la sierra de Altomira, a caballo de las provincias de Cuenca y Guadalajara.

Tan pronto como terminaron de incinerar el cuerpo de Nieves y sus pertenencias, recogieron y limpiaron la nave del caserío de montaña con diligencia, se subieron a la furgoneta y, una vez en marcha, se lo tomaron con calma, pues Mario sabía que, tras el amanecer y ya entrado el día, con la luz del sol haciéndolo todo visible, las urgencias o los movimientos rápidos llamarían mucho más la atención de los lugareños, conductores o policías, que la cosas hechas con calma y normalidad. Y ellos todavía debían de pasar desapercibidos un buen rato más.

Una hora y cuarto de ruta después habían aparcado la furgoneta a los pies de una senda, y ahora caminaban como dos excursionistas más, pero en horario laboral —les delataba la ropa de trabajo que vestían— portando cada uno en una urna de cartón sendas mitades de los restos de Nieves hechos cenizas. Dirigían sus pasos a lo más alto de un risco, un simulacro de acantilado marino rodeado a un lado y al otro de agua y que, sin duda, gozaba de las mejores vistas en altura del entorno.

Una vez arriba, Mario señaló al joven alguno de los vestigios de las construcciones antiguas que se divisaban desde allí: dos ermitas, una torre, y sobre todo, más alejada, las ruinas del elegante Castillo de Anguix.

Esa mezcla de historia, naturaleza y agua era lo que, para él, convertían ese lugar en un escenario especial a la altura de una despedida como la que su valiente cliente merecía disfrutar.

Junto al borde del acantilado Mario humedeció bien sus labios y los expuso al aire buscando entre los cuatro puntos cardinales la dirección en la que soplabla el viento. El contacto de la brisa con la carnosidad de su boca enseguida le sacó de dudas: hacia el suroeste. Así que se posicionó a favor y fue vaciando, con pequeños vaivenes, el contenido de su caja en dirección a la inmensa lámina de agua que formaba ese mar de interior a sus pies. John hizo lo propio, consiguiendo que el aire no devolviera tampoco las partículas más pequeñas de la ceniza contra él.

Cuando terminaron de verter bien los restos, los dos respiraron hondo y contemplaron cómo la esencia orgánica de Nieves se distribuía aleatoriamente por la cuenca.

A John, por un instante, le pareció percibir dibujada en la estela de polvo sobre el cielo la señal de la victoria.

— Hemos cumplido con nuestra parte —pronunció satisfecho el joven, pensando en el deseo que Nieves había dejado escrito en la nota.

El murmullo de una corriente de aire presidió el ambiente de mutismo unos segundos.

— Anoche estuviste muy bien —comentó al fin Mario, con la vista perdida en el horizonte.

John se tensó algo al escucharlo. No habían tocado el tema en toda la noche. Y ahora, situados a centímetros de una caída libre de cincuenta metros, salía a relucir.

— Sí, tiré la muleta con precisión, ¡boom!, en el momento justo —respondió cariacontecido y algo avergonzado el joven.

— Me refiero al vecino —puntualizó, y giró hasta mirarlo a los ojos—. Reaccionaste natural, rápido... Deberías ganarte la vida de actor.

El joven sonrió la propuesta y se imaginó por un momento en esa situación. Su trabajo frente a las cámaras, su cara en los carteles, su deslumbrante actuación en la gran pantalla, el dinero, la

fama... Resopló para salir de la ensoñación.

— ¡Qué más quisiera! —reconoció.

Mario volvió a dejar vagar su mirada por el infinito.

— Yo no valgo para eso —sopesó— No. Soy menos espontáneo, menos amable. Más sospechoso —remató.

— Quién sabe... —entonó John con cierta resignación, como quien sabe ya que las cosas de la vida casi nunca tienen por qué guardar una relación lógica. Después, retomó el asunto preocupado—. ¿Crees que notó algo raro? Pienso que de frente no me vio, y el perfil de Woody Allen con gorra podría ser el de cualquiera.

— No dio la sensación —dijo Mario restándole importancia al hecho en sí—. Fue un momento, de noche, sin apenas visibilidad. No me preocuparía. A no ser, claro, que él fuera otro gran actor.

Mario miró a John con gesto de advertencia para que valorara seriamente esa posibilidad. John rió su ocurrencia.

— Vámonos —dispuso Mario.

Los dos emprendieron la marcha sendero pedregoso abajo con las cajas biodegradables todavía en sus manos.

Más abajo, cerca del agua, les echaron una piedra dentro, las aventaron lejos y las vieron hundirse.

Siguiente y última parada del día, rumbo a Madrid.

De vuelta a casa.

El tren se había desplazado a Zaragoza alcanzando, en algunos tramos del camino, velocidades superiores a los trescientos kilómetros por hora. Tres veces más rápido de lo que legalmente podría hacerlo un autobús, un camión o una furgoneta, calculó Linda y lo apuntó en su libreta. En el caso de los coches era algo menos.

Cuando llegaron a la estación, a eso de la nueve y veinte, un compañero de la Policía Nacional de Zaragoza les esperaba afuera con un coche para recogerlos y trasladarlos directamente hasta la vivienda de la familia que querían interrogar, en el barrio de Miralbueno, al oeste de la ciudad, a unos quince minutos de allí.

Durante el recorrido, Linda acordó con Esteban que ella, debido a las recaídas de ánimo que estaba sufriendo en el viaje en función de la intensidad de su dolor de espalda, iba a mantener en la cita un perfil de interacción bajo, así que ese día iba a ser él, preferiblemente, quien llevara la voz cantante.

La finca la constituían cuarenta viviendas adosadas de tres alturas, cada una de la cual contaba además con un garaje sótano al que se accedía por la entrada desde la calle, y un espléndido jardín en la zona de atrás que, delimitado por vallas, colindaba con la zona comunitaria de piscina y juegos para niños. Una buena casa —anotó Linda—, y aunque tenía que documentarse al respecto, pensó que rebasaría los doscientos cincuenta mil euros. ¿Eso era clase media, o media alta? —consideró que esperarse a conocer el nivel adquisitivo real de los propietarios era lo más prudente, así que remarcó la interrogación para ilustrarse al respecto también.

Antes de salir del coche para entrar a el edificio Linda quiso hacer una comprobación rutinaria. Supuso que estaba fuera de lugar ya por los días que habían pasado y porque la podía haber hecho antes, pero al ver la casa había sentido como un pálpito, así que cogió el informe, buscó el número de contacto personal del desaparecido y lo tecleó en el móvil. Pulsó llamada. Silencio, buscando tono. Desde dentro del vehículo les hizo un gesto a los chicos para que aguardaran un instante. Imagínate que contesta Ernesto y les tenemos que dar la buena noticia —fantaseó durante la espera—. Oye, nunca se sabe, a veces de la manera más tonta, uno que se relaja, la otra que no sabía y olé, se da carpetazo a un asunto. «El móvil está apagado o fuera de cobertura en este momento», le advirtió la voz al otro lado de la línea. Chasqueó los dientes decepcionada con su presentimiento y salió del automóvil.

Una vez dentro del domicilio, y tras el formalismo de saludar e informar del porqué de su presencia allí a la esposa y al hijo del desaparecido, enseñarles la orden de registro y comunicarles sus derechos y obligaciones, el agente veterano arrancó su informal interrogatorio.

— ¿Por qué querría su marido desaparecer así, de golpe, sin avisarles? —preguntó Esteban a la mujer de Ernesto.

Linda se había separado unos metros de distancia de su compañero para, a la vez que atendía a la conversación y extraía lo más relevante, poder explorar con tranquilidad y desde otro punto de vista la vivienda y a sus moradores. Según observó durante las presentaciones, la mujer parecía no entender todavía la gravedad de la situación, pues daba la sensación de que los nervios que la invadían eran fruto únicamente de la indignación que sentía por no entender cómo su Ernesto había podido hacer algo por sí mismo sin que ella estuviera al tanto, más que por lo bueno o malo que le hubiera podido pasar al hombre.

— No lo sé. No me lo explico —comentó la esposa—. Los último años ha andado con el talante regular. Como desencantado. Pero yo le decía, venga, venga, espabila, que te quedas atrás, ¿es que no lo ves? La vida pasa volando. ¡Ya somos abuelos! —hizo una pausa, como echando la vista atrás—. Hombre, algún disgusto se ha llevado sí, pero también alegrías, lo normal en una

familia.

El sonido de un teléfono tronó en la sala. Todos se miraron unos a otros. Por un segundo Linda pensó que podía ser él. Así, la corazonada que había sentido al llegar cobraría un sentido. Pero vio cómo el regordete agente de Zaragoza se excusaba con un gesto, sacaba su móvil del bolsillo y salía al exterior.

— ¿Qué tipo de disgusto? —retomó Esteban sin perder el hilo.

— Nada importante. Ninguna enfermedad o algo de eso, líbrenos Dios. Desencuentros familiares en todo caso. Con sus hijos. Conmigo. ¿Quién no los tiene? Pero fíjese, el otro día pasamos aquí un día estupendo todos juntos con los nietos.

Mientras escuchaba, Linda se había alejado hasta la zona de la escalera y se asomaba ahora por la puerta de lo que le pareció una pequeña y confortable oficina, con escritorio de madera, mueble estantería repleto de libros, ordenador, un equipo de sonido, discos de vinilo...

— ¿Se llevó dinero en efectivo? —gritó la voz de la policía desde la habitación.

La mujer dirigió una mirada de súbita atención hacia la zona de donde provenía la voz.

— ¿Cómo dice? —exclamó, sin llegar a entender la pregunta.

Linda apareció de nuevo en el salón tomando notas con calma en su libreta. Todos los presentes la observaban, incluido Esteban, que arqueó las cejas expectante. Sin duda supo, solo con verla, que en ese momento su espalda le estaba dando un respiro.

— Su marido... —repetió Linda con parsimonia—. ¿Echa de menos usted dinero en casa, o en las cuentas?

— No, no. Está todo. Él nunca le ha prestado especial atención a los cuartos —la mujer sacudió la cabeza como quien no encuentra razones.

El hijo, que desde el comienzo del interrogatorio deambulaba en segundo término con pasos cortos —dando a entender que esperaba impaciente su turno—, desde la aparición de Linda había cambiado la dirección de sus pisadas y ahora parecía querer alejarse.

— Y usted, ¿por qué está tan nervioso? —Esteban se dirigió por primera vez al hombre.

— ¿Yo?

El hombre se dio por aludido con sobresalto, y miró a los policías con extrañeza por haberles transmitido esa sensación.

— Por no saber dónde está —dijo atropelladamente tras pensarlo un instante—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar así?

Linda miró impertérrita el aparente semblante de fragilidad del sujeto, que rondaría los treinta años. Se estaba engañando. Ni su cuidada forma de vestir, ni el delicado peinado a raya, ni su aparente educación, podían disimular el estado de ansiedad que transmitía su persona; ni tampoco ocultar ese sudor atormentado que le brotaba bajo el cuello de su camisa. Por supuesto, ella no se creyó ni una sola palabra de su actuación. Iba a preguntarle al hijo en qué lío andaba metido cuando irrumpió con brío por la puerta el agente maño que, como si nada de lo que estuviera ocurriendo ahí dentro sin su presencia tuviera la más mínima importancia, dio generosamente las gracias al aire a voz en grito, apartó el teléfono de su oreja y se dirigió hacia la mujer sin importarle interrumpir cualquier atisbo de conversación que pudiera estar manteniéndose.

— Volvo S40, siete mil dos, de, ele, efe. ¿Es el coche de su marido?

La mujer se aturdió de pronto, se llevó la mano al pecho, no sabía qué eran esas cifras ni que respuesta esperaban oír esos inquisitivos ojos del policía.

— Sí, es su coche —respondió el hijo, que agarró cariñosamente por el hombro a su madre.

El policía buscó nervioso con la mirada a Esteban y a Linda. Ella detectó que sus ojos

saltones estaban ahora dilatados, seguramente fruto de la emoción.

— Un guardia de seguridad lo ha identificado aparcado en las inmediaciones de la estación de tren —exclamó con entusiasmo el policía rechoncho—. Todo parece indicar que salió de viaje. Han preguntado en Renfe y ese día compró un billete de AVE hacia Sevilla a su nombre.

La madre y el hijo se miraron entre sí estupefactos y afligidos. Esteban y Linda fruncieron el ceño pensativos y escépticos, como para recordad si en las hipótesis formuladas habían pasado alguna cosa por alto.

— ¿Tiene algo en Sevilla? —indagó Linda a los familiares.

Tanto ella como él negaron con rotundidad y desconocimiento.

— Muy bien. Es todo por hoy —decidió Esteban—. Muchas gracias por su atención, esperen afuera, por favor.

El agente veterano ordenó con un gesto para que el policía de Zaragoza acompañara a los familiares a la salida.

— Parece que hemos hecho el viaje en balde —comentó al rato Linda, visiblemente alicaída.

— Bueno. No descartemos ninguna hipótesis —le replicó Esteban mientras se acercaba a ella, incorporando a la conversación al compañero aragonés, que regresaba presto—. Analizaremos las cámaras de seguridad de la estación esos días. Su tarjeta de crédito, sus cuentas... cualquier movimiento que se haya registrado desde entonces. Y en cuanto al coche, elabore usted una orden para que lo analice de arriba a abajo la científica, a ver si nos da alguna pista.

El agente había sacado un colorido paquete de pequeñas hojas de papel autoadhesivas y asentía sin dejar de anotar.

— ¿Habéis visto al hijo? Seguro que este tema —Linda frotó su dedo índice con el pulgar, en señal de dinero— también le preocupa...

— Cierto —aprobó Esteban—. Investigue sus ahorros e inversiones también. Y envíenos un informe detallado. ¿De acuerdo?

El policía se cuadró motivado y saludó marcialmente.

Si había una cosa en la vida que desde que era adolescente Mario estaba dispuesto a hacer en cualquier momento del día era jugar a baloncesto. Ya podía estar charlando en el bar, viendo un película o durmiendo. Si surgía la posibilidad de coger un balón, lo demás podía esperar. Ese rato practicando, aunque estuviera él solo, con su pelota y la canasta, simulando fintas y lanzando tiros a su marcha, alejaba durante un buen período de su mente los pensamientos retorcidos e insanos que habitualmente le asaltaban, y restablecían del todo su ánimo para hacer frente al resto de la jornada. Y además lo mantenía en forma. A sus años había perdido rapidez y explosividad, era lo lógico y normal, pero mantenía intacta la técnica, el conocimiento de juego y su capacidad de liderar un equipo.

En este tiempo Mario había visto crecer a varias generaciones de los chavales del barrio en la cancha. Por lo general, cuando cumplían una edad, y tenían que dedicarse a sacar sus propias castañas del fuego, era raro volverlos a ver vestido de corto por allí. Se iban unos, pero aparecían otros. Pero él siempre había estado ahí, veterano para unos, abuelo para otros, motivado para lo más sobrados o tonto de mierda para los imbéciles, que habitualmente eran contra los que solía enfrentarse.

Después de comer en un mismo plato algo de pasta y un filete, Mario se quedó traspuesto sentado en el sofá. A la hora se despertó en peor disposición de la que estaba antes, malhumorado, aburrido y tenso. Dormir únicamente quince minutos me hubieran sentado mejor —pensó. Necesitaba templar la intranquilidad que sentía en sus adentros. Si por él fuera, golpearía fuerte con sus puños las paredes de su casa. O una puerta. Y zanjaría el asunto. Pero, aunque en otras ocasiones había resultado liberador, no era una decisión nada inteligente a la larga, pues los desperfectos tocaba arreglarlos y las heridas curarlas —y además justificarlas con mentiras, más mentiras, recordó—. Así que se puso deportivo, agarró la balón y se bajó a la cancha. Esa tarde no hacía calor, así que supuso que la pista se animaría pronto.

Ya metido en pleno partido —ante el goteo de jugadores que llegaban habían acabado por hacer tres equipos de cinco cada uno y, mientras dos se enfrentaba al mejor de siete puntos, el otro descansaba—, un rebote despedido por el aro cayó en las manos de Mario que rápidamente templó el balón y, al cruzar al otro campo marcó la jugada del puño. Esa jugada que casi todos los presentes conocían, pero que él ejecutaba igualmente. Pasó la pelota a un lado, marcó una finta de querer ir hacia dentro para zafarse deprisa y salir de nuevo a recibir el balón, amagó el tiro y, por el lado del bloqueo que le hizo un compañero, penetró cambiando el ritmo, paró en un tiempo a tres metros del aro y, sin esperar a que llegara hasta él otro defensor, saltó equilibrado en suspensión y metió canasta limpia para desesperación del equipo rival.

De vuelta a defender, uno de los jóvenes de su equipo, el más atleta que jugaba de pívot, celebró la canasta a su paso chocando su mano.

— ¡Sabes que te lo va a hacer... y te lo hace! —gritó enardecido, aludiendo a la expresión que los comentaristas deportivos atribuyen a las canastas más habituales de los jugadores con talento natural.

Una parte del escaso público presente aplaudió. Entre ellos, llamaba la atención, al otro lado de la valla, un hombre maduro vestido con gabardina, demasiado abrigado para la fecha, que además parecía tomar notas más que conversar, pues tecleaba en el móvil sin detenerse ni cambiar el gesto mientras escrutaba a un lado y al otro de la pista.

— ¡Vamos Mario! —le animó otro compañero para defender, señalando después hacia el hombre—. Mira, ese debe de ser un ojeador de la NBA, ha venido a verte.

— Cabronazo —soltó Mario con risa queda, entre dientes.

Defendiendo esa jugada Mario no estuvo concentrado ni brillante. Se despistó un instante

buscando identificar a ese hombre misterioso y su contrincante, un chaval espigado y fibroso con rizos negros desatendidos, le hizo un mate en toda su cara. Mario descargó su rabia con un puñetazo de bote al balón.

— Perdón, fallo mío —se disculpó ante su equipo, levantando una palma y llevándose al pecho la otra—. Dame... —pidió de nuevo el esférico al saque de fondo.

En esa ocasión subió la bola a campo contrario intrigado. Pasó el balón, y mientras sus compañeros buscaban sin ideas cómo armar la jugada, él observó cómo una pareja con niños saludaba al enigmático individuo y juntos se iban paseando. Resopló y cabeceó consciente de su propia ansiedad y se reenganchó al juego. Miró hacia el balón, se movió de pronto hacia el espacio vacío, recibió la bola y, como si nada, metió la canasta de tres con la que ganaron ese partido. «¡Joder con la tortuga!». «¡Que pasen los siguientes!» o «¡Jugón!», fueron alguna de las expresiones que llegaron a los oídos de Mario los segundos posteriores.

Mario exprimió tanto esa tarde de baloncesto como había previsto. Cuando se acercó la hora, se despidió de lo pocos chavales que aún quedaban sobre la cancha, se puso el casco y, tal y como iba vestido: en pantalón corto, con la camiseta sudada y con una chaquetilla negra de chándal como abrigo —con ella puesta, con dos grandes rayas rojas y azules que le cruzaban el pecho en horizontal, Mario parecía sensible a vestir a la moda vintage del momento; sin embargo, la realidad era que esa misma prenda la llevaba usando hacía casi dos décadas—, se subió a la moto y puso rumbo a un nuevo punto de encuentro, un apartado bar de carretera al nordeste de la capital, en el distrito de Barajas.

Circuló por la M-30, y a la altura de La Plaza de Toros de las Ventas, salió a la calle Alcalá, que recorrió en su totalidad. Esa ruta le suponía a Mario circular a trompicones entre semáforos un buen trecho, pero aún así le gustaba recorrerla porque una de sus primeras experiencias en el mundo laboral fue en el 518 de esa calle, y en esa feliz época la recorrió muchas veces así que, cuando tenía ocasión, se pasaba por allí para recordar esos paisajes urbanos impregnados de ofertas en comercios y de gente variopinta. Precisamente a la altura de Suances, Mario comprobó cómo los populares almendros del parque de la Quinta de los Molinos lucían orgullosos sus frutos, todavía envueltos en verdes cáscaras. Pendientes aún de madurar —observó, como las decisiones de qué hacer con su vida.

Minutos después, tras pasar por encima de la autovía a Barcelona, y ya en un punto concreto de la Avenida de Logroño antes de llegar al aeropuerto, detuvo el motor de su Honda. El lugar era periférico, discreto y a esa hora no especialmente frecuentado. Abrió el baúl trasero de la moto y sacó una bolsa de deporte negra de aspecto también añejo como su ropa. Con ella en una mano y el casco en la otra, se dirigió hacia la tasca que tenía frente a él.

Al entrar, Mario examinó de un vistazo el establecimiento. El elevado sonido de la televisión presidía el ambiente del bar en el que unos ocho o nueve clientes despechaban sus consumiciones; algunos conversaban entre ellos, otros miraban la pantalla mientras, detrás del mostrador, el camarero parecía afanado en colocar los vasos limpios y secos en las baldas. Pronto descubrió a Anna, que esperaba sola sentada en un taburete en la esquina de la barra, junto a una máquina tragaperras. Iba vestida imponente como de camino al gimnasio: zapatillas deportivas rosa pálido, mallas negras de poliéster, una colorida y alegre chaquetilla de entrenamiento abierta a los dos lados y, sobre su torso, un top elástico azul cielo de tirantes anchos. Llevaba el pelo recogido en una coleta. En su aspecto externo la encontró más atlética e irresistible que de costumbre, a años luz de cuando se conocieron. Sería cosa del deporte, de la genética, o de la propia madurez pero, en su opinión, su atractivo físico mejoraba con la edad. Por lo que Mario

podía ver, se había pedido un zumo de tomate, estaba trasteando su teléfono móvil y a sus pies tenía apoyada una bolsa de deporte color azul oscuro casi negro. Se acercó a ella.

— Hola —Mario saludó parco y dejó su bolsa deportiva en el suelo junto a la otra.

— Hola —contestó tras un instante ella.

Anna se giró y lo miró de arriba a abajo fingiendo estupefacción. Acto seguido meneó la palma de su mano a la altura de la nariz evidenciando que percibía el sudor que emanaba su presencia.

— ¿Es el olor de la victoria o de la derrota? —le preguntó provocativa ella, con mueca de desagrado.

Mario recibió la pulla y reaccionó con ademán de suficiencia, pensando contestarle borde, pero, titubeante, no logró hilvanar nada digno de mención.

— ¿Qué le pongo, caballero? —solicitó amable el camarero.

Mario se recompuso y miró al hombre de la camisa blanca a la vez que, de pie, apoyaba el casco sobre el mostrador

— Un tercio, por favor.

Una cerveza bien merecida, consideró para sí antes de volver a girarse hacia su socia.

— Ahí va lo de cinco... —Anna señaló discreta a sus pies— Vienen más.

Mario miró de soslayo hacia las bolsas en el suelo mientras Anna apuraba el último trago de su vaso.

— ¿Querías comentarme algo? —sugirió ella sin mirarlo, con disimulo, mientras echaba mano al bolsillo en el que guardaba la cartera.

— No —repuso él tras un instante de reflexión.

— ¿Seguro? —Anna lo buscó con la mirada.

Mario asintió convencido.

— A la próxima ven duchado —le sugirió cómplice ella cuando le pareció que nadie los miraba.

En ese momento el camarero abrió la botella de cerveza frente a Mario, le introdujo una servilleta de papel en la boquilla y dejó a su lado una tapa de rodaja de pan, tomate y jamón.

— ¿Dígame que le debo del zumo? —Anna aprovechó la coyuntura para levantarse del taburete y saldar su cuenta.

— Son tres euros con cincuenta, señorita —contestó diligente el hombre.

— Señora —matizó reprendiendo con el gesto Anna.

— Señora —repitió con alegría él.

Anna sacó cinco monedas de euro y le entregó cuatro.

— Aquí tiene. Está bien así.

— Muchas gracias. Muchas veces —sonrió cortés el camarero.

Anna se agachó natural para coger su bolsa pero agarró el macuto negro que había traído Mario. Antes de salir, se acercó a la máquina recreativa y echó la moneda que le quedaba de un euro. Aguardó un instante la resolución de las jugadas. Primera combinación: campana, limón y cereza; segunda: naranja, siete y fresa. Sin figuras repetidas ni avances concedidos chascó natural su lengua y se puso en marcha.

— Hasta la vista —se despidió.

— Adiós —musitó Mario.

Desde la caja registradora, el camarero la miró de reojo embelesado hasta que salió por la puerta y, a través de la ventana y más relajado, la siguió hasta verla alejarse del local.

— Qué pena me da que una mujer así se vaya... ¡pero cómo me gusta verla marchar! —

pronunció teatralizando y buscando la participación de Mario al terminar.

Mario, que se había quedado indiferente apoyado en la barra, se giraba entonces aludido para curiosear por la cristalera la figura caminante de Anna hasta que, en el seductor bamboleo de su cintura, encontró el sentido de la frase que acababa de escuchar. Sonrió con regocijo y echó un trago de su cerveza.

A unos metros más allá de la barra, un cliente se dirigió a Mario.

— Antes este —señaló al hombre de detrás de la barra— las piropeaba directamente, tan campante, pero ahora, jodo. Cualquiera se atreve. A lo menos te llevas una hostia.

Mario rió la explicación ratificando con un gesto.

— Esta te la da seguro —afirmó.

El camarero hizo un ademán premonitorio alzando el dedo índice de su mano, como si eso fuera exactamente lo que él se había imaginado.

Ya anocheecía cuando llegó a su apartamento. Mario encendió la radio, puso un dial con música rock, bajó el volumen para dejarlo en música de fondo y fue directo al baño. Apoyó la bolsa azul oscuro sobre la tapa del retrete y sacó de debajo del lavabo los útiles que necesitaba. Sobre un pequeño recipiente de plástico echó las cantidades justas de agua y de polvo de escayola, y revolvió la mezcla con una cuchara metálica hasta obtener la masa que buscaba. Abrió la cremallera del macuto y cogió el primero de los fajos de billetes. Encima de la pila lo envolvió inicialmente con tres o cuatro vueltas de celofán transparente y, una vez que lo dejó totalmente protegido, lo enrolló con mimo en una hoja de papel de periódico. Repitió mecánicamente la operación hasta que, sobre un lado de la repisa de cerámica, tuvo hecho un montón de diez bultos de dinero empapelado —igual que si fueran paquetes listos para regalo, pensó—. Una vez ahí, remató la operación cubriéndolos y moldeándolos uno a uno con la pasta de escayola hasta que quedaban como una forma basta, amorfa y pringosa; y los fue depositando sobre el lavamanos.

Subido sobre una silla de la cocina que había acercado para la ocasión, y alzando sus brazos y su vista por encima del doble techo que tenía levantado, Mario fue distribuyendo al gusto esas tiras y bolas de escayola por la cañerías, fijándolas a ellas con la propia pasta húmeda y pegajosa de la que estaban hechas.

Cuando terminó, sacó del baño la bolsa todavía abierta de Anna, recogió y limpió para dejar todo como estaba y se dio una buena ducha.

Anna, en ese momento del ocaso se vendaba a fondo la manos, por la palma y los nudillos, y también la muñecas. Tras el fugaz encuentro con Mario había salido en dirección a su entrenamiento de boxeo, cita semanal en el gimnasio que procuraba no perderse de ninguna manera. Sobre el ring, calzada en botas de boxeo y ataviada con protector bucal, casco integral con cierre de velcro y guantes acolchados con relleno suave para amortiguar más los impactos al sparring, ejercitaba guantes al modo y ritmo que le marcaba el entrenador.

— Va, va, va... No bajas la guardia. Ahí, ahí... Eso es, eso es. Toma... ¿Qué coño te pasa?... Concéntrate... ¡Vamos!

Ese día, como de costumbre y de forma natural, Anna hacía gala de sus reflejos y de su ágil movimiento de pies pero, para desesperación del preparador, no se mostraba efectiva ni contundente en los movimientos técnicos de ataque.

Berta había terminado de calentar y se había subido a una de las esquinas del cuadrilátero, desde donde los observaba practicar mientras se terminaba de ajustar el casco. Por lo que parecía, el entrenador no había tenido un buen día, y el careo que estaba manteniendo con su amiga Anna no lo estaba mejorando. Lo vio dejar de pelear en seco y dirigirse a ella enfadado.

— Entra Berta. Guantes ya —le apremió—. Pelead. Sácale lo que tenga. Si lo tiene. Sácaselo.

El hombre se bajó del ring alzando la voz colérico y haciendo aspavientos con sus manos. Anna, con expresión de asombro y tic nervioso en el cuello, lo vio alejarse de allí. Resopló agobiada. Miró a Berta dedicándole un sonrisa. Su amiga negó seria con su cabeza y fue hacia ella motivada, golpeando sus guantes entre sí.

— ¿Qué es lo que has roto esta vez, Anna? ¿Otro corazón? Vas a pagar, lo sabes. Lo vas a pagar... —le dijo con tono intimidatorio y provocativo.

Berta lanzó dos golpes hilados pero Anna reculó rápida y los evitó.

— Cuida no te vayas a hacer daño —le advirtió con retintín Anna, que era mucho mejor boxeadora que su amiga—. ¡Y deja de hacer la payasa!

Berta soltó una sonora carcajada y borró de un plumazo la simulada tensión corporal y su voz impostada.

— Venga va, suave... ¡Sácamelo! —la incitó Anna, que se puso en guardia animándola a continuar la pelea.

Berta se activó primero dando varios saltos y levantando a la vez las rodillas; después aceptó el reto. Las dos fijaron bien sus miradas, cada una en los ojos de su oponente, y comenzaron a tantearse y a estudiar sus movimientos.

— ¿Hace cuánto que no...? Ya me entiendes... —le preguntó provocadora Berta sin bajar la guardia y manteniendo las distancias.

— ¿Tú que sabrás lo que yo...? Es mi vida —le espetó molesta Anna, que descargó su malestar agachándose rápida y marcando un golpe al estómago de Berta seguido de un rechazo contenido a la cabeza.

Su amiga se alejó de inmediato hacia las cuerdas y, como si nada, resopló sonriente.

— Mírame, yo voy más relajada... —Berta fanfarroneaba todo chula mientras con su juego de pies ligero no dejaba de dar saltitos—. Se me nota, ya ves. No acumulo tensión, como tú.

Escuchar esa verdad fue como abrir los ojos de pronto y darse cuenta del algo obvio que hasta ese momento no se ha visto. Anna se detuvo de súbito.

— ¡Uf! Estoy tensa. Sí —reconoció al instante.

En ese mismo punto de clarividencia fue consciente también del tic nervioso del cuello por el que aleatoriamente su cabeza se sacudía lateralmente hacia su hombre derecho, y se echó la mano al cuello tratándolo de contener.

— Es que no paro. Debería salir un día de estos. Tengo que hacerlo —concluyó reflexionado Anna, con gesto de preocupación.

Berta la vigilaba sonriente y tranquila, como sabiendo que esa pausa iba a ser sólo una cosa pasajera.

— Con lo que tú misma cuentas que has sido Anna, y en lo que te estás quedando —le soltó provocadora.

— ¡Déjame! —exigió con tono duro Anna.

Tal y como había supuesto Berta, su compañera tenía la piel muy fina y rápidamente entró al trapo. Vio cómo Anna se activaba de pronto y, sin moverse del sitio, lanzaba al aire unos cuantos golpes rápidos como si peleara con su sombra. Enseguida se detuvo y la buscó con sus pupilas dilatadas.

— Vamos ven. Inténtalo... —le dijo en tono desafiante.

Las vistas nocturnas del Toledo monumental desde esa finca ajardinada situada en la orilla sur del Tajo, a dos kilómetros del núcleo urbano, eran francamente espectaculares, opinó Mario al acercarse a correr las cortinas del ventanal que lucía en la buhardilla de la señorial casa en la que se encontraban. Desde ahí, contemplando en la penumbra el laberíntico juego de luces y sombras que parecía el entramado de sus estrechas calles, y con la iluminación artística focalizada en sus principales construcciones clásicas, resultaba imposible no avivar con la imaginación las variopintas leyendas, misterios y antiguas tradiciones que caracterizaban a la milenaria ciudad de las tres culturas.

Mario terminó de cerrar el visillo y John encendió una lámpara que colgaba del techo. En esta ocasión, como la vivienda estaba suficientemente apartada y el resto de la estancia era de pared opaca, con hueco de escalera largo y en ángulo recto, estimaron que no había riesgo de trabajar con luz.

Colgado de una soga agarrada en una viga de madera, el cuerpo de Ignacio se exhibía inerte suspendido en el aire. Tanto Mario como John se habían quedado patidifusos contemplándolo, el uno junto al otro, de pie. Con sus máscaras homenaje a Martin Scorsese —sin gafas— y sus gorras azules orientadas hacia arriba; con los brazos caídos a ambos lados por la impresión. El hombre se había ahorcado semidesnudo, únicamente cubierto por un calzoncillo slip blanco. Su rostro estaba inclinado hacia el lado opuesto del nudo; el color de su piel era blanco, ligeramente azul en la parte más próxima al lazo. Presentaba pequeños hematomas en la frente, párpados y labios, y tenía los ojos salidos hacia adelante y la lengua fuera de la boca.

— Es horrible, nunca entenderé cómo hay gente que elige esta forma de morir —pronunció cariacontecido John, apenas sin levantar la voz.

— Pues porque es de lo más simple y no hay que salir a la calle a que te vean la cara — Mario hablaba con voz tenue y reflexiva, y esbozó una media sonrisa antes de continuar—. Tiene su toque nostálgico, romántico. Este ha cogido valor ahí...

John miró al lugar donde señalaba Mario. Detrás del cuerpo, en la pared contraria a la ventana, varias botellas abiertas de alcohol y unos vasos a medio tomar reposaban sobre un mueble bar de madera maciza color caoba. Debajo, apoyada en el suelo, la maleta de viaje aparentemente dispuesta para partir.

Se pusieron manos a la obra prudentes, pero sin el sigilo necesario de otras veces. Al cabo, John buscó con la mirada a Mario y lo encontró a un lado, con la cabeza inclinada hacia arriba. Parecía examinar el elegante techo en doble pendiente y forjado en madera natural de la estancia, que confería al ambiente al mismo tiempo calidez y un toque retro. Tenía tres profundidades a la vista: el tejado de láminas lisas pegadas a la cubierta, una secuencia de vigas largas decorativas dispuestas en vertical, y cinco grandes vigas principales que cortaban en horizontal y sostenían toda la techumbre. Especialmente voluminosa era la viga central, la más alta de ellas, de la que colgaba el cliente. A unos tres metros y medio de altura.

— Hombre, teniendo una viga así de perfecta en casa, más discreto y seguro que salir a colgarse de un árbol es —opinó John.

— Desde luego —ratificó Mario.

Mario levantó del suelo la misma banqueta que su cliente Ignacio había utilizado para izarse y, con la bolsa negra de cremallera abierta en sus manos, y subido a ese pedestal, comenzó introduciendo por lo pies descalzos al hombre y estiró el plástico hacia arriba justo hasta debajo de los hombros desnudos.

John ya aguardaba a su vera, sosteniendo abrazado las extremidades inferiores embutidas en plástico, cuando Mario sacó de su chaleco una tijera y, por encima del nudo que quedaba en la parte posterior de la cabeza del cliente, cortó —no sin dificultad— la gruesa cuerda que Ignacio había elegido a modo de soga. El cuerpo del hombre se deslizó de pronto entre los brazos del joven, que lo sostuvo vertical solo con la cabeza y los brazos fuera de la bolsa. Mario se los quedó mirando un segundo y pensó que parecían una extraña pareja de baile, pero no dijo nada, y ayudó a tumbarlo en el suelo e introducir toda su figura, y el trozo de maroma anudado al cuello, dentro del plástico. Después, entre los dos lo trasladaron a peso a la caja de reloj de pared que ya tenían montada justo al lado.

Mario se subió de nuevo a la banqueta para cortar el trozo de cuerda que aún colgaba de la viga, y lo echó sobre el cuerpo. Desde lo alto había observado alguna rozadura en la madera, así que sacó de un bolsillo un pequeño bote de espray marrón que Anna había previsto para la ocasión y, colocando el taburete con cuidado sobre una robusta mesa baja de salón, se elevó lo suficiente para, estirándose cuanto pudo y, sujeto de las piernas por John, tratar de disimular los pequeños arañazos visibles de la madera pulverizándolos de color.

Una vez hubo terminado, colocaron los muebles en su lugar original, y siguieron el protocolo habitual de localización y recolecta de elementos disonantes o comprometedores: botellas y vasos en el mueble bar; cartera, móvil, llaves y tablet —marcada como importante—, agrupados en el recibidor; foto del cliente e informe del contacto, en el chaleco de John; los restos de basura de la planta recién barrida, agrupados en el recogedor. Todo ello quedó al rato distribuido y sujeto en el interior de la caja.

La maleta de Ignacio era mediana pero más rígida de lo normal, así que John sacó un macuto elástico negro, la introdujo dentro verticalmente y la cargó cruzada sobre su espalda.

No era todavía la una de la mañana cuando, casi a oscuras, bajaron las dos plantas que separaban los hechos acontecidos del amplio y confortable salón con chimenea que se encontraba a pie de calle. John abrió cauteloso la entrada principal del casoplón. Divisó un destello fugaz al fondo; era un coche que pasaba. Otro, a lo lejos. La tranquilidad y el sosiego reinaba en el ambiente. Ninguna luz artificial. Ningún ruido no natural.

Recorrieron en el silencio de la noche un tramo de jardín. Cargaron con sigilo la furgoneta a la luz de las estrellas y, tan pronto el joven encontró el momento de accionar la puerta corredera, Mario arrancó el motor y, con los faros apagados, salieron de allí, alejándose por la carretera como una sombra más de la negrura.

Unas horas más tarde, el triturador industrial terminaba de deshacer los restos de huesos más gruesos del difunto Ignacio que el horno no había sabido desintegrar para convertirlo también en materia pulverulenta y añadirlo a sus cenizas.

Ni Mario ni John hubieran imaginado pasar de estar —en menos de ocho horas— en un hermoso lugar donde poder deleitarse con las maravillosas vistas nocturnas de Toledo a tener bajo sus pies una auténtica ladera recubierta de desperdicios y sustancias indeseables.

Era como una lengua de porquería amontonada y revuelta saliendo de una boca fétida, se figuró John, que terminaba de vaciar al aire los últimos restos biológicos del cliente.

Mario contempló como el rastro de la polvareda se hizo de nuevo bien visible al contraluz

rojizo del amanecer. Cenizas. Partículas suspendidas en el aire.

— También hay belleza en esto, ¿eh? —Mario buscó de soslayo la aprobación de John antes de continuar—. Su vida le debió de parecer un desperdicio, y quiso ser consecuente.

— Putas paradojas —apuntó John, meneando la cabeza—. Desde luego a este aquí no lo buscan.

El joven levantó el tarro vacío hacia su compañero con ademán de pedirle permiso para deshacerse él. Mario accedió y John armó hacia atrás el brazo, se impulsó unos pasos y lo lanzó bien lejos. Sus ojos recorrieron la trayectoria del bote hasta el impacto de la caída y la inercia de bajada. Cuando se detuvo, John resopló con los brazos en jarra y satisfacción en el rostro.

— ¿Te imaginas la peli? *Un rico entre la basura*, así, literal. Protagonizada por: ¿Eddie Murpy?... ¿Schwarzenegger?

Mario soltó una carcajada con la ocurrencia del chico. Le habían venido a la cabeza títulos similares con los rostros de esos actores. Y eran películas algo antiguas ya para un chico tan joven. Lo miró penetrante. Agradeció que le hiciera sonreír en un momento así. De pronto cayó en la cuenta. Echó mano al bolsillo interior de su chaleco y sacó tres fajos de billetes. A Mario le gustaba pagar a su socio de tres en tres, con independencia de la frecuencia con que Anna le pagara a él. Creía necesario tener segura y contenta a la persona con la que se jugaba el pellejo.

A John se le torció la sonrisa mirando el montante en su mano. Desde luego, si se midiera por horas, resultaba un trabajo bien rentable. Pero claro...

— Esta es la putada tío, es jodido renunciar a esta mierda —dijo.

Mario lo examinó pensativo, sin decir nada, pero el ligero vaivén vertical de su rostro parecía refrendar la idea.

— Algún día me gustaría... —comentó John, antes de quedarse abstraído soñando en el horizonte—. ¡Puf! Puta vida.

— Estás estudiando, ¿no? —indagó Mario.

John dirigió su rostro hacia él sin decir nada. «Eso que más da», leyó en su mirada Mario.

— Confía en ti mismo —le dijo templado, tratando de animarlo—. Aún tienes toda tu vida por hacer.

— Sí —John afirmó, confiado—. ¿Y tú, eh? ¿No te queda nada por hacer?

John lo apremió mirándolo fijamente, con ademán de interés por la respuesta. Mario hizo una mueca de indiferencia.

— No lo sé. Menos —sentenció con gesto esquivo, dando por finalizada la charla—. Vámonos.

John entendió que querer asomarse al interior de ese hombre era peor que adentrarse en arenas movedizas, y siguió sus pasos. De repente, por la analogía del vertedero, le vino al pensamiento la boca de un volcán activo, y creyó que Mario también podía ser algo así: duro por fuera y en ebullición por dentro. Un día, más pronto que tarde, entraría en erupción. No le gustaría estar cerca de él en ese momento. Aunque, quién sabe, igual su compañero era solo una coraza vacía, sin fuego interior ni brasa para avivar, y él se estaba equivocando en sus apreciaciones porque, como la vivencia de esa noche le había demostrado, en este mundo incongruente todo era posible. Tenerlo todo, desear la nada. Poder ser recordado y preferir el olvido. De repente, John se giró inspirado en dirección al basurero.

— ¡Olé tus huevos, Ignacio! ¡Olé tus huevos! —berreó con toda su fuerza.

El joven pareció vaciarse, pues resopló satisfecho justo antes de retomar el camino de vuelta, acelerando el paso para tratar de dar alcance a Mario.

Linda se sentía alicaída. Los días pasaban deprisa y no estaban realizando avances significativos. Y no era precisamente por falta de empeño por su parte. Estaba al corriente de cada actualización que se producía en la lista de denuncias de desaparición que se efectuaban en la península, buscaba posibles conexiones entre ellas, perfiles de las personas, fechas... Telefoneaba solicitando detalles que le llamaran lo suficiente la atención como para ponerlas en su punto de mira, pero salvo en el caso de Zaragoza —potencialmente—, y tal vez en algún otro que tenían todavía sobre el papel, no habían encontrado indicio alguno de cualquier actividad delictiva y mucho menos criminal que hubiera podido producirse en torno a ellos. A lo mejor el caso me queda grande, meditó. O igual es que no había caso. Estaba hecha un lío. Para más inri, las pastillas que se tomaba no terminaban de controlar los dolores de su espalda y temía acabar cualquier día ingresada en el hospital, como aquella semana en el año que cumplió la mayoría de edad, cuando volviendo de una celebración con amigos cayó desplomada al suelo sin razón aparente, desmayada. Entonces todo su entorno pensó lo peor, su madre incluida, porque desconocían que la razón por la que su cuerpo desconectó era consecuencia del dolor intenso y prolongado que ella llevaba sufriendo en silencio muchos días seguidos. Fue una respuesta de su sistema nervioso —y del propio instinto de supervivencia— frente a tanto dolor físico como sintió. Tal vez por el momento vital en la que se encontraba. Tal vez por el desamor. Daba igual. Eso era ya agua pasada, quedaba en el olvido. Y ahora era una mujer fuerte. O lo había sido hasta que empezó su carrera de policía en Madrid. Ese día en el que el teniente Marcos pronunció su nombre un espasmo recorrió su espalda. Deseaba este trabajo con toda su alma, pero tanta responsabilidad así de pronto... Tragó saliva.

Enfrascada en sus pensamientos, Linda no habría sabido qué contestar a cuánto rato llevaba sentada en la cafetería de la comisaría, con la mirada perdida en el rincón, el café casi frío sobre la mesa, y la segunda pieza de bollería industrial de chocolate y crema mordida en su mano. El aburrimiento de atender sus recuerdos la devolvió de pronto a la realidad. Abrió de nuevo la carpeta que llevaba consigo.

«MUERE POR SUICIDIO UN OFICIAL DE LA POLICÍA. FUE UN FAMILIAR QUIEN ENCONTRÓ EL CADÁVER DESANGRADO Y...»

El titular procedía de un recorte de prensa antiguo. Recorrió la vista por el texto del artículo y se detuvo un rato en la fotografía, como si pudiera ver como en una radiografía los pormenores escabrosos que la opaca banda negra sobrepresionada ocultaba a los lectores. Su rostro estaba impávido.

De repente, por el rabillo del ojo, la imagen de la televisión captó su atención y levantó su mirada hacia ella. Aunque no se oía, vio como una pareja de presentadores anunciaban una noticia desde el plató y, en el vídeo siguiente, después de mostrar unas decenas de artículos de lujo incautados, un periodista recogía en la puerta de la comisaría el testimonio del teniente Marcos, que en la pantalla resultaba todavía más imponente y marcial que en la realidad. Cuán orgulloso se tenía que sentir ese oficial de carrera después de toda una trayectoria de entrega abnegada al cuerpo.

Linda cavilaba ahora sobre la fortuna de poder llegar sano y salvo a la jubilación en una profesión como la suya cuando, con su sexto sentido, percibió una presencia a su espalda que le hizo voltearse a ver. Esteban y Fran acababan de sacarse un café en la máquina y, tras advertir ahí su presencia, se dirigían parsimoniosos hacia ella con la vista interesada también en el noticiero. De inmediato Linda cerró la carpeta en un acto reflejo.

— Qué ingrato ¿eh?, unos aquí trabajando duro en la sombra y otros al calor de los focos se llevan la fama —le dijo en tono jocosos Fran, aludiendo a la figura del teniente.

— Si a esto se puede llamar trabajar —le contestó apática Linda.

Esteban llegó a su lado y le dio una colleja amistosa como saludo.

— Supongo que dándole vueltas al coco, ¿eh? —aventuró.

Ella sonrió como quien, sin esperarlo, es descubierto con las manos en la masa. Esteban examinó a Linda con gesto severo, torció el rostro con ademán de reproche, y arrancó de su mano el trozo de caña de chocolate que le quedaba por comer. Acto seguido lo tiró enérgico a la papelera. Linda se quedó parpadeando atónita.

— ¡Pues este no es el azúcar que necesitas! —le regañó contundente.

— ¿Ah no?

Esteban negó con determinación.

Linda no entendía a qué venía esa repentina preocupación de su compañero por el tipo de alimento que ella se echaba entre pecho y espalda. Claro que, igual no era por eso. Se le iluminaron los ojos.

— ¿Tenemos otro caso? ¿Cuál? —inquirió esperanzada.

Esteban meneó la cabeza enigmáticamente, tentado a decírselo pero no atreviéndose a hablar. Fran se tapó la boca con la mano como si fuera un secreto. Linda miraba a uno y a otro ávida de noticias, con los nervios a flor de piel.

— Sí, un suceso determinante, definitivo... —le adelantó dramatizando Fran, que después aguantó en silencio unos segundos—. ¡Cumpleaños a la vista! —resolvió chistoso de pronto—.

Los dos agentes se desternillaron de la risa. Los cara de Linda era un poema.

— Noooo —se lamentó ella con desgana, llevándose las dos manos a la cabeza de la decepción.

Con las provocadoras carcajadas de Fran de fondo, Esteban esperó con la mirada a Linda para disculparse por la broma, y le dedicó una mueca de resignación. Linda no se lo quería creer.

No le había llevado mucho a tiempo a Mario elegir la bicicleta, no obstante había comprado otras dos en la misma tienda y pasaba por el escaparate curioseando a menudo, así que había entrado sabiendo más o menos lo que quería. Y al final se había decidido por la primera opción. Esta era a la vez estilosa, llamativa y alegre, de color negro y detalles rosas en el manillar, llantas y sillín. Habían colgando la tarjeta de felicitación junto al timbre, y un tira blanca que culminaba en un hermoso lazo envolvía el cuadro a modo de regalo. Estaba seguro de que a la cumpleañera le iba a encantar.

— Muchas gracias. ¡Que pase una buena tarde! —se despidió afable el vendedor, que se había adelantado a Mario para sostenerle bien abierta la puerta.

Mario, que acababa de responder al teléfono, le devolvió la amabilidad con un guiño de agradecimiento mientras salió empujando la bici.

— Nada, olvídате. Hoy es imposible. Que no. Pues otro día. Te dejo, adiós.

Había días en que Mario no estaba para nadie. Momentos que se reservaba para sí y sus circunstancias. Y este era uno de esos.

El adosado que un día fue su hogar no quedaba lejos de allí. En quince minutos caminado llegó hasta la puerta. Tocó el timbre. Apenas aguardó un suspiro.

— Hola, llegas a tiempo. Pasa —Mercedes le invitó a entrar.

— Hola —saludó conciso él.

Mario la percibió sensible, tierna. Seguramente el motivo de la celebración le había traído al pensamiento vivencias pasadas, y remontándose años atrás nada entre ellos había sido horrible. De hecho, el grueso de los años que pasaron juntos estuvieron repletos de experiencias y proyectos vitales apasionantes, que culminaron trayendo al mundo un par de adorables churumbeles. Hijos por los que hoy, y por encima de todas las cosas, cualquiera de los dos daría la vida.

Ambos sabían que, habitualmente, ya ni el uno ni el otro se alegraba especialmente al verse. Era sólo una obligación, un compromiso protocolario, una exigencia del guión. Pero en días como ese, en los que había que tragarse las vanidades y egos personales y aceptar la vida tal y como venía, un atisbo de complicidad mutua asomaba en sus miradas, irrumpía en sus corazones. Y, al menos para Mario, era una sensación agradable. Oír bombear fuerte la sangre en su interior. Sentir el palpito. Recuperar la ilusión. La resaca de esa emoción sería otra vez dolorosa para él, pero valía la pena recordarla. Durante muchos años esa fue su casa.

Mario entró la bici rodada hasta la cocina abierta que daba al salón. Junto a la encimera, de espaldas, un hombre alto y espigado, de unos cuarenta años, clavaba velas rojas encima de una tarta de cumpleaños.

— Mira, Óscar, seguro que te acuerdas —anunció Mercedes llamando su atención.

Óscar se giró mecánicamente mientras se limpiaba las manos con el trapo de cocina. Al levantar su vista se dio de bruces con el rostro de Mario, que de pronto apoyó la bici con brusquedad sobre un pilar y, como un púgil al tocar la campana, se puso en guardia para pelar.

— ¿Otra vez tú? ¿Aún sigues aquí? —le espetó Mario, levantando sus dos puños amenazantes la altura de su rostro.

Óscar reaccionó de inmediato con pavor y dando un paso atrás. El exmarido de Mercedes había vuelto a casa y le quería sacudir. Como la primera vez que se topó con él en la boda de una amiga de ella —y por lo visto, también de él—, tres años atrás, cuando le soltó un puñetazo en toda la cara que lo tiró al suelo y lo dejó inconsciente como un pelele, arruinado todo el resto del banquete con el espectáculo que se montó. Ahora buscó a la mujer con desesperación con la mirada tratando de encontrar en ella una explicación. Pero Mercedes estaba ojiplática, tanto como

él.

Mario se sorprendió de su propia interpretación; se había propuesto acudir a la fiesta con su mejor versión, pero esa reacción improvisada que acababa de tener le sorprendió hasta a él mismo. Le hizo rejuvenecer por lo menos quince años, cuando saltar de alegría con la vida a cuestas era mucho más sencillo. Enseguida se percató de que para el tal Óscar la situación no tenía ni pizca de gracia, así que destensó el gesto de inmediato, dibujó su mejor sonrisa en el rostro y le tendió amistosamente la mano.

— Perdona tío, era sólo un broma —se disculpó Mario.

Óscar se había quedado sin habla pero, aún con recelo, le cogió la mano. Mario le señaló natural hacia su ojo izquierdo.

— ¿No te quedó marca? —le inquirió.

— No. Sólo se hinchó —explicó Óscar—. Y bueno, las gafas...

Mario hizo ademán mudo de sentirlo mucho y no saber qué hacer para repararlo. Mercedes agasajó por la espalda a Óscar, examinando con media sonrisa a los dos.

— Está olvidado —dijo algo forzado el ahora compañero de su ex—. Ha pasado tiempo. Y bueno, ¿cómo te va el trabajo?

— Ahí seguimos —repuso escueto Mario.

— ¿Eran puertas de bancos, no?

Mario asintió como por instinto. De tanto sostener la mentira en el tiempo se la estaba creyendo hasta él mismo —meditó a la vez que desviaba su mirada a un segundo término—. Al otro lado del cristal que daba al jardín distinguió, entre el grupo de personas que estaban de celebración, a su hijo Iván, que parecía espiarle con su rostro deformado pegado al vidrio.

— Discúlpame —se excusó Mario ante Óscar y agarró la bicicleta en dirección a la terraza.

Iván entró al encuentro con su padre y, al llegar a su altura, se posicionó gracioso delante de él imitando el gesto de pelea que le acababa de ver hacer, con los puños cerrados y dando saltitos, para terminar fundiéndose, al segundo, en un cariñoso abrazo los dos.

— ¡Qué idiota eres, papá! —le reprochó el pequeño.

— No tengo más remedio, hijo; no tengo más remedio —eso sí le sonó a verdad, pensó Mario, a la vez que le sacudía cariñosamente la cabellera—. ¿Cómo va, eh?

En el mismo momento en que padre e hijo chocaban efusivamente sus manos, una corriente de aire repentina hizo que Mario girase su rostro a un lado.

— ¡Papi! ¡Papi! ¡Papi! —gritaba su hija Paula desde el jardín corriendo hacia ellos.

El padre la recibió agachado con una sonrisa de oreja a oreja. Observó que la niña estaba radiante de contenta.

— ¡Hola, pequeña! —exclamó orgulloso Mario, y la estrechó entre sus brazos unos segundos de esos en los que parecía detenerse el tiempo.

Mario sonrió para sí; con sus hijos cerca, se sentía volar. Y dentro de ese triángulo perfecto no había lugar para ningún pensamiento malo.

— ¡Mira lo que te he traído! —le dijo, apartándose a un lado igual que un presentador de circo da paso al siguiente número.

El rostro de la pequeña se iluminó de la ilusión al ver su deseada bicicleta todo chula frente a ella apoyada en su pata de cabra y enlazada con cinta como regalo.

Unos minutos después, en el jardín y con una cerveza de botellín en la mano, Mario contemplaba con cierta distancia como el grupo de niños reunidos para la celebración del cumpleaños de su hija, y también Óscar y algún papá y mamá de los presentes que él no conocía, bailaban una suerte de divertida coreografía dedicada a Paula, que jubilosa frente a ellos, trataba

de replicar con retardo los pasos que el resto había preparado. Con ocho años es un niña fuerte, adorable y feliz. Ojalá ese don le dure toda la vida, reflexionó esperanzado Mario.

Al poco irrumpió en su campo de visión Mercedes, que con dos cervezas en la mano se acercaba animada a él.

— Me alegro de que hayas venido —le dijo ella con una sutil sonrisa mientras le ofrecía otro botellín.

Mario apuró el último trago de su bebida y se estiró para apoyar el cristal sobre una mesa cercana antes de contestar. Tal y como habían hecho centenares de veces años atrás, en bares, en conciertos, en la playa..., recordó él, porque durante los años que estuvieron juntos Mercedes — que sabía que a Mario le gustaba y le daba seguridad llevar siempre una copa en la mano cuando estaban en compañía de más gente—, se preocupaba de que no le faltara la consumición y se la reponía por sorpresa al fin sin tener que ir él a pedirla.

— Yo me alegro también de venir —contestó templado él al agarrar la cerveza.

Los dos se sonrieron y se quedaron de pie, uno junto al otro, ojeando hacia el resto del grupo. Mercedes sacó un paquete de tabaco y ofreció un pitillo a Mario, que negó con la cabeza. Le volvió a insistir, como dando a entender que a ella no le importaba regalarle un pitillo, y él rehusó de nuevo con determinación. Entonces ella cayó en la cuenta de en qué fase de la adicción se encontraba él.

— ¿Quién lo iba a decir, eh? —dijo ella con gesto de sorpresa, tras lo que introdujo el cigarro a su boca y lo encendió.

— Ya ves. A todo se acostumbra uno.

Mario creyó percibir en la reacción de Mercedes que había captado la doble intención de sus palabras: se terminaría habituando a no fumar de la misma manera que un día se tuvo que adaptar a que ella prefiriera pasar las noches con otro. A todo se acostumbraba uno en esta vida si la cuestión era sobrevivir. Pero si ella lo había entendido, lo pasó por alto. Era y continuaba siendo una mujer inteligente; tal vez por eso lo abandonó. Seguro. Bebió un trago largo.

— ¿Cómo te va? —le preguntó con interés su ex.

— Como siempre —repuso él.

— ¿Y el trabajo?

— Igual.

Mercedes le sostuvo la mirada penetrante, punzante, como tratando de agrietar sus corneas y dar rienda suelta así al fluido lagrimal con el que se lubricaría la verdad.

— Igual —repitió Mario imperturbable, corroborando con ademán de seguridad.

— Ya. Claro —Mercedes dio un calada y se tragó su escepticismo antes de continuar—. Si quieres, tómate un respiro con nosotros. Sin presiones. Yo ahora trabajo, podemos tirar con mi sueldo. Ya ves que están bien.

Mario estaba observando a los hijos que ambos tenían en común y sí, era indudable que estaban bien, reconfortaba verlos así. Sonrió para rematar la birra con un sorbo pausado, tratando de paladear ese momento.

— Ni hablar. No te preocupes por mí. No. Está todo en orden —zanjó contundente, sin dirigirse directamente a ella.

Mercedes hizo ademán de resignación, «como quieras», pareció decir sin abrir la boca, y bebió de su botella.

— ¡Eh, eh, papá, ven a ver esto! —apremió a gritos Iván desde la distancia.

Mercedes advirtió de pronto cómo Mario estiraba su brazo para que ella se hiciera cargo del vidrio vacío y le dedicaba una fugaz mirada de agradecimiento antes de dirigirse como un rayo

hacia el tumulto. Allí, entre el grupo y junto a una gran caja de cartón abierta, su hijo y su pareja actual, Óscar, aguardaban impacientes su llegada para mostrarle el interior. Mario se asomó expectante.

— ¿Pero quién le ha regalado esta cosa? —exclamó mirando a los presentes, fingiendo perturbación—. ¿Ha sido uno de estos? —les inquirió, señalando acusador hacia los invitados—. ¿Cómo se puede ser tan malvado?

Mercedes contempló como los tres varones rieron la gracia juntos y cómplices. No se lo podía creer. Dio matarile al cigarrillo echándolo por el cuello del botellín y fue a ver qué era ese enigmático regalo.

Esa noche en el apartamento de Mario temblaron las paredes. Los jadeos violentos, aunque algo contenidos, y unos golpes rítmicos —por instantes frenéticos, rabiosos—, sobresalían del ambiente jazz blues con el que los altavoces del salón regaban la ardiente estancia.

Sobre la encimera de la cocina el cuchillo que preparaba la ensalada se estaba tomando un merecido descanso entre tomates sobre la tabla de cortar, mientras en la placa eléctrica una cazuela con agua bullía con pasta verde en su interior, y el horno encendido daba calor a una bandeja metálica con carne dentro.

El cristal húmedo de la ventana, a través del reflejo distorsionado que dejaba el rastro de las gotitas de agua que huían de la condensación, era testigo mudo del vaivén de dos personas unidas que, de pronto, habían cesado de moverse.

Un hombre de pie abrazaba por la espalda a una mujer arrodillada sobre el sofá.

— ¿Qué mosca te ha picado hoy? Madre mía. Tú no me has llamado para cenar... —dijo Rosa extasiada, a la vez que se bajaba la falda.

— Qué más da el orden... —contestó Mario, abrochándose el pantalón.

— Desde luego. Yo lo prefiero, así ahora nos preocupamos solo de la comida. ¡Qué hambre!

Rosa terminaba de arreglarse y Mario depositaba en la basura el pañuelo de papel con el que había envuelto el condón cuando sonó un timbre telefónico.

— Tienes un puto imán con mi teléfono —se lamentó Mario, contrariado— Mira a ver cómo va eso...

Rosa siguió con su mirada la dirección hacia la que el dedo de él apuntaba y se encontró con la actividad de la cocina.

— Voy —accedió.

Al llegar junto a los dispositivos Mario confirmó sus sensaciones y comprobó que el sonido de llamada procedía de su móvil antiguo y privado. Lo agarró, miró de soslayo hacia el lado de la luz y se alejó en el sentido contrario lo más que pudo, llevándose consigo también la libreta y el boli que tenía ahí dispuestos.

— Dime —contestó Mario en la penumbra de la habitación.

Anna había salido a correr series por la noche y, todavía sofocada y sudorosa, le llamaba desde una cabina de teléfono próxima a un parque del sureste de la ciudad.

— Hola M. Dos cosas. Una, toca viajar, el próximo miércoles noche, ciudad D, distrito C —ella hablaba vocalizando y espaciando la información.

— Un segundo —Mario apuntó con lenguaje codificado en el papel: una palabra, cuatro líneas, un número—. Lo tengo, ¿y qué más?

— Tenemos que vernos. Lo organizo —le apuntó Anna.

Mario la escuchó resoplar, imaginó que, como de costumbre, estaba en pleno castigo físico. Pero esa noche, por lo que fuera, se estaba dando especialmente caña.

— Como quieras. Esta vez sí aprovecharé para decirte algo... —le anunció Mario.

— No me jodas M. No me jodas. Que va viento en popa —le afeó malhumorada Anna, que conocía de sobras los devaneos mentales de su socio—. Seguimos.

Anna liquidó la conversación colgando de golpe. Acto seguido pasó el trapo con el que había sostenido el teléfono por todas las partes del aparato que en esta ocasión había tocado, como las teclas de los números o la ranura de las monedas. Frotó también el auricular salpicado por sus babas y las gotas de su sudor que adornaban el mostrador. Al segundo de asegurarse que no dejaba ningún rastro de su presencia en la cabina se impulsó enérgica para seguir corriendo.

Mario colgó el teléfono musitando para sí y, de camino a la cocina, dejó sus útiles de trabajo en el mismo aparador bajo y esquinado en el que los había cogido.

— Esto está ya —Rosa apagó el fuego de la placa—. ¿Cenamos? ¿Qué tienes en el horno?

Mario vio cómo Rosa se agachaba para curiosear.

— Dame un minuto, voy al baño —se excusó.

En el instante que Mario volteó la puerta del aseo, Rosa se levantó ágil como una gacela y, con pasos silenciosos como los de una detective, se acercó hasta la mesita para abrir la libreta y saciar su curiosidad. *Emei* escrito y un número tres metido en un cuadrado. Al leer las escuetas pero enigmáticas anotaciones, para ella inconexas, frunció el ceño. Parecía un jeroglífico. Al oír vaciarse la cisterna se reincorporó como si nada y regresó aprisa y a tiempo para dar la sensación de que se acercaba para acicalar la mesa.

Mario abrió la puerta y observó cómo ella le dedicaba una cálida sonrisa.

— Bueno, ¿y qué tal con tus hijos? ¿Cuándo me los presentas? —soltó ella, con su alegría natural.

Los pasos de Mario se ralentizaron de pronto, giraron sobre sí y volvieron a esconderse en el lavabo. Las baterías de energía que durante todo el día le habían impulsado a interpretar, y que le habían hecho acumular tanta tensión, se habían agotado.

En otro punto de la ciudad y a esa misma hora, John terminaba de leer tumbado en calzoncillos sobre su cama abierta un libro de tecnología de producto. Suspiró levemente al cerrarlo y se estiró para apoyarlo sobre la mesilla, momento que aprovechó también para agarrar el móvil al que tenía enganchado los auriculares que llevaba puestos y desplegar en la pantalla la barra con las últimas notificaciones: en el WhatsApp tres chicas diferentes esperaban respuesta tras haber iniciado con él una conversación; y por otro lado, había recibido un correo electrónico de confirmación de una compra que había hecho por internet. Nada que le interesara de verdad en ese momento. Cambió la lista de reproducción en la aplicación musical que estaba utilizando, se deslizó dentro del edredón hasta acomodarse, miró al techo, estiró la mano y apagó la luz.

El día había amanecido lluvioso en Madrid, y continuaba nublado y tormentoso cuando Linda y Esteban llegaron a Toledo, ciudad de algo menos de cien mil habitantes situada a unos setenta kilómetros al sur de la capital, como anotó Linda en su libreta.

Un policía nacional autóctono comandaba la ascensión a la buhardilla donde Ignacio se quitó la vida. Linda y Esteban le habían seguido despacio por toda la casa, aprovechando el itinerario para examinar en cada una de las plantas las distintas estancias y habitaciones, y poder construirse así un esquema mental rápido de la vivienda y de sus moradores, rescatando acaso algún detalle significativo, como por ejemplo relativo a sus aficiones a la caza y al golf, o a su colección de obras artísticas de valor. Al subir el último tramo de las escaleras llegaron hasta el espacio abierto de techos de madera inclinados.

— Y esta es la buhardilla, una especie de refugio privado del artista, según su marido —les explicó el policía.

Linda y Esteban activaron sus alertas, el lugar tenía algo que lo hacía especial. Sin duda resultaba un lugar cálido que invitaba a dar rienda suelta a las emociones. A relajarse. A crear. Escrutaron minuciosamente alrededor. Un cuadro del rostro de una mujer colgaba en la pared de uno de los lados. Al lado, una fotografía enmarcada de la misma fémica y tres jóvenes, una chica de rasgos asiáticos, una caucásica y un varón negro, todos ellos sonrientes. Y algo más separado, más próximo a la ventana, un vistoso marco de fotos collage con instantáneas del propio Ignacio junto a otro hombre de pelo cano, que también sobrepasaba los cincuenta, posando ambos con gestos divertidos.

— ¿Su marido? — cuestionó Linda dubitativa, señalando hacia las imágenes.

— ¡No me seas antigua! — le reprochó Esteban levantando exageradamente la voz.

— No sé a qué te refieres — contestó tenue y concentrada Linda, que seguía examinando.

Al poco reparó en una pequeña fotografía de los dos hombres apoyada sobre el recibidor, y la levantó para ojearla.

— Aquí están también... — se sonrió para sí.

— Le hice algunas preguntas por mi cuenta — siguió contando el policía de Toledo—. La casa es increíble, me encantó. Aquí tiene la copia de la denuncia.

Esteban cogió el papel.

— ¿Cuál es la historia? — le inquirió.

— Bueno, además de artista más o menos conocido aquí, tuvo familia. Estuvo casado con una mujer. Adoptaron tres hijos, los tres viven ahora lejos de aquí. Y su exmujer murió hace pocos años en un accidente de coche.

— Vaya. ¿Y su actual marido? — preguntó Linda.

— Trabaja en una multinacional, en ventas o así, viaja mucho, pasa mucho tiempo fuera y... — el agente adornó la explicación haciendo el gesto de cuernos con su mano, evidenciando que el cónyuge le era habitualmente infiel y que este dato era de dominio público—. Pero está destrozado — matizó.

El sonido de la lluvia golpeando el tejado se hizo más molesto. Linda corrió las cortinas del gran ventanal y comprobó que afuera las condiciones meteorológicas estaban empeorando.

— ¿Y qué cree que es lo que ha sucedido aquí? — Esteban animó al policía a dar su versión de los hechos.

— No lo sé. No hemos encontrado signos de violencia ni más huellas que las de ambos. Y los objetos personales de Ignacio no están. Oye, a lo mejor únicamente se ha pirado a ver mundo y gastarse la pasta...

Los dos policías de Madrid no dejaron de inspeccionar la casa mientras él hablaba, pero en

ese momento el ruido del agua sobre sus cabezas era tan violento que Esteban hizo además de continuar la conversación fuera de allí. Linda, que estaba con la cabeza levantada y la vista fija en el entramado de vigas de la cubierta, no se percató de la recomendación de su compañero. De pronto, cuando iban a encarar las escaleras, los dos agentes varones oyeron arrastrar algo, se giraron y vieron a la mujer policía agarrar una silla y subirse en ella tratando de acercarse más su vista a la madera.

— Aquí hay algo. Como rozado, no sé, parece disimulado. —dijo Linda escudriñando con sus ojos la viga central antes de buscar con mirada interrogante a Esteban—. ¿Qué opinas?

— Tú misma — repuso él desde abajo.

— Pues parece consecuencia de la fricción de un cuerda. O colgaron un columpio o... una sogá...

Linda terminó su elucubración bajando de la silla, y los agentes se acercaron a ella.

— Que venga la policía científica y lo analice —continuó disponiendo Linda—. ¡Importante!: saber cuánto hace que se ha «restaurado».

La policía había entrecomillado la palabra con sus dedos, y el agente de Toledo así lo anotó.

— ¿No usan ordenadores aquí? Porque veo que sí que tienen Wifi —reparó con excitación Linda—. Que investiguen la compañía y el historial de dispositivos conectados. Tal vez por ahí...

— ¿Y por qué es más o menos conocido aquí este hombre?—quiso saber Esteban.

A Linda le extrañó el tono áspero en la pregunta de su compañero. El policía autóctono señaló hacia un mueble de librería repleto de libros.

— ¿Diseñador? — aventuró Esteban.

— Escritor —concretó tras una sonriente pausa el agente—. Pinta, hace sus pinitos en otras disciplinas, pero lo que realmente vende son sus libros.

El sonido de su walkie talkie le recordó algo de pronto.

— Perdonen, me tengo que bajar, les dejo aquí solos —se disculpó el hombre.

La resonancia de la lluvia había disminuido hasta transmitir una musicalidad agradable y relajante que, en consonancia con el cuarto, parecía incitar a la reflexión. Linda se quedó inmóvil ensimismada en sus pensamientos.

— ¿Qué piensas? —le preguntó Esteban, tras un rato de silencio.

— Pues que estar aquí está muy bien, pero vamos por detrás. Así no los cogemos —se lamentó Linda con gesto serio—. Tenemos que encontrar la manera de adelantarnos...

— ¿Has visto *Minority report?*, de Tom Cruise.

Linda negó con la cabeza tal y como él había imaginado.

— Pues ahí la poli usa tecnología psíquica para detener y enjuiciar a los asesinos antes de que cometa el crimen—le explicó Esteban.

— ¡Guau! Suena bien —exclamó Linda—. Algo así necesitamos. ¿De que tecnología disponemos?

El veterano policía prefirió tomárselo a guasa y no contestar.

Al abrir la pesada puerta de la vivienda Mario observó cómo una luz, que procedía del salón, iluminaba parte del estrecho y largo pasillo que tenía frente a sus ojos y llegaba tenue hasta la entrada. Asomó con sigilo su afilada cara de señor mayor con bolsas en los ojos y el semblante plagado de arrugas —John Huston era uno de los directores fetiche del padre de Anna desde que en su juventud lo descubriera con *El Halcón Maltés*, la película con la que inició su fascinación por el cine negro—, y entró al piso precavido. John, que le seguía detrás empujando la carretilla cargada, cerró el acceso con sumo cuidado.

Tan pronto el piso se quedó de nuevo estanco, y el movimiento de aire mezcló el ambiente del interior con el del rellano, Mario instintivamente accionó el modo supervivencia porque percibió por el olfato que algo no iba bien. Torció el gesto pensativo. La jodida máscara no ayudaba en absoluto en esos casos, con los ajustados orificios que tenían para respirar y el látex tan pegado a la nariz. Intrigado, Mario parecía no poder advertir con precisión el detalle cualitativo del aire que respiraba. Avanzó diligente hacia el salón olisqueando al mismo tiempo. El cliente estaba sentado en un confortable sillón con los ojos cerrados y el aspecto de haberse quedado plácidamente dormido.

— Hijo de puta —masculló con rabia Mario.

Giró apresurado para conectar visualmente con el chico, que se encontraba todavía en mitad del pasillo.

— Corre. Entra. Abre las ventanas — le ordenó, sin alzar la voz .

John interpretó rápido el lenguaje corporal de Mario, aparcó los útiles de trabajo de inmediato y corrió hacia allá.

Mario fue directo a la cocina. Un intensísimo olor a gas inundaba la casa, y el origen del escape seguramente provendría de allí. Esperaba que así fuera, porque en ese instante sintió que la casa iba a reventar de un momento a otro.

Mientras tanto, afuera, en la oscuridad de la calle, un hombre que paseaba el perro entrada la madrugada detuvo su paso al observar de pronto cómo una luz se encendía en una de las primeras alturas del bloque de viviendas que tenía a su derecha. Contempló con curiosidad cómo una persona de rostro extraño, con la piel congelada en un mismo gesto, y ataviada con gorra azul y guantes negros, abría con urgencia una ventana primero, después la otra y se quedaba un instante de espaldas al cristal.

Mario giró los mandos de los cuatro fogones de la cocina por los que el gas salía a sus anchas y, siguiendo el tubo metálico que conectaba a la caldera del gas, había encontrado pronto la llave de paso del mismo, y la había cerrado. Escrutó, no obstante, el resto de la habitación por si había alguna fuente de gas más en la que no hubiera reparado.

Cuando Mario volvió al salón se encontró a John quieto junto a la ventana cual pasmarote mirando el cuerpo de Zacarías.

— ¡Aléjate de la ventana! —le alertó susurrando, apremiándole con el gesto.

Desde la calle el hombre curioso comprobó cómo la misteriosa persona de la ventana desaparecía de su vista y no había más movimiento en el cuarto. Qué extraño, pensó.

— ¿Qué pasa, cariño? ¿Vienes o qué? —le gritó una mujer que caminaba unos metros más adelantada que él con el móvil encendido.

— Sí, voy —el viandante echó a andar valorando en sus adentros si el extravagante suceso del que había sido testigo era digno o no de compartirse con su pareja.

Dentro de la vivienda, a través de los ventanales abiertos, se escucharon ecos de los ladridos de un perro. Mario se había acercado hasta Zacarías para confirmar que, efectivamente, estuviera muerto. Le buscó el pulsó en el cuello y no encontró ningún latido. Miró su pecho, inmóvil.

Acercó su oído descubierto hasta la boca del cliente y no escuchó ni sintió entrada ni salida de aire.

— ¿Has cortado ya el gas? —le preguntó John susurrando.

— Sí.

— ¿Quería matarnos el cabronazo?

Mario señaló hacia la mesa de centro que tenía frente a él, en la que había desparramados envoltorios vacíos de pastillas, junto a un vaso de cristal caído y una botella vacía de coñac.

— Le tardaría en hacer efecto el cóctel y habrá querido asegurarse de terminar hoy muerto como fuese. Sin talento —Mario sacudió la cabeza incrédulo antes de terminar por aceptarlo—. En fin, vamos con él. Prepáralo, voy a su dormitorio.

Antes de ponerse a ello, John quiso mirar de frente a los ojos de Mario.

— ¡Eh! —reclamó su atención en susurro.

Mario se giró hacia él. Los ojos algo húmedos de John lo miraban fijamente. Y su rostro bajo la máscara parecía dibujar una sonrisa.

— Eres un héroe —le dijo orgulloso el joven.

Mario no contestó pero rió sarcástico, esquinado. Realizaban un trabajo pulcro y silencioso, pero sujeto a muchas variables y fuera de la ley. Terminar saltando por los aires en acto de servicio no era para él el peor de los riesgos a los que se exponía. A fin de cuentas, un final que no has visto venir supondría una despedida sin sufrimiento. Y lo que a Mario realmente le empezaba a atenazar era la idea de terminar un día arrestado, privado de su libertad, y solo con unas frías rejas delante para esconder su vergüenza de la mirada de sus hijos.

— Manos a la obra —espoleó concentrado Mario.

Unas cuantas horas más tarde, cerca del alba, los restos de Zacarías agrupados en una caja esperaban ya en la furgoneta a que Mario y John concluyeran de limpiar escrupulosamente con el agua a presión de las mangueras todas los rincones del garaje en los que habían operado: el horno, las mesas, el instrumental que colgaba de las paredes, el suelo... De dentro a afuera, evitando dejar pisadas. El sumidero central recogía el líquido espumoso resultante de la interacción del fluido acuoso con el líquido desinfectante con el que rociaron antes el espacio.

Entrada ya la mañana, con el cielo encapotado como en escala de grises barruntando tormenta, Mario arrancó el motor del vehículo y lo echó a rodar finalmente de regreso a su origen, a sus casas. En poco más de una hora retomarían con normalidad su otra vida, la única que sus entornos debían conocer. En su caso, la vida de la soledad, la incertidumbre y las mentiras; y en el de John, la del estudio, quedar con chicas y buscar un trabajo mejor.

A su espalda quedaron visibles, suspendidas en el aire, miles de las micropartículas que, al arrojar las reliquias de Zacarías en bloque instantes antes, se habían desprendido del grueso de las cenizas y, movidas ahora por el viento, continuaban distribuyéndose azarosamente por el campo, depositando su sustancia en las verdes hojas perennes de los olivos, o en las incipientes aceitunas de las ramas, o sobre la tierra marrón que cubría el suelo. Abonando. Formando parte de un nuevo ciclo vital. Transformándose en algo distinto. Una forma tan buena como cualquier otra de desaparecer y, de alguna manera, de perpetuarse también. Un anhelo muy propio del género humano, consideró Mario.

Punto Medio

Dos días después, Mario, John y Anna habían quedado en verse y llevaban un rato alternando chupitos, cubalibres y cócteles en la barra de un popular bar de copas del Barrio de Huertas de Madrid. El garito estaba bien animado para ser una noche entre semana, y el DJ pinchaba música al mismo tiempo desenfadada yailable.

— Por poco, tío, por poco. Hemos llegado justo a tiempo... —John tragó saliva y cogió algo de aire para restablecerse un poco del mareo que le provocaba el alcohol que llevaba ingerido, pero siguió hablando con elocuencia y alegría—. Podría haber volado el puto edificio por los aires, y lo sabes. Es paradójico joder, yendo al rescate de un muerto hemos salvado a un montón de vivos. Un pequeño fallo de coordinación muscular, una chispa y... ¡boom!, todos muertos.

John se había metido tanto en la descripción de los hechos y había gesticulado tan apasionadamente al representar la explosión, que varias personas a los lados se les quedaron mirando sorprendidas, incluida el camarero, que en ese momento apoyaba en la barra la cerveza en botella que acababa de pedir Mario. Este agarró su birra y, con un ademán intimidante y serio en el rostro, le advirtió al joven que moderara el tono. John reaccionó de inmediato disculpándose con las manos.

Annaapuró el décimo sorbo de su quinto cóctel Tom Collins.

— Bueno, por suerte no ha pasado nada. —dijo ella, tratando de quitar hierro al asunto—. Ha sido un contratiempo puntual. Todos los enlaces están funcionando bien, discretos y eficientes.

— ¡Sí, somos buenos! —exclamó con el tono contenido John, que levantó enérgico su copa invitándolos a brindar.

Anna hizo lo mismo con la suya y Mario también levantó la cerveza, pero con menos energía. Chocaron los cristales entre ellos.

— ¡Chinchín! —celebró el joven.

— El negocio funciona, crece... —Anna fijó su mirada en Mario—. ¿Tú que dices? ¿Algún problema?

Mario negó con la cabeza sin decir nada, a medio camino entre borracho y cansado. Anna y John lo examinaban expectantes, manteniendo un ligero vaivén en sus cuerpos. Decidió ganar tiempo en la respuesta echando un trago largo de cerveza y se la bebió entera. Al terminar resopló fuerte, arqueó las cejas y sonrió forzado hacia sus socios.

— Tomemos otra ronda —pronunció, girándose al instante y levantando la mano, tratando de llamar la atención del camarero.

— Déjame a mí —le pidió Anna, apartándolo a un lado con un efectivo empujón de su cuerpo.

En otro punto distinto del pub, en una zona más resguardada con mesas y sillas, Linda, Esteban, Fran y otros siete compañeros policías vestidos de paisano habían llegado de celebración y aguardaban sentados a que llegaran las primeras rondas de la noche en ese local. Dos de ellos, un apuesto joven y una resuelta mujer mayor, acercaban la bebida al grupo desde la barra. Sobre la mesa que presidía Fran les esperaban ya una bandeja con diez chupitos servidos en pistolas de agua.

— Cerveza, cubata... ¿esto para quién es? Venga chicos, id cogiendo —fue repartiendo la

compañera policía.

— Tú ya puedes controlarte, que no tienes edad... —le advirtió jocosamente Esteban a su amigo Fran, y haciendo alusión con el dedo al grupo, añadió—. Y no estamos aquí dispositivo suficiente para garantizar tu seguridad.

— Un día es un día. Calla —le replicó él; después se puso de pie y se dirigió a todos—. Chicos, chicas, muchas gracias por venir... ¡Invito yo!

Sus amigos los vitorearon con espíritu festivo. Fran fue agarrando una por una y disparándose en el interior de su boca hasta cinco pistolas seguidas rellenas de Peché, mezcla de whisky y licor de melocotón, ante el pasmo generalizado de sus colegas.

— ¡Ala! ¿Dónde vas? ¡Echa el freno! —le aconsejó uno de los agentes que, escandalizados, se habían echado las manos a la cabeza.

Esteban observó que Linda no parecía sentirse cómoda en esos alardes bravucones de su fiel amigo.

— Hoy acabamos con él en comisaría. ¡En el calabozo! — quiso tranquilizarla usando un tono de preocupación.

Linda agradeció el uso de la psicología inversa en el intento y sonrió resignada.

— ¡Que no cunda el pánico, que hay para todos! —vociferó Fran, antes de ponerse a contar con gracia los revólveres de plástico que quedaban en la bandeja y de que no le salieran los números... ¡O se piden más! —resolvió.

Anna, Mario y John habían bajado un poco el ritmo con la bebida pero continuaban charlando juntos de pie en la barra, bastante cerca los tres como para poderse entender hablando alto pero sin dejarse la voz.

— Bueno, el material es resistente y está en precio, pero si decís que os da igual, lo dejo como está —propuso ella.

— Déjalo cómo está —aprobó Mario.

— Perfecto.

John, que escuchaba respetuoso la conversación de los socios fundadores, reclamó ahí su atención, agarrando con sus manos los hombros de los dos.

— Bueno «papis», ya está bien de trabajo por hoy —el joven levantó la mirada y oteó por el resto del local—. Voy a ver que hay por ahí, que la noche pinta muy bien...

John cogió el cubata que tenía casi sin probar en la barra y se alejó con andares de tipo interesante e interesado.

— Bueno, al final es buen chico, ¿no? —le dijo Anna a Mario al quedarse solos, acercándose todavía más a él.

— Sí. Es de fiar. A ver cuánto aguanta —contestó enigmático él.

— ¿Por?

— Es joven —explicó—. Tiene el futuro por delante. Está buscando, y más pronto que tarde...

Anna le interrumpió resoplando enfurecida, como si eso que le estaba contando Mario fuera la misma milonga irreal con la que le habían intentado engatusar mil veces en su vida.

— Sí, encontrará un trabajo cojonudo por el que le pagarán una puta mierda. No te jode...

Mario frunció el ceño como patidifuso.

— ¿Dinero? ¿Crees que al chaval le preocupa el dinero? —le inquirió con tono de reproche—. Está en la mejor edad de la vida, joder. Eso no tiene precio. ¡Sólo pensará en fornicar!

— ¿Ah sí? —Anna se puso en modo seducción y se aproximó a él insinuante, hablándole lasciva y lenta cada vez a menos centímetros de su boca—. ¿Y tú ya no? Ya sabes que los

hombres maduritos como tú, así de parcos y rudos también tienen su público...

— ¡Eh, eh, eh...! Que te pierdes.

Mario se la quitó de encima con la mínima brusquedad que en su estado fue capaz de manejar. Aún así, Anna pareció por un instante desconcertada, pero se recompuso de inmediato yendo al ataque y encarándose a él.

— ¡Qué pedazo de capullo estás hecho! Eres el único gilipollas de todo el bar que no querría follarte conmigo.

— Entonces la gilipollas igual estás siendo tú —le espetó él, añadiendo con la expresión en el rostro un evidente: «¿No te das cuenta?»

Anna se quedó meditando si eso que acababa de decir Mario tenía sentido. Intuyó que sí que lo tenía.

— Y yo no he dicho que no quiera follarte —prosiguió él, con tono más templado.

— ¿Ah no? —dijo Anna sorprendida

— No. Pero tengo claro que no debo follarte... ni dejarme follarte por ti.

— Es un puto polvo, joder. ¿O qué te crees? Un pim pam, un folla amigo. Por los viejos tiempos...

— Donde tengas la olla... —repuso negando Mario.

— ¡Bah, estupideces! Eres un cagón cuadrado. Y un triste, joder —le espetó en tono amargo.

Anna echó un trago de la copa mirando hacia otro lado.

— Lo que tú digas —masculló Mario, inclinando también su botella.

En ese momento unas manos ardientes taparon de pronto, desde atrás, los ojos de Anna. Ella las agarró fuerte y se giró de golpe, zafándose al instante.

— ¡Eh, Berta! ¿Estás aquí? —exclamó con alegría Anna al descubrir a su amiga en compañía de un hombre.

Anna la encontró pletórica, abrió sus brazos y la estrechó en un afectivo abrazo.

— Ya te dije que igual me pasaría, a mí también me hace falta un poco de calor —le contó Berta antes de subir el tono vivaz de su personaje—. Mira, te presento a mi última conquista... mi marido, Manuel. Manuel, ésta es mi amiga Anna, la boxeadora. ¿Has visto?

Tras saludarse ambos con una sonrisa amable, Manuel recorrió el cuerpo de Anna de arriba abajo con mirada que ella interpretó de deseo. Después lo vio apretar los labios y validar las vistas con un gesto.

Mientras tanto, Berta se había girado hacia el varón con el que estaba su amiga y lo inspeccionaba con interés.

— ¿Y este bombón quién es? —preguntó, arreglándose teatralmente el cabello.

Anna levantó las palmas de sus manos y encogió los hombros dando a entender que no lo sabía, que lo acababa de conocer esa misma noche. Se acercó a él y le tocó con su dedo el brazo, reclamando su atención.

— Perdona, ¿te llamabas? —le inquirió, recuperando el tono seductor.

Mario bebió de su cerveza por no contestar, pero creyó observar que, a los ojos de ellas, esa actitud de desdén le hacía parecer aún más interesante.

— Equis —respondió al fin.

A la mujer que tenía delante con las pupilas dilatadas se le borró la sonrisa expectante de golpe.

— ¿Equis?, qué poco original —soltó Berta, mostrando indudable decepción.

Berta sujetó del hombro a Mario con firmeza, como si hubiera imaginado que fuera a salir

corriendo, ladeó su cabeza y dirigió sus ojos de un extremo a otro de su figura, examinándolo.

— Uhhmmm... No es para ti —concluyó, meneando su cabeza exageradamente.

Anna hizo ademán de estar totalmente de acuerdo con la apreciación.

— Eso parece... —reconoció con desencanto, para en un santiamén, venirse arriba de nuevo —. Pero déjame que lo intente, al menos.

Anna jugó a buscar con su ojos pícaros a Mario, intentando comprometerlo.

— ¡Uy! ¡Cómo vas! —aulló animada Berta, buscando la complicidad de su marido.

Por un momento, Mario pensó que estaba en un partido de tenis, con la cabeza de un lado a otro viendo cómo ellas se iban pasando la bola.

— Vale guapa, entiendo. Emplea todas tus armas de seducción. Y si no ya sabes... ¡zas! — Berta simuló dar un golpe seco y rabioso con su rodilla a las partes bajas de Mario—. Y estaremos allá —le indicó la zona— si nos necesitas...

La amiga se alejó con su marido hacia el otro lado de la barra con su intimidante mirada clavada en Mario y haciéndole el gesto de «te vigilo» con los dedos. Mario sucumbió al gracejo de Berta y le dedicó una amplia sonrisa como despedida.

Anna hizo tiempo bebiendo de su copa y fue aproximándose de nuevo al trozo de la barra en la que se encontraba Mario, con la cautela de quien lo intenta por segunda vez.

— ¿Te lo puedes creer? ¡Está casada! —explicó Anna con normalidad, tan pronto perdió de vista a Berta— Con todo lo que me cuenta en el gimnasio pensaba que se acostaba cada día con un tío distinto. Joder.

— Quedamos en que no mezclaríamos nuestros entornos privados en esto —le reprochó Mario con tono áspero.

— Lo sé, y lo siento. Se me escapó que iba a salir hoy. Puta ansiedad, me consume.

Anna apoyó sus dos codos en la barra y descansó la cabeza con sus manos, cabizbaja. Mario bebió de su cerveza y la miró comprensivo, agasajándola con la mano que tenía libre.

— Te entiendo, tranquila, pero que no vuelva a ocurrir.

Mario observó cómo, unos metros más allá, próximo a la pista de baile, en una zona de paso, John se separaba de un par de chicas con las que había estado hablando y avanzaba despacio, sosteniendo el vaso, entre un grupo de gente apelotonada.

— Mira a ese... —Mario hizo que Anna saliera de su ensimismamiento, se girara y dirigiera su vista hacia John— Toma nota, ese sí que sabe, coño. Como buen cazador sale a patear el monte, con la escopeta cargada, deseando disparar... cualquier presa le vale, cualquiera que no haya visto antes, cualquiera a la que pueda ocultar su doble vida, su negocio. Lo que te digo...

Anna alucinó con la narración de Mario y vio cómo, en su búsqueda, el joven se tropezaba con una chica.

John se sentía disfrutón, con el puntillo justo para abordar cualquier misión que se le pusiera a tiro cuando, de repente, chocó brusco con una joven que caminaba sin mirar en dirección contraria y casi le tira el cubata por encima.

Linda, que esa noche se sentía fuera de lugar en el jolgorio de la celebración del cumpleaños de Fran, se había levantado hacia un instante de la mesa para, con la excusa de ir al baño, salir un momento a que le diera el aire a ver si así se animaba algo y encontraba la forma de pasárselo bien, que también lo necesitaba. De camino desvió su vista a un grupo de jóvenes que llamó su atención y se dio de bruces con algo.

— ¡Perdona! —se excusó amable el joven, que comprobó después si se había manchado la camisa con el líquido de la bebida que había salpicado hacia él.

— Nada, tranquilo —le quitó importancia Linda.

— Tranquilo y sorprendido —hilvanó rápido el chico.

— ¿Sorprendido por? —preguntó ella con curiosidad.

— Porque sólo hace un instante que acabo de pensar que hoy no me iría de aquí sin conocer a alguien especial y va y... ¡Crash!, te me apareces.

La artimaña que el chico había elaborado para ligar a Linda le hizo gracia, y se le escapó una risita.

— Como el truco de un mago. ¡Guau! Tienes súper poderes, ¿no? ¿Dime, y ahora que estás pensando? —le inquirió Anna, con tono distante y retador.

— Que me vas a dar la oportunidad de conocerte y tratar de caerte en gracia...

El chico se la quedó mirando con un punto tierno y una gran confianza en sí mismo.

— ¿Le dices eso a todas o vas cambiando?

Linda parpadeó seguido, fingiendo que esperaba que la previsible respuesta ñoña del joven la convirtiera en una mujer especial a sus ojos.

— Suelo improvisar. Personalizo. Tu irradias magia.

Esa respuesta a Linda le gustó en su mayor parte. De hecho era bastante franca, llevaba implícita la aceptación del papel de ligón que esa noche jugaba el chico y ponía en valor su facilidad para conversar. Hubiera preferido que se hubiera ahorrado la fantasía de la magia, aunque entendió que lo había hecho por su comentario anterior.

— Bueno, te diré lo que pienso yo —le dijo Anna, seria y con tono escéptico—. No te conozco de nada, no me fío de la gente que no conozco, y ni siquiera eres mi tipo, así... de primeras. Pero debo de reconocer que, como opción, por tu improvisación y tal, ahora mismo resultas más estimulante para mí que tener que volver al cumpleaños en el que estoy. Compañeros de trabajo, ya sabes.

Linda señaló un segundo hacia el grupo de policías y el chico, que parecía embelesado escuchándola, lo miró por inercia asintiendo mecánicamente.

— Así que sí —le habló a la cara ella—, has llegado en el momento justo, deja de jugar a adivinar. ¿Qué quieres saber?

El chico sonrió con satisfacción dejando sus dientes al descubierto y transmitiendo que se sentía como pez en el agua en este nivel.

Apoyados en la barra, Anna y Mario sostenían sus bebidas curioseando la conversación que, entre el gentío y a pesar de la música, el risueño John mantenía con una chica joven que vestía camiseta con vaqueros y llevaba su pelo moreno recogido en una coleta.

— Pues esa chica es mona... —afirmó Anna, y dejó unos segundos de reflexión para agregar—. Y visto lo visto, él también tiene su punto.

Mario la miró de golpe y, en la comisura de sus perfilados labios le pareció ver cómo ella se recreaba paladeando la fantasía con el joven.

— Ni se te ocurra, joder. Ni se te ocurra —le soltó amenazante, advirtiéndola con el dedo.

— Tienes razón —contestó ella, haciendo ademán de querer serenarse.

— ¡Tienes el puto bar lleno de nabos! —le recriminó Mario, indignado.

— Cierto. Los hay por todos los lados.

Anna miró en derredor y se terminó el líquido de la copa mucho antes de que diera por finalizado su último trago y suspirara con alivio.

— ¿Te tomas otra? —le preguntó sonriente cuando terminó.

— No —contestó seco él, mostrándole a través del cristal la marca de nivel que aún tenía su botella de cerveza.

Linda, que ya sabía que el chico con el que flirteaba se llamaba John, llevaba un rato reparando en que dos tipos junto a la barra, un hombre y una mujer, más bien maduros, hablaban entre ellos con las copas en la mano y sin quitarles los ojos de encima. El varón tenía el gesto serio y la mirada fría; y la fémica lucía buen tipo y parecía borracha. Activó sus alertas.

— ¿Así que estudias? —continuó indagando Linda alzando la voz sobre la música.

— Sí, publicidad, marketing, ingeniería electrónica... —indicó él.

— ¿Y cuántos años tienes?

— Veintiséis —John sonrió con amplitud, conocía el efecto que ese gesto alegre producía en el sexo opuesto.

— Aparentas más —dijo ella con sorpresa tras hacer un ademán de incredulidad—. ¿Aún no trabajas?

— Sí, bueno, no tengo un trabajo fijo pero sí —explicó él—. De un tiempo a esta parte gano dinero, soy independiente, voy a más. No es el trabajo de mi vida, pero para eso estudio...

— ¿Conoces a esa?

Linda señaló con disimulo directamente hacia Anna, que de las dos personas que había descubierto observándoles, era sin duda la más insistente y de comportamiento más extraño.

John miró hacia su jefa y sacudió la cabeza con gesto de desconocimiento.

— No, ¿por? —mintió con naturalidad.

— No deja de mirarnos —le avisó Linda.

Anna, sobre la barra, terminaba de remover con la pajita la mezcla de ginebra dulce, jugo de limón, azúcar y soda que acababa de servir en vaso largo uno de los camareros, y que se presentaba adornada con una rodaja de limón y una cereza.

— ¿De verdad que no quieres nada? —le volvió a preguntar a Mario mientras salivaba dando vueltas a su cóctel.

— No, salgo —respondió, dando un paso adelante y separándose del mostrador.

— ¿A fumar? —tras un pequeño vahído, Anna no supo si lo había preguntado o afirmado.

— No, me voy a casa —anunció convencido él.

Mario finiquitó de un último trago el botellín, lo dejó sobre la repisa y se despidió seco, levantando la cabeza a su amiga. Antes de arrancar hacia la salida, cruzó la mirada con la de Berta, que al otro lado de la barra y en ese momento, dirigía sus ojos hacia donde estaba ellos y le volvía a hacer, con altivez, el gesto de estarle vigilando.

Como hechizada con el movimiento de los fluidos en el copa, Anna dio por perdido a Mario y apenas levantó ligeramente la mano al verlo marchar. Se disponía a inaugurar su séptimo cóctel de la noche cuando su amiga Berta llamó su atención desde el otro lado y la invitó con el gesto a compartir el resto de la velada junto a ella y su marido. Anna pareció sopesarlo un instante pero negó rotunda con su cabeza y también agitando su brazo levantado al aire. No era el momento de ese tipo de compañía, pensó. Se irguió de súbito, agarró el vaso y se giró en dirección opuesta a la barra, orientada hacia donde John continuaba hablando con esa chica.

— Lo ves, no deja de mirarnos —corroboró Linda antes de seguir recabando información de John—. Bueno, ¿y qué trabajo es ese?

— ¿El trabajo de mi vida? —gritó aquí más de la cuenta el joven.

— No, el que tienes ahora...

John carraspeó con intención, tratando de ganar el tiempo preciso para armar una buena historia y poder contarla, si le dejaba el elevado volumen de la música en ese punto. Bebió un sorbo de su cubata antes de arrancar.

— Es difícil de explicar, porque también tiene algo de mágico...

John se interrumpió de pronto porque Linda se había girado a un lado para atender a un corpulento señor calvo que la había agarrado del brazo y le estaba diciendo algo al oído.

— Linda, tienes que venir. Sólo faltas tú —le rogó su compañero Esteban.

John vio asentir a la chica y alejarse al hombre. Linda se giró de nuevo hacia él

— Discúlpame. Me tengo que ir —dijo sonriente—. Serán solo unos minutos.

— ¿Te espero aquí?

Linda asintió con complicidad aguantando la mirada a John, que aceptó también el compromiso de aguardar a su vuelta, y se dirigió apresurada hacia la celebración del cumpleaños, con la intención de poder regresar cuanto antes.

— Largo de aquí, gracias —le había soltado hacia unos segundos Anna, trastabillándose al hablar, al primer hombre que pareció acercarse de frente hasta ella para ligar.

Anna prefirió, aprovechando que su desagradecido socio Mario le había dejado sola, disfrutar de la borrachera a su aire, ahí de pie, bamboleándose de un lado a otro, ajena a todo, mirando los rostros de la gente a su paso, observando el contorno de los cuerpos al bailar, curioseando el estado del idilio de John con esa chica... En esas estaba, intentando imaginar —con el retardo propio del alcohol—, cuáles serían las palabras que salían de las bocas de los dos jóvenes que, en ese momento, se miraban fijamente uno frente a otro, cuando se percató, con sorpresa, de que la chica acababa de irse y de que el chico se había quedado solo con la copa en la mano. Sus ojos parpadearon seguido como tratando de comprender el nuevo escenario y alguien la tocó por detrás.

— ¡Eh, guerrera! —le dijo un individuo de su misma altura, fornido y con barba, que se le había aproximado casi hasta empujarla—. Te veo aburrída. Te invito a algo si quieres.

Anna lo miró de soslayo con desdén, apuró de un trago lo que aún quedaba de su cóctel, le pasó el vaso vacío y, resuelta, se alejó de allí.

El animado grupo de policías al completo acogió con algarabía la llegada de Linda, que se disculpó risueña con el gesto. Estaban todos de pie próximos a una pequeña barra, y cercaban con sus figuras a Fran, que esperaba tambaleándose en el centro con una venda en los ojos como si tuviera que caminar entre la oscuridad, con los brazos estirados y tratando de localizar con sus manos los posibles obstáculos.

— ¡Ya estamos todos! A ver...—vociferó la compañera veterana, haciendo un gesto visible con su mano al pinchadiscos.

De golpe, la música disco que atronaba por los altavoces de la sala dejó de sonar, y en su lugar comenzó a escucharse los reconocibles acordes instrumentales de un aniversario. Los nueve compañeros que rodeaban al protagonista comenzaron a cantar a viva voz, especialmente Esteban, que parecía desgañitarse en la felicitación.

—...te deseamos todos, cumpleaños feliz.

Cuando Anna llegó a la posición de John la música había dejado de sonar, y el chico estaba distraído con su vista dirigida a la otra parte del garito en la que alguien celebraba cumplir un año más. Le agarró de la mano de improviso y tiró de él con fuerza para llevarlo consigo.

— Ven, vamos —le apremió Anna.

— ¡Qué cojones haces!, espera —quiso detenerla él.

— Calla y ven.

Anna lo remolcaba con determinación, y él, aunque arrastrado contra su voluntad, se dejó

llevar resignado.

Al llegar a la zona de los baños, se saltaron las dos filas de personas que esperaban afuera, atravesaron un pequeño pasillo que compartían ambos sexos y se colaron directamente dentro del baño de mujeres, lo que provocó un enfado inmediato y un barullo monumental en las inmediaciones de las puertas. «¡Debe de ser una urgencia! ¡Calma!», oyó el chico gritar a una de las mujeres de afuera.

Tan pronto los amigos policías de Fran terminaron de berrear casi a capela la felicitación, el disk-jockey volvió a la melodía pinchando el tema *Malamente* de Rosalía, momento en el que el propio Esteban entró en el círculo, agarró por la cabeza a Fran y comenzó a darle vueltas entre los vítores de los presentes. En el arranque instrumental y progresivo de la canción Linda creyó oír de fondo un alboroto de voces procedente de uno de los rincones de local, bullicio habitual que precedía a una pelea nocturna, advirtió con cierto recelo, y miró con curiosidad entre la masa de gente sin localizar el conflicto ni llegar a entender por qué la bulla generada desapareció de pronto. Aún con esas, y con la esperanzadora expectativa de noche que tenía por delante con John, se sintió más relajada y animó en la fiesta de cumpleaños como una más.

Una vez en el interior de los aseos, Anna se detuvo inquieta, valorando opciones. A un lado dos chicas se arreglaban frente al espejo del lavabo. Al frente, una mujer rebuscaba preocupada en su bolso. Por el otro lado, una de las cuatro puertas se abrió y salió una joven del retrete. A Anna se le iluminó el rostro y, avispada, se metió rápida dentro con él. Echó el pestillo de la puerta y se lo quedó mirando a los ojos.

— ¿Pero qué es lo que te pasa? —preguntó perplejo John.

Anna estrechó excitada la cara del chico entre sus manos y se abalanzó a lamer libidinosa la piel de su cuello.

— Me pasa que voy como una moto, es ya muy tarde, y me gusta saber bien a quién me follo —lo explicaba a cachos, mientras lo besaba con lengua y pasaba sus manos por todo su joven cuerpo, que poco a poco iba sintiendo más receptivo— Y por suerte o por desgracia, a ti es al que mejor conozco de todos los que quedan. Y estás en edad de follar, ¿no?...

— Desde luego —balbuceó extasiado John.

— Pues dale... —dispuso girándose ella.

Cuando Esteban consideró que Fran debía de estar ya bien mareado, dejó de darle vueltas y lo sostuvo unos segundos con sus manos por los hombros, tratando de que no se cayera ipso facto y recuperase el equilibrio lo suficiente para poder mantenerse por sí mismo de pie. Ese instante lo aprovechó la policía más veterana, que se acercó hasta ellos para quitarle la venda que hasta ese momento había tapado los ojos del cumpleañosero. De la oscuridad se hizo la luz, y de repente Fran pudo enfocar con su vista y distinguir sobre el suelo, al final del ancho pasillo que formaban sus agitados amigos, un hermoso paquete envuelto como regalo. Ante sus ojos todos los elementos se movía en vaivén, como en la cubierta de un barco con mar enrolada.

—Ya estás listo, Fran. Es la hora del regalo, si lo quieres, tiene que ir a por él —le propuso al oído la voz de la mujer.

Linda alucinaba con la predisposición del personal, en este caso de su compañero Fran, por hacer el ridículo y dar espectáculo. Vio cómo el hombre, tratando de avanzar hacia la caja, se trastabillaba exagerada y cómicamente de un lado a otro del camino, para regocijo de sus compañeros, que lo empujaban para adelante o para atrás como si fuera un pelele, según pensaran en el momento qué iba a ser más divertido. Desde luego, los escasos metros que inicialmente lo

separaban de su premio se le debían de estar haciendo realmente largos, sopesó Linda, que se giró entonces levantando la mirada hacia la zona del local donde le esperaba John, en la que había quedado con él. Al no localizarlo entre la gente, dio un paso atrás para ganar visibilidad y escudriñó de nuevo. Frunció el ceño en señal de que algo no iba bien. Aunque, por otra parte, sabía que por costumbre tendía siempre a ponerse en lo peor, e igual se equivocaba. Había errado tantas veces antes... Por ejemplo, elucubró, John podría estar meando en ese momento, que por lo que ella sabía los tíos también meaban. Con esa frívola idea en la cabeza zanjó su inquietud, se serenó y se reenganchó de nuevo al júbilo del grupo en la interminable búsqueda de Fran de su regalo.

Anna y John habían practicado sexo intenso y rápido, y llegaron a la vez al mismo sitio. Si hubieran estado más tiempo, habría llegado hasta allí alertada la misma Policía, creyó John, que le pareció que a, diferencia de él, que percucía conteniendo el sonido del placer, ella no había tenido ningún reparo en liberar las emociones tal y como estas le llegaban a la boca.

Las dos almas ebrias y apasionadas se habían entregado en lo carnal entre frías baldosas blancas y ahora Anna, con el sudor de los dos entremezclado, se reconfortaba extasiada sobre la tersa piel de su pecho, rodeada por sus blancos brazos. Complacida de pronto, no quiso dedicarle más tiempo. Se separó brusco de él y se preocupó exclusivamente de restablecer su ropa. John la miró aún jadeante y lascivo. Cuando terminaba de subirse el pantalón, Anna buscó cómplice los satisfechos ojos del joven, y lo miró altiva y con autoridad.

— Muy bien J. Buen trabajo —le dijo, y recompensó su esfuerzo con un par de amistosas palmadas en su mejilla.

A John le quedó claro el tipo de mujer con la que estaba tratando.

— Lo puedo mejorar —le aseguró, agarrándola suave con intención de desvestirla de nuevo.

Anna se zafó de él rápido, cogiéndolo de sus muñecas y echándolo a un lado.

— No es necesario —aclaró contundente.

— Estás muy buena «A» —le soltó con tono obsceno y provocador el joven, recreándose con la mirada fija en los pechos de ella antes de continuar—. Puf, pero que muy muy buena, joder. Sobre todo para la edad que tienes.

— ¡Cierra tu puta boca! —Anna reaccionó enérgica levantando el puño prieto a la altura de su rostro amenazante, y tras ese gesto intimidatorio, añadió—. Y de esto ni palabra a M. Ni palabra. Entre tú y yo.

— Como quieras —repuso el joven, que entendió que hasta ahí era donde había podido llegar.

— Y si te has quedado con ganas, ve a por la chica de la sonrisa, que la tienes en el bote —le sugirió Anna terminando de arreglarse.

Esas palabras parecieron sacudir a John de pronto, que abrió los ojos de par en par reparando en que hacía un rato se había comprometido a esperar a Linda ahí afuera. Se apresuró a poner su ropa en orden.

— Escucha, tengo a una amiga que quiere verme en la barra, por lo que a partir de ahora yo ya no te conozco. Cuídate —le informó Anna antes de entreabrir la puerta del váter y salir como si nada de allí.

John se quedó dentro por un instante algo desconcertado, confuso por los pensamientos dulces que ahora invadían su cabeza con la atractiva e inteligente chica que había conocido hacía un rato y que debía de estar esperándole fuera, y por otro lado con la satisfacción física y personal de haber experimentado una sesión de sexo tan animal con otra mujer para él irrenunciable. Confiaba en estar aún a tiempo de poder contentar a las dos, suspiró John, mientras se peinaba el

pelo con sus manos.

La puerta del baño se entreabrió de pronto con fuerza y golpeó a John en el cuerpo.

— Hostias. —exclamó él con sobresalto.

— Eh, sal ya de aquí, tío. Largo —le ladró una fémica colérica desde el otro lado de la hoja de madera.

— Perdón, ya me voy, sí —se disculpó levantando sus brazos John, que no quería problemas —. ¿El baño de chicos, por favor?

Ninguna de las cuatro o cinco mujeres que tenía a la vista y que habían escuchado su inocente pregunta le contestó. Ni la que salía a su vez, ni las dos que ahí estaban, ni la que entraba en ese momento. Tampoco la chica de los malos humos que le acababa de echar de allí, a la que observó negando indignada con la cabeza hasta que se encerró en el retrete. Bueno, podía haber salido peor, me podían haber molido a palos, creyó John, que tan pronto abandonó el espacio reservado para mujeres, recorrió unos metros de pasillo y se metió en el baño de los hombres. Necesitaba mojarse la cara y serenarse un poco antes de volver al garito a encontrarse con Linda.

Habían pasado por delante de la casa abandonada muchas veces, pero de ahí a atreverse a entrar había mucho trecho. Los chicos y chicas del barrio contaban distintas versiones de lo sucedido, pero para el imberbe Mario, la que le había relatado su abuelo era la más alucinante. Resulta que, en esa época, se sucedieron numerosas desapariciones de niños en el país que la policía no llegó a resolver, y los padres de todos los lugares estaban preocupados y en alerta, controlando a sus pequeños las veinticuatro horas del día. Hasta que un día, casi por casualidad, centraron sus sospechas en el morador de esa vivienda y en su mujer, dos jubilados ingleses adinerados que se habían instalado en el pueblo leonés de sus abuelos hacía unos años. Y dijo casi por casualidad porque los motivos que llevaron a los agentes hasta allí fueron otros. Varios vecinos de la zona advirtieron un día avistamientos nocturnos sobre el chalet y lo comunicaron a la Policía. Esa primera vez nadie les dio crédito, pero a la tercera un sargento opinó que los testimonios aportados por los lugareños eran extrañamente coincidentes, y que no perdían nada por acercarse con su coche patrulla y un compañero hasta allí. Así que, a la mañana siguiente, se presentaron en la puerta, hicieron sonar el timbre insistentemente varias ocasiones, pero nadie les abrió. No parecía que hubiera nadie dentro. Y ahí lo dejaron. Curiosamente, desde esa visita, las desapariciones de niños en la península cesaron, no se produjeron más avistamientos, nada se supo del misterioso hombre y mujer extranjeros, y ninguna persona regresó a vivir en esa casa, que desde entonces permaneció cerrada, deteriorada solo por el paso del tiempo y el vandalismo juvenil.

Esa tarde de hacía treinta años, con un precioso sol de atardecer en el horizonte que teñía el paisaje de un nostálgico ocre, Mario se encontraba con sus dos mejores amigos de adolescencia, Montse y Jorge, encaramados a una pequeña loma desde la que podían divisar, justo enfrente de ellos, esa imponente vivienda. Mario les contaba, con pelos y señales, la historia que su abuelo le transmitió, y les explicó cómo, más tarde, cotejando fechas de una cosa y otra, la Policía llegó a una versión de los hechos que no fue en realidad la que oficialmente tuvo que trasladar a la opinión pública, pues como los sucesos cesaron, a las autoridades no les interesó seguir dedicando recursos para llegar al final de la cuestión. Así que culparon de las desapariciones al matrimonio de abuelos, de los que aseguraron que pertenecían a una secta, les atribuyeron el asesinato y la ocultación de los ocho cuerpos que no fueron capaces de encontrar, y se les declaró muertos en un accidente, concretamente el que sufrió una caravana similar a la que ellos utilizaban para realizar sus numerosos viajes, y que terminó calcinada entre las llamas. Dieron además por sentado que fue en ese vehículo vivienda irreconocible donde habrían llevado a cabo sus macabros rituales.

Pero la versión de la historia en la que creía Mario era más estimulante en ese momento. Los abuelos habían sido abducidos unos años atrás y, siguiendo órdenes provenientes de seres alienígenas, viajaban en su caravana en búsqueda de especímenes de raza humana en desarrollo. Cuando conseguían raptar a uno, lo llevaban a la casa del pueblo y desde ahí, por la noche, los extraterrestres lo cargaban en su nave espacial y se lo llevaban a otras galaxias. Entonces, como podía deducirse, en el interior de esa casa habían estado los ocho niños desaparecidos. Y no estaban muertos, simplemente vivían en un lugar para nosotros desconocidos.

— ¿Y qué ocurrió con los abuelos? —preguntó intrigada su amiga.

— Se los llevaron también con ellos. La última noche. Y también la caravana. Por eso nadie los ha encontrado —concluyó con tono de suspense Mario.

Los tres amigos se miraron a los ojos y supieron que era el día de atreverse a traspasar la línea. Asintieron decididos. Saltaron la tapia de la finca y se acercaron a la entrada de la casa. A través del hueco que el agujero de un cristal roto dejaba en una de las ventanas, entraron con

cuidado al interior de la asolada construcción.

Todas las cosas parecían estar en su sitio. Cubiertas de polvo a más no poder, pero en su sitio. Nadie hasta la fecha había osado extraer o modificar algo de allí, creía Mario, que abanderaba la valiente expedición por delante de Montse y de Jorge. Los tres caminaban despacio, con sumo cuidado, expectantes, con la pupilas dilatadas de los nervios y la emoción, explorando entre los antiguos muebles, la ropa vieja, los distintos rincones, cualquier vestigio que avalara alguna de las teorías escuchadas sobre lo que en ese lugar había ocurrido.

Mario pasó los dedos de su mano por encima de la mesa del salón, despacio, deteniendo su atención en el rastro que sus huellas abrían en el polvo ahí amontonado. Después pasó rápido su mano por una estantería y provocó una pequeña nube. Meneó también las cortinas y tosió de la polvareda.

— ¡Para ya de hacer el idiota, tío! —le pidió Montse.

Mario avanzaba fascinado porque se había percatado de que el haz de luz natural que entraba en la planta baja permitía contemplar la estética del polvo en suspensión. Lo resaltaba. Confería a la aventura en la que estaban metidos un extraordinario halo de misterio. Abrió y cerró de golpe un libro. Dejó caer una tabla al suelo. Agitó una lámpara. Golpeó con el pie una puerta. Mario sintió que disfrutaba cada una de las veces que la partículas saltaban al aire de esa manera tan armónica y buscaban acomodo en otro sitio. Sus dos amigos menearon molestos sus cabezas.

Cuando Mario agarró una manta de cama y la comenzó a sacudir con fuerza al aire, el polvo que de ella voló provocó que el ambiente de la habitación se volviera gris, denso, irrespirable.

— Joder Mario, nos vas a intoxicar... —dijo Jorge, cubriéndose la boca y la nariz con la mano y saliendo por patas de allí.

Montse observaba la escena desde el pasillo y vio cómo Mario había dejado de sacudir la manta y, con el nubarrón provocado, se quedaba dentro del cuarto girando sobre sí mismo, con los brazos abiertos y la cabeza levantada mirando hacia techo.

— ¿Pero qué haces? —le gritó desconcertada Montse desde el otro lado de la puerta, tapándose las vías respiratorias con el cuello del jersey.

Mario inspiraba fuerte, con los ojos cerrados, como extasiado.

— Si respiras estas partículas así suspendidas —le contó, tras unos segundos de enigmático silencio— absorbes parte de la historia de los cuerpos que abandonan; su esencia, su alma, puedes sentirlos en tu interior. Aquí han dormido esos niños, seguro, puedo sentirlo. ¿No me creéis?

Su amigos contemplaron atónitos la inquietante escena con sus rostros asomados al umbral del dormitorio. A sus ojos, ese Mario no parecía el mismo Mario de siempre. Actuaba distinto. Hablaba distinto. Parecía mayor. Y loco. En ese momento, con los ojos abierto de par en par y sonriente, como reconfortado, se dirigía a ellos ofreciéndoles la manta que portaba entre sus manos e invitándoles a sacudirla.

— Probadlo —les hablaba extrañamente calmado—. No tengáis miedo. Aquí lo tenéis, probadlo...

Mario sacudió de nuevo enérgicamente y hacia ellos el polvo de la manta y en los ojos de sus amigos pudo ver la expresión de pánico del que se enfrenta a lo desconocido. Oyó gritos punzantes. El destello de una luz lo tapó todo. Se oyó reír.

Mario se despertó en mitad de la noche sobresaltado, sudoroso, jadeante. Rosa, que dormía a su lado sobre la cama, se desveló por el repentino movimiento y abrió los ojos hacia él.

— ¿Mario, estás bien? —le preguntó preocupada ella.

— Putos sueños de mierda. Me tienen harto, joder.

Rosa se acomodó de lado junto a él. Con su mano le acarició el pelo de cabeza.

— ¿Qué has soñado?

— No sé, muchas cosas... De antes, de ahora. Fantasías, cosas raras —Mario hablaba con mueca de desagrado.

Rosa deslizó las carantoñas de su mano a la frente de Mario

y él la apartó de inmediato con suavidad. Le hizo un gesto agradecido, pero no quería sentir el contacto físico de nadie en ese momento. Se quedó en silencio, intentando rememorar en su mente los detalles del último sueño.

— En este con el que me he despertado —comenzó a contar, recobrando el tono amable—, estaba con dos amigos de infancia, Montse y Jorge, tal y como éramos, parecía estar pasando de verdad, las miradas, la forma de hablar; los tres metidos en un película de aventuras y yo de protagonista... pero con un final de mierda.

— ¡Vaya!—lamentó Rosa, que se tumbó de nuevo boca arriba apuntando su vista al mismo techo que contemplaba su amante.

— ¿A ti dónde te gustaría morir? —le preguntó calmoso él.

Rosa ladeó su rostro hacia él y esperó la mirada de Mario, que no tardó en llegar.

— ¿Morir? ¿Por qué? —le inquirió con extrañeza.

— Joder, porque puede pasar. ¿No piensas en la muerte, ni un poquito?

— Pues no, la verdad —repuso ella con desinterés.

— Yo pienso en ella todos los días —le remarcó Mario.

— Te repito que es por la crisis esa de los cuarenta, que todavía no la has superado. Y a mí todavía me quedan unos cuantos para llegar —dijo Rosa jocosa, tratando de relativizar su preocupación.

— Pues será... O quizás al tener hijos mi percepción de la vida saltó por los aires y ahora ya no tengo claro ni quién soy ni el papel que tengo que desempeñar... —pronunció alicaído.

— ¡Si es que se te juntó todo! —rió divertida ella.

Mario rió ladeado entre dientes y se incorporó.

— Bueno, eso, tú tranquila. Y perdona por despertarte. Agua, solo necesito agua...

Mario se sentó sobre su lado de la cama y se sirvió un vaso de agua de la botella de cristal que cada noche dejaba preparada sobre su mesilla.

Rosa decidió estirar su brazo y acariciar con mimo su espalda, para transmitirle el apoyo que encontraría en ella si lo necesitaba. Pero a la vez, simulando querer retomar el sueño, cerró sus ojos; quiso ocultarle la inquietud que en ese momento sentía que irradiaban.

Veinte minutos después, sobre las tres y media de la madrugada, cuando Rosa había vuelto a quedarse dormida, Mario se levantó y se vistió rápido, agarró el casco, bajó al garaje y, aupado por el rugir de su moto, salió a deambular en solitario, sumergido en sus pensamientos. Primero por las calles de la ciudad, después hacia las salidas, rumbo a ninguna parte.

Linda iba a trabajar con brío un poco más tarde de lo normal, se le habían pegado las sábanas. Aunque resultaba poco profesional, tenía que reconocer que en lo personal era una muy buena noticia, pues lo habitual era que tuviera dificultades para dormir más de dos o tres horas seguidas. Esa noche no le había dolido nada y había podido estirar el sueño de una tacada hasta la hora de seguridad a la que tenía programado el despertador, el cuál llevaba sin sonar desde que se instaló en Madrid.

Desde la fiesta en la que alternó informalmente con sus compañeros, y en la que conoció a ese chico que le hizo tilín, se sentía más positiva y enérgica. Lástima que no hubiera podido volver a verlo esa misma noche, porque las posibilidades de toparse de nuevo con él, con la información que ella le había podido sacar, eran prácticamente nulas. ¡Eso sí que sería un buen truco de magia! —pensó para sí, y sonrió—. Pero bueno, eso era ya agua pasada y la rueda que movía su existencia tenía que seguir girando. Y en esa misión, el trabajo siempre iba a ser el principal motor.

No sabía si era su estado de ánimo o la media hora que llevaba de retraso, pero esa mañana percibía más movimiento a su alrededor. Trajín de gente en el metro, claxon de coches y ruido en las calles, tráfico denso, aceras plagadas de peatones, establecimientos repletos de gente... Cualquiera otro día ese panorama le hubiera horrorizado, no habría querido ni mirarlo, pero ese día sentía que, por lo menos, caminaba a la misma velocidad que lo hacía la vida. La ciudad bullía ya desde primera hora. Igual que ella. Igual que su interior.

El exterior de la entrada a la comisaría no desmereció el jaleo que llevaba visto hasta esa hora, con personas vestida de calle y agentes de Policía que entraban y salían al mismo tiempo; así que a Linda tampoco le sorprendió encontrarse con el follón administrativo que se había preparado en el interior, con gente esperando de pie porque no quedaban ni de silla para sentarse. Problemas informáticos, imaginó.

A duras penas pero resuelta sorteó la congestión del primer tramo de la entrada y se dirigió hacia las escaleras.

— Linda, buenos días. Ha llegado un informe para usted —desde la recepción, una agente reclamó su atención y buscó debajo del mostrador.

Linda se acercó hasta allí expectante.

— Desde Zaragoza —le informó la compañera al entregarle el sobre sellado.

— Genial, gracias —dijo amable Linda al recogerlo.

Tan pronto lo tuvo entre sus manos, lo abrió para irle echando un vistazo a la vez que dirigía sus pasos a su puesto de trabajo.

— ¡Oiga! —gritó de nuevo la mujer, consiguiendo que Linda ralentizara el paso y girase su cabeza hacia ella—. El Teniente Marcos le anda buscando. Vaya a verle.

Linda asintió mecánicamente y sonrió

— Sí, sí, oído —masculló, volviendo la vista hacia los papeles.

Linda apareció garbosa a la vista de Esteban y Fran, que charlaban distendidos de pie junto a su escritorio.

— Tengo el expediente de la seguridad del aparcamiento y del coche —los interrumpió con tono excitado, mostrando los papeles.

— Buenos días, ¿eh? —protestó Fran, fingiendo indignación antes de dejarlos solos.

Linda disculpó con ademán cómico sus ansias.

— ¿Y? —dijo Esteban atento.

La agente se sentó en su silla con el dossier abierto, resopló, y repasó con sus ojos desde el principio el contenido del documento.

— A ver, precisamente en esa zona del parking no hay cámaras... no hay formulada ningún tipo de denuncia... y nada relevante... —lamentó Linda, resumiendo los primeros resultados y pasando de página—. Salvo que el coche ha sido manipulado.

Linda levantó la vista y enarcó las cejas desconocedora de lo que eso conllevaba.

— Explícate —le rogó Esteban.

Linda se inclinó de nuevo y leyó literal el texto.

— El escape del coche no tiene el catalizador que el vehículo trae de serie —frunció el ceño ignorante—. ¿El catalizador? ¿Eso para qué sirve?

Por las expresiones de su rostro, Esteban dedujo fácil que Linda no era una experta en esos temas, más bien parecía que le estaban hablando en un idioma del que no sabía ni de su existencia. Él tampoco era muy ducho en temas técnicos de automovilismo. Buscó con la mirada hasta localizar un par de mesas más allá a Fran, que ahora hablaba con una compañera.

— ¡Eh, Fitipaldi! —le gritó seco, consiguiendo su atención—. Ven, ilústranos...

Linda comprobó la diligencia de Fran si la ocasión lo requería —o mejor si era Esteban quien lo reclamaba, matizó en su pensamiento—. No habrían pasado ni tres segundos y ya estaba receptivo y presto frente a ellos.

— ¿Qué es un catalizador? —le inquirió Esteban.

— ¿El catalizador? —Fran sonrió con suficiencia el desconocimiento de su compañero antes de explicarle—. Pues un aparato para no contaminar que llevan los coches. Desde hace unos años lo incorporan por ley.

— Déjale Linda, échale un ojo... —dispuso Esteban, señalando hacia los papeles.

Fran agarró el informe que Linda le tendió y comenzó a leerlo.

— Entonces sin catalizador, el coche contamina —interpretó la agente.

— Claro —le aclaró de inmediato Fran, levantando la vista del informe hacia ella—. El motor produce gases tóxicos: hidrocarburos, eh... y otros que ahora no recuerdo. Bueno, el popular monóxido de carbono es el más peligroso de todos; no huele y no se ve.

— Hay gente que se suicida inhalándolo —añadió Esteban.

— Entonces quitó el catalizador para poder quitarse la vida... —infirió Linda.

— Bueno, no es tan sencillo, necesitaría un trazo, un tubo o algo para meter el humo que sale por el tubo de escape dentro del coche —puntualizó el agente veterano.

— Aquí eso no figura, no he leído nada al respecto —dijo ella, señalando hacia los documentos que sostenía Fran—. ¿En qué película o serie he visto una escena en la que sale eso?

Esteban observó como Linda se quedaba pensativa y giró entonces su vista hacia su compañero, que ojeaba los papeles.

— ¿Tú qué opinas, Fran?

— También puede ser simplemente que el coche lleva aparcado ahí un tiempo y alguien le haya robado el catalizador —dijo tras meditar unos segundos—. Los metales de los que están hechos tiene su venta en el mercado negro.

— ¡Vaya! —exclamó asombrada Linda ante el abanico de variables que se abría.

— O puede ser que lo quitara por gusto —continúo con las suposiciones Fran—. El sonido del motor es más agresivo sin él. Ruge.

— Pero circular sin él sería ilegal —advirtió la joven.

— Sí, claro. Pero lo pones para pasar la ITV y ya está —resolvió Esteban.

— A él no lo imagino muy transgresor... —opinó escéptica Linda.

— No pongas la mano en el fuego por nadie —le recomendó como escarmentado Fran.

Los tres se quedaron mirando entre ellos unos segundos, tratando de unir las partes y formar

juntos algo mayor y más consistente.

— ¿Y dónde está? —inquirió de pronto Linda con tono de inquietud.

— ¿El qué? —le replicó extraño Esteban.

— El hombre, su cuerpo... ¿dónde? —exclamó ella impaciente.

Sus compañeros cabecearon a ambos lados enigmáticos y enmudecieron. En ese mutismo compartido el sonido rítmico y contundente de unos pasos reorientó la atención de los tres a otro punto de la oficina. El teniente Marcos se dirigía firme hacia ellos en compañía de una mujer policía.

— ¡Hombre Linda, por fin se digna a venir a trabajar! —vociferó desde lo lejos el oficial, mientras consultaba la hora en su reloj de muñeca— Es un honor. No se moleste, ¡ya me acerco yo!

Todos los presentes en la sala miraron curiosos hacia ella. Se hizo el silencio. Linda torció el gesto contrariada. Esteban le sugirió, levantando la palma de su mano en señal de calma, no entrar al trapo.

Cuando el teniente y la policía llegaron a su altura, la expectación creada en el departamento hacia su figura era máxima. Tenía que reconocer que el hombre tenía el don del espectáculo metido en los genes, y era capaz de jugar con los puntos de interés al gusto de lo que en que cada momento le interesara.

— Les presento a Sonia, les va a ayudar el tiempo que pueda —les informó—. Ya ven cómo está.

Forzando su sonrisa al recibirlos, Linda miró a la mujer rubia, que calculó tendría sobre treinta y cinco años, y siguiendo la mano del teniente, observó que estaba visiblemente embarazada.

— ¡Enhorabuena! ¿De cuánto estás? —le preguntó amable.

— De veintitrés semanas, pero estoy perfecta —Sonia contestó risueña, apartando sus brazos a los lados como invitando a contemplarla.

— Es una de nuestros mejores agentes de calle —recalcó el teniente Marcos—: Labores de seguimiento, búsqueda, capturas... Armas, drogas, robos, homicidios, asesinatos... ¡No me la aburran!

Conforme su jefe gesticulaba enumerando las capacidades de Sonia de forma cada vez más acelerada, Linda asimiló de repente la buena noticia que les estaban dando y su rostro rebotó al instante de satisfacción. El oficial había atendido su petición y eso le daba un plus de confianza y de motivación. Disponiendo de más recursos, más posibilidades tendrían de resolver el caso, eso era así. Aunque inicialmente solo fueran tres meses, tenían que aprovecharlo. Miró cómplice hacia el semblante de Esteban y lo sintió aplaudir su éxito con admiración, y sin necesidad de dar ninguna palmada.

Sonia contempló como sus dos nuevos compañeros se habían quedado perplejos mirándose el uno al otro, sonrientes, mudos, como si en ese momento hubiera pasado por allí un ángel.

— Todavía puedo mover la manos —les anunció Sonia, moviendo sus diez dedos como si pulsara teclas al aire— Podéis mandarme lo que sea.

Los dos giraron sus rostros hacia ella, el hombre calvo asintió y chica joven exhaló emocionada.

— ¡Póngales las pilas a estos dos pasmados! ¡Qué muevan sus culos! —alzó la voz de nuevo el teniente, proyectándola en derredor y atrayendo las miradas del resto de compañeros. Se oyó la risa floja de Fran, resguardado a unos metros.

El oficial salió altivo de allí en dirección a su despacho. Esteban agarró la silla del escritorio pegado junto al de Linda y se la acercó a Sonia, invitándola a tomar asiento.

— Eres bienvenida, Sonia. Siéntate, te contamos... —le agasajó atenta Linda, antes de comenzar a desvelarle, de manera pormenorizada, el estado de su investigación.

Era la fecha señalada. La hora prevista. El momento justo. Entre la penumbra del salón, Santiago, algo nervioso, miraba a través de la ventana por la que entraba la escasa y tenue luz de la noche que iluminaba la estancia. Respiró profundo y se echó a la boca la pastilla tranquilizante que portaba oculta en una de sus manos, bebiendo a continuación un pequeño trago del vaso de agua que agarraba en la otra. La tercera píldora del día, contabilizó.

Caminó parsimonioso hacia la televisión que tenía encendida sin sonido al otro lado del cuarto y, a mitad de trayecto, antes de apagarla con el mando que tenía sobre la mesilla esquinera, apoyó el agua restante del vaso junto a la jarra de cristal y a una cuchara de postre.

Se acercó hasta su colección de vinilos a rebuscar. Sacó uno de Louis Armstrong y lo colocó en la platina para hacerlo sonar. Los primeros acordes de *La vie en rose* le evocaron excesiva nostalgia, no le convencieron para el momento, se había equivocado eligiendo al autor, sentenció. Levantó la aguja del tocadiscos y buscó a otro. Antonio Machín, decidió pronto. Empezaría por la canción *Toda una vida*, y lo que llegara después lo escucharía como si fuera un regalo. Fue comenzar a oír la melodía inicial del bolero y notó restablecerse el ánimo que le llevaría hasta donde él quería llegar. En sus pensamientos se trasladó unos cuantos años atrás cuando, agarrando fuertemente la mano de su mujer postrada en cama, la vio cómo se alejaba de este mundo definitivamente y lo dejaba solo.

Abrió el armario de la vajilla y eligió una copa de las que ella acostumbraba a poner en las celebraciones. Se giró y le echó un poco de agua de la jarra, cogió la cucharilla y se sentó en el asiento central del sofá. Allí, sobre una mesa de centro salpicada de líquidos, entre dos botellas de whisky sin tapón, unos vasos de combinados a medio beber, y una cubitera con hielos aún sin derretir, apoyó su copa de fiesta y vació la jeringuilla que le había preparado Anna.

Se quedó un rato como embobado contemplando el cilindro de plástico vacío y volviendo el émbolo a su posición inicial.

Lo tenía todo dispuesto. Música, mezcla mortal y recuerdos. Ahora se encontraba en el día de su boda, dos años después de conocerse. Ella estaba radiante y lo miraba con ojos de enamorada. Respiró profundo y orientó sus pupilas con determinación hacia la mesa que tenía enfrente. Ahí aguardaba, elegante y paciente, su último brebaje.

Por los altavoces la voz del cantante cubano amenizaba su idílico reencuentro :

...Toda una vida, me estaría contigo, no me importa en qué forma, ni dónde ni cómo, pero junto a ti.

Mario conducía esa noche la furgoneta tranquilo; el servicio era en la misma ciudad, el tráfico parecía fluido y además había salido con tiempo de sobra. Iba camino de recoger a John, que le esperaba en la calle del General Ricardos, a la altura del Palacio de Vistalegre, justo en la tienda de informática que se encontraba en la esquina. Como llegó pronto, el chico aún no se había personado, así que siguió en marcha y se dio una vuelta por la zona. Por norma general, pero especialmente en las horas de trabajo, Mario prefería estar en movimiento a permanecer parado, se sentía más seguro estando activo y, además, eso mantenía su cabeza entretenida. A los diez minutos, cuando regresó al punto, ahí estaba el joven, esperando plácidamente, con su vestuario azul oscuro y sus ganas de vivir en el rostro.

John vio la furgoneta venir y fue hacia ella para facilitar la maniobra.

— Buenas noches —dijo risueño al sentarse.

Mario movió la cabeza a modo de saludo y esperó a que el chico cerrara la puerta y se pusiera el cinturón.

— Vamos —le espoleó Mario antes de poner el vehículo de nuevo en circulación.

Como de costumbre, John abrió la guantera y supervisó la dotación de recursos que Anna les había preparado, sus útiles de trabajo: máscaras y gorras, información del cliente: dirección, rostro, datos...

— Santiago... —murmuró John, mirando los papeles y la fotografía —. ¿Algo más?

John quería saber si Anna había dispuesto para esta ocasión algún elemento adicional a los habituales, como el tubo de plástico para el escape del coche que usaron en Zaragoza, el espray marrón para madera del último día en Toledo, o la habitual jeringuilla de seguridad que sabía que Mario se guardaba en el bolsillo de su chaleco en el mismo momento de subir a la furgoneta. Tal vez alguna revista actual de viajes, como las que llevaron a la casa de aquella mujer profesora en un pueblecito de Teruel, o alguna carta o nota neutra que pudiera justificar temporalmente la ausencia, consideró...

— No, todo normal —le contestó Mario, que esbozó media sonrisa valorativa concluyendo para sí que John era un chico metódico que, si tomaba las decisiones correctas, le iría muy bien en el futuro.

El joven anotó la dirección en el navegador y cerró de nuevo las cosas en la guantera. El vehículo puso rumbo hacia el norte de la ciudad por la ruta que más la bordeaba.

— ¿Ya recuperado de la resaca? —le preguntó curioso Mario.

— Sí, sí, claro. ¿Y tú qué?

— A mí ya me duran un par de días —explicó con resignación— Pero ya pasó.

— Te fuiste pronto, dejaste a Anna sola... —comentó John, con tono templado.

— Mejor así. Seguro que se apañaría... —respondió convencido Mario, que inmediatamente buscó al joven con su vista.

— Sí. Supongo... —contestó algo intimidado.

John, de pronto timorato, ojeaba intermitente y de soslayo a Mario, buscando la manera de formular la pregunta.

—¿Anna y tú estáis juntos o algo parecido? —dijo al fin.

— No. Qué más quisiera. ¿Por?

— No. Por nada. Como hablabais tanto... —se produjo un incómodo silencio— Subo la música.

Mario observó cómo el joven giró la rueda del volumen y se acomodó enseguida a la música que sonaba. Como si se hubieran intercambiado los papeles, tuvo la impresión de que esa noche el personaje esquivo que prefería no hablar de cosas personales era John.

Unos veinticinco minutos después, bajando ya por el Paseo de la Castellana y acercándose a la glorieta de Gregorio Marañón, Mario confirmó lo que ya les advertía la aplicación con la ruta.

— Estamos cerca. ¿Qué hora es? —inquirió.

— Casi las doce —confirmó John, mirando la pantalla.

— Perfecto. Máscaras —dispuso Mario.

John metió las manos bajo el salpicadero y sacó rápido las dos máscara de látex. Aguardó a que el vehículo se detuviese en el siguiente semáforo en rojo que les permitiría, en unos segundos, cambiar de dirección, y aprovechó para pasar a Mario la suya. Los dos se las pusieron ipso facto. Era un rostro bastante corriente, de hombre de unos cincuenta años, de aspecto amigable y

campechano, con cejas marcadas, frente larga y pelo fino peinado hacia atrás. Ninguno de los dos supo de quién se trataba, pero resultaba muy creíble.

El semáforo se puso en verde.

— Es por allí —señaló John por la inercia de la acción, como si alguno de los dos no lo tuviera aún claro.

Ya en movimiento, el joven extrajo también las gorras y se las colocaron.

Al poco de enlazar con la calle María de Molina la circulación se tornó más lenta. Antes del cruce con la calle Serrano, dos intersecciones antes del lugar al que se dirigían, Mario tuvo que frenar en seco para quedarse parado detrás de otro coche que repentinamente había hecho lo mismo; pero solo fue un instante y pronto reanudaron la marcha. Atravesaron el siguiente nudo circulando lentos, y Mario pitó con furia a un conductor que quería incorporarse a cualquier precio y casi choca contra la parte delantera de la furgoneta. Mario bufó y torció el morro después escondido tras la máscara. Escudriñó el panorama que tenía delante y concluyó que era algo puntual, ya que no vio indicios de que hubiera ocurrido algún accidente y a escasos metros la situación se descongestionaba. Algún inepto intentando aparcar donde no debe o donde no cabe, imaginó.

Justo en el punto en el que la furgoneta se desvió hacia la calle Lagasca, que era donde se dirigían, Mario observó más gente de la habitual a esas horas a ambos lados de las aceras.

— ¿Qué hostias pasa por aquí? —preguntó con extrañeza.

Al poco, tuvo que detener el vehículo. Frente a ellos, hasta donde ellos podían ver, una caravana de unos doce o trece coches esperaban quietos, sin moverse. La calle era de un único sentido. Al fondo, a unos cien metros, se adivinan destellos de luces naranjas, rojas y azules. John y Mario oteaban inquietos a su alrededor, tratando de identificar el problema en el que se habían metido y barajando también posibles opciones para revertirlo.

— No me gusta —advirtió John, tras analizar lo que vio.

Mario acertó entonces el origen de la frenazos que aleatoriamente provocaban la circulación lenta en la calle principal. Miró el retrovisor dispuesto a dar marcha atrás y salir cuanto antes de allí. Tan pronto quiso llevar a cabo su plan y aceleró, las insistentes ráfagas de luces largas del vehículo que llegaba a su espalda le hizo frenar de nuevo en seco y desistir.

— ¡Mierda! ¡Nos lo comemos! —exclamó furioso, golpeando fuerte y de un golpe el volante con sus manos.

Camuflados en sus impertérritos rostros de látex, Mario y John compartieron sus nerviosismo a través de la dilatación de sus ojos. Era obvio que la situación les había sorprendido relajados y fuera del área de actuación en la que se manejaban, y ninguno de los dos parecía saber muy bien qué hacer en ese momento.

A cuentagotas, pero la columna de coches iba avanzando. Su furgoneta se aproximaba al dispositivo policial.

— No jodas. Es en el sitio —reparó John, examinando a través del cristal.

El portal número ciento veintiuno al que chico se refería y sus inmediaciones lo salpicaban de luces de color los rotativos de tres vehículos estacionados a su altura: un coche de policía, un furgón policial y una ambulancia; los dos primeros cruzados de cualquier manera en la calle, y la furgoneta de asistencia sanitaria en doble fila, sin dejar apenas sitio para circular. La puerta de entrada a la finca estaba abierta de par en par y en ella había un agente, y desde allí se extendía una cinta de balizamiento amarilla y negra de la Policía que rodeaba el perímetro circundante hasta constreñir la vía asfaltada a un estrecho paso, donde otro agente uniformado y con chaleco reflectante daba paso uno a uno a los vehículos que, como el suyo, habían decidido seguir ese

camino. Advirtieron que, con algún conductor, el policía parecía detenerse a intercambiaba pareceres o identificaciones por la ventanilla, no podían verlo bien.

A medida que se aproximaban fueron incorporando elementos a su relato. Un numeroso grupo de vecinos curiosos esperaban tras el cordón policial, parecían agitados. Frente a ellos, una periodista que sostenía un micro frente a su pecho hablaba hacia un hombre que le apuntaba con una cámara apoyada en su hombros. Mario localizó, aparcado sobre la acera de la izquierda en el siguiente cruce de la calle después del control, el coche con el logotipo del canal autonómico en el que había llegado hasta allí la televisión. Sin duda, habían planeado con éxito que la mejor forma de poder estacionar cerca del meollo era entrando desde la calle perpendicular. Vio entonces a un grupo de elegantes mujeres que doblaron la esquina y caminaban hacia ellos mirando a un lado y señalando hacia el cerco policial, instante en que cayó en la cuenta de también lo señalarían a ellos al pasar si los veían ahí parados con las máscaras puestas.

— Joder, las putas máscaras, John.

Mario se quitó como un rayo y de una tacada la gorra y la careta y las tiró a los pies de John, que hizo lo propio.

— Guárdalo todo —urgió al joven.

Afuera le tocaba el turno al coche que tenían delante, el policía hablaba en ese momento con el conductor. John buscó con la mirada a Mario y le sonrió, tratando de transmitirle confianza.

— En un minuto estamos fuera —auguró John.

El auto de delante se movió y Mario avanzó hasta el agente. Desde ahí se veía con claridad el estrecho paso que quedaba entre los bolardos laterales de la calle, la ambulancia y los coches de la Policía estacionados. El rostro del agente escrutó a través del cristal y pidió al conductor bajar la ventanilla. Mario accedió y lo miró con rostro impávido.

— Ustedes dos lleven cuidadito que llevan vehículo grande. Vamos a ver si son capaces de no rozarnos los autos, eh...

El coche que les precedía era un turismo y estaba teniendo ciertas dificultades en el tercer obstáculo. En cuanto lo rebasó, el agente echó un paso atrás y les dio paso con la mano.

— Adelante, por favor.

La furgoneta se puso en movimiento lentamente. Justo en ese momento, cuando iban a pasar por delante del portal, John advirtió expectación en los rostros de los transeúntes allí congregados, y pareció armarse algo de revuelo.

— Despacio Mario —sintió también curiosidad.

— ¿Más? —se quejó Mario, que consideraba que estaba siendo suficientemente precavido.

— ¡Más! —repuso contundente John, señalando con su mano hacia afuera como si algo inminente fuera a suceder y no quisiera perderselo.

En la calle todos miraban hacia el interior de la entrada. La periodista se giró hacia allí también. De pronto salieron por la puerta tres sanitarios que, apresurados, empujaban un camilla sobre la que reposaba el cuerpo de un hombre. Iban directos a la parte de atrás de la ambulancia. John se fijó que el paciente iba algo recostado y, al aproximarse hacia ellos, pudo distinguir las facciones de su rostro tras la máscara de oxígeno.

— ¡Es él! —dijo con total seguridad.

Mario golpeó con rabia el volante sin dejar de avanzar muy despacio con la furgoneta y con cuidado de no rozar. Le pidió a John que plegara el retrovisor de su lado para abordar el último paso, el del furgón policial, así que el joven bajó la ventanilla y asomó un poco el cuerpo para ejecutar la operación. Al sentarse y subir el cristal, John avistó que por lo menos dos policías uniformados más habían bajado detrás del equipo de emergencias de protección civil, y hablaban

ahora frente al portal. De pronto se disolvieron, el más alto se quedó allí y los otros dos, un hombre y una mujer, echaron a caminar diligentes hacia el agente del chaleco. A John se le congeló la respiración. Le pareció reconocer una de las figuras.

— ¿Linda? Vamos no me jodas —masculló sorprendido.

— ¿Quién es esa Linda? —quiso saber su compañero.

— Una chica que conocí el otro día.

— ¿Policía? —exclamó Mario, esperando que fuera una broma.

— Eso parece —rió perplejo el joven, alegrándose del hecho.

Mario dirigió una mirada fulminante a John con tono reprobador y le pilló con el rostro sonriente, lo que, sin duda, empeoraba la situación. El chico no tenía percepción del riesgo real que suponía flirtear con una agente de la ley en su situación.

— No me ha visto. Tranquilo —reaccionó rápido John, contestándole serio.

Mario terminó de ajustar la furgoneta al lateral y pisó el acelerador para sortear la última apretura y posicionar el vehículo en disposición de tomar una de las dos direcciones posibles y despejadas que le ofrecía el cruce.

— Regla número uno chaval —giró hacia John y le expuso en tono airado—: ¡Cuida bien donde metes la polla! Mándala a tomar por culo. ¿Entiendes? Puto jueves de mierda...

Dicho lo cual puso el intermitente a la derecha y alejó la furgoneta de allí.

Al rato, una vez que el destello de las luces que entraban por los cristales al compás de la música rebajaron la tensión, John miró con rictus serio a Mario.

— ¿Y ahora qué? —inquirió con preocupación.

— ¿Estaba vivo? —le preguntó calmoso Mario, sosteniendo expectante la mirada.

— Iba con el oxígeno puesto —confirmó John, asintiendo a la vez.

Mario frunció el ceño. Confiaba en que, por lo menos, se lo hubieran llevado fiambre. Meneó su cabeza. Tendría que hablar con Anna. No se habían visto en una situación así.

— De momento a casa —concluyó resignado.

Esa noche, a esas horas, Anna terminaba de ver junto a su padre —él sentado en su sillón en bata y ella tumbada de lado en el sofá con albornoz—, la película *Platoon*, de Oliver Stone, director que a Anna no le gustaba especialmente —en todo caso, ella hubiera preferido ver al bombón de Tom Cruise en *Nacido el 4 de julio*— pero que su padre, también forofó del cine bélico, de la Guerra del Vietnam y de la historia de los Estados Unidos, idolatraba.

— Ala, es hora de dormir papá —le recordó Anna sonriente.

— Un segundito, hija. No ves que todavía estoy impresionado, ¡tengo el cuerpo en tensión! —le espetó Ramón con guasa, pues había visto la película unas cien veces—. ¿Cómo me voy a dormir después de tantos disparos y explosiones? Deja que me temple un poco, anda.

Anna meneó su cabeza pensando que el encanto de su padre no tenía fin, y se fue a picar algo a la cocina. Sentía cierta ansiedad y quería saciarla antes de irse a la cama.

Ramón agarró el mando a distancia y zapeó.

El informativo del canal autonómico se hacía eco de un suceso que estaba ocurriendo en ese momento. Un texto gráfico anunciaba que un hombre que quería suicidarse había montado un gran escándalo. El presentador daba paso a la conexión, que la cadena destacaba se estaba produciendo en directo.

— Hasta allí nos hemos desplazado para conocer de primera mano cómo está la situación, ¿verdad Jennifer? —anunció el hombre desde el plató.

— Sí. Así es —confirmó la redactora desde el mismo lugar—. Nos encontramos enfrente del portal donde hace tan solo una hora y media un hombre se asomaba por la ventana de su vivienda,

en la tercera planta, y anunciaba a gritos su intención de quitarse la vida saltando al vacío...

Ramón arqueó los ojos prestando atención. Esa calle le resultaba familiar, diría que en algún tiempo había pasado bastantes veces por allí.

— Finalmente —continuaba explicando la chica—, unos vecinos del bloque, desde aquí, a pie de calle, han conseguido disuadir al hombre que mostraba evidentes síntomas de nerviosismo y embriaguez. Hasta aquí se han desplazado varios dispositivos policiales y de protección civil que parece ser han conseguido entrar en la vivienda y...

Anna, que había cogido un bol con ensalada de la nevera y escuchaba atenta la noticia desde la cocina, regresó al salón comiendo mientras caminaba. Miró hacia la tele en el momento en que la mujer se giraba hacia atrás en dirección a la puerta.

— ...ahora mismo sacan al vecino, ahí está, en la camilla, con vida, en dirección a la ambulancia en la que lo trasladarán al hospital de La Paz donde será atendido. Según hemos podido saber en boca de testigos, el hombre, aunque conocido por sus desavenencias públicas con otros vecinos, nunca había ocasionado un incidente de este tipo, que como vemos, y a pesar de las horas, ha alterado la tranquila vida del barrio y el tráfico de la zona...

Anna se quedó petrificada con los ojos como platos, la boca abierta, y la lechuga y el tomate pinchados en el tenedor. El suicida del que hablaban era Santiago, era obvio, aunque no lo había podido ver del todo bien. Sintió estremecerse y observó los pelos de punta en sus brazos. «Cagada como un piano de grande a la vista», aventuró. Inspiró fuerte y expulsó después el aire por un pequeño agujero abierto que dejó entre sus prietos labios, produciendo sonido y llamando la atención de su padre, que observó el soplido.

Anna no apartó la vista de la pantalla hasta el final de la noticia, en la que el cámara siguió horizontalmente el movimiento de dos policías dirigiéndose resueltos hacia la vía donde se encontraba la ambulancia y, entre los coches ahí apilados, distinguió la furgoneta blanca de Mario y John que ella mismo les había dejado preparada esa mañana. Apoyó el bol en la mesita del sofá frente a su padre, que parecía absorto en sus cosas, y se echó las dos manos a la cabeza cerrando a la vez los ojos, esperando que la postura y la negrura le ayudaran a concentrarse y a decidir qué hacer. Miró hacia el teléfono. Apretó los dientes. Fue hacia él. Lo tenía en la mano. Dudó. No sabía si llamar.

— ¡Anda, ya lo tengo! —los ojos de Ramón se iluminaron de pronto y continuó—. Juraría que en ese mismo edificio vivía el médico que te vio nacer, tenía ahí la consulta. Tu madre le estaba muy agradecida, fue muy amable con vosotras. Os cuidó...

— ¿No me digas? —reaccionó desconcertada Anna, con el número de Mario en la pantalla de su móvil—. ¿Y cómo se llamaba?

— ¡Uf! No, no lo recuerdo. Pero era ese bloque —sentenció satisfecho Ramón.

Linda tenía motivos para estar contenta. Aunque el jueves al final tuvo que estirar su jornada y trabajar hasta bien tarde, el viernes lo había podido compensar y acababa de comer en casa para dar por finiquitada la semana. En otra ocasión hubiera desperdiciado la oportunidad y habría trabajado igualmente hasta tarde con la idea de exprimir los días hábiles y avanzar en su caso lo máximo posible para tratar de ofrecer algún avance relevante al teniente Marcos cuanto antes; pero ahora pensó que, por una vez, iba a dar un paso atrás, descansar y tratar de desconectar, para ver si el lunes había agrupado la fuerza que necesitaba para dar dos hacia delante. Qué dos, ¡tres pasos! Y no parar, sobre todo ahora que, con la ayuda y la experiencia de Sonia en el equipo, su potencial de actuación crecía de forma exponencial.

No obstante, era consciente que no todo era trabajo en la vida y también tenía que saber encontrar hueco para dedicar a las cosas mundanas: la suciedad de su apartamento, el espacio de su nevera y la ropa amontonada pendiente de lavar, la reclamaban. Así que esa tarde tenía claro a qué iba a dedicarla. Se puso el pijama más ligero que tenía; acudió a la lista de reproducción *La música que oyes* en la aplicación de pago de su móvil y activó el equipo de cinco altavoces bluetooth repartidos por el cuarto principal; cogió la escoba y el recogedor, y empezó por ahí. Durante esa primera fase de saneamiento, Linda reconocería después a su madre que, en algún momento puntual, usó tanto el palo de la escoba como el de la fregona como micrófono sin cable para su desafinada pero a la vez desenfadada voz.

Al punto terminó el concierto, hizo cesar la música y se tumbó un rato en el sofá esperando a que la casa se secara, momento que aprovechó para empezar a leer un libro que una compañera del trabajo le dejó hacía unos días y que todavía tenía pendiente de abrir. Era de relatos breves sobre dilemas sentimentales y tenía un estilo desenfadado y divertido, así que era perfecto para la ocasión. *Los nudistas*, se titulaba. La imagen de la portada parecía ser el resultado de dos llaves antiguas anudadas y fundidas en una única forma de corazón azulado. En cuarenta minutos se leyó cinco historias y pensó que ya era la hora de abordar la segunda fase de su misión: orden y puesta a punto en el ropero. Lavadora y plancha.

Empezó por revisar la ropa que esperaba amontonada para dar vueltas en agua y jabón y priorizar así un orden funcional de lavado, dejando listas antes las prendas que más utilizaba. Ropa interior en primer lugar, de trabajo en segundo y, por último, la que utilizaba para ponerse cómoda o para salir por ahí, que con la vida que llevaba era la menos, como el pantalón que se puso en la fiesta que organizó Fran y que ahora sostenía en sus manos. Podía esperar al siguiente lavado. Ya que estaba motivada, quiso ganar tiempo al futuro, lo puso del revés y revisó como era su rutina si los bolsillos estaban vacíos, ya que solía llevar siempre consigo pañuelos de papel y monedas sueltas. Sus dedos tocaron algo y de uno de los saquillos del vaquero extrajo un trozo plegado de papel. Lo abrió con curiosidad, pues no recordaba de qué podía ser. Cuando lo tuvo totalmente desplegado comprobó que tenía una cifra escrita a bolígrafo, un número de teléfono. No era su letra. No ponía a quién correspondía. Y era reciente, pues estaba en perfecto estado y eso significaba que no había pasado todavía por la lavadora. Intrigante pero interesante a la vez, pensó. Decidió que no perdía nada por llamar y que debía de hacerlo. Fue a por el móvil que había dejado en el salón y tecleó las cifras.

— Eo ¿Si? —respondió alguien en la otra línea.

— Hola... —Linda cayó de pronto y preguntó tras sopesarlo un segundo— ¿John? ¿eres John?

— Sí, dime, ¿quién eres?

A John la llamada le pilló en uno de sus momentos de intimidad y silencio en el que más disfrutaba, sentado en el trono de su baño y leyendo un reportaje de una de las revistas de

investigación y tecnología que se compraba en papel con cierta regularidad y que, a pesar de su juventud, prefería mil veces más al móvil para esas ocasiones. En la pantalla del teléfono le advertía que era un número desconocido, pero aún a riesgo de que fuera una llamada comercial, sabía que tenía que contestar.

— Si te digo que acabo de encontrar tu número de teléfono en el bolsillo del pantalón, ¿quién dirías que soy?

La sugerente voz femenina le planteaba un reto de inteligencia, su pasatiempo favorito, consideró John antes de responder.

— Bueno, así de pronto, me pillas descolocado. Me tendrías que dar más datos... —le habló titubeante, como pareciendo barajar varias respuestas.

— Lo imaginaba, claro. Nada, déjalo. Chao —le sentenció la chica al otro lado del teléfono.

— Linda, eres Linda. ¡Linda! —repuso gritando insistente el joven.

Linda ya había separado su móvil de la oreja para colgar definitivamente, pero escuchó exclamar su nombre a través del auricular y volvió a levantar la pantalla hacia su cara con curiosidad.

— ¿Linda? Solo estaba fingiendo, sabía que eras tú, ¿quién iba a ser si no? —La policía observó que John seguía hablando al notar que la comunicación seguía activa y suponiendo que ella estaría aún al otro lado.

— Me ofende que me confundas con otra aún escuchando mi voz —le espetó Linda, con cierta indignación.

La agente escuchó al chico reír relajado.

— No tengo ninguna duda, eres Linda —afirmó él, sereno y seguro.

— Soy Rebeca, guapo —soltó ella con cierto despecho.

— De eso nada, monada. Eres Linda. ¡Y lo sabes!

El tono jocosos que empleó John hacía referencia a los populares y socorridos memes de Julio Iglesias que se utilizaban en las redes sociales, y a la chica le hizo gracia. Ese, el perfil del típico guaperas que podría estar con cualquiera pero quería quedarse con ella, era el papel que él estaba jugando con ella. John oyó cómo a Linda se le escapaba una risa floja tras la que finalmente se rindió.

— Me da que lo has acertado de chiripa —cuestionó ella.

— ¿Me hablas como Rebeca o como Linda? —quiso terminar de aclarar la situación él.

— Como la segunda —reconoció Linda.

— Pues te equivocas —aseveró cálido John,

— ¿Así que no es una técnica de porcentajes de esas tipo: si lo coloco en diez bolsillos, al menos una chica sentirá curiosidad y llamará?

— Para nada, no soy de esos.

— ¿En qué momento lo hiciste? —quiso saber la policía.

— Eh... ¿cuándo chocamos?

A John le quedó la duda de si con su entonación interrogante ella creería que realmente fue en ese momento.

— Si todavía no nos conocíamos... —Linda le advirtió el detalle que lo ponía en evidencia.

— Me la jugué. Un presentimiento —replicó rápido él—. Por si desaparecías de repente, como ocurrió.

— ¡Pero si el que desapareció fuiste tú! —le reprochó vehemente Linda.

Ese punto era sensible para John, porque esa noche se quedó con una sensación extraña y poco habitual en él. Por un lado se sintió dichoso de haber podido culminar la noche disfrutando

de una mujer como Anna; eso creía que no era reprochable en su situación de pica flor. Pero por otro lado había faltado a su palabra con alguien con quién además había sintonizado. Y saber que, por cuestión de tiempo, sí hubiera podido llegar a la cita, pero prefirió finalmente no dar la cara y pirarse sin más, no es que lo convirtiera de pronto en un ser egoísta, mezquino y cobarde —no era para tanto, esas cosas pasan, quiso pensar—, pero reconocía que había estado mal.

— Fue una noche llena de trucos...—expuso como disculpa.

— ¡Qué peligro tienes, macho! Vaya jeta —opinó Linda, con tono sonriente— Que sepas que no es para nada creíble que el número me lo pasaras sólo a mí. ¿Nos vemos de nuevo?

John apretó el puño en señal de triunfo. De pronto orientó el teléfono hacia la revista que tenía apoyada sobre sus rodillas y fue pasando hojas, asegurándose de que el sonido fuera evidente para ella.

— ¿Vernos? ¿Tú y yo solos? Déjame que consulte la chorba agenda...

Linda volvió a reír. Decididamente, el día había mejorado con esa sorpresa inesperada. Esa tarde apuró la segunda fase su misión con una segunda ronda de lavadora, ahora la iba a necesitar. Ya se las arreglaría luego distribuyendo la ropa que no cupiera en el tendedero por las sillas de la casa. Después llamó a su madre y charlaron un rato largo. Se hizo una pizza casera para cenar y se encendió la televisión para quedarse dormida. Mañana acudiría al supermercado y renovaría así la despensa y la nevera con alimentos frescos para completar el ciclo de saneamiento que ese fin de semana se había propuesto llevar a cabo.

En contraposición a su estado de ánimo, que radiaba una cálida e intensa luz, la mañana del sábado había amanecido con el cielo encapotado y algo fría. Linda tenía por delante la ejecución de la última fase de la hasta ahora exitosa tarea de restauración de sus descuidados asuntos domésticos, la referente a temas de alimentación y aprovisionamiento, pero el día era largo y, antes de que perdiera la ocasión, quiso hacer primero una visita a un persona que, por esos azares del destino, había tenido la suerte de conocer en una situación bien poco habitual, y que confiaba que le fuera de gran ayuda en el futuro.

La parada del metro la dejó a las puertas del Hospital Universitario La Paz.

Con discreción, Linda enseñó su placa y explicó a una de las recepcionistas el motivo de su presencia allí. Venía de incógnito a realizar algunas preguntas al hombre que, dos noches atrás, había montado el espectáculo intentándose suicidar. Ella fue una de las agentes que lo impidieron —podía comprobarlo en la hoja del ingreso—, y por razones estrictamente policiales y secretas era fundamental que esos interrogantes se los planteara ella misma, esa misma mañana y en ese lugar, siempre y cuando el hombre ya estuviera recuperado tanto de la crisis de ansiedad que presentaba —Linda no quiso utilizar el término «resaca»— como de las pequeñas lesiones que, encaramándose en la ventana y con el forcejeo final, se ocasionó.

La tarde de antes, entre limpieza y canciones, frivolidades y coladas, por la cabeza de Linda también habían pasado, lógicamente, cuestiones de trabajo. Una policía vocacional como ella lo era las veinticuatro horas del día, no podía negar esa evidencia. Y entre otros asuntos, había llegado a la conclusión de que enfrentarse cara a cara con el tal Santiago en una habitación del hospital resultaría bastante más efectivo para sus pesquisas policiales que hacerlo cualquier día posterior en otro emplazamiento. Aquí se lo encontraría en pijama y tumbado en una cama, imaginaba que aún algo desubicado y sensible, lo que colocaba a Santiago en una situación clara de debilidad ante ella, que Linda no dispondría en cualquier otra ubicación, así que no la podía desaprovechar. Y la fecha límite era esa mañana porque, muy probablemente, en unas horas el hombre recibiría el alta médica para marcharse a su casa.

Tras consultar la petición en un despacho abierto a la vista, la mujer de la recepción transmitió a la policía el consentimiento y le indicó el número de planta y la habitación en la que estaba el paciente, pero le rogó también que, por protocolo horario —aún eran las ocho y media de la mañana—, esperara treinta minutos para poder realizar su visita oficial. Linda no tenía prisa, de hecho había salido de casa sin desayunar, así que aprovechó para sacarse unas galletas y tomarse un café en una máquina expendedora.

Ya en el pasillo del tercer piso, un rato después, Linda encontró la puerta del cuarto entreabierta y se coló en su interior.

—Hola buenos días —anunció tenue su irrupción antes de hacerse visible.

La cosa empezaba bien, pensó, pues la primera cama con la que se topó estaba vacía, y sobre la segunda reconoció al paciente reclinado tal y como lo había imaginado, más sonriente si cabe, observando cómo una enfermera le habilitaba en ese momento la bandeja con el desayuno.

—Tienes mucho mejor aspecto que ayer, dónde va a parar —le animaba la sanitaria antes de disponerse a abandonar la habitación—. Venga Santiago, ¡que aproveche! Hasta luego...

Al cruzarse con Linda la mujer asintió dedicándole una sonrisa cortés, que la policía correspondió. Cuando los dejó solos, Linda retrocedió unos pasos como siguiendo su estela y cerró la puerta por dentro.

A Santiago, que en ese momento tenía ya sus cinco sentidos centrados en el café con leche y los panecillos tostados que aguardaban frente a él y que estaba deseando devorar, le sorprendió levantar la vista y volver a ver a la desconocida chica que había asomado hacía tan solo unos

segundos y que, por el sonido de cerramiento que acababa de escuchar tras ver salir a la enfermera, creía que también había abandonado el cuarto. Ahora la joven se dirigía hacia él con pasos lentos.

— ¿Sabe quién soy, Santiago? ¿me reconoce? —inquirió Linda, con ritmo sosegado y cierto tono de misterio en su voz.

El hombre escudriñó los ojos para tratar de verla mejor, pues le molestaba el contraluz de la ventana.

— No, la verdad es que no —resolvió al fin.

— Estuve en su domicilio antes de anoche. Soy policía nacional, me llamo Linda...

— Ah, discúlpeme, lo entenderá entonces —Santiago negaba insistente con su cabeza—. Mi recuerdo de ese día está algo distorsionado.

Linda enlazaba un paso con otro con aplomo y sin dejar de moverse, altiva, con seguridad, tratando de generar inquietud en el hombre que, desde que habían comenzado a hablar, no dejaba de seguirla con su mirada.

— Antes de nada decirle que mis compañeros y yo nos alegramos de que esté prácticamente recuperado ya del incidente... —Linda sonrió reconfortada antes de seguir explicando—, pero vengo a informarle de que se han presentado contra usted diversas denuncias por alteración del orden público a las que tendrá que hacer frente cuando salga de aquí...

Él la escuchaba impertérrito.

Por si la situación en la que se producía el careo no era ya lo suficientemente propicia para la agente: ella y él solos en la habitación; la policía de pie y acechante, el acusado tumbado e indefenso; la mujer con el apetito saciado, el hombre muerto de hambre; Linda sabiendo donde quería llegar, Santiago sin ver por donde le venían los tiros... Linda quiso ponerla aún mejor y arrancó la charla restregándole en su narices las consecuencias legales de sus actos, buscando con sutileza amedrentarlo e intimidarlo desde el principio.

— Ese procedimiento judicial pueden suponer hasta noventa días de ingreso en prisión si ya tiene antecedentes —continuó Linda—, por no hablar de la cuantía económica; es un delito menor, pero también le costará dinero.

— Bueno, qué puedo hacer ahora yo —repuso él con ademán resignado y calló unos segundos bajando la vista—. ¿Me permite?

Linda accedió con el gesto a que Santiago hincara el diente al desayuno. Destensar corporalmente la charla después de ponerle en situación era una táctica perfecta para sus fines, sobre todo ahora que cambiaría de registro para abordar con tono cercano el tema personal.

— Perdóneme si me meto donde no me llaman pero ¿sabe?, su caso me pilló haciendo una sustitución a un compañero y bueno, habrá sido una gracia del destino o vete tú a saber, pero los casos de suicidio o de intento de suicidio así, en vivo, no son nuevos para mí... —Linda detuvo su deambular frente a él, respiró hondo y suspiró—. Mi padre se quitó la vida cuando yo tenía 14 años...

— Vaya, lo siento —dijo mirándola con pena Santiago mientras mordía el pan con mermelada.

— Regresaba del colegio y me lo encontré ahí... —siguió contando Linda—, ¿entiende? Es difícil de dirigir aún con el paso de los años. Me surgieron cientos de interrogantes que ya...

Linda hizo ademán con sus manos que aludía a las cosas que se lleva el aire

— Trato de olvidar —añadió reflexiva—, pero el destino es caprichoso, y siempre vuelve a mí ¿Usted cree en el destino?

Santiago la miraba atento pero sin intención de contestar y entretanto sorbía de la taza de

café, como quien mira absorto la televisión y no se da por aludido específicamente cuando el protagonista habla hacia él.

— Yo ahora soy mucho más fuerte —confesó la joven—. Igual ese mismo sino es el que me ha traído hasta aquí también por algo. Me gustaría aprovechar la ocasión y poder hacerle unas preguntas...

— Adelante —contestó el hombre, tan pronto cayó en la cuenta de que la policía que le sostenía la mirada en silencio esperaba su respuesta.

— ¿Usted le había dicho a alguien que ayer tenía intención de quitarse la vida?

Santiago arqueó la cejas y dejó de masticar un instante ante el cariz al que estaba derivando la conversación.

— No —dijo con total normalidad.

— ¿Y no pensó en dejar una nota, un mensaje... no sé?

— No —repitió convencido.

Linda analizaba cada una de sus respuestas intentado advertir un gesto delator en su rostro, una inflexión en el tono, un parpadeo fuera de lugar... algo que le diera una pista de hacia dónde dirigir su siguiente cuestión.

— Qué raro. Usted tiene familia... —la policía afirmó, pero esperó hasta que él asintiera para confirmarlo—. ¿De verdad no ha sentido necesidad de transmitir a ninguno de ellos sus razones, sus porqués?

— No.

— ¿Tiene hecho su testamento?

— No.

— ¿Tampoco? ¡Guau! —exclamó con falsa admiración la policía.

— Ya ve —replicó desabrido él.

— ¿Supongo que tendrá una explicación?

— Pues no —dijo, y bebió de la taza.

Linda continuaba su coreografía hipnótica danzando de un lado al otro de la cama tratando de rendir a su presa.

— ¿Es la primera vez que lo intenta? Quitarse la vida, me refiero.

— No. Lo intenté en otra ocasión.

Bueno, pensó Linda, por fin había oído algo interesante salir de esa boca. Era reincidente. Y también era una buena noticia que por fin se hubiera molestado en construir una frase para responder. Tal vez a Santiago se le había abierto una veta en el caparazón y ella estaba allí para localizarla y sacarle todo lo que estuviera escondido.

— ¿Y en qué momento decide cambiar la idea de salir de viaje por quitarse la vida? Porque he estado en su casa y tenía su maleta preparada, ¿no es verdad?

Santiago afirmó con su cabeza aceptando a la vez la incongruencia con la mueca de su cara.

— Vaya pérdida de tiempo, ¿no? —continuó Linda jugando con los pasos y los silencios—. Si le hablo de «desaparecer», de esfumarse sin dejar rastro, qué puede contarme...

Santiago observó a Linda, algo sobreactuada en ese punto, entrecomillar con sus dedos la palabra clave. Sin duda, ese rastro era el que la policía perseguía, sobre lo que andaba detrás, el alcance del concepto genérico de la desaparición, el posible negocio montado a raíz de la muerte. No había llegado hasta él preocupada expresamente por su actuación concreta ni por el escándalo que montó, que no tuvo nada de particular salvo que a los ojos de todos fue un auténtico esperpento. Eso le tranquilizaba porque no tenía ninguna gana de hablar, y como en sus años de profesional médico, de lo que no era su competencia directa no tenía nada que decir. Y eso no le

incumbía en absoluto.

Linda miró fijamente a los ojos de Santiago y lo observó torcer el gesto y tragar saliva. Le dejó unos segundos meditar. Finalmente conseguiría información de utilidad, vaticinó para sus adentros. Le vio echarse a la boca el último bocado de la primera tostada de mermelada mientras ella esperaba su respuesta.

Mario llevaba unos días durmiendo peor que de costumbre. El contratiempo de la pasada noche en la que salieron dispuestos a recoger el cuerpo del cliente a su domicilio y que, de pronto, lo que se encontraran allí fuera el aparatoso dispositivo policial que estaba montado en su puerta —con numerosos vecinos y hasta la televisión curioseando como al personaje en cuestión lo sacaban de su vivienda en camilla vivo y coleando—, martilleaba en sus pensamientos una y otra vez. ¿Qué pasaría si el individuo piaba a la Policía los detalles del desconocido e ilegal servicio que había contratado? ¿Cómo debían ellos de actuar a partir de ahora? ¿Hasta cuando iba a ser capaz de seguir viviendo el propio Mario con la tensión de saberse transitar por el lado oscuro de las mentiras y de lo prohibido? Sin duda, aunque eran la excepción, ese tipo de clientes poco serios y de actitudes incontrolables ponían en peligro el negocio que llevaban entre manos, reflexionó; pero lo que para él era más importante, ponían en riesgo su seguridad y el deseo de no terminar sus días entre rejas. Y por ahí no iba a pasar. Tenían que hacer algo.

Mario entró algo apresurado a la cafetería de la gasolinera en la que había quedado. Llevaba el casco en la mano. Le había costado algo más de lo esperado llegar hasta allí porque, enfrascado en sus conjeturas circulando por la autovía de circunvalación M-50, se saltó el desvío por despiste, y le llevó un tiempo hasta que encontró la forma de regresar al punto y tomar la dirección correcta. Y es que no había estado antes en esa descampada zona de Majadahonda, al este de la ciudad.

Anna lo había visto aparcar y entrar al establecimiento. Esperaba sentada junto a la cristalera con un café a medio beber y una porción de tarta de chocolate apenas empezada.

Él se acomodó brusco frente a ella —que ni parpadeó—, apoyó el casco a un lado y resolló por su nariz sin dejar de mirarla.

— No tendríamos que estar aquí —arrancó diciendo Anna, negando con su cabeza.

— ¿Y ahora qué? —preguntó inquieto él.

— Calma, tenemos la pasta —ella sonrió codiciosa al final para quitarle peso al problema.

— Me la suda esa pasta —le espetó molesto Mario, alzando progresivamente el tono—. ¡No hemos hecho nuestro trabajo!

Anna le hizo un gesto meneando la mirada en derredor para recordarle que no estaban allí solos. Mario levantó su palma en señal de disculpa y respiró profundo tratando de serenarse. Dirigió sus ojos a través del vidrio de la ventana para ver si contemplar el paisaje en el que estaban enmarcados le apaciguaba.

— ¡Joder, a qué páramo me has hecho venir! —exclamó, de repente más distendido—. Qué se te habrá perdido a ti por aquí, la madre que me parió. No te quiero ni preguntar...

Mario rió ladeado para sí, mirando después con complicidad a Anna, que le miraba inmutable, posiblemente fruto de la irascibilidad de la que él había hecho gala.

— ¿Qué le traigo, caballero?

La voz del camarero, que se había acercado hasta la mesa por su espalda y aguardaba de pie a su lado, pareció sorprenderle de pronto y dio un respingo.

— Una cerveza, gracias —le pidió cordial Mario.

Al volver a girarse al frente, medio sonriente, sus ojos y los de su socia se volvieron a encontrar.

— Puede pasar, lo sabemos —Anna retomó el asunto con cautela.

— No me jodas Anna. ¡Puto gilipollas! —Mario se encendió de nuevo pero canalizó esta vez su rabia con un tono de voz bajo— Deberíamos mandar toda esta mierda a tomar por culo, ahora.

Anna negó nerviosa con la cabeza. Había observado que Mario llevaba un tiempo ejecutando su trabajo de un modo más mecánico y distante hacia ella, y como lo conocía bastante bien, su

sexto sentido le decía que por su cabeza algo iba mal. Seguramente le rondaba la idea de abandonar el barco, de saltar por la borda y abortar el desesperado e insólito viaje que juntos habían emprendido unos años atrás y que tan buenos resultados les estaba dando ahora. Pero eso no podía ocurrir. No de esa manera. No en ese momento.

— ¡Qué ganas tienes! —murmuró Anna con ademán de queja.

— ¿Y si le da por hablar a ese tarado? —continuó exponiendo Mario algo alterado—. ¿Y si revisan su ordenador?

Anna, con tono manso, le aclaró el asunto.

— Comprobarán que es uno de los cientos de suicidas que fallan al intentarlo. Uno más. Nuestro sistema no deja rastro en el historial...

El punto de vista de su compinche y los supuestos que ella manejaba —y él desconocía—, parecían despejar los nubarrones de la mente de Mario, que la observaba hablar pensativo y en silencio.

—Y si la Policía le pregunta... —añadió ella, tras una breve pausa—, pues tendrán un hilo del que tirar. Pero no sacarán nada. Es imposible de rastrear.

Anna transmitía seguridad con su semblante y en lo que decía. Pero Mario detectaba en sus supuestos y en sus argumentos algunas fisuras que ella no parecía tener en cuenta y que para él eran determinantes.

— Aquí tiene la cerveza —le dijo el camarero, apoyándola en la mesa y alejándose de allí.

Mario asintió agradecido y echó un trago.

— Lo que tú digas —comentó al fin—. Pero si descubren cómo se llega, pueden llegar. Pueden ser ellos los que te llamen.

Anna escuchó con atención esa observación y se echó un trozo de tarta de chocolate a la boca. Mario aprovechó para volver a beber de su cerveza.

— Estate alerta. Ve con cuidado —le insitió Mario con ademán serio mientras agitaba hacia ella su dedo índice en señal de advertencia.

— Eso es lo que hago —repuso ella de inmediato.

— Pues hazlo mejor, joder —le reprochó él con aspavientos.

— Hijo de puta. ¡Lárgate! —explotó Anna al fin.

Mario conocía bien el temperamento de Anna y lo había sabido llevar otra vez, como pretendía, hasta el límite, en esta ocasión relativamente fácil. Sacarla de sus casillas un poco, enojarla, cabrearla, era lo mínimo que se merecía después de haberles puesto en riesgo a todos —a John, a él y a sí misma—, por no saber distinguir a tiempo si un cliente era merecedor de su confianza o no lo era. Si este enfrentamiento hacía que ella aumentara el nivel de alerta en el futuro, bien venido había sido.

Pero, observando los ojos ahora coléricos de Anna y su rictus tenso, también sabía que era el momento de echar el freno de golpe y serenar los ánimos. A ninguno de los dos les gustaba la versión del otro fuera de sí, y los dos cargaban en su mochila momentos de furia que hubieran preferido no protagonizar.

— Tranquila...

— No me digas que me tranquilice —masculló ella con expresión amenazante.

— Pero si no lo he hecho... —le indicó en tono amistoso y con media sonrisa Mario, que levantó después la botella hacia ella como si fuera el momento previo de un brindis—. ¿Me acabo la cerveza mientras charlamos? ¿eh?

Ella no movió ni un músculo de su rostro. Recuperar el temple de Anna no le iba a resultar fácil a Mario. Esa determinación en su carácter era lo que más admiraba de ella. Él le sostuvo la

mirada tratando de que entendiera de que la tempestad tenía que dejar paso a la calma. De que enfrente de ella tenía a algo más que un amigo o un antiguo amante.

— Va, aparentemos que todo va bien —le suplicó Mario con ojos tiernos y cariño.

— Sí, que nos queremos —bromeó ella por fin, saliendo del todo de su enfado.

Los dos rieron contenidos, sin dejarse de mirarse el uno al otro; Mario echó un sorbo de la botella a su salud y ella alzó un poco la taza de café antes de beber. Después, por unos segundos, compartieron un silencio cómplice. Dos almas errantes en busca de un lugar en el mundo. Seres complejos y distintos. Pero unidos por un mismo objetivo.

— ¿Cómo está tu padre? —le preguntó con interés Mario.

A Anna esta pregunta de primeras le descolocó, enfrascada como estaba en enredos de trabajo y conociendo la poca empatía habitual en la naturaleza de Mario, pero enseguida cambió de ámbito y se puso en situación.

— ¿Mi padre? De momento va tirando... Bueno, como dice él: «Yendo bien, cada día peor». ¡Qué remedio! Son ochenta y cinco años ya —le explicó, con emoción en sus ojos—. Gracias por preguntar.

— Oye, por curiosidad, ¿no le van los directores españoles o qué? —Mario pasó fugazmente su mano por el rostro haciendo alusión a las máscaras—. Porque últimamente no reconozco la cara de casi nadie. Y eso que las mandas repetidas.

Anna sonrió con la apreciación de su socio.

— Alguno sí que le gusta, claro, pero para eso estoy yo, ¿no? Detalle divertido y que pase desapercibido.

Mario asintió con ademán de perplejidad, que Anna interpretó que era fruto de la ridícula rima que le había salido.

— De todas maneras, ¿qué sabrás tú de cine para opinar? —le espetó con ademán recriminatorio ella—. Reconocerías a Sharon Stone, a Hally Berry, y poco más...

— También es verdad —reconoció él con humildad—. Bueno, a Pamela Anderson también la distinguiría del grupo de tus amigas.

Mario rio entre dientes su gracia.

— ¿Estamos hablado de cine o de qué estamos hablando? —bramó de pronto indignada Anna antes de concluir—. Mejor, vamos a dejarlo...

Era obvio que la afición por el cine y lo que las películas de celuloide significaban en las vidas de cada uno no era algo que los uniera en absoluto. Lo que sí les vinculaba era su capacidad de trabajo, su instinto de supervivencia y su afán de hacer dinero.

— Oye... —reclamó su atención de nuevo Mario—, y si te preguntara: ¿Hacer pan o servir copas? ¿Qué preferirías? ¿Madrugar o trasnochar?

— ¿De qué coño hablas ahora? —contestó desorientada Anna.

Mario chascó su lengua con suficiencia, en señal de que ahora la que demostraba ignorancia por no saber a qué se refería era ella.

— De futuro —exclamó con seriedad Mario.

Anna reaccionó dando una fuerte palmada en la mesa que hizo volar la vajilla y provocó un repentino estruendo que llamó la atención de los pocos clientes que tomaban algo en la barra y dos mesas más allá. Mario se quedó de piedra. Le resultó evidente que tampoco ella pasaba por un gran momento de equilibrio en su vida. Anna aguardó sin apartarle la vista, intensa, el tiempo suficiente para que los curiosos dejaran de fisgar.

— Mi futuro y el tuyo es ahora —dispuso con tono severo y clarividente Anna, a la vez que sacaba del bolsillo trasero de su pantalón una cuartilla de papel y se la plantaba en la mesa,

señalándola—. Este es nuestro futuro. Con nombre y apellidos. Y ya está cobrado. ¿Qué pasa contigo ahora?

Mario cogió la nota y vio que contenía las indicaciones concretas de un nuevo trabajo. Una dirección, un día concreto, una última voluntad... Resultaba duro aceptarlo, pero su decisión, por el momento, ya estaba tomada. No tenía más remedio.

Una hora después, cuando regresó a casa, los nervios internos que acuciaban a Mario no habían hecho más que incrementarse. El careo con Anna le había ayudado a despistar un rato sus fantasmas, y había sido capaz de comportarse ante ella con cierta normalidad, a estar elocuente e incluso a tener cierta sensación de control sobre sí, pero la espiral en la que estaba metido no dejaba de dar vueltas y la presión que llevaba sintiendo hacía unos días en el pecho se había hecho ahora más fuerte. Una vez se encontró dentro de su vivienda y cerró la puerta, la ansiedad que sintió en el cuerpo fue asfixiante.

Se dirigió angustiado a la estantería del salón. Escudriñó alterado entre los títulos de los libros sin encontrar lo que buscaba. De pronto perdió el control. Gritó con rabia incontrolable y tiró violentamente al suelo toda la hilera de ejemplares. Primero los de la balda superior, después los de la inferior. Pateó alguno de ellos sin mucho tino y descargó toda su ira con un contundente puñetazo en la la puerta del salón con el que casi la atravesó. El recuerdo de sus cinco nudillos abollando el conglomerado de madera iba a resultar de los más decorativo, pensó sarcástico. En el mismo momento que vio de su mano brotar la sangre, sintió como su presión interior disminuía, el corazón comenzaba a bombear más despacio y sus pulmones volvían a permitir la entrada de aire necesaria para comenzar a restablecerse. Se agachó jadeante y con gestos de dolor. Al pasar su mirada titubeante por el suelo, ente los distintas portadas atisbó la que buscaba: «Inteligencia Emocional» de Daniel Goleman, ese libro que tan bien le vino años atrás para aprender a soportarse a sí mismo y que le desveló las claves para afrontar positivamente su día a día, pero que hoy reclamaba por otro motivo. En su interior guardaba algo que en ese momento necesitaba y le hacía mucho bien. Lo cogió y abrió sus páginas con premura. Ahí estaba, entre las hojas. La sacó en su mano. La miró. Una fotografía en blanco y negro. Una mujer. Y un mensaje escrito a mano en el dorso. Dirigido a él, con todo el cariño del mundo. Dejó caer la publicación al suelo y se quedó absorto contemplando la imagen y leyendo el texto. Evocando lo que pudo haber sido y no fue. La madre que nunca pudo tener y que tan de menos echó todos los días de su vida, especialmente los malos. Se cobijó unos segundos en su fantasía reconfortándose con su recreación. ¡Qué distinto sería todo!, sentenció. Por lo menos, eso era lo que le decía el corazón.

Apoyó la instantánea en la repisa vacía de la estantería, la examinó una vez más y salió decidido de allí.

Condujo su moto a toda velocidad casi un centenar de kilómetros dirección al suroeste para desviarse por un camino de tierra hasta las inmediaciones de un acantilado. Bajó de la moto y se acercó al borde del precipicio. Allí, con el sol poniéndose en el horizonte y la tono rojizo del atardecer, reflexionó acerca de lo que había sido, lo que ahora era, y lo que esperaba llegar ser. Sintió de nuevo rabia e impotencia. Se agachó, cogió una piedra lisa, dio un paso atrás para darse impulso y la lanzó tan lejos como pudo. Siguió expectante su trayectoria hasta que la perdió de vista al caer sobre la maleza, poco después del pequeño arroyo que partía el barranco en dos mitades perfectas. Tal vez él debería hacer lo mismo, arrojarse al vacío y terminar de una vez con todos sus lamentos baratos. Como cuando aquella vez, siendo solo un niño, estuvo a punto de hacer. Presa del pánico, se le pasó por su cabeza tirarse por el balcón de su casa para evitar enfrentarse al monumental castigo que imaginó le iba a infringir su padre tan pronto entrara por la

puerta. Tratar de huir a toda costa de las consecuencias de sus actos. Poner fin a sus quebraderos de cabeza y a su existencia sin reprimendas ni literatura. La idea se estaba tornando en recurrente con los años. Apretar los dientes y saltar. Pum. Y se acabó. Lanzó otra piedra y se fijó en el detalle de la estela al salir despedida. Se agachó de nuevo y cogió en su mano esta vez un buen puñado de tierra. La lanzó al aire. Inspiró el aire profundamente. Bañarse en partículas de arena. Sentirse flotar entre el polvo en suspensión. Sensación de alivio. De paz. De vuelta a empezar. Para él no había una terapia igual.

Linda había pasado la mañana del domingo tranquilamente en casa, preparando algo de comida para la semana, viendo un par de capítulos de una nueva serie que le habían recomendado y leyendo alguna historia más del libro que tenía empezado. Pero tenía que reconocer que, conforme pasaban las horas, iba ganando en intranquilidad. La cita que tenía para cenar al final de la tarde con John empezó a pesar en su cabeza, y las dudas parecían querer apoderarse de ella. ¿Qué me pongo? ¿Me gustó realmente el chico? ¿Y si al final no voy? No obstante, llevaba casi medio año sin mantener ningún tipo de relación, y aunque era una mujer fuerte e independiente en ese sentido, y no había sentido necesidad, era verdad que si se perdía la costumbre y una se acomodaba, luego encarar la situación intimidaba. Incluso asustaba. Y daba pereza.

Decidida a ir, sonrió para sus adentros, se sacudió la capa de óxido que empezaba a cubrir su corazón para que tuviera oportunidad de latir fuerte si llegaba el momento, y se metió en la ducha con la música liviana de Kate Perry a todo volumen para poder cantarla sin herir la sensibilidad de nadie, total, serían unos minutos, consideró. Después se hidrató con mimo todo el cuerpo y, como no era nada amiga de la parafernalia cosmética, se perfiló un poco los ojos, se vistió unos jeans negros que dejaban sus tobillos al descubierto, una holgada camiseta rosa pálido que introdujo conveniente solo por el punto central de la cintura del pantalón para que cayera a los lados, se calzó unos zapatos bajos sport negros y se miró de cuerpo entero al espejo. El pelo suelto le favorecía, pero no iba con ella. Se agarró una coleta. Se sintió mucho más cómoda. Era lo que había, si no le gustaba, pues a otra cosa, él se lo perdería. Cogió su bolso negro tipo bandolera, una cazadora tejana y salió del apartamento. En treinta minutos en metro, calculó aproximadamente, llegaría a la zona de Alonso Martínez donde estaba la hamburguesería en la que había quedado.

Cuando Linda llegó al local tenía nuevamente muchas dudas sobre sí misma y no quiso ni detenerse a verse reflejada en el cristal de la puerta, así que entró sin pensar. El establecimiento era pequeño y enseguida reconoció a John sentado en un taburete de la esquina de la barra mirando hacia un televisor que colgaba en una de las paredes. Sin duda, él tampoco parecía muy sibarita a la hora de vestir, eso le gustó. John también advirtió de inmediato su llegada y se incorporó sonriente para recibirla. No sabía si el chico estaba tan nervioso como ella, pero lo cierto es que al saludarse con dos besos en la mejilla a punto estuvieron de rozarse los labios por la falta de coordinación.

— Uy, perdona —se disculpó él.

— Tranquilo, no pasa nada. Pero recuerda que casi no nos conocemos —le advirtió cauta, por si acaso su maniobra había sido intencionada—. ¿Cómo llevas tu chorba agenda, te aclaras?

— Sí, claro —respondió convencido, antes de añadir titubeante—. ¿Tú eras?

John hizo ademán de estar pensando y Linda cortó su interpretación con una sonrisa afable.

— ¿Nos sentamos aquí, allí...? —preguntó ella, algo inquieta todavía.

El restaurante contaba con dos líneas de mesas distribuidas en forma de L alrededor de la barra, y hacia ellas señalaba Linda.

— Por mí aquí está bien —dijo refiriéndose a la zona de taburetes en la que encontraba—. Si nos aburrimos, tenemos la tele...

— Bien visto —aprobó ella—. Y si uno de los dos decide salir corriendo, lo tendrá mucho más fácil.

John alabó su ocurrencia y le ofreció cortés la banqueta junto a la suya para que se sentara. Linda se sacó la cazadora, la colgó en el respaldo, junto con el bolso, y tomó asiento. El joven le alcanzó una carta de las que había en el mostrador.

— ¿Por qué me has traído aquí? —quiso saber Linda, mientras ojeaba los platos del menú.

— Me gusta, vengo a veces, está todo buenísimo, súper artesano —John se acercó a ella para indicarle sobre el papel las cosas a las que iba a referirse—. Ya ves lo que hay, hamburguesas, costillas, nachos... También ensaladas o sándwiches ¿eh? Todo lo americano me atrae, bueno mi padre es americano.

Linda notó el entusiasmo de John al hablar. También se percató de que no utilizaba ningún perfume. Ni falta que le hacía, consideró.

— ¿Y tú? —le inquirió ella.

— Yo nacido aquí, madrileño, como mi madre —respondió orgulloso y sonrió—. Ellos viven ahora allí; hace tres años se marcharon, en principio era para unos meses, pero ya no han vuelto.

— ¿Y has ido a verlos?

— No. Aún no. Hablamos por Skype. Y me consuelo en sitios como este...

John recorrió fugazmente con sus ojos las paredes del local y regresó a fijar su mirada sobre ella.

— ¿Y tú qué? ¿Podré saber algo más de ti? —le preguntó locuaz el chico—. Ahora mismo sé cero. Bueno, miento, el otro día...

John se interrumpió de pronto cayendo en la cuenta de que no podía contarle que el otro día la vio. No era prudente.

— El otro día qué... —le invitó a aclararlo Linda.

— A ver, no estoy seguro, pero el otro día me pareció verte, de casualidad —improvisó rápido—. ¿Vestías de uniforme?

— Sí, claro, puede ser. Soy policía, estoy empezando, recién licenciada —aquí ella también hizo ademán de sentirse orgullosa y se sacudió chula el polvo de los hombros—. ¿Dónde me viste?

La cuestión pilló descolocado a John y le dio la vuelta como si nada, respondiendo con otra pregunta.

— Eh... ¿dónde trabajas?

— En una comisaría del centro, por el Retiro, pero el departamento, la unidad en la que estoy, es central, para toda España —Linda hizo un gesto circular con la mano como de abarcarlo todo.

—Sería por allí, sí, esa zona. Yo iba en coche...

Linda trató de retomar el dilema de qué se pediría para cenar, pero parecía que a John le había despertado curiosidad su trabajo.

— ¿Qué departamento es ese? —le inquirió, esperando unos segundos una respuesta de ella que no se produjo—. ¿Secreto policial? —bromeó él con tono intrigante antes de seguir insistiendo—. En serio, ¿qué haces de policía, patrullas las calles, persigues a los malos, investigas casos...?

Linda hizo mueca de hacerse la interesante y cambió radical de tema.

— ¿Pedimos o qué? No tengo toda la noche.

No sabía si tal vez era por sugestión, pero Anna sentía como le comenzaba a doler la cabeza. Esa noche las continuas toses de su padre no le habían dejado descansar bien a él, pero a ella tampoco, y se había levantado por lo menos media docena de veces a tomarle la temperatura preocupada por el posible alcance de lo que, atendiendo a la debilidad de su aspecto y a la fiebre con la que el hombre arrancó la mañana, parecía ser una gripe en toda regla.

Con el soniquete de la tos de Ramón de fondo, cansada y aún a medio vestir, Anna se sentó con el portátil para revisar las notificaciones que la parpadeante luz azul de su ordenador anunciaba que había recibido. Entre bostezos, transformó en números sobre el papel la combinación de frutas que reflejaba la pantalla. Lo hizo en tres ocasiones, así que tenía el teléfono de tres potenciales clientes nuevos. El negocio despertaba interés, era un hecho. Anna advirtió que la primera y segunda línea de cifras eran prácticamente idénticas, parecían la misma, pero oscilaban únicamente en los dos últimos dígitos. Qué raro, pensó, y añadió un interrogante en color rojo junto a ellos.

De pronto sonó el timbre de la puerta. Anna disimuló su actividad apresurada y se puso de un brinco de pie.

— Ya está aquí el médico, papá —avisó.

— Que pase, y que se tome lo que quiera... —sugirió jocosamente su padre entre tos y tos.

— ¡Un momento, por favor! —gritó Anna hacia la entrada, al fondo del pasillo, antes de dirigirse rauda hasta su cuarto.

Se terminó de vestir en un periquete con una camisa negra de botones que tenía ya preparada, buscó su reflejo en el espejo para confirmar que estaba presentable, apenas se estiró la piel alrededor de los ojos un poco, se retocó el pelo con la mano y se encaminó a abrir. Si era el mismo médico de la última vez pretendía retomar el asunto donde lo dejaron y apurar con él todas sus opciones.

— ¡Hija!... —le chilló su padre desde el dormitorio con tono trascendente cuando la oyó caminar por el pasillo—. ¿Habrás ahorrado suficiente para pagar la residencia?

— ¡Olvídate!, el dinero que estoy haciendo es para poder llevarte de viaje, no para encerrarte —le aclaró cariñosa Anna, justo antes de girar el pomo de la puerta.

— ¡Buenos días! Soy Clara —se presentó la doctora tan pronto la hoja descubrió su figura—. Vengo a ver a ese jovencuelo al que he oído toser.

Anna enarcó las cejas. Una mujer de su edad que no había visto nunca antes, quizás algo entrada en carnes, pero risueña y enérgica como ella, que portaba un maletín.

Su gozo en un pozo.

— Es usted bienvenida. Pase... —le dijo resignada, con una sonrisa de oreja a oreja.

Linda había comenzado la semana con los ánimos totalmente renovados: en lo doméstico, por haber sabido sacar tiempo para poner en orden sus cosas, limpieza en el apartamento y control en su alimentación; en lo afectivo, porque después de cenar con John y dar un largo paseo, creyó que habían sintonizado muy bien los dos y él le resultaba muy atractivo; y en lo profesional, porque tanto la incorporación de Sonia al equipo como las últimas averiguaciones que obtuvo en el cara a cara con Santiago tras su intento de suicidio, habían abierto de par en par las puertas de su campo de visión para la investigación.

En ese momento, en la comisaría, el dispositivo humano asignado al caso estaba funcionando a pleno rendimiento.

Sonia andaba revisando a través de su web oficial reportajes de un programa sobre desaparecidos que la televisión pública emitía desde hacía unos meses. Buscaba detalles en las descripciones de los días previos de las personas desaparecidas coincidentes con los supuestos que ellos conocían o barajaban. Aquellos que habían dejado mensajes en sus redes sociales que iban a emprender un viaje a tal o cual sitio, que hubieran comentado algo extraño o premonitor a algún familiar o amigo cercano, que arrastraran graves problemas familiares o económicos, depresiones, enfermedades terminales, o que hubieran dejado escrita su carta de despedida antes de desaparecer definitivamente. Sonia se había visionado un buen número de capítulos y había rescatado por lo menos seis casos concretos cuyos testimonios guardaban algún tipo de analogía con los casos de Madrid, Zaragoza y Toledo que sus dos compañeros habían llegado a sondear en persona.

Precisamente Linda y Esteban, bajo la atenta mirada del teniente Marcos —que en ese instante vigilaba parapetado tras la puerta de su despacho—, departían con entusiasmo en las mesas colindantes a la de Sonia sobre aspectos concretos de sus pesquisas. Esparcidos por encima de sus escritorios una amalgama de informes policiales, algún recorte de prensa, impresiones digitales, papeles con anotaciones y teléfonos móviles. Las pantallas de sus ordenadores permanecía activas con páginas de distintos buscadores web.

— El componente letal de los barbitúricos se eliminó por ley, ya no se encuentra en las farmacias —explicaba Esteban.

— ¿Y cómo mueren entonces? —preguntó al aire Linda.

— Lo sacan de traficantes, mafias, internet profunda u oculta que se conoce como *deep web*... igual que hacen los que practican la eutanasia ilegal —aclaró Sonia.

— Pero esto es distinto —objetó Linda.

— Bueno, es distinto y es igual, según cómo lo mires. El objetivo es el mismo —opinó Sonia.

— Pero el fondo no. Y el afán lucrativo de la otra parte entiendo que iría más allá —matizó Esteban..

— Y también el riesgo —añadió la joven.

Los tres policías se miraron entre sí reflexionando para sus adentros a ese respecto. Linda quería seguir hurgando por ahí...

— Y a día de hoy, una persona media de perfil informático bajo ¿qué tipo de cosas puede conseguir en inter...?

Una compañera agente que llegaba desde la recepción la interrumpió de pronto.

— Disculpe Linda. Hay un señor ahí fuera, en el mostrador, que quiere hablar con usted.

— ¿De qué? —exclamó extrañada la joven policía.

— Es el marido de un desaparecido —le informó con discreción la agente.

Linda estiró el cuello para escrutar al fondo y lo identificó.

— Que venga, muchas gracias —dijo asintiendo con amabilidad.

Esteban la miró de soslayo y frunció el ceño.

— ¡Tú sí que eres antiguo, tú! —le reprochó con sorna Linda, vocalizando exageradamente y sin apenas proyectar la voz.

Los dos esbozaron una sonrisa. Sonia intentó pillar la gracia pero no la extrajo de lo que vio, y tampoco quiso preguntar sobre los tejemanejes privados que compartían sus compañeros.

Al poco llegó hasta allí el cónyuge y, decidido, fue directo hacia el agente veterano, que a duras penas se levantó del asiento para recibirle.

— Hola. Hola a todos —saludó de voz a todos en general y al hombre policía le tendió la mano—. Agente.

Esteban se la estrechó cortés.

— Mi compañera le atenderá, caballero —le indicó, señalando con la palma de su mano izquierda el camino hacia Linda—. Con ella es la que tiene usted que hablar, es la que está al mando.

— ¡Ah!, disculpe, perdón —se excusó amable el individuo.

Linda observó el desarrollo de la escena y le hizo gracia la clásica asignación de roles que, por sexo o por edad —en este caso no estaba segura—, seguía imperando en la sociedad. Tiempo al tiempo, pensó. También vio cómo Esteban resopló en cuanto se hubo sacado al hombre de encima, y la miró esquivo con gesto de alivio. Ella solo le sonrió porque hubiera estado mal soltar una sonora carcajada de mofa en una situación así.

La joven policía terminaba de acomodar una silla al lado de su mesa y, en cuanto este se giró, lo invitó a tomar asiento.

— Hola. Le conocemos por las fotografías de su casa. Siéntese, por favor.

— Hola —dijo el hombre dócil, estirando sus dedos flácidos hacia ella.

— Dígame, ¿qué le trae por aquí? —le preguntó Linda, tras un breve apretón de manos—. ¿Está usted bien?

— Sí, bueno, preocupado, ya ve. Siento no haber podido verles cuando estuvieron —el sujeto vaciló unos segundos antes de continuar—. Yo viajo mucho, hoy trabajo por aquí y...

— ¿Y? —le apremió a continuar Linda.

— Han pasado casi dos meses de su desaparición y quería preguntar si saben algo de él. Sé que analizaron la viga. ¿Está muerto?

— No lo sabemos. Oficialmente no —le informó la joven.

— Ya, entiendo —volvió a titubear de nuevo y a bajar la mirada al suelo—. Pero eso no será para siempre ¿no? Habrá un momento en que, si no ha aparecido, habrá que parar, ¿verdad? Dejarán de buscar...

— ¿No tiene interés en que lo encontremos? —inquirió Linda, con un tono mezcla de perplejidad y curiosidad.

— Bueno, no es eso. Yo a él lo quiero y... —la voz del hombre se quebró con un gesto sereno de darlo por perdido—. Son sus hijos, ¿sabe? Nunca me han tragado a mí, ni yo a ellos. Y esta situación los mantiene olisqueando en mi vida, juzgándola, acechantes, como buitres que sobrevuelan la carroña esperando que abandone nuestro hogar y poder repartirse así los despojos. Y no creo que pueda aguantarlos. ¿Saben de cuánto tiempo hablamos?

El hombre gimoteó durante toda su explicación y parecía que iba a terminar rompiendo a llorar cuando sus ojos húmedos comenzaron parpadear angustiados. Linda, de inmediato, le quitó sentimentalismo al momento.

— Sonia, por favor, informa de los plazos legales a este señor.

Aunque aparentemente seguía concentrada visionando vídeos con sus auriculares, Sonia seguía los detalles de la conversación, así que giró su rostro e interaccionó desde su asiento.

— ¿Cuántos años tiene su marido? —le preguntó, con tono frío, desde el puesto de enfrente.

El hombre deslizó la vista y tuvo que mirar varias veces hacia las dos mujeres, la joven y la embarazada, para resituarse y volver a la conversación.

— Sesenta y cinco —contestó más templado el hombre.

— ¿Enfermo terminal?

— No, para nada. Físicamente está, estaba como un toro.

— Pues sin cuerpo —le aclaró Sonia— tendrán que pasar diez años desde el día de su desaparición, y no tener ningún tipo de noticia suya, para que pueda ser declarado oficialmente como fallecido.

Al hombre la información que le comunicó la agente le cayó como un jarro de agua fría. Por un instante se quedó como pasmado con la boca abierta y los ojos como platos; después se echó las manos a la cabeza y se agachó cabizbajo apoyándose en sus rodillas.

— Diez años... ¡Diez años! ¿Por qué? — murmuró para sí.

Linda, Esteban y Sonia observaron la reacción de abatimiento del hombre y se dirigieron miradas interrogantes entre ellos.

Claro que a Anna lo que le hubiera gustado es que la médica que se había acercado a visitar a su padre hubiese sido hombre, y poder entretenerse después un poco con el arte de la seducción, invitarle a tomar algo allí mismo, desabrocharse los primeros botones de su camisa, morderse el labio con mirada sensual, simular un dolor por aquí, otro por allá, dejarse hacer... pero no había sido así. Y tampoco hubiera ocurrido de esa manera —aquí se le escapó la risa a Anna en sus pensamientos—; en primer lugar, porque estaba presente su amado padre y su figura era sagrada para ella e incompatible con esos temas; y en segundo, porque ese protocolo de acción parecía sacado de una película erótica para adultos y la vida real era otra cosa, no era fantasía. Ella se hubiera conformado con un poco de flirteo.

Por otra parte, y esto era lo realmente importante y satisfactorio, la auscultación de la doctora había determinado que el estado de su padre respondía a una gripe común que, si se tomaba el tratamiento y se cuidaba como era debido, no tenía por qué ir a mayores, por lo que en las próximas horas disminuirían progresivamente la fiebre, los dolores y el cansancio que sentía, y dejarían paso al bienestar, al apetito y a la calidad del sueño.

Así que, contenta con los resultados del diagnóstico realizado a su padre, y después de bajar a la farmacia con las recetas para comprar los medicamentos, Anna se vistió de deporte y esperó a que llegara Gabriel para hacerse cargo, por unas horas, del cuidado de su progenitor.

Salió a correr motivada, esperando que el esfuerzo físico la pusiera en su sitio y le aplanara la sensación de inquietud que le había producido la última charla con Mario. Sin duda, ella también asumía responsabilidad y riesgos en su parte del trabajo, muchos; y abundante desgaste intelectual en la planificación y puesta en marcha. Además, tenía que lidiar e ingeniárselas con personas vivas, cada una de su madre y de su padre, que resultaba mucho más complicado que hacerlo con cadáveres. La erosión emocional que provocaba normalizar situaciones tan críticas en la vida de sus clientes iba haciendo mella en ella. Sin embargo, entendía perfectamente el enfado de Mario. La particularidad de su trabajo les obligaba a mantener un alto nivel de concentración y de tensión durante todas las horas de la noche, y gestionar la adrenalina a tope, el corazón acelerado y la presión de las venas a punto de explotar —en una actuación coral milimetrada, que precisaba de mutismo absoluto, control de movimientos y ausencia de ruidos discordantes—, seguro que a su cuerpo no le salía gratis. Las situaciones de estrés por las que iban pasando se acumulaban en la mochila de cada uno, y cualquier mínimo contratiempo o sobresalto, cualquier chispa, era susceptible de encender la llama que, de un fogonazo, te recordaba el peligro que corrías haciendo lo que hacías, una actividad ilegal, que antes o después se detectará y, de una manera u otra, será perseguida policial y judicialmente. Y ninguno de los que estaban metidos en ese negocio montado fuera de la ley habían llegado hasta aquí por gusto, ni habían tenido que traspasar el límite de lo legal antes, sino todo lo contrario. Venían de tiempos mejores y más sencillos. Y con todos esos condicionantes resultaba muy difícil de adivinar qué demonios pasaba por la cabeza de cada uno de ellos, especialmente la de Mario, tan propensa a los devaneos. Tan solo deseaba que estos obstáculos no terminaran por apartarlo del proyecto de forma abrupta, por separarlo de ella.

Cuando Anna llegó a la cabina llevaba corriendo casi una hora y había hecho once kilómetros, lo cual no estaba nada mal considerando que le quedaba otro tanto de vuelta. Se quería dar una buena paliza, se la había ganado. Sacó el papel con los números de teléfono, agarró en su mano un pequeño trapo que llevaba entre la ropa y empezó a teclear la tercera cifra, pasando por alto las dos primeras que había destacado con un interrogante conjunto.

Al quinto tono, alguien descolgó en silencio al otro lado.

—Hola, le llamo porque nos dejó su número —dijo claro y con tono afable Anna.

— ¡Son ustedes! —exclamó una voz de mujer de pronto, tras una pausa de unos segundos—. ¿Dónde está mi hermana? ¿Qué le han hecho?

— ¿Perdone? —preguntó desconcertada Anna.

— No se haga la tonta, he mirado en su ordenador, en sus notas, y tienen que haber sido ustedes. Les voy a...

Anna la interrumpió súbitamente.

— No sé de qué me habla, señora —se defendió indignada y sentenció—. ¡Se equivoca!

Colgó de inmediato y se quedó mirando un rato el auricular sobresaltada. Tomó aire profundamente. Exhaló fuerte. Instintivamente trotó sobre el mismo punto con los brazos sueltos para liberar la tensión y tranquilizarse de nuevo. Como cuando practicaba boxeo, como antes de una pelea.

Analizó su versión de lo ocurrido: un familiar de una mujer, menos discreta de lo deseable, había seguido alguna pista sobre las últimas intenciones de su hermana recientemente desaparecida y había conseguido llegar hasta ellos. Quién sabe siquiera si realmente había sido una de sus clientes, o si la mujer había decidido finalmente desaparecer de sus vidas de otra manera, incluso podía estar viva en algún otro sitio. En cualquier caso, concluyó, solo era un piedra en el camino y era inevitable encontrárselas. Había que seguir avanzando. Marcó el segundo número.

— A la paz de Dios —respondió una voz grave de hombre.

Un tembleque recorrió el cuerpo de Anna. Lo reconoció al instante. Tenía que ser una broma, pensó.

— No, ¿usted otra vez? ¡No me joda! —le espetó cabreada.

— Sí. Aquí me tiene de nuevo...

Anna separó el auricular de su oreja y se llevó la mano al rostro en señal de desesperación, murmurando para sí: «¡No me lo puedo creer!». Santiago, el suicida reincidente que había protagonizado el lamentable espectáculo retransmitido en directo por la televisión unas noches atrás, volvía a la carga.

— Digamos que soy de esos que nunca se dan por vencido —continuó hablando el hombre—. Un testarudo, como dice mi hija. Se me pone algo en la cabeza y, oye, me costará más o menos, pero no paro hasta conseguirlo...

Santiago percibió la ausencia de respiración de Anna al otro lado de la línea.

— Hola, ¿sigue usted ahí? ¿Hola?.. —preguntó, temiendo estar hablando solo.

Anna seguía al otro lado de la comunicación estrujando fuerte su rostro con los dedos y sopesando los extremos del paradójico asunto. Las manos de ese hombre le habían dado la bienvenida al mundo y la cuidaron con mimo en sus dificultosos primeros años de vida, según le había contado su padre. Y ahora era a la inversa, él quería contratarla para que fuera ella quien le guiara con cariño en el tortuoso tramo final de su trayectoria vital, en su adiós al universo.

La diferencia para Anna era clara, el riesgo que corría cada uno en cada momento. Si algo salía mal, ella tenía las de perder. «¿Qué hago ahora yo con este?», se cuestionó mientras resoplaba. No sabía qué contestar.

Mario no había querido ir ni a la consulta de un médico ni a la de un psicólogo tras el extraño final de tarde del día que quedó con Anna. Él creyó que seguramente fue fruto de la mezcla explosiva de la tensión acumulada en sus últimos trabajos, y de su insoportable inacción ante la oscura perspectiva de futuro, lo que le había provocado un ataque de ansiedad o algo parecido, y que había sido algo puntual. Lo cierto era que, los recuerdos que guardaba del atardecer en el acantilado y la vuelta nocturna a su casa, a Mario le costaba distinguir si realmente fueron delirios o habían ocurrido de verdad.

Pero desde entonces, y con el paso de los días, había conseguido recuperar cierto punto de equilibrio. Sobre todo gracias a Rosa. Uno de esa mañanas, y sin cita previa, ella se presentó en su casa con el coche rojo esperando en doble fila frente al portal, lo llamó por el portero automático y le hizo bajar con urgencia para llevárselo, casi a la fuerza, hasta Rascafría, un pueblo de la sierra norte de la Comunidad de Madrid, a poco más de una hora de trayecto desde su casa, a comer en un rústico restaurante de comida castellana con horno de leña que preparaba unos platos exquisitos. Invitó ella. Y después, muy cerca de allí, en el mismo Valle del Pualar, Rosa había buscado una pequeña ruta para pasear que se iniciaba atravesando el Puente del Perdón y que, entre robledales y pinares, les conduciría hasta las Cascadas del Purgatorio, donde dos espectaculares saltos de agua formaban el arroyo que atravesaba la cuenca. Aunque no llegaron a completar el recorrido y no pudieron disfrutarlo *in situ*, Rosa le apuntó que era uno de los parajes más bonitos de la Sierra de Guadarrama.

A pesar de la aparente frivolidad y ligereza de Rosa, Mario no dudaba de que era una mujer muy perspicaz e intuitiva, así que creyó, por el simbolismo de las principales palabras vistas en la excursión, perdón y purgatorio, que la elección de la ruta no había sido casual, y que Rosa sabía más sobre él de lo que aparentaba saber. Y, en cierta manera, había cumplido su objetivo.

Con independencia de lo visto ese día, para Mario esa escapada fue un remanso de paz en la tormenta, como una escenificación en pareja de que otra vida era posible. Desde el mismo momento que se sentó en el asiento del copiloto del viejo coche rojo —¿cuánto tiempo hacía que no viajaba en automóvil sin ser el conductor?, se preguntó—, se abandonó a la energía alegre y avasalladora de Rosa y, por unas horas, se olvidó de todo lo demás. Compartieron, rieron, hablaron... pudo disfrutar desinhibido, en armonía consigo mismo y con el mundo. Y el mejor recuerdo de todos los de ese día, y también el que más respeto le daba por lo que suponía, fue el de regresar a Madrid por la noche, cuando Rosa lo acercó de nuevo hasta el portal de su casa. Allí se despidieron con un beso cariñoso y quedaron en verse pronto. ¡Ninguno de los dos necesitó follarse esa noche! Pudo ser porque ya estaban cansados el uno del otro, o pudo ser también porque ambos sintieron que se habían estado haciendo el amor durante todo el día y no les hacía falta más. Seguramente fue lo segundo, concluyó.

El asunto era que, aunque no la había vuelto a ver ni a hablar con ella, la resaca de las buenas sensaciones que había experimentado ese día le habían ayudado a pasar más animado las jornadas previas al nuevo servicio de recogida en el que ahora estaba enfrascado.

Por lo visto, el cliente de esa noche contactó desde Barcelona pero tenía una segunda residencia en Valladolid, y ahí era a donde Anna les había mandado. Tenían por delante un viaje de algo más de doscientos kilómetros hasta llegar a una ciudad que Mario apenas conocía, por lo que se había movilizado con tiempo.

En Madrid había llovido unas horas antes de caer la tarde, y las luces de la ciudad que se reflejaban a su paso en las distintas superficies mojadas de las calles: vehículos, escaparates, aceras, asfalto... tenían un brillo especialmente vivo y un color hipersaturado, casi psicodélico. Parecían invitar a la acción, al movimiento, al baile, opinó Mario.

La esquina de la avenida en la que detuvo la furgoneta para recoger al John era un fiel reflejo de esa percepción, con diversidad de gente joven pululando por allí.

Observó al chico acercarse hasta el vehículo. Llevaba colgada del hombro una mochila con algo dentro. Abrió la puerta y se subió dentro.

— Hola ¿Cómo va? —le saludó risueño el joven.

Mario asintió con la cabeza sin quitarle la vista de encima. Al sentarse, John apoyó la bolsa sobre sus rodillas.

— ¿Qué llevas ahí? —le preguntó expectante Mario, señalando hacia el bulto.

— Una sorpresa, a ver si funciona —repuso el joven, como si nada, con una sonrisa de emoción en el rostro.

— Déjame ver —dispuso serio Mario, haciendo ademán con la mano.

John agarró el macuto con sus dos manos como si lo quisiera alejar de su alcance.

— ¿Eh, no te fías de mí? —le inquirió retador, mirando a su compañero de soslayo.

Mario forzó la sonrisa un segundo antes de contestar severo.

— Lo siento, pero no. Trae —le exigió.

Mario se estiró para agarrar la mochila con sus manos y tirar hacia él.

— ¡Cuidado, joder! —le advirtió sorprendido y algo intimidado el joven.

Tras un pequeño forcejeo, Mario se la arrebató de sus manos y clavó sus ojos en los del chico.

— ¿Qué llevas aquí dentro? —con tono duro y vocalizando despacio, le repitió la primera pregunta que había hecho al principio, para recordarle que las consultas que él hacía en el trabajo obligaban siempre a una respuesta, por si no lo tenía todavía claro.

John hizo un aspaviento con la mano en señal de resignarse y de no tener ninguna intención de presentar oposición.

Mario apoyó a su lado el macuto, abrió la cremallera y asomó la vista. ¿Un amasijo de hierros? ¿Una lámpara? Únicamente con la luz ambiente de la cabina no era capaz de ver lo que era.

— ¿Pero qué mierdas? —exclamó tras extraer de la mochila una reconocible parte de un dron—. ¿Para qué traes esto, amigo?

— Lo manejo bien, y he pensado que podemos sacarle partido —le explicó el joven.

— Dejé bien claro que no debemos traer cosas personales al trabajo —puntualizó Mario.

John hizo un ostensible gesto de exasperación.

— No traigas objetos personales, no fumes, no masques chicles, joder macho, pareces un puto nazi —bramó.

Mario le sostuvo la mirada serena unos segundos tratando de templar su excitación.

— Y tú, un jodido imbécil —le replicó con rotundidad—. Sólo soy precavido, joder.

— Lo sé, lo sé, lo sé... —rectificó de inmediato disculpándose John, para añadir—, pero hostias, esto tiene su rollo ¿no? Puede ser bonito...

Mario advirtió que los ojos con los que John pasó de estar mirando la mochila a mirarle después a él brillaban acuosos en consonancia con los reflejos de la calle, como si una lámina de líquido le cubriera la retina.

— Bonito para quién, no me jodas —le espetó Mario, sin dudar.

Los repentinos sonidos agudos del claxon de un coche que intentaba desviarse hacia la calle colindante los hizo reaccionar y darse cuenta del inapropiado lugar en el que estaban debatiendo. John se frotó rápido los ojos emocionados por el momento y espoleó a Mario con la mano para ponerse en marcha.

— ¡Vámonos! —le apremió el joven.

Mario le pasó rápido el macuto, miró por el retrovisor mientras ponía la primera y apretó el acelerador.

— A ver dónde nos vamos... —se preguntó John.

Como de costumbre, una vez con la furgoneta estuvo en marcha, el joven abrió la guantera para responder a su cuestión.

Para Anna no había sido fácil tomar una decisión. Le había dado muchas vueltas al asunto antes de elegir qué opción escoger, pero ni siquiera así tenía claro si el camino por el que iba a apostar era el correcto.

La verdad era que el mensaje de su publicidad emergente de internet no incluía una advertencia al uso tipo: «Reservado del derecho de admisión», con la que tantos negocios se aseguraban poder impedir el acceso a aquellos usuarios que no cumplían con las condiciones marcadas. Pero resultaba evidente que, en su situación alegal, eso daba absolutamente igual. Tantas veces como Anna había considerado que la persona interesada en los servicios que ofrecían podía suponer un riesgo para su negocio o para la integridad de otras personas, tantas veces había cortado de raíz la relación comercial. No le dolían prendas a ese respecto. Igualmente lo haría llegado el caso de que fueran menores de edad, faltaría más.

Eso sí, en las razones personales de cada cuál para acabar con su vida nunca se metía. Un día, en una película, oyó decir a un asesino a sueldo que él nunca miraba a los ojos de las víctimas antes de apretar el gatillo; solo así podía seguir matando. Ella hacía algo parecido a nivel emocional, pero para poder seguir durmiendo —y comiendo, añadió en su reflexión—. Ni preguntaba, ni quería saber, ni por supuesto, tenía nada que decir. Cada uno era ya mayorcito para poder tomar decisiones sobre su existencia en libertad y tener que apoquinar por ellas. Y ella no se sentía nadie para intentar cambiar eso. Y además, no tenía ningún interés por cambiarlo. Anna no conocía de nada a las personas que un día le pagaban y al siguiente se quitaban la vida; le daban igual.

Pero claro, el caso de Santiago era distinto, tenía aristas, afectivas y conflictivas.

Su querido padre Ramón le había contado a Anna que, en sus primeros cinco años de vida, y como consecuencia de la estrecha relación que su madre había establecido con Santiago durante el embarazo —a su mamá, las náuseas y los vómitos habituales por quedarse preñada se le alargaron mucho más de lo normal, y cuando estos cesaron, le detectaron una diabetes gestacional que requirió de un férreo control médico para garantizar que sus efectos no llegaran a afectar al bebé, por lo que las visitas a la consulta del doctor esos meses fueron frecuentes—, el tocólogo y su mujer habían venido a comer a su casa por lo menos una docena de veces, eran amigos, y siempre traían un regalo para ella, su querida Annita, que era como la llamaban. Y le contó también que, en ese tiempo, cuando ella aprendió hablar, le decía «Tito Ramón» de una manera muy divertida, sin apenas pronunciar la primera T ni la R: «Itoamon»

Así que toda esa amalgama de información que tenía en la cabeza fue con la que Anna tuvo que lidiar para enfrentarse también a sus dilemas morales y profesionales, que no eran pocos. De alguna manera, Santiago había formado parte de su círculo, y fuera cual fuese el veredicto que emitiera sobre él, también le iba a salpicar a ella de alguna manera.

Qué es lo que haría finalmente: ¿Decirle que se olvidara de poder contar con ellos, después del espectáculo que montó? ¿Persuadirle, hasta convencerlo, para que apostara por la vida? ¿U ofrecerle de nuevo la posibilidad de morir, tal y como había resuelto hacerlo?

Anna se vistió igual que si fuera una ejecutiva de primera línea; era un traje negro de chaqueta y camisa gris que le quedaba como un guante y con el que se sentía realmente bien. Desechó el zapato de tacón y eligió un modelo plano, más seguro sobre firme mojado. Se maquilló hasta verse guapa. El pelo le caía lacio y liso sobre las hombreras. Igual después, si no volvía a llover, se tomaba una copa por ahí. Cogió un paraguas por si acaso.

Cuando llegó a la zona centro de Madrid ya había oscurecido. A esas horas, Mario y John estarían saliendo de la ciudad en la furgoneta camino de su próximo cadáver —imaginó ella, mientras asomaba su figura a la urbe por la boca de metro Gran Vía—. Había elegido esa céntrica

parada para poder dirigirse al punto de reunión callejeando entre paseos que ella sabía tranquilos —no le gustaba caminar entre el gentío—, y de pronto apareció en la calle de Galdó por el lado opuesto a su cruce con la intransitable, por multitudinaria, calle Preciados.

Anna llegaba cinco minutos tarde. Allí, en la relativa tranquilidad que imperaba en esa travesía situada en pleno meollo comercial, estaba él, sosteniendo un rollo en una de sus manos y contemplando, como embobado, el escaparate de una popular tienda de lencería y ropa interior que hacía esquina.

Anna se detuvo a una distancia prudencial y analizó las inmediaciones unos minutos. El bullicio ambiental era el normal de esa zona tan transitada. No divisó nada ni a nadie que llamara su atención como para tener que inquietarse. Y Santiago no parecía estar intranquilo con su retraso, más bien parecía entretenido.

— Hola —le gritó Anna al abordarlo.

— Hola —contestó él, tan pronto se giró y se topó con ella de frente—. No conocía este sitio —le dijo, señalando las prendas expuestas tras el cristal.

Anna advirtió que Santiago tardó unos segundos en borrar la sonrisa pícaro de su rostro.

— Veo que ya se ha recuperado... —le dijo con toda la intención ella, sin necesidad de tener que mirarlo de arriba a abajo.

— Sí, sí, ya estoy bien —confirmó él— Lo siento mucho, de verás. Lo que hice estuvo mal.

— ¿Ha hablado con alguien de esta nueva cita? —Anna fue directa al grano y le preguntó con tono cortante y seco.

— No —respondió con rotundidad.

Anna, que examinaba con pulcritud los gestos que se producían en el rostro y en el cuerpo del hombre, asintió, dando por válida su contestación.

— Durante estos días posteriores al incidente, ¿ha dicho algo a la Policía o a alguien que nos comprometa?

— No. No —Santiago negó seguro y con rapidez, para después añadir—, lo más excepcional que me ocurrió es la visita que me hizo al hospital una chica policía vestida de paisano, al segundo día de ingresarme.

— ¿Perdón? ¿Policía? Explíqueme eso...

— Sí, me dijo que era una de los agentes que habían estado en mi casa esa aciaga noche. Yo no la recordaba a ella, claro. Se extrañó de que no tuviera hecho un testamento, de la maleta que tenía ahí preparada... Me preguntó que a dónde tenía pensado ir.

— ¿Y qué le contestó? —inquirió con curiosidad ella.

— Lo que me salió. Que hace un tiempo que perdí a mi mujer y que ando jodido, confuso, hecho un lío...

Anna necesitó un rato para asimilar el giro que acabada de dar la situación, ya de por sí compleja. Necesitaba saber más.

— ¿Fue una policía únicamente y sola?

— Sí, una chica joven, muy espabilada. Me cayó bien —le informó, sin darle mayor importancia—. La pobre me contó que siendo ella adolescente encontró muerto a su padre de suicidio. Mira tú qué desgracia.

— Vaya, qué casualidad —musitó para sí Anna, frunciendo el ceño con extrañeza—. ¿Y qué buscaba?

— Tratar de entenderlo, supongo —Santiago observó el gesto de recelo de la mujer, y lo aclaró—. Es todavía una cría, en su día vio lo que vio, y la otra noche le tocó estar ahí. Mi caso le removió el recuerdo. Me habló del destino...

— El destino... —pronunció Anna entre dientes antes de terminar de indagar—. ¿Cuál era el nombre de esa chica?

— Uy, no le pregunté. Ni idea —repuso él.

Anna miró al hombre, respiró hondo, y paseó lentamente su mirada por la gente que en ese momento transitaba alrededor.

— ¿Tiene aquí el dinero?

— Claro. Aquí, dentro del periódico. Con el suplemento.

Anna cogió la prensa, la desenrolló y ojeó su interior rápido para comprobar que dentro estaban los billetes.

— Esta vez lo haremos diferente —dispuso tajante Anna—. Y no habrá lugar a fallos.

Santiago asintió conforme.

— Por cierto, ¿es usted médico?

— Fui obstetra, ginecólogo —le indicó, y comprobó cómo ella arqueaba las cejas de pronto—. Ya ve, un experto en mujeres, aquí donde me ve. ¿Por qué lo pregunta?

— No, por nada...

Anna sonrió con ademán tierno al hombre. No sabía si estaba haciendo bien. Pero ya estaba hecho.

Tal y como tenían previsto, dos horas y poco después, cerca de la medianoche, Mario y John llegaron a Valladolid. Enseguida advirtieron que allí sí que hacía realmente frío en comparación con Madrid, y la ligera niebla que flotaba en la atmósfera, además de reducir la visibilidad en la distancia, evocaba en el ambiente una serena calma. En ese horario y entre semana como era, la ciudad parecía ya dormida y, desde el punto en el que estacionaron la furgoneta, apenas se vislumbraba en el barrio alguna luz de vivienda encendida en uno o dos bloques.

El piso era humilde en prestaciones y en tamaño, y desde el salón se hubiera podido perfectamente escuchar el sonido de las llaves introduciéndose en el bombín de la puerta. También desde allí, alineándose convenientemente hacia la entrada, se hubiera podido avistar la precavida y sigilosa irrupción que Mario hizo al interior; y la silenciosa forma de cerrar la puerta que, tras apoyar la carretilla, utilizó John.

Una vez estuvieron dentro, se quedaron un instante quietos en la penumbra del pasillo, esperando que sus ojos se adaptaran a la escasez de luz. Desde allí percibieron el resplandor de un parpadeo intermitente proveniente de lo que parecía ser la habitación principal de la casa. Y, a parte de sus respiraciones, sólo escucharon el tenue sonido de una intensa retransmisión deportiva. Olía ligeramente a alcohol.

Cuando Mario entró a la sala observó al cliente tumbado en el sofá con los ojos cerrados y sensación de paz en su rostro. Era un hombre voluminoso y barbudo que rondaría los cincuenta años. En la mesita de centro se encontraban los medicamentos y la botella de vodka que habría utilizado para ingerirlos. Frente a esa conmovedora estampa, la televisión encendida emitía un combate de artes marciales mixtas. Mario también era aficionado y le hizo gracia la coincidencia. Escrutó alrededor.

De pronto Mario percibió que algo pasaba por detrás de él y giró sobresaltado. Vio cómo una sombra rápida se introdujo por la puerta entreabierta de un cuarto que daba al salón. John, que en ese momento estaba agachado disponiendo los útiles de trabajo, se percató de la reacción brusca de su compañero y aguardó expectante al contemplar la inquietud que ahora tenía dibujada en el rostro. Mario caminó hacia la habitación, la abrió de un impulso y encendió la luz. Un enorme gato le bufó desde encima de la cama, parapetado tras los muros de una maleta abierta y a medio hacer, con ropa desperdigada sobre la colcha, especialmente calcetines y calzoncillos. Mario suspiró aliviado y tranquilizó a John comunicándole de qué se trataba: ga, to, vocalizó con claridad, y añadió el gesto de arañar con su mano.

En ese momento el cuerpo de Antonio, que era como se llamaba el hombre que estaba fiambre en el sofá, dio una sacudida violenta y abrió de par en par los ojos. Ante él, dos hombres desconocidos disfrazados por completo de electricistas, y ataviados con guantes, gorras de visera y una caretas extrañas, le miraban como petrificados y atónitos. Se reincorporó de un brinco que hizo temblar el suelo. Al terminar de erguirse se tambaleó de pronto, mostrando signos claros de embriaguez.

— Mierda —musitó Mario, y notó cómo instintivamente se le tensaba todo el cuerpo.

John dejó lo que estaba haciendo y, atemorizado, se puso en pie. Sus ojos de pánico buscaron los de Mario, que le miró cómplice de su miedo.

— ¿Quiénes son ustedes? —preguntó el hombre, visiblemente alterado y nervioso—. Fuera de mi casa. ¡Largo de aquí! —les exigió a voz en grito.

Antonio resoplaba como ido, totalmente desubicado y desconcertado. Buscó cerca de él algo con lo que poder defenderse o atacar. Agarró por el cuello la botella de vodka y la levantó en su mano derecha. Mario advirtió cómo el escaso líquido transparente que todavía quedaba en el interior chorreó sobre la alfombra, pero ese detalle se antojaba irrelevante en esa situación. El

hombre parecía un energúmeno gigante frente a ellos, aunque no era mucho más alto, su masa corporal era mucho mayor, y los miraba convulso, al uno y al otro, indistintamente, mientras les hacía retroceder paso a paso simulando el gesto de querer golpearles con el envase de cristal.

— Tranquilo, no venimos a hacerle daño —le dijo Mario con tono calmo y levantando sus palmas en señal de paz.

El hombre parpadeó nervioso y se pasó los dedos de su mano libre por los ojos, como queriendo despejarse cuanto antes.

— ¡Y una mierda tranquilo! —exclamó. Ladeó después su cuerpo hacia él y le lanzó un nuevo botellazo al aire.

Mario todavía lo pudo esquivar fácil dando un paso al lado contrario al que se encontraba John. La idea que tuvo era abrir el campo de acción y complicarle el avance al sujeto. Llegado a un punto, no podría atacar a cualquiera de ellos sin descuidar su retaguardia.

— ¿Usted es Antonio, verdad? —consultó Mario, tratando de resultar amigable.

El individuo lo miraba colérico y receloso sin pronunciar palabra.

— ¿Se llama Antonio? —le repitió Mario, levantando ahora la voz con inquietud.

No hubo respuesta, así que inmediatamente buscó con su mirada confirmación en John, al que había visto examinar la foto de la guantera que había preparado Anna. El joven, que parecía atenzado, movió la cabeza afirmativamente.

— Nos llamó, ¿recuerda? —le dijo Mario, e hizo una pausa para ayudarle a recapacitar—. Ahora debería estar muerto.

— ¿Qué? —berreó el hombre entre jadeos ansiosos.

— Hemos venido a recogerle —habló por fin John.

Los tics en el rostro de Antonio reflejaban el esfuerzo que estaba haciendo en su cabeza para tratar de entender la situación, pero su estado alcohólico no se lo permitía. Permanecía amenazante con la botella levantada y frotándose excitado toda la cara para mantenerse alerta.

— Ahora baje el tono por favor —le rogó Mario—, suelte eso —señaló a la botella—, y nos vamos por donde hemos venido.

— ¿Quién cojones sois? —ladró el hombre airado—. Esas máscaras... ¿qué sabéis de mí?

Antonio tenía en su semblante gesto de repulsa. Mario miró a John y reparó entonces en lo extravagante que debía de resultar la escena a los ojos del cliente. Dos figuras masculinas disfrazadas de arriba a abajo con el mismo rostro. En este caso con la perfilada apariencia de Quentin Tarantino, al que Mario sí reconoció tan pronto la vio puesta en la cara de su compañero.

— Son solo parte de nuestro trabajo —le explicó Mario.

El hombre golpeó de pronto con furia el culo de la botella de cristal sobre el mueble de comedor y esta se partió en dos mitades. Una quedó hecha añicos en el suelo, la otra terminaba ahora en filos cortantes y aún la sostenía agarrada a su mano por el cuello. Rugió como un salvaje.

John miró inquisitivo a Mario preguntándose qué hacer. Pero entre la poca luz imperante y la distancia que había entre uno y otro, fue incapaz de traducir lo que sus ojos le dijeron. Desde luego, tener la cara recubierta casi en su totalidad de látex no era el mejor punto de partida para poder transmitir emociones o pareceres solo a través del exiguo hueco que quedaba para los ojos, pensó el joven.

— Putos chalados —les bramó la bestia, sacudiendo la cabeza—. ¡Largo de aquí ya o llamo a la Policía!

El hombre continuaba moviendo histérico el cristal de un lado a otro, y entre los tres parecían estar ejecutando una perfecta coreografía de rotación, pues mantenían las distancias como si estuvieran sujetos por hilos tirantes.

— Está bien, tranquilo. Nos vamos —se rindió definitivamente Mario, y levantó sus brazos en alto—. Ningún problema. No tenemos nada que esconder...

Mario habló despacio y claro, tratando de tranquilizar del todo la situación y de ganar tiempo. Se aproximó lentamente a Antonio mientras se quitó la gorra y la tiró al suelo.

— A usted no, de verdad, somos sus amigos, no hay nada que ocultar —Mario se llevó las dos manos al rostro y se extrajo la máscara—. ¿Lo ve? Es nuestro cliente...

John había contemplado perplejo como de pronto su socio mutaba de cara y desvelaba su identidad facial, sosteniendo el zurullo de látex en la mano; y no salió de su asombro cuando lo vio avanzar a cara descubierta hacia Antonio. Se acababa de pasar el protocolo de seguridad, del que tanto hacía gala, por el forro.

— Recogemos nuestras cosas y nos vamos... —anunció a los presentes Mario, en tono conciliador.

El fornido hombre de barba aún no parecía nada convencido y, aprovechando que las distancias con uno de sus enemigos se habían reducido, soltó un latigazo al aire con la afilada botella que, de no ser por la reacción instintiva de Mario de inclinarse dando un paso atrás, por poco le corta de una tacada el hombro. Antonio trastabilló en el esfuerzo pero se recompuso enseguida.

Mario, lejos de alterarse, continuó tratando de convencerlo con gestos suaves y voz templada.

— Quitate la máscara tú también, J —le rogó a su compañero, mientras dirigía su vista con rapidez de uno a otro— No queremos asustarle...

Mario observó cómo el hombre miró un instante a John cuando este hizo el gesto de quitarse la gorra. Percibió en los excitados ojos de Antonio expectación por la situación que él mismo había creado revelando sus verdaderas identidades, así que aguardó vigilante a ver cuál sería su reacción cuando John se terminara de quitar la pegajosa careta. El hombre no pudo contener su curiosidad y lanzó una mirada de comprobación cuando el joven destapó su rostro. En ese momento, Mario le lanzó su máscara a la cara con tino, a la vez que se abalanzó de golpe sobre él agarrando con fuerza el brazo con el que el hombre sostenía el cristal. Mario acompañó la embestida con un paso largo en el que adelantó su pie derecho por detrás de las piernas del cliente que, con la fuerza hacia atrás del empujón, tropezó enseguida y perdió el equilibrio, lo que provocó primero que soltara de inmediato la botella, y después que fuera retrocediendo a trompicones arrastrando a Mario con él. El instinto de supervivencia del gigante era digno de elogio aún borracho, y evitó llegar a caerse largo al suelo. Arrambló con todo lo que se interpuso a su paso, y solo se detuvo al tropezar con la mesa alta del comedor y empujarla hasta que hizo tope contra la pared. Entonces, los cuerpos de los dos rebotaron con la inercia del golpe y se quedaron enganchados, pegados el uno junto al otro, en el borde mismo de la tabla.

Por suerte para Mario, que probablemente en unos segundos hubiera sido hecho puré con los puños de ese hombre, durante el aparatoso trayecto que había seguido la reyerta John corrió tras ellos buscando pelea y, en ese momento, se encontraba ya a la altura en la que los dos forcejeaban sin ofrecer distancias. Así que el joven se puso tras la espalda del hombre, le agarró con fuerza del pelo y tiró con toda su fuerza para atrás, doblándolo y haciéndole soltar a su compañero.

— Dejadme, hijos de puta —gritó fuera de sí Antonio—. Policía ¡Policía!

En un santiamén, Mario echó mano al bolsillo delantero izquierdo de su chaleco y sacó una jeringuilla casi lista para ser usada. Le quitó con su otra mano el precinto de seguridad y, levantando la vista hacia el hombre —igual que lo haría una víbora antes de lanzar el ataque con el que asestar su mordedura letal a la presa, e inyectarle su veneno—, le clavó certera la aguja en

el cuello y apretó el émbolo, descargando en su interior todo el líquido. Por un instante el tiempo se detuvo. Antonio soltó un aullido agudo y comenzó a gritar descontrolado soltando exabruptos por su boca.

Mario advirtió que el braceo hacia atrás del coloso, con John colgado ahora sobre su barbilla, la jeringa oscilando al aire en su cuello, y él tratando de liberarse a sacudidas de las tenazas en forma de brazos que tenía el joven, resultaba cómico y no tenía muchas posibilidades de éxito. Así que sacó unos segundos para alejarse rápido a coger una de las máscaras del suelo y regresar aprisa hasta Antonio para metérsela a la fuerza dentro de su boca y ahogar su estresante voz. Después, con la palma de su mano abierta abarcando todo su morro, le apretó fuerte para evitar que la escupiera, mientras que con la presión de su cuerpo y su otro brazo estirado, inmovilizaba por delante las extremidades y la capacidad de movimiento de la bestia, que no cejaba en el intento de zafarse de ellos.

En ese intenso momento del combate las miradas de John y Mario se cruzaron, y ambos sonrieron cómplices en el esfuerzo.

— Aguanta un poco, no queda nada —vaticinó el mayor.

La garganta del hombre emitía sonidos guturales y su energía se fue apagando poco a poco hasta desfallecer entre sus brazos. Con ayuda de Mario, John dejó caer la mole con cuidado sobre el suelo. Los dos se quedaron agachados y resollando como bueyes, con el cuerpo del titán tendido sobre la lona.

Mario liberó su rabia apretando con toda su alma los puños y los dientes, y soltando un embravecido grito mudo.

John respiraba profundo, preocupado de restablecer su frecuencia cardíaca para dejar de oír en su cabeza los atronadores latidos con los que su corazón bombeaba sangre a su tembloroso cuerpo, cuando observó que Mario se agachaba sobre la cabeza de Antonio y le tocaba con la yema de sus dedos el cuello.

— Hijo de la gran puta... —dijo, tras esperar unos interminables segundos y cerciorarse bien de que el cuerpo era ya un fiambre—. ¡Cabron! ¡Montón de mierda! —exclamó, tan contenido como pudo.

— ¿Muerto? —inquirió el joven preocupado.

Mario movió la cabeza afirmativamente.

— Bueno, ya está... —concluyó aliviado John.

Toc, toc, toc, toc.

El sonido grave de los nudillos de una mano golpeando la puerta de entrada les cortó la respiración.

Mario comunicó a John con un gesto que se quedara quieto donde estaba y recorrió con sigilo y de puntillas el tramo del pasillo hasta la mirilla. Ahí pegó su ojo a la chapa que adornaba el cristal circular. Al otro lado, un vecino del bloque —con aspecto de sexagenario inquieto: lucía un poblado bigote que asomaba bajo una gafas recias, y vestía cubierto con una bata oscura y unos pantuflos—, aguardaba intranquilo, con los brazos en jarra, en el rellano de la planta. Fruncía sus ojos como si así pudiera ver a través de la hoja de madera el interior del piso, y con ademán extraño, dio un paso adelante para pegar su oído a la puerta. Eso le permitió a Mario descubrir que, detrás de él, la puerta de la vivienda que tenían enfrente estaba entreabierta y de ella asomaba, sin llegar a salir del todo, una mujer mayor algo encorvada y bajita —contrastaba con su aspecto envejecido el pijama juvenil de color verde pistacho y motas blancas—, que miraba expectante con sus grandes ojos dirigidos hacia ellos. Mario se fijó en que la mirilla de la puerta de la señora, que John había tapado con cinta hacía un momento, quedaba por encima de la altura

de sus ojos, y que por eso la mujer no lo habría advertido.

John, que permanecía atento en el salón del piso de Antonio, había entendido la instrucción que le había comunicado Mario con mímica desde la distancia, y se había desplazado con naturalidad hasta el baño para accionar el grifo la ducha y salpicar con el chorro la mampara.

Mario curioseó de nuevo a través de la lente y comprobó como el sonido del agua golpeando de lleno el plástico y la cerámica fue de pronto un buen argumento para que el vecino físgón pensara que los ruidos y gritos que le habían despertado hacía unos minutos no fueran tan graves como imaginaba y que, seguramente, procedieran de una televisión o de la propia calle. Eso era lo que parecía estar contándole en una actitud más relajada a la señora, que asentía cándida queriéndolo creer. El hombre se despidió bajando por las escaleras y la mujer se encerró en su vivienda. Al poco, la luz del rellano se apagó.

— Deprisa, limpiemos esta mierda —ordenó Mario a John, que había colgado el mango de la ducha en la pared y permanecía asomado al pasillo—. No pares el agua, aún no —le indicó, frenando en seco el impulso que tuvo el joven de ir a cortar el chorro—. Cuida donde pisas y recoge eso —señaló al salón donde se encontraba el cadáver—. Ahora iré yo a ayudarte.

Mario entró al baño, se acercó hasta el lavabo y agarró el cepillo y la pasta de dientes. Abrió el armario de espejo y sacó algún útil de aseo más que echar al neceser: un peine, una tijeras, un bote de colonia. Escudriñó el resto del cuarto, comprobó que las pantallas de la bañera evitaban que el agua no salpicara el suelo y salió de allí.

John recogió su gorra y su máscara del suelo y se las puso. Recolocó el sofá, la mesita de centro, el reposa pies, la maceta y la lámpara de pie metálica que se habían desplazado durante el forcejeo. Y también la mesa y las sillas de salón, que habían quedado empotradas a la pared.

Mario había accedido al dormitorio en el que estaba la maleta sobre la cama y, bajo la atenta mirada del gato, que lo observaba sentado inmóvil en la mesilla como si quisiera hacerse pasar por una lámpara, buscó en el armario alguna prenda más que cargar al equipaje. Un par de camisas, un pantalón, un jersey. Las dobló rápido y los echó encima del resto de ropa que ya esperaba encajada. Apretó los bultos y cerró la cremallera. El gato barruntó peligro de inmediato y salió pitando de allí. Las manos de Mario abrieron los cajones de la mesilla y buscaron nerviosas en su interior tratando de localizar la cartera o algún tipo de identificación de Antonio, pero no encontraron nada.

Salió presto de la puerta con la maleta y se detuvo a cachear minuciosamente el cuerpo inmóvil del cliente, que continuaba tumbado en el suelo. Sin resultados.

John percibió el gesto de contrariedad en la cara de Mario cuando observó que él —que a pesar de la firmeza que había mostrado en la identificación, no estaba cien por cien seguro—, se disponía a cotejar la fotografía que Anna le había hecho a Antonio unos días atrás. Necesitaba confirmarlo. La sostuvo en su mano de manera que, de un mismo vistazo, tenía la imagen en papel y el rostro real del muerto juntos a la misma altura. Sí, certificó que se trataba del mismo hombre. Ninguno de los dos quiso pararse siquiera un segundo a pensar que hubiera significado para ellos otro supuesto.

Entre los dos agarraron por los extremos al corpulento Antonio y, medio en vuelo medio a rastras, lo acercaron hasta la caja con forma de reloj de pared que John tenía ya montada. En su interior, que era algo más dimensionado de lo habitual, ya estaban depositados la primera tanda de cristales gruesos que habían quedado desperdigados por el salón. Metieron al fallecido dentro, sobre los vidrios, y encima de él arrojaron los medicamentos y los papeles de trabajo con la foto incluida. La jeringuilla continuaba clavada en el cuello de Antonio, y eso le recordó a Mario que faltaba el protector que él guardaba en el bolsillo. John se había puesto a barrer el suelo así que

Mario fue al aseo y esperó a que terminara para cerrar el grifo de la ducha. Cuando regresó, el joven le pasó la gorra, y se la puso. Desde ahí, junto a la caja fúnebre, como si estuvieran en un velatorio, echaron un vistazo alrededor.

— Faltan las llaves, y la documentación —advirtió el joven.

— Vámonos —resolvió Mario, negando con la cabeza—. No tenemos tiempo.

— ¿Qué hacemos con el gato? —inquirió John.

— Sobrevivirá.

Se disponían a cerrar la caja y salir de allí cuando John reparó en que el rostro de su compañero estaba descubierto.

— ¡Oh, mierda! —exclamó Mario, tras palparse con sus dedos la cara atendiendo a la indicación de John.

Mario se agachó para extraer de la boca de Antonio el repugnante amasijo mordido y babeado de látex. Se dirigió presto a la cocina y allí, en la fregadera, lo lavó a conciencia, lo escurrió estrujándolo en sus manos y lo tendió extendido sobre el grifo, momento que aprovechó para rellenar hasta arriba el cuenco de agua del gato, que había visto que lo tenía vacío.

Cuando salió al pasillo, con la máscara y la gorra puestas, John ya tenía la carretilla levantada y dispuesta, y se había envuelto la maleta en un plástico negro que cargaba a sus espaldas. En sus manos sostenía, mostrándolas risueño, las llaves que Antonio usaba para entrar y salir de su casa, que no habían sabido localizar antes. Se las guardó en el bolsillo.

A su paso hacia la salida Mario felicitó a John por el hallazgo con una palmada en el brazo. Oteó a través de la mirilla para comprobar que todo estaba en orden y, cuando estimó oportuno, salieron como de costumbre, coordinados y silenciosos, directos al ascensor de la segunda planta.

El vecino inquieto del bigote había regresado a su domicilio, pero no había vuelto a conciliar el sueño desde que los ruidos provenientes del piso de arriba le despertaron y él hubiera subido hasta la puerta de Antonio preocupado por lo que allí dentro parecía estar pasando. Al volver a su casa, se había acercado hasta la ventana que daban al exterior y desde allí había podido comprobar la quietud de la calle bajo una fina capa de niebla, por lo que una de las variables que le habían servido para justificar los escandalosos sonidos que había escuchado se desvanecía del todo. Quedaba la opción de la televisión y tal vez los altavoces con el volumen alto de un *home cinema*. Y con esa inquietud percutiendo en su cabeza, se había despejado por completo y se había puesto a hacer tiempo leyendo noticias en el móvil, sentado en el sillón que tenía junto a la cristalera. No obstante, ya había pasado más de un cuarto de hora estando la cosa tranquila, y notó cómo le empezaba a acuciar la somnolencia.

De pronto, en el mutismo de la noche, desde la penumbra de la ventana de su salón, escuchó el chasquido de la puerta del portal abrirse y se asomó naturalmente curioso para ver quién andaba por ahí. Enseguida sus pupilas se dilataron emocionadas, se puso de pie, activó la cámara del móvil —que casi se le cae de las manos del sobresalto— y se puso a grabar.

Desde ahí, ocultando su figura oscura entre las cortinas, registró toda la secuencia: dos hombres de una empresa de mudanzas salían del interior del bloque a la calle. El primero portaba una carretilla sobre la que llevaba un reloj de pared, y el segundo cargaba con una bolsa negra rectangular sobre la espalda. Los dos llevaban puesta una gorra y... —el hombre se frotó excitado los ojos levantando sus gafas—, uno de ellos giró hacia su lado y le pudo ver el rostro. Hizo zoom sobre la imagen para acercarse más a los sujetos y esperó hasta que se enfocaron de nuevo los contornos. Iban en dirección a una furgoneta que había estacionada al lado, abrieron el portón trasero y la cargaron con diligencia, para después subirse en ella.

Había reconocido al hombre al que pudo ver la cara. No podía creérselo. Continuó grabando.

Antes de ponerse en marcha, Mario inspeccionó la calle ojeando con atención a través de la luna delantera. No había movimiento de tráfico. No había personas. No había nada en la jodida ciudad, pensó. Levantó la vista hacia las viviendas y no divisó ninguna luz encendida próxima que le inquietara en absoluto. Arrancó el motor y salió despacio de allí, tratando de localizar con la mirada el segundo piso en el que había asestado el pinchazo letal a Antonio, a modo de despedida. No tuvo suerte, la copa alta de un árbol a la altura del portal le redujo la visión a su paso.

— Menos mal. Peor imposible —dijo John, resoplando con alivio.

Mario no contestó. Debajo de la máscara escondía el rostro serio, ensimismado, enrarecido.

—Bueno, podría haber estado esperándonos en la calle una patrulla de la policía local, o nacional... y eso sí que hubiera sido jodido de veras, ¿eh? —John elucubraba con tono distendido y vivo, tratando de animarlo—. ¡Pero está despejado!

Mario ni se inmutó. El joven lo buscó con la mirada.

—¿Estás bien? —percibió que en los pensamientos de Mario se estaban cocinando muchos ingredientes en ese momento, y su cabeza, a modo de cazuela, bullía—. Era él, joder, era él. Hemos hecho lo correcto. ¡Qué se joda!

Llegaron pronto a las salidas de la ciudad. Mario estiró la mano para encender la radio y buscó desde el volante un dial adecuado para su maltrecho estado de ánimo. Encontró jazz templado y lo dejó sonar.

Unas dos horas y media después, en la casa de montaña, Mario cerraba la puerta del horno y las llamas comenzaban a quemar el graso cuerpo del cliente y sus objetos personales.

Y en el mismo instante, bajo la tenue luz de la luna, un estilizado humo gris comenzaba a brotar de la chimenea y extendía su rastro rumbo a la estrellas.

Durante el tiempo de combustión, Mario hizo uso de un recurso del que no había tenido necesidad de tirar en los últimos meses. Aunque el viaje había resultado cómodo y sin sobresaltos, la inquietud que le había generado el violento incidente con Antonio, y el ver después a los vecinos alertados esperando en el rellano, junto a la puerta, le habían puesto en alerta y le exigía ser del todo precavido. Para ocasiones de incertidumbre sobre la propia seguridad como esta, o incluso supuestos más graves, Anna tenía preparadas ciertas respuestas repartidas en los rincones ocultos de la furgoneta. La presencia y el mantenimiento constante de esos recursos eran responsabilidad de ella, en exclusiva.

En este caso, Mario activó el plan de contingencia de nivel más bajo. Entre la parte de detrás del asiento del conductor y la pared de separación a la caja, o en ocasiones levantando el doble asiento del copiloto, encontraría a su disposición un par de matrículas falsas rígidas y adhesivas que podría fijar sin ninguna dificultad sobre las propias chapadas del furgón. Y a la par, también dispondría de un doble vinilo comercial para pegar en los laterales exteriores del vehículo. Para rematar, los papeles del automóvil acordes a su nueva identificación. Solo tenía que intercambiarlos de ubicación con los originales.

Al poco, ya tuvieron activado el protocolo de seguridad número uno; ahora pasarían a ser trabajadores de «AGROVIDA: Expertos en viña», compañía con un logotipo hecho en dos tonalidades de verde y consistente en la representación de tres hileras de viñas oblicuas sobre la marca; debajo de ese bloque compacto e identificativo, el lema, escrito con tipografía grande y legible. La explicación que un día Anna le dio de por qué ese nombre, Agrovinda, era porque si lo tecleabas en internet salían decenas de logotipos y empresas distintas y con fines diferentes que se llamaban así repartidas por todo el mundo. Y en esa confusión era fácil encontrarles un hueco.

A las seis y media de la mañana la trituradora industrial terminó de convertir todos los restos bastos carbonizados relativos a Antonio, tanto humanos como no humanos, en cenizas.

Un poco antes de las ocho, la furgoneta tomó un desvío marcado como de acceso restringido y aparcó junto a una extensión de campos de cultivo que se extendían con desnivel negativo sobre las faldas de una de las colinas que conformaba el valle.

Diez minutos después, Mario, que se había quedado aguardando junto al vehículo blanco con la urna biodegradable en sus manos a modo de abono —Anna alternaba los colores de las furgonetas al gusto, y esta sobre la que él ahora se apoyaba era, a todos los efectos según la rotulación estampada, propiedad de la empresa especialista en viñas—, contemplaba, con escepticismo en su rostro, como un dron sobrevolaba el paisaje. Con los anaranjados rayos del sol despuntando en ese instante por uno de los riscos laterales, y el cielo tornándose azul y salpicado de esponjosas nubes blancas, a los ojos de Mario la imagen del artilugio desplazándose por el cielo le resultaba a la vez conmovedora e inquietante.

Observó a John manejar entusiasmado el aparato a escasos metros de él. Lo había ido montado cuidadosamente durante el viaje para perder el menor tiempo posible a la hora de volarlo, que era lo que estaba haciendo en ese preciso momento. De pie, con sus guantes puestos —lo examinaba Mario—, además de seguir con la vista levantada directamente el movimiento de la aeronave, en ocasiones bajaba la cabeza para mirar la pantalla a modo de visor que llevaba desplegada sobre los mandos.

El dron, del que colgaba de su base una bolsa color carne a rebosar, había conseguido ya mantener una altura de vuelo constante. Mario reparó en que, si le dabas la vuelta al conjunto, bolsa arriba y dron debajo, y le echabas un poco de imaginación, parecía una suerte de globo aerostático con patas.

Se acercó hasta el joven.

— Te lo dije, hace mucho ruido —le recordó, con el gesto torcido.

— Tranquilo hombre, estamos lejos de todo —le restó importancia al hecho John, sin quitarle ojo a la mancha en el cielo que se alejaba.

Mario escrutó hacia el horizonte entrecerrando sus pupilas para ver con más nitidez la maniobra de regreso del aparato.

— ¿Y ahora qué? —preguntó, tras unos segundos contemplativos.

— Esa es la sorpresa... ¡Mi invento! —John hablaba alegre, apasionado, y terminó girando su rostro hacia él para sonreírle esperanzado—. Esperemos que funcione —le dijo.

El joven apretó en ese instante un botón del mando y, tras unos segundos de intriga, la bolsa comenzó a soltar la ceniza desde el cielo.

— ¡Toma! De puta madre —exclamó John, con júbilo—. ¿Qué, qué te parece?

La barbilla de Mario se desplomó de pronto como descolgada de su mandíbula, dejando su boca abierta de par en par en su cara de sorpresa.

— ¿Cómo cojones lo has hecho? —le inquirió con admiración.

— He incorporado una aguja —le explicó John— que puedo accionar a distancia y percutir verticalmente. Así...

John le dio al pulsador y la ceniza se esparció en mayor cantidad.

— Y a base de agujeritos y sin esfuerzo... —continuó narrando su hazaña.

Observando las partículas distribuyendo su rastro por el aire como el humo de los aviones, y escuchando la voz del joven, Mario advirtió con incredulidad el contraste de genialidad y de torpeza que había en la atrevida propuesta que tenía ante sus ojos.

— Vamos, que has dejado tus huellas por todo el jodido aparato —le espetó con creciente

indignación—. Este hijo de puta no se merecía que corriéramos este riesgo —concluyó.

— Tú mismo lo dijiste, ¿hay belleza o no hay belleza en esto?

John no parecía dispuesto a dejar que nadie estropeará ese maravilloso momento y esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

— Ahí lo tienes, otro título de película inventado: *Las cenizas del éxito*. Su éxito y el nuestro. ¿Cómo te quedas?

Mario lo miró ladeado con gesto de incredulidad.

— Asegúrate que lo traes de vuelta —le repuso amenazante, antes de darle la espalda y echar a caminar hacia la furgoneta.

John se quedó pilotando la aeronave hasta vaciar del todo la bolsa y esparcir todos los restos de Antonio sobre el valle.

— Eh, M —le gritó exultante John, girándose hacia él—, ¿qué te parece si para la siguiente le instalo una cámara 4K y lo grabamos? ¿Eh? —se lo planteó con tono provocador—. Podríamos hasta cobrar más por el servicio...

Mario lo vio sonreír divertido, con su cabeza inclinada mirando el visor de los mandos, y de pronto en su cerebro notó cómo algo hizo clic. Se encaminó de nuevo hacia él, enfureciéndose conforme se acercaba.

— ¿Qué llevas ahí? —le espetó rabioso.

— Ahí, dónde —preguntó él, desconcertado.

Mario agarró brusco el mando del dron, con las manos de John incluidas, y les dio la vuelta para confirmar sus sospechas.

— Esto, ¿qué es esto? —Mario se refería al visor que John utilizaba como pantalla—. ¿Es tu puto móvil? —descubrió—. ¿Controlas esta mierda con tu puto móvil privado?

— Sí, claro —repuso quejándose el joven, doblando hacia atrás y con sus manos retorcidas.

Mario lo zarandó furioso por los hombros.

— Puto gilipollas. ¡Eres un puto gilipollas! —le gritó realmente cabreado y lo giró de golpe ciento ochenta grados—. ¿También te has colgado en la espalda el cartel de: «Soy el gilipollas de turno, estoy aquí»? —Mario lo soltó de un empujón y bufó de desesperación—. ¡Vamos, no me jodas! Tan listo para unas cosas y tan tonto para otras. ¿Cuándo lo has encendido?

— Solo para volarlo —le contestó titubeante e intimidado John, que intuyó que había conseguido mentir de forma creíble.

— ¿Seguro? —le escudriñó Mario con gesto duro.

El joven movió ahora su cabeza de arriba a abajo sin vacilar.

— Apágalo —le ordenó Mario—. Y termina con esta puta mierda de una vez.

Era de noche. Los callejones parecían iluminados por la exigua luz que emitían las farolas repartidas a cuentagotas y que convertían el pasaje en un claro oscuro. Mario corría desbocado. Doblaba una esquina tras otra mirando a cada rato hacia atrás, oyendo el murmullo acechante de algo que le perseguía y que no acertaba a ver lo que era. Una sombra. Una forma. No iba a detenerse para descubrirlo. Aceleró. Respiraba fuerte. Sudaba. Las paredes de las calles eran lisas. Y eran todas de color gris. Mario advirtió, de súbito, que no eran calles. Eran pasillos. Trozos de pasillo enlazados unos con otro. Cada vez más cortos. Un laberinto, adivinó. Sintió pánico. Se trastabilló. De pronto el sonido de morlaco a la carrera se hizo más presente. Mario miró de soslayo y lo vio venir. Era un bicho grande. Viró a la derecha, después torció a la izquierda y volvió a doblar a la izquierda desesperado y a toda velocidad. Solo con la inercia de su frenético movimiento llegó hasta el final del pasillo. No tenía salida. Tocó con sus dos manos la pared. Miró hacia atrás en el mismo momento que el toro cogía la curva y se dirigía sin freno hacia él. Mario vio que tenía unos cuernos grandes y afilados y que su negra y dura cabeza cada vez estaba más cerca. Golpeó la pared colérico con sus puños, a ver si así la echaba abajo pero al instante entendió que no tenía escapatoria. Horrorizado, quiso mirar a la muerte a los ojos y apenas la vio llegar.

Mario se despertó de pronto desconcertado en la oscuridad de la habitación de su apartamento. Respiraba agitado y estaba sudado. Se reincorporó al lado para quedarse sentado junto a la mesilla y encendió la luz. Se sirvió un poco de agua y quiso compartir sus pensamientos con Rosa.

— Qué extraño, es la misma pesadilla que soñaba cuando era joven. La huida en el laberinto y el toro al final.

Mario bebió de nuevo y se pasó la mano por la nuca mojada.

Rosa siempre contestaba y esa vez todavía no había dicho nada. Ni siquiera le había acariciado la espalda. Se estará acostumbrando a mis espectáculos nocturnos y seguirá dormida, pensó Mario, justo cuando se giró para contemplarla descansar.

En el otro lado de la cama no había nadie. Reparó entonces en que, avinagrado y angustiado como estaba, él mismo le había dicho esa tarde en la puerta de su apartamento que no la necesitaba y que se volviera para su casa. Luego lo había matizado en el rellano, explicándole que lo que él trataba de expresar es que había tenido una experiencia verdaderamente desagradable en el trabajo y que no iba a tener ánimo para estar con nadie en unos días, que prefería estar solo. Únicamente tenía que mirar su demacrado aspecto para entenderlo. Comprensiva e independiente como era, Rosa perdonó su falta de tacto y respetó su soledad, con la condición de que un día le contara qué le había pasado. Él le garantizó que ese momento llegaría sin esperarlo, pero que tenía que tener paciencia.

Horas después, en la oscuridad de la madrugada, echó de menos su compañía.

La del gato Ton, que no encontró mejor momento para hacer sus necesidades y aromatizar la estancia, no tanto.

TERCER ACTO

Linda no sabía bien si el mundo se estaba volviendo loco desde que ella entró a formar parte del Cuerpo Nacional de la Policía o si es que la humanidad ya era así antes y ella, en su inocencia, no había llegado a advertirlo. Lo cierto era que todos los días en la comisaría escuchaba, de boca de sus compañeros, relatos actuales sobre casos delictivos y criminales que la dejaban conmocionada, con la boca abierta, alarmada por su nivel de violencia y crueldad. Acciones solo propias de seres desalmados, creía ella.

Cada vez que Linda oía historias en las que las víctimas que salían malparadas eran pobres ancianos o personas indefensas, se le estremecía el corazón y se acordaba de su madre, y de la gente que como ella no tenía por qué sufrir las consecuencias de tener que compartir su libertad con la de tanto desequilibrado junto.

Eran tiempos difíciles, reflexionó, y la cosa no tenía pinta de ir a mejor porque, a la realidad expuesta, faltaba añadir la desesperante inquietud que a ella le provocaba la aparición continua de todo tipo de ciberdelitos: acosos, amenazas, falsificaciones, delitos sexuales, fraude informático, hackeos al sistema, filtraciones de información... y lo más actual, la inteligencia artificial al servicio de vídeos y noticias falsas, que crecían de forma exponencial entre particulares, mafias e incluso gobiernos, y que por la falta de un control legal, policial y judicial efectivo y universal, Linda vaticinaba que iba a acarrear de forma inminente consecuencias imprevisibles en el futuro de todos.

Si algún día le preguntaran a la joven agente qué era lo que esperaba ella de su carrera policial, la respuesta la tenía clara y era simple: meter en la cárcel a tantos malos como le fuera posible y, como decía su padre, despertarse cada mañana dispuesta a sacrificar su vida por un mundo mejor.

Esa mañana de viernes Linda se había levantado fatigada. Por la noche no dejó de dar vueltas en la cama, se tuvo que levantar en varias ocasiones para ir ligera al retrete, y terminó por desvelarse de todo vomitando antes de que le sonara el despertador. Se preparó una manzanilla con agua mineral, pero apenas quiso probarla por la sensación de que no tardaría en devolverla. Aún así, y como no tenía fiebre, esperó un rato en ayunas y se duchó.

Tenía ganas de volver a quedar con John. Llevaban unos días comunicándose por mensajes con el móvil y le había contado que esta no era una buena época para él, porque estaba muy concentrado y estudiando duro para una prueba que tenía próximamente, a la que quería llegar bien preparado. Ella le había aplaudido con emoticonos esa iniciativa y le había deseado suerte, pero también le sugirió que se tomara un descanso para despejarse, y le invitó a ir juntos un día al cine. ¿Cómo podía resistirse? Él no le había dicho todavía ni que sí ni que no, que se lo pensaría, le escribió. Tenía pendiente por confirmar los días de la semana que seguro no tendría que ir trabajar, que él todavía no lo sabía, para poder hacer un hueco con tiempo. Ella, por si no conocía el dato, le recordó que legalmente la empresa tenía obligación de comunicárselo con mayor antelación, y él le respondió con una cara tronchándose de la risa hasta llorar. Bueno, era su vida, resolvió Linda. Ella sabía de sí misma que aún pecaba de pardilla en muchas cosas, y que tendría

que endurecerse para sobrevivir. Y los asuntos del corazón no iban a ser menos. Ojalá no tardará en volver a verlo —deseó—, aunque ya tenía sus dudas al respecto.

Linda llegó a la bulliciosa comisaría con mala cara pero buen ánimo, se sentía débil físicamente pero no impedida, sobre todo porque su cabeza no le dolía y le permitía pensar. Si podía pensar, podía trabajar, consideró. Se dirigió a su zona habitual donde divisó a Esteban mirando el ordenador entre papeles y periódicos.

— Perdona el retraso —dijo Linda nada más llegar—. Me he levantado descompuesta y casi no saco fuerzas para venir.

— Sí que traes mala cara. Estás pálida —destacó Esteban.

—¿Y Sonia? —preguntó Linda, al ver su ordenador apagado.

— Ha ido al ginecólogo, está todo correcto. Pero me ha contado por teléfono que le ha dejado algo revuelta, ya sabes —le explicó, como arrugando el gesto de grima—. Como hoy íbamos a estar aquí los dos, le ha pedido al teniente el día libre.

— Okey —soltó Linda cansada, a la vez que dejaba caer el peso de su cuerpo sobre la silla.

Para Linda, los días completos de oficina eran jornadas interminables que transcurrían despacio, sobre todo por la cantidad de tiempo que pasaba sentada dedicada a la ardua tarea de identificar hilos de los que tirar entre decenas de casos, tratando de encontrar unos supuestos delictivos todavía desconocidos para la Policía. Pero para ella, ver cómo la sinergia que producía el trabajo conjunto de tres perfiles profesionales tan distintos —un agente veterano perspicaz y que había visto tantas cosas como Esteban; una policía de raza y recursos experta en enfrentarse cara a cara con criminales como Sonia; y una novata perseverante como ella con ganas de aprender de todos y de cumplir con la misión encomendada— iba dando sus frutos era muy instructivo y reconfortante. Y por ende, además, con el paso de las jornadas, las hipótesis que entre todos habían formulado sobre el misterioso caso de los desaparecidos iban cogiendo consistencia.

— Mira, blanquita... —le dijo Esteban, haciéndose el interesante mientras se ponía las gafas de lectura que en ese momento llevaba colgadas del cuello—, te voy a dar un toque de color. Atenta a esta noticia, no te muevas...

El agente veterano giró la pantalla todo lo que pudo hacia su posición y Linda se estiró entonces sobre la mesa hasta alcanzar a distinguir con la vista la foto de la detención policial de lo que tenía que ser un personaje famoso, atendiendo a la parafernalia que tenía montada alrededor. Sobre la foto leyó el titular:

QUENTIN TARANTINO DETENIDO EN FRANCIA POR ERROR

Linda puso cara de perplejidad.

— ¿Te la leo? —le ofreció amablemente Esteban.

— Sí, por favor —le rogó ella, curiosa.

La policía francesa detiene e interroga en Mónaco al director de cine americano Quentin Tarantino con relación a la declaración de un testigo español que lo situaba, la madrugada del pasado martes, en la finca de un ciudadano español misteriosamente desaparecido en Valladolid. Tras tomarle declaración en dependencias policiales, ha quedado en libertad sin cargos.

Linda escuchó con atención a su compañero y le hizo ademán para que continuara.

El director —continuó leyendo Esteban—, que el día de la desaparición se encontraba en Barcelona promocionando su nueva película, se ha mostrado indignado y ha afirmado no tener nada que ver con la acusación: «Todo ha sido un malentendido, es una vergüenza hacerme pasar por esto», ha denunciado el artista. Su abogado ya ha interpuesto acciones legales

contra la justicia española...

Esteban interrumpió su lectura y miró hacia la chica por encima de las lentes con gesto interrogante.

— ¿Cómo es posible? —le preguntó Linda, extraña.

— He llamado a Valladolid y he pedido que me envíen la declaración y el vídeo del testigo. Es esto... —Esteban señaló una carpeta y sacó de ella un informe—. Dice que esa noche le despertaron gritos salvajes y ruidos violentos que provenían de la vivienda de su vecino de arriba. Él se preocupó y subió a llamar a la puerta, sin que nadie le abriera. Al poco de esperar en el mismo rellano de pronto oyó la ducha, y eso le tranquilizó, así que, como ya se había desvelado, pensó en bajarse al portal a fumarse un cigarrillo y a andar un poco a la calle antes de volver a su casa, pero con la perspectiva del frío desistió y ni lo uno ni lo otro...

Linda observó cómo el agente extraía el contenido que leía del papel acompañándose, conforme hablaba, de su dedo índice. Resultaba obvio, por la forma precisa de moverse por las hojas, que Esteban las había estudiado concienzudamente antes.

—A la media hora, aproximadamente, cuenta que vio que dos hombres desconocidos salían de la finca con una carretilla y un reloj de pared. Mira... —Esteban atrajo la atención de la joven hacia la pantalla del ordenador y puso a reproducir el archivo de vídeo que el testigo había grabado desde la ventana de su piso—. Ahí van con el reloj, lo cargan en una furgoneta y se van.

Al terminar de ver la secuencia, Linda sintió cómo un escalofrío recorrió toda su espalda. Encontrarse así de pronto un reportaje gráfico como ese, presuntamente asociado a un caso de desaparición similar a los que ellos investigaban, era un regalo caído del cielo, oro puro, almíbar del bueno, aunque para ellos supusiera tener que reformular todas las hipótesis que tenían planteadas hasta la fecha. Miró atónita, con los ojos abiertos de par en par, hacia Esteban.

— Los dos llevaban gorra —continuó apuntando el agente veterano—. Pero al menos a uno de ellos pudo verle la cara —Esteban retrocedió las imágenes hasta el punto concreto—. Aquí... —detuvo el fotograma para poder examinarlo bien y señaló el rostro que quedaba al descubierto. Lo escrutó unos segundos y deslizó el dedo sobre la complexión del hombre, antes de concluir—. Yo también diría que es Quentin Tarantino, joder.

— Parece una broma. ¿Qué pinta aquí Tarantino? —inquirió confusa la joven.

— Seguramente nada, ¿no? —replicó incrédulo Esteban—. Será un parecido razonable, un putito doble, yo que sé. Aquí abajo establecen un nexo de unión entre ellos —se ayudó de su dedo para localizar el texto en el informe—. Pone que el desaparecido, de nacionalidad española, es un hombre catalán, taxista de profesión y que, años atrás, regentó un videoclub. Detalla que en su domicilio la Policía se incautó de una auténtica colección de artículos vinculados a la filmografía del director: pósteres, discos DVD y Blu Ray, todo tipo de material promocional: tazas, muñecos, cojines... —debía de ser su fan número uno, añadió de su cosecha esbozando una media sonrisa—, y que incluso había una fotografía enmarcada en la que los dos, Tarantino y él, pasaban agarrados y sonrientes... ¡Uf! —Esteban resopló largo arqueando las cejas, como si estuviera saturado de información extravagante.

— ¿Y del testigo especifica algo interesante? —quiso saber también Linda, que andaba atando cabos sueltos en su cabeza.

— No, nada reseñable, es un vecino más sin relación directa con el desaparecido —repuso él, sintetizando la información.

Esteban comprobó cómo Linda parecía haber recobrado la energía de golpe. La vio levantarse en dirección a la pizarra, coger el rotulador y ponerse a hablar precipitada, tratando de contener su fogosidad.

— Lo de la cara no tiene ningún sentido... —negó la joven con la cabeza—, pero todo lo demás sí, encaja: dos hombres, la furgoneta, el reloj de pared...

Conforme enumeraba, Linda lo dibujaba esquemáticamente.

— ¿El reloj de pared tiene sentido? —preguntó escéptico él.

— Bueno, no es una caja fúnebre, pero lo parece... — Linda remarcó el contorno del reloj y dibujó a su lado la figura geométrica que representaban un ataúd.

Esteban se sorprendió con la comparativa visual, mientras la joven asintió orgullosa de su hallazgo.

— ¿Especificó edad o rasgos de los hombres?, ¿matrícula de la furgoneta?, ¿alguna cosa más?— indagó también la joven.

— Matrícula sí —le confirmó Esteban—. Aunque le baila una letra. De lo demás dijo que había poca luz, que fue rápido, y que centró su atención en la cara tan pronto la reconoció...

El agente veterano observó ahora que Linda se quedaba quieta de pie, mirando pensativa el esbozo del caso representado en la pizarra, pero con su mente proyectada mucho más allá. En ese tiempo, la joven no dejó de darse golpecitos nerviosos e inconscientes en la palma de su mano con la base del rotulador.

— Tenemos que hablar con él —concluyó por fin Linda, tras un instante de cavilaciones internas—. Están cometiendo errores. Vamos en buena dirección

Esteban percibió en los ojos grandes y añejados de la joven un brillo de repentina ilusión.

Después del inesperado incidente con la descontrolada mole barbuda llamada Antonio, en el que tuvo que recurrir a su instinto animal para terminar fulminando a la bestia de un certero jeringuillazo, y de los arriesgados juegos aéreos que utilizó John para despedir los restos del corpulento cliente, Mario se fue a casa muy tocado emocionalmente, al límite de su tolerancia y a punto de explotar.

Enseguida resolvió llamar a Anna para verla cuanto antes y dejarle las cosas claras, pero ella le respondió desde el hospital, donde acaban de ingresar a su padre aquejado de un principio de neumonía, y él se tuvo que morder la lengua para no perturbarla en un momento así. La salud de Ramón era lo primero y le deseó, con sinceridad, su pronta recuperación. Lo demás, de momento, podía esperar. Mirándolo de otro lado, pensó Mario, incluso era bueno dejar dormir por obligación el asunto unos días y ver si eso le templaba algo el temperamento, porque si la reunión se hubiera celebrado esa misma tarde en la que habló con ella, igual la interesada relación que los dos mantenían hubiera saltado por los aires dejando algún herido en el camino.

Pero la cruda realidad fue diferente ya que, con el generoso gesto de apretar los dientes y no soltar por su boca todos los demonios que tenía dentro acumulados, y que pedían salir a gritos, Mario se tragó sin control su propio veneno, y los días siguientes sufrió malestar general y nervios, y apenas fue capaz de conciliar varias horas seguidas de sueño, por lo que su estado anímico fue debilitándose y su ansiedad aumentó.

Tanto los fantasmas blancos del pasado en la oscuridad, como los emisarios negros del futuro a plena luz del día, se manifestaban cada rato en su cerebro y le obligaban a cuestionarse, una y otra vez, si acabar con la vida de ese hombre estuvo bien o estuvo mal. Por momentos el veredicto lo exculpaba, y Mario respiraba tranquilo, pensaba en lo poco que quedaba para ver a sus hijos, contestaba a las llamadas de Rosa o salía a pelotear a la cancha de baloncesto. Pero al poco le surgían las dudas de nuevo y, si el dictamen resultaba esta vez inculpatario, corría a refugiarse en sí mismo y a alejarse del mundo, temiendo ser juzgado finalmente por asesinato.

Así que Mario, de puertas para afuera duro como una roca e impassible frente al dolor, superó a duras penas esos días tratando de gobernar sus debates morales y el ansia viva que sentía en su interior, aguardando pacientemente la ocasión de poder verse cara a cara con Anna y clarificar así la ennegrecida situación que le carcomía por dentro.

El sábado, por fin, recibió un mensaje de Anna en forma de citación: «Esta tarde sí podemos vernos», le escribió, con el lugar y la hora concreto.

Mario, vestido de vaqueros, con botas de caña corta y enfundado en su cazadora de piel, había cogido la moto y se había desviado desde la carretera de circunvalación M-40 a la carretera de Carabanchel y Villaverde, hacia el sureste de la ciudad, para tomar el primer giro a la derecha que lo dejaba en la calle donde terminaba el Parque Forestal Julio Alguacil Gómez. Ahí, al final de ese feo callejón asfaltado sin salida, descanso de camiones y vehículos pesados, y dejando a su espalda un inmenso solar vacío, Mario detuvo la moto, se quitó los guantes y el casco, y esperó sentado sobre la moto con la vista puesta en los caminos del parque por los que, de un momento a otro, distinguiría la figura de Anna acercándose.

Para su sorpresa la oyó llegar por el mismo lado que él había entrado, jadeante. Había detenido la carrera hacía unos metros y caminaba hacia él con el rostro sudado y serio, como si mascara que la conversación que iban a mantener no fuera a resultar agradable. Se paró a un metro de distancia.

—Hola M, dime —le saludó ella, mientras se despejaba el flequillo de la frente.

—Algo está fallando. ¿Qué cojones te pasa? —le espetó directamente él, incapaz ya de andarse por la ramas—. Todo son problemas ahora...

— No lo entiendo, lo siento —reconoció sin titubeos ella.

— Quedamos en que si no veías seguros a los clientes que les dieran por el culo —le recriminó Mario.

— Ya, ya lo sé. Creí que era Antonio era fiable. Me la coló —admitió Anna—. Tampoco es fácil. Qué te crees, ¿que no digo a gente que no? Pues lo digo. A bastantes, y por distintas razones. No te voy a dar nombres, pero a alguna persona famosa también he rechazado, segura de que el revuelo mediático de su desaparición podría perjudicarnos. Y así hubiera sido.

Mario la escuchaba escéptico, sin dejar de sacudir la cabeza.

— Ya van dos que te la cuelan, tres... —le recordó con desprecio—. Antes no te ocurría. Lo del otro día fue demasiado.

— Lo resolvisteis bien —dijo ella, aguantándole la mirada comprensiva y regalándole una ligera sonrisa de aprobación.

— Pero aquí se queda —clamó él, con tono airado y golpeándose la sien con su dedo—. Viviré con eso. Eso ya no me lo quita nadie.

Anna desvió su vista de él y la mantuvo esquiva en dirección el parque, aguardando en silencio unos segundos y secándose el sudor de su rostro. Mario entendió su lenguaje corporal y buscó también el paisaje, respirando lentamente.

— No tienes que sentirte culpable —le insistió ella, dirigiendo su voz en paralelo a nadie en particular.

— ¿Y qué tienes que decir de la elección de la máscara? —le cuestionó él con tono templado, también sin mirarla.

— Era un homenaje que hice a título personal, estuve en su casa —explicó ella hablando al aire—. Pero evidentemente salió mal. O bien, según como lo mires —Anna rió esquinada tras decirlo, como si saboreara la diversión de la chanza que había pertrechado —. Estará todo el mundo desconcertado.

Mario se giró y la buscó con las pupilas encendidas.

— Esto no es un jodido juego, a ver si os queda claro — bramó, en tensión contenida.

Anna se orientó de nuevo hacia él con la barbilla levantada y el gesto endurecido, sin temor a lo que tuviera que decirle.

— Tenemos que andarnos con ojo —siguió puntualizando él, con ademán de advertencia en su mano—. Un día de estos caemos con todo el equipo —vaticinó.

— Espero que no —respondió ella serena, mirándole fijamente a los ojos—. Tenemos que pensar algo entre todos, disminuir riesgos. Ayer hablé con el hacker de la web. El otro día me llegó algún número de teléfono que no me gustó.

Anna se silenció unos segundos con gesto extraño.

— ¿Qué quieres decir? —le azuzó con el gesto, para que se explicara.

— Eso, que tenemos que estar bien alerta —sentenció, sin querer darle más aclaraciones de las necesarias—. Toma, te he traído el dinero pendiente, el de los dos.

Anna se descolgó la fina mochila negra que llevaba pegada a sus espaldas y sacó tres sobres de dinero.

— ¿No prefieres dárselo tú? —le soltó Mario, con sarcasmo.

— No seas gilipollas —le espetó ella, dirigiéndole una mirada pétrea—. No confundas las cosas.

Mario hizo una mueca exculpatoria con su boca levantando las palmas de sus manos, en señal de no haber dicho nada que, a los ojos del que hubiera mirado, no resultara evidente.

— El próximo jueves recogéis en la furgoneta al del otro día —le anunció Anna, sin dilación.

— ¿Al que se cagó? ¿Al que montó el circo? —exclamó con asombro él.

— A ese mismo. Ha vuelto a pagar.

Mario meneó la cabeza receloso. Desde luego, la perspectiva que alcanzaba a ver a corto plazo no era muy halagüeña.

— Hace mucho que no recogemos vivos... —indicó él con reparo.

— ¿Se te ocurre una opción mejor? —le inquirió Anna en tono retador.

Mario dedicó un tiempo a pensarlo. Miró el gris del cielo. Se mordió instintivamente los labios.

— No me gusta —contestó finalmente—. ¿Y es de fiar?

Anna lo miró con los ojos dilatados y tiernos, levantando ligeramente la comisura de sus labios.

— Pienso que sí.

Mario se percató que ella había vacilado algo al afirmar.

— Ni una cagada más, Anna —le advirtió en tono amenazante—. La siguiente será la última. No te cogeré más el teléfono.

— ¿A qué viene esto ahora? —se indignó de pronto ella, y levantó el tono y la dureza de su voz—. ¿De qué vas? ¿No éramos un puto equipo?

— Un puto equipo, pero el que se carga el muerto si algo falla soy yo —expuso resentido y gritón Mario—. Un día la cagas tú, otro el tonto que te follas...

— Das asco Mario. Das asco —le repitió Anna con mueca mezcla de desagrado y decepción—. Si eres tan listo no sé qué cojones haces a tu edad quemando cuerpos. Lárgate ya si quieres, es tu vida —le gritó.

Mario la miraba impertérrito y mudo.

— ¿O es que no puedes? —continuó dramatizando ella—. Ah, no puedes. El dinerito ¿verdad?, qué bien te viene para tapar tus mierdas. ¡Pues jódete! —vociferó con ira—. Es lo que hay, es lo que eres. Que te den...

Anna lanzó su mano al aire en señal de desprecio en el mismo movimiento con el que le daba la espalda a Mario y comenzaba a trotar.

— ¡Anna! ¡Anna! —berreó Mario sin éxito—. ¿Cómo está tu padre?

Su socia levantó bien alto el dedo medio de su mano derecha como respuesta, y se alejó de su campo de visión.

Mario se colocó el casco y, antes de ponerse los guantes y arrancar la moto, sacó el teléfono móvil y escribió un mensaje.

Había quedado con Rosa en que en media hora pasaría por su portal a recogerla con la moto, la invitaría a cenar en su humilde apartamento, y la traería de vuelta a casa sana y salva antes de la medianoche, como dijo ella que era su deseo.

Una vez instalados, encargaron comida asiática y amenizaron la espera como acostumbraban, arrancando la velada por el final.

Mario descargó toda la tensión que llevaba acumulada, la impotencia que sentía, su ira contenida, procurando el deleite Rosa y dejándose llevar por el éxtasis.

Todas las cosas que le habían pasado en los últimos años, y la forma en la que le ocurrieron, habían removido la percepción que Mario tenía de sí mismo y del lugar que debía de ocupar en el mundo. No sabría precisar el punto concreto en el que todo cambió y se desvió del camino, pero fue como si, contemplando plácidamente su reflejo nítido en un charco, de repente alguien o algo —en su caso creyó que fueron las dos cosas a la vez—, agitara el agua con un palo y todo comenzara a moverse y a desajustarse ante la vista. Y con la reverberación, y entre los brillos y centelleos posteriores de la propia vida, uno mismo no fuera capaz ya de estabilizar y recomponer esa imagen serena que un día vio en el espejo. Eso fue lo que le pasó.

Recuerda que un día, al poco de nacer su segunda hija —en un momento de plenitud total, familiar y profesional—, después de una pequeña discusión de pareja con su ahora exmujer, y tras un reproche cariñoso de su parte en la que le soltó que ya no parecía el mismo hombre del que ella se había enamorado, Mario le preguntó con curiosidad que cómo era realmente él cuando se conocieron. De las cualidades que Mercedes pronunció: buena persona, vital, con sentido del humor y positiva, Mario comenzaba a no reconocerse totalmente en ninguna de ellas. No sabía cuál fue la razón, pero algo en su interior había cambiado, y la perspectiva de las cosas se teñían de gris, y sus emociones se aplanaban, y las ganas de sonreír desaparecieron. Suponía que eso fue el detonante de lo que vino después: la infidelidad de su mujer y la salida de su trabajo. El tiempo le estaba ayudando a entender que las dos cosas, pero sobre todo la primera, se las ganó, él solo, a pulso.

Pero en la frontera de los cincuenta aún le quedaba mucha vida, reflexionó, y en la mirada de sus hijos encontraría la ruta de vuelta al hombre que fue.

Precisamente, en compañía de ellos se había acercado esa mañana dando un paseo hasta la puerta de un local que tenía la persiana echada y un cartel de «Se traspasa» pegado en el metal. En la calle por la que pisaban se veía trasiego de gente, el establecimiento hacía esquina con otra calle comercial, y la acera frente al negocio era bien amplia y redondeada.

Mario les había pedido a los dos pequeños que se quedaran un rato jugando juntos pegados al puesto de venta de cupones de lotería, que también hacía esquina —«¡Y sin alejarse un metro!», les había advertido—, mientras que él se había separado unos pasos más allá para poder hablar por teléfono con más tranquilidad.

— Tú verás cómo te lo montas. Tenemos un compromiso —pronunció áspero Mario por el micrófono de su viejo teléfono de trabajo.

— No jodas M, el jueves no puedo. De verdad, no puedo —repuso al otro lado de la línea la voz de John.

John se había levantado temprano para estudiar —para él levantarse antes del mediodía era madrugar— y estaba sentado en el escritorio de su estudio con el portátil encendido, entre libros de ingeniería y manuales técnicos abiertos, cuando recibió la llamada de Mario. En el cuarto olía al café con leche y a la repostería dulce —una caja con tres donuts de chocolate— que hacía quince minutos se había subido de la panadería de abajo y que todavía saboreaba.

— ¡Venga hombre, vamos! —le apremiaba Mario, para que aceptara el encargo.

— Es que ese trabajo me interesa, me interesa mucho — argumentó John, conteniendo su entusiasmo—. Pasé la entrevista y el viernes es el examen. Puta coincidencia, ¡joder! —se lamentó.

— Puedes hacer las dos cosas —le sugirió Mario, con tono conciliador—. Tú vales mucho, chaval. Puedes con todo.

— Ya —respondió el joven, sin acabar de verlo claro.

— A qué hora es el examen, ¿a las nueve?, ¿a las diez? A esa hora estamos seguro de vuelta.

Eso sí, no te traigas el puto dron, ¿eh?

A los dos lados de la línea se escucharon risitas distendidas y cómplices.

— De verdad que no —sentenció tajante John—. No es tan seguro que pudiera llegar, y además esa noche necesito estudiar. Lo siento M. Es la primera vez que te digo que no, es porque es importante para mí. Puedo llamar al rubio, el amigo del que te hablé...

Mario, que durante la conversación no había dejado de controlar con la mirada a sus hijos, se mostraba ahora inquieto viendo el cariz agresivo que estaban tomando los antes alegres juegos de los niños.

— No, no quiero experimentos —zanjó rindiéndose, y se encaminó aprisa hacia las criaturas.

— Coño, pues a alguien tendrás que buscar —le recomendó con determinación el joven.

— Ya veré... es para hacer de taxi —le resumió Mario, mientras con su otra mano separaba brusco a los dos niños que, con el rostro enfadado y uno frente al otro, se decían cosas feas. Los miró con gesto severo.

— ¡Ah!, ¿de taxi? Al final es igual o más peligroso, tío —le advirtió John—. Recuérdalo M. Busca a alguien. ¿M? ¿M?

Silencio al otro lado. John se quedó con la palabra en la boca, Mario le había colgado. Separó el auricular de su oreja y miró a su arcaico teléfono cara a cara, no se lo podía creer.

— ¡Mierda, joder! Ve con cuidado, y suerte ¡capullo! —le gritó John directamente al micrófono del aparato antes de aventarlo hacia el sofá.

En el momento en que Mario intervino en la pelea de sus hijos reprendiéndoles con el gesto, la persiana del negocio se levantó y una figura femenina alta y estilizada salió del interior con una carpeta en una de sus manos, oteó la calle y se dirigió hacia él. Mario colgó naturalmente el teléfono y suavizó el gesto de su rostro.

— ¿Es usted Mario? —le preguntó amablemente la mujer, que vestida con traje de chaqueta y tacón bajo, era unos centímetros más alta que Mario, también algo más joven, y tenía el pelo lacio rubio, los ojos de color verde claro y un aspecto nórdico apabullante.

— Sí —afirmó Mario, tendiéndole la mano.

— Sonia. Mucho gusto —se presentó sonriente en el apretón de manos—. Estaba dentro ventilando un poco —le explicó—. Un negocio vacío es como una personas enfadada, necesita que le dé el aire para mostrar su mejor cara —Mario aprobó con el gesto la metáfora que escuchó, que no podía ser más ilustrativa en su situación—. ¿Quién son?, ¿sus hijos? —inquirió alegre la mujer, mirando a los pequeños.

— Sí. Los dos. Salud chicos.

Mario extendió sus brazos para atraerlos hacia él.

—¡Hola! —exclamó risueña Paula, que se había olvidado del enfado en un santiamén.

Iván, con el gesto aún cariacontecido, sólo levanto la cabeza al llegar. Mario le dio un toque cariñoso en su colleja.

—Hola —murmuró seco entonces el niño.

Mario observó cómo la mujer sonrió la intención educativa de la escena doméstica que acababa de presenciar y acarició con sutileza el rostro del niño. Desde luego, la comercial resultaba de una presencia imponente por pose y belleza. Mario percibió que, solo a través de un análisis exhaustivo de su resplandeciente piel se podía llegar a identificar algún rincón escondido más ajado —quizá justo debajo del cuello, tal vez las grietas en sus manos—, que daba cuenta real de su edad y de la extensa experiencia que a buen seguro atesoraba, por el aplomo y saber que tenía.

— Pasemos dentro, que os lo enseño —dispuso ella, con energía.

El establecimiento era un bar restaurante amplio y luminoso que, por lo que le acababa de contar la comercial, hasta hace unos meses había estado funcionando.

— No sé qué idea llevará, pero el sitio tiene posibilidades... —le anunció la mujer, al entrar todos por la puerta.

De un primer vistazo, Mario se hizo una rápida composición del lugar. A lo largo del lado derecho se disponían los taburetes y la barra en forma de L, con un buen espacio para trabajar detrás. A la derecha, y separado por un biombo, el espacio destinado a comedor, con tres amplias ventanas traslúcidas y luminosas en el lateral —que daban a la calle perpendicular por la que habían entrado y que la comercial se había preocupado de que lucieran en todo su esplendor—, y quince mesas, con cuatro cubiertos cada una, repartidas en tres líneas de cinco. Y en el fondo podía distinguirse el acceso a los baños en la mitad derecha, y la cocina, con la puerta de cantina conectada al restaurante, a la izquierda.

— Eh, papá, yo podría ayudarte a servir. ¿Qué quiere tomar? —le gritó Iván, ahora feliz, detrás del mostrador.

— Un café, por favor —le contestó su padre, al salir de inspeccionar la cocina junto a la comercial.

— Marchando un café —anunció el niño, como si fuera de verdad.

— ¡Y yo podría cobrar! —exclamó la pequeña, asomada de puntillas por encima de la barra—. Son 3 euros, papá —le exigió, con la palma boca arriba.

— ¡Qué caro, hija! Cuando me lo tome te lo pago —le prometió Mario, con guasa.

— ¡Vale! —respondió inocente Paula— ¡Eh, oiga! ¡Señora! —vociferó, hasta conseguir la atención de la mujer—. Sí, usted ¿quiere otro café?

La comercial soltó una carcajada ante el desparpajo de la niña.

— No, gracias, ya estoy servida —le respondió con tono divertido y se volvió a girar hacia Mario.

— ¿Y entonces parte del espacio de la acera se puede destinar a terraza? —continuó interrogando él.

— Sí, por supuesto. Está acotado, pero mínimo seis mesas sí que se contempla. Mira, por aquí... —la mujer caminó hacia la esquina donde terminaba la barra, y justo a la derecha abrió una puerta más lateral que daba, en sentido contrario, a un cuarto alargado que llegaba hasta la misma fachada del edificio—. Este es el almacén. Ya ves ahí... —señaló hacia el lado donde destacaba las mesas y sillas de plástico perfectamente apiladas— el equipamiento de la terraza.

— Vale, muy bien. Pues por mí, ya está visto —dijo complacido Mario.

— ¿Nos lo quedamos, papá? —le inquirió el chico, que andaba abriendo las neveras y corrió hasta él emocionado.

— Ya veremos. Este trabajo es muy duro.

— ¿Sabes que papá trabajó en un bar? ¡Y le encantaba! —cantó Paula, sentada en una de las mesas del restaurante.

— ¿Ah sí? —la mujer miró a Mario con un cordial ademán de admiración.

— Sí, más o menos... Hace muchos años —respondió él risueño, con tono nostálgico.

Ella se le quedó mirando un instante, como pensando las palabras ideales para persuadirlo. A Mario le dio la impresión de que, esos segundos, la mujer se metió a fisgar dentro de su cerebro.

— Pues esto será como reencontrarse con un viejo amor, otra oportunidad —le dijo ella modulando, en tono seductor.

Mario no sabía si el tipo de frases tan atinadas que pronunciaban las comerciales, o los panaderos a punto de jubilarse, eran de carácter universal y cualquiera podría sentirse fácilmente

identificado, o si bien eran propias de mentalistas o adivinos y aludían exclusivamente a su persona y a las evidentes carencias personales, afectivas y emocionales que su semblante, a buen seguro, debía de proyectar para los ojos avezados.

En cualquier caso, Mario sonrió con la dulce perspectiva de la oportunidad despuntando en el horizonte.

Linda dormitaba en el sofá con el libro abierto sobre su pecho cuando oyó el tono de aviso del móvil. No esperaba quedarse traspuesta, así que no lo había silenciado. Se estiró perezosa a cogerlo de la mesita del salón y leyó el mensaje. Finalmente John había clarificado sus horarios laborales y había dicho que sí a la invitación que ella le hizo para ir al cine. Si por él fuera, esa misma tarde era perfecta, escribió. Linda respiró aliviada y aceptó. Por fin había llegado el día de poder volver a verse.

Habían quedado en la esquina de plaza de España con la calle Princesa a las siete. Linda se desplazó en metro y llegó puntual, unos minutos antes tal vez. Estaba nerviosa. Más que en la primera cita, advirtió. Volver a quedar suponía la confirmación de que los dos se habían gustado, y cuando dos personas se gustan uno está dispuesto a hacer muchas tonterías por el otro y el otro por el uno. Eso tenía sus cosas buenas, desde luego. Y tenía que saber aprovecharlo. Pero tenía que saber protegerse por si la cosa salía mal.

Ahí plantada en la acera, entre el ir y venir de gente, la espera a Linda se le estaba haciendo eterna y comenzaba a impacientarse. Había mirado el reloj ni sabía cuantas veces y ya pasaban quince minutos de las siete. Igual era buena idea pensar en un plan b, meditó. O incluso contemplar la posibilidad de que él finalmente no llegara.

De pronto lo vio salir por la boca del metro y caminar apresurado en la dirección hacia donde estaba ella. Se detuvo en el paso de peatones y la buscó con su mirada. Ella lo miró otear en rededor y sintió cómo su corazón se alegraba de verlo y palpitaba más y más fuerte. Una repentina excitación sacudió todo su cuerpo cuando sus ojos conectaron y él sonrió.

El semáforo se puso en verde y él salió disparado hacia ella. En esos escasos segundos que le llevó al chico cruzar la carretera Linda percibió cómo los nervios que le habían generado la propia incertidumbre de la situación, y su miedo al fracaso, se disiparon de golpe. Ya no había marcha atrás. Era hora de disfrutar.

— Hola —le dijo sonriente Linda, justo antes de que él la saludara dándole dos besos en la mejilla.

— Perdona el retraso. Se me ha ido el tiempo estudiando —se disculpó él, franco.

— ¿Y ahora qué hacemos? La película empieza en... — Linda miró el reloj— ¡menos de quince minutos! —exclamó, y levantó su mirada inquisitoria con mueca de reproche suave hacia John.

— Bueno, está aquí al lado ¿no? —señaló hacia abajo y giró su mano a la derecha. Linda siguió el movimiento y asintió mirándole—. Y entre que empieza y que no... llegamos de sobra.

— ¡Hala, pues vámonos! —le espoleó resuelta ella.

Se echaron a andar como si en realidad no tuvieran prisa.

— He llegado a pensar que me darías plantón —le reveló ella, mirándolo de soslayo.

— Otro plantón más no, sería demasiado para mí —repuso él, girado hacia ella con media sonrisa.

— ¿Otro? —se extrañó ella, y esperó que no se refiriera al de una mujer—. ¿Qué quieres decir?

— Nada, un curro al que he tenido que decir que no, me coincide con una prueba que quiero hacer —le explicó.

— ¡Ah! Creí que sería cosa de la «chorba agenda» —le soltó provocadora, entrecomillando con sus manos.

A John se le escapó una risa floja y a Linda le pareció ver que se ruborizaba un poco.

— ¿Y de qué es ese misterioso curro? —le preguntó curiosa.

— Nada, el que me surge de vez en cuando... —él trató de quitarle importancia al hecho, e

hizo una pausa para mirar a Linda, para ver si era necesario que precisara más. La observó atenta y concluyó que sí—. Ayudar a descargar y eso.

— ¿Descargar qué? ¿Y dónde? ¿Por las montañas? —sugirió ella.

En ese momento ambos giraron a la derecha para coger la calle de Martín de los Heros, que era en la que se encontraba el cine.

— Descargar camiones, en grandes superficies. Por las noches, nada apasionante —respondió frío y con tono plano John, hasta que advirtió un chirrido agudo en su procesamiento de la información anterior—. Eh... ¿por las montañas? ¿Qué has querido decir? —le preguntó, visiblemente sorprendido.

— ¡Nada! ¡Olvídate! —exclamó despreocupada ella—. ¿De qué es la prueba?

El chico hizo un gesto de contrariedad antes de contestar. Le habían venido a la cabeza flashes del día que voló el dron, del geolocalizador del móvil, de Mario recriminándole fuera de sí... Tragó saliva amarga.

— De una empresa de ingeniería, desarrolla prototipos mecánicos, robots, cosas de esas... Eso sí es lo mío —le contó, sin embargo, entusiasta.

— ¿Y cómo te ves?

— Bien, con posibilidades —afirmó esperanzado John.

Linda se congratuló y le indicó con un gesto que ya habían llegado a la puerta de los cines. Se detuvieron debajo de los carteles que colgaban sobre la entrada.

— Mira, ya hemos llegado —le informó ella.

— ¿Me traes a ver cine independiente? —preguntó John, tras ojear los títulos de las películas — ¿Qué quieres, espantarme?

— No, para nada —le contestó Linda, tras reírse un segundo con la cara de pasmo que se había quedado él tras soltar la gracia—. ¿Qué te apetece ver? Por mí acción —le planteó ya en serio Linda.

— Por mí una romántica —propuso enseguida él, por llevarle la contraria.

— ¡Venga ya! —le espetó incrédula—. Invito yo.

— ¿Invitas tú? —dijo John fingiendo estupefacción— No se hable más. Saco la pistola entonces —hizo el gesto de desenfundar un revólver de una cartuchera imaginaria y de sostenerlo en guardia con las dos manos—. Entra donde quieras, yo te cubro...

— Míralo, qué apañado —replicó ella tras repasar, de un vistazo, la creíble postura policial que él adoptó.

Linda se adentró en el hall en dirección a las taquillas y John teatralizó con intensidad la acción hasta las mismas ventanillas. Cuando Linda se dispuso a sacar las entradas y dejó de mirarlo, enfundó la pistola relajando la pose y volvió a tragar saliva, que esta vez le supo más dulce.

Dos horas y media después, los ecos de la zona centro de Madrid, que bullía de gentío, ambiente y color, llegaban hasta el local asiático donde, sobre unos taburetes con vistas a la calle, Linda y John improvisaban una cena rápida y despachaban, muy a gusto, una bandeja de sushi y unas cervezas.

— ¡Qué hambre qué tenía! —comentó Linda, limpiándose los morros con la servilleta—. Si llego a saber que no se podía ni comer ni beber en el cine, me hubiera venido ya cenada.

— Pues figúrate yo, que había aceptado venir sobre todo por la idea de ponerme morado de palomitas —bromeó John.

— Sí, seguro que sí —afirmó con ironía ella, apurando el último trago del vaso.

— ¡Claro! ¿O qué te creías? —pronunció como ofendido él.

Unos minutos más tarde salieron de allí y se encaminaron juntos hacia la boca del metro más próxima al punto en el que habían quedado.

Linda quería regresar pronto a casa, que al día siguiente comenzaba la semana y tenía muchas cosas que hacer en el trabajo. Necesitaba dirigirse al andén de la línea amarilla.

John debía de seguir esa noche estudiando, y mantenerse centrado los próximos días para llegar lo más preparado posible a la prueba para el trabajo. Necesitaba coger la línea circular.

Llegaron a la intersección donde sabían que sus caminos se separaban y los dos ralentizaron el paso.

— Voy contigo, y te hago compañía hasta que llegue —decidió John sin darle opción. Linda asintió agradecida.

Cuando llegaron al andén y ella se detuvo, él se acercó y le cogió de las manos. Entrelazaron sus dedos y jugaron a mover suavemente sus brazos. Entre risitas nerviosas y caricias, los ojos de ambos conectaron y, sin pensárselo, de un tirón, Linda lo atrajo hasta pegar su cuerpo al suyo. Tras aguantar unos segundos con su boca a escasos centímetros de sus labios, y perder ambos la sonrisa, ella comenzó a besarlo. Y él a ella.

No dejaron de achucharse hasta que, tres minutos después, llegó el tren.

— Si te portas bien y sacas tiempo esta semana, te invito a casa —le propuso sugerente ella.

— No te prometo nada —le contestó John, con gesto de no saber qué ocurrirá en el futuro.

Linda se subió al vagón, las puertas se cerraron y, conforme el tren se adentraba en el túnel, y él levantaba su mano despidiéndose, su boca esbozó una sonrisa porque, a través de la ventana, lo vio alejarse de ella igual que terminan algunas películas clásicas, rodeando al protagonista con un círculo cada vez más pequeño y yéndose a negro todo lo demás.

Anna llevaba una semana sin practicar ningún tipo de deporte, ocupada como había estado en la salud de su padre, que tras pasar unos días ingresado en el hospital, ya estaba en casa prácticamente recuperado. El hombre, al menos, el humor lo mantenía intacto. Esa mañana le había suplicado a su hija que localizara en sus archivos la película *Rocky*, aludiendo a que en ese momento de su vida necesitaba una historia inspiradora y motivante que le ayudara a venirse arriba para volver a sentir en su interior el vigor y la fuerza de la juventud, como cuando él tenía tan solo setenta años o así. Linda le rió la gracia como le reía naturalmente casi todo, pues para ella su padre era lo más. A parte del innato magnetismo personal, a los ojos de su hija la principal cualidad que tenía era su descomunal ingenio, que dosificaba lo justo para no llegar a cansar, y con el que conseguía convertir cualquier momento del día, por rutinario que resultara, en un acontecimiento especial y divertido. Tan pronto llegó Gabriel y se sentaron en el sofá, Anna los dejó disfrutando de la búsqueda del sueño americano de la mano de Sylvester Stallone en el papel del icónico boxeador, y salió de su casa decidida a retomar su plan de entrenamiento.

A la media hora de trote suave, que no quería forzar la máquina, llegó a la primera de las dos cabinas que se iba a encontrar si completaba la ruta de quince kilómetros que había iniciado. Anna, que esa mañana no las tenía todas consigo, le pareció oportuno tomarse un respiro y realizar ahí mismo alguna de las llamadas acumuladas que tenía pendientes de sus días de inactividad. Ese teléfono público, localizado en el mismo límite periférico del sureste de la ciudad, era de los pocos en los que, en alguna ocasión, había tenido que hacer cola para llamar, pues todavía lo utilizaban con cierta asiduidad los vecinos del barrio. Y eso quería decir algo del territorio por el que se movía.

En esa ocasión, tal como llegó, pudo utilizarlo. Sacó una moneda de dos euros, una pulgada de lapicero y la lista de números del pequeño bolsillo del pantalón, y eligió marcar el primero con el que su vista se topó. El teléfono al otro lado dio un tono. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Anna iba a colgar cuando alguien descolgó.

— ¿Sí, dígame? —contestó precipitada la voz de un varón por el auricular.

— Hola, nos llamó usted anteanoche, de madrugada ¿lo recuerda?—le informó precisa Anna, que anotaba junto a los números la fecha de la notificación.

— ¿Anteanoche? Un segundo que no es mi teléfono —Anna escuchó rebuscar al hombre, lo imaginó localizando un papel y un bolígrafo y preparándose para apuntar—. Ya estoy —le avisó—. Me dice su nombre, por favor, y ahora mismo le digo a la compañera que le llame.

Anna se quedó en silencio unos segundos, tratando de asimilar la infrecuente respuesta del sujeto. Escrutó con su oído el sonido de fondo al otro lado de la línea. Advirtió la presencia de un murmullo de voces ininteligible acompañados de tenues sonidos de oficina. Permaneció callada.

Esteban esperaba que la mujer que acababa de llamar le comunicara su nombre, pero ahora no hablaba.

— Dígame, ¿quién le digo que le ha llamado? —le recordó el agente veterano, comenzando a impacientarse.

La mujer parecía haberse quedado muda de pronto, o tal vez había algún problema en la

comunicación. Ya volvería a llamar, resolvió Esteban en sus pensamientos, y se decidió a colgar el teléfono.

Después de haber separado el móvil de su oreja, y justo en el último momento antes de pulsar el icono rojo de finalizar la llamada, Esteba despertó de golpe de su letargo cayendo en la cuenta de su propia estupidez.

— Meca... ¡Oiga! —exclamó desesperado, llevándose de nuevo el altavoz del aparato a la boca para intentar restablecer la comunicación—. Sí, sí, anteanoche, le llamamos anteanoche... ¿Oiga? ¿Oiga? ¿Aún está usted ahí?

Aunque al hombre se lo hubiera podido parecer, Anna no había colgado aún el teléfono y seguía parapetada en el mutismo y la distancia, atenta a la información que de la voz masculina pudiera extraer. Lo escuchó de repente dirigirse a ella con ansiedad, tratando a toda costa de volver a oír su voz, de que ella dijera algo, que se manifestara. Y Anna advirtió que él le habló en plural. Así que arrugó la expresión y colgó la comunicación. Desde luego no le dio buena espina el suceso y de inmediato tachó, sin llegar a borrarlo, el número en cuestión de la lista. Ya se encargaría de indagar a ver a quién pertenecía esa línea.

Levantó la vista para examinar a su alrededor por seguridad y comprobó que nadie esperaba turno a su espalda, así que respiró lentamente unos segundos y marcó la siguiente cifra.

Esteban acababa de verificar, a través del sonido de una interferencia seca que había escuchado por el auricular, que la señal con el interlocutor se había cortado definitivamente y que no había nada más que decir.

Linda observó cómo su compañero —que estaba de pie a su izquierda junto a la mesa de Sonia, y que en ese instante miraba estupefacto el móvil que sostenía en la mano— torció el gesto con ademán de rabia y masculló algún exabrupto dirigido a sí mismo.

— ¿Le llamamos? —le reprochó la joven con mueca de incredulidad, pues aún no daba crédito a lo que acababa de ver —. ¿Todo el departamento? —le cuestionó, alucinada.

— Cojones, cómo iba a pensar... —se justificó él, visiblemente contrariado—. ¿Podré rellamar? —preguntó de pronto, enarcando esperanzado las cejas como si esa fuera a ser la solución.

— No creo. Prueba a ver —le propuso incrédula Linda.

Esteban manipuló la pantalla del móvil y se lo pegó otra vez a la oreja. Aguardó unos segundos con expectación antes de negar rotundo con la cabeza.

— ¿Era hombre o mujer? —le inquirió la joven.

— Mujer —apuntó él.

— Trae, dame el teléfono, a ver si los informáticos sacan algo.

Cuando Linda se estiraba para recoger el aparato que le pasaba el agente veterano, Sonia llegó hasta ellos acariciándose la barriga.

— ¿Qué pasa por aquí? —exclamó con alegría, apartando con cuidado a Esteban de su paso y dejándose caer en la silla—. ¿No puede una levantarse ni un segundo para ir al baño que ya me lo estáis tocando todo?

— Te han llamado, con número oculto —le anunció Linda, levantando el móvil en su mano —. Le paso el teléfono a los técnicos.

— Perfecto —aprobó Sonia—. ¿Y qué habéis averiguado?

Linda le iba a contar que, tan pronto ella se metió en el servicio, su teléfono sonó, y que Esteban se le había adelantado a cogerlo después de que los dos, que estaban alegres ese día —en su caso, sabía muy bien por qué—, se retaran con la mirada a ver cuál de los dos era más rápido

que el otro en llegar a contestar. Pero apareció por allí como una exhalación el teniente Marcos y le cortó en seco la argumentación.

— Les espero dentro. En dos minutos —dijo en tono áspero y autoritario el oficial, que iba directo a su despacho.

— Descuide mi teniente —le contestó diligente Linda, dando por enterado a todo el equipo.

Tanto Linda como Esteban dieron por zanjado en ese momento el tema de la llamada y se pusieron manos a la obra a hacer acopio de los informes, datos y demás documentación que habían elaborado y tenían preparados para la exposición.

Cuando lo dos confirmaron que llevaban todo lo necesario en su poder y salieron decididos en dirección a la reunión, Sonia, que se había quedado sola sentada en el escritorio, miró hacia el móvil que hacía unos minutos había recibido la llamada y que ahora descansaba en la mesa de Linda, y lo agarró con su mano.

— ¡Linda! —llamó Sonia, haciendo que esta se girara hacia ella—. Deja que le eche yo primero un vistazo —le solicitó, mostrándoselo.

Linda no dudaba ni un poco de las contrastadas habilidades de Sonia y aplaudió de inmediato su iniciativa antes de entrar con Esteban en el temible despacho del teniente.

A la izquierda de la entrada, la habitación tenía una cristalera transparente que daba a la sala principal —en la que Linda y Esteban trabajaban—, y contaba con unas persianas venecianas de aluminio regulables que habitualmente el oficial gustaba de tener entreabiertas. El escritorio del jefe se localizaba en paralelo a ese lado, así que tal como entraron se lo encontraron a él sentado a su izquierda vigilando sus movimientos con atención. Hacia el fondo, unos dos metros alejadas de la puerta, se disponían dos filas de tres butacas cada una en dirección a una gran pizarra blanca que colgaba centrada de la pared opuesta a la puerta de acceso.

— Coño, Fran, ¿qué haces tú aquí? —preguntó sorprendido Esteban al encontrarse a su amigo junto a uno de esos asientos.

— ¿Cómo iba a perderme la ocasión de verte hacer otra vez el ridículo? —le espetó él provocador—. Ha pasado mucho tiempo.

Aunque cabeceó extraño al escucharle, Esteban no se ofendió por el gratuito ataque de su compañero sacando sutilmente a relucir el lamentable incidente en el que se vio envuelto años atrás y que le condenó al ostracismo profesional. Fran tenía estas cosas, y era un cabrón, pero sabía que era un amigo con el que se podía contar.

— Siéntate y aprende —le sugirió con suficiencia.

Linda, ajena a la conversación de los agentes, se había dedicado esos segundos a repartir sus documentos de trabajo entre las dos sillas vacías que tenía enfrente de la posición que ella ocupaba en la pizarra, a la derecha, en el lado oblicuo más alejado del oficial.

— Díganme, qué tienen —les inquirió el teniente Marcos, que miraba directamente al agente veterano después de haber seguido el rifirrafe amistoso entre los compañeros.

— Mi teniente. Empezará exponiendo Linda —Esteban cedió la palabra a la joven con amabilidad.

— Muy bien, cuando quieras —dictaminó el superior, dirigiendo su mirada a la mujer policía.

— Bien —arrancó Linda con tono vivo después de coger el rotulador de la repisa de la pizarra y comprobar que funcionaba —. Nos hemos centrado en las denuncias de desaparición con un perfil coincidente. Personas que han desaparecido marchándose de viaje y sin avisar a nadie, han hecho su maleta, han cogido sus cosas, han comprado billetes... Alguno hasta ha dejado notas explicando las expectativas de futuro que tenía al emprender esa nueva aventura...

En ese punto Linda hizo un pequeña pausa y observó que el interés que su explicación estaba generado tanto en el teniente como en Fran era notable.

— En ningún caso hemos encontrado indicios de violencia en las casas, ni huellas ajenas, ni pistas, que nos condujeran a algún otro lado —continuó exponiendo la joven—. Y ninguna de estas personas han aparecido con el paso de los días. Ni sus cuerpos, obviamente —matizó tras un reflexivo silencio, en el que Linda repasó mentalmente si se había olvidado de algo.

La agente vio al oficial acariciarse la barbilla con un ligero gesto de afirmación en el momento en el que ella se agachó a por uno de los papeles que se había dispuesto sobre la sillas y, con él en la mano, se giró a escribir en la pizarra. Comenzó esbozando un contorno amplio con forma de piel de toro, marcando en su interior una serie de puntos separados entre sí, sobre los que trazó líneas a modo de carreteras para unir algunos de ellos.

Esteban aguardó a que la representación gráfica que su compañera estaba realizando en el tablero tuviera cierta consistencia para tomar la palabra.

— Estamos hablando de que estos once o doce casos similares en los que hemos centrado la investigación se han dado en distintas ciudades de la península ibérica, todas ellas alejadas de aquí, de la capital, en un radio que comprende una horquilla de cero a trescientos cincuenta kilómetros de distancia, poco más o menos —explicó el agente veterano.

En ese momento Linda terminaba de dibujar la última de las dos amplias circunferencias con las que había rodeado el punto central que representaba Madrid —y que ella etiquetó como Mad.—, y que incluían, en primera instancia, las abreviaturas de capitales de provincia como Toledo, Guadalajara, Segovia o Cuenca, y en segunda instancia, más alejadas del centro, urbes como Valladolid, Zaragoza, Valencia o Cáceres, entre otros puntos sueltos que la joven había dejado sin identificar.

— Lo que nos hace pensar que la célula de operaciones está instalada aquí —explicó Linda, remarcando con el rotulador la ciudad de Madrid—, y desde aquí coordinan el servicio que prestan en otros lugares —trazó flechas en todas las direcciones.

Linda dio un paso atrás para contemplar con cierta distancia su croquis y repasarlo de un vistazo.

— La realidad, mi teniente —le reveló—, es que el grueso de los casos que hemos analizado para elaborar nuestra teoría los hemos encontrado en la mitad norte de la península —Linda se acordó aquí de la casa de la viga de madera, y trazó una recta horizontal que pasaba por la ciudad de Toledo y que partía en dos la silueta peninsular que había delineado—. Lo que nos hace pensar que, tal vez, por operatividad, se distribuyan áreas de actuación y haya células activas en otros puntos —aventuró la joven.

— ¿A qué células y servicios te refieres? —le inquirió con gesto serio el teniente.

Linda reaccionó con ademán vanidoso, como si agradeciera que el oficial le hubiera hecho esa pregunta.

— Gracias a la incorporación de Sonia —contó señalando orgullosa hacia la cristalera que daba a la oficina— y a su conocimiento en internet profundo, hemos podido dar con una red ilegal que ofrece, a potenciales suicidas, la posibilidad de desaparecer del mapa una vez muertos, morir sin que nadie pueda darles por fallecidos. Crean «ausentes»... —aclaró finalmente entrecomillando con sus dedos, ante la cara de asombro que advirtió en los dos escuchantes.

— Y la cosa les está funcionando —añadió Esteban, corroborando con el gesto.

— Son realmente ingeniosos —puntualizó Linda—. Según Sonia, no había visto nada igual en delitos cibernéticos. Usan algoritmos y ventanas emergentes tremendamente sofisticadas, de origen fantasma, imposibles de rastrear. Atando cabos: por un lado el servicio que ofertan; y por el otro,

estos desaparecidos...

Linda abrió los brazos hacia su superior en señal de haber terminado la primera parte de su exposición y abrir el tiempo de ruegos y preguntas.

— La jodida realidad nunca deja de sorprendernos, verdad, Fran —pronunció el teniente Marcos buscando con su mirada la participación del agente invitado.

— Eso parece, mi teniente —contestó girándose un instante hacia él, para volver después hacia Esteban y Linda y proseguir—. Si no habéis identificado casos parecidos en otros puntos de España —opinó Fran, con tono constructivo—, igual es que ese servicio es pionero, o está en pruebas, y se ofrece limitado geográficamente.

Linda y Esteban se miraron entre ellos impresionados, valorando la inteligente aportación de su compañero.

— ¿Eso sería posible? —le preguntó Linda, con interés.

— Supongo que sí, que se puede acotar el alcance geográfico de tus acciones a través de las direcciones IP, pero no lo sé seguro —les comentó Fran—. Yo os lo dejo ahí...

— Pues lo apunto —le aseguró la joven—. Muchas gracias compañero.

— ¿Nacionalidad? —pasó a interrogarles ahora el oficial.

— Aún no tenemos nombres —repuso enérgico Esteban—. Es posible que sean de aquí, españoles, me refiero.

— ¿Peligrosos? —insistió el teniente.

— No nos consta —le informó Linda.

— ¿Cuántos son?

— Mínimo dos, que serían los dos supuestos hombres que vio y grabó ese testigo de Valladolid; y hoy ha contactado con nosotros por teléfono una mujer —enumeró Linda, con seguridad—; pero entendemos que por logística serán más, tal vez ¿cinco?, ¿ocho? —aquí evidenció con el gesto que decía los números por decir, pues no alcanzan aún a imaginarlo.

— ¿*Modus operandi*? —quiso saber su superior.

— No hemos podido confirmarlo —reconoció la joven de inmediato, para pasar a detallar la que ellos consideraban hipótesis principal—. Pensamos que siguen y hacen seguir un protocolo estricto: suicidios limpios, nada de sangre, recogen los cuerpos de noche, se las ingenian para pasar desapercibidos, pueden ir con máscaras, pueden usar furgonetas... Lo que tenemos, a día de hoy, mi teniente, son solo conjeturas —reflejó honesta Linda.

— Sonia está investigando en empresas de vehículos de alquiler —le informó Esteban—, pero tal vez tengan flota propia.

— ¿Y cómo los hacen desaparecer? —inquirió con perplejidad el teniente Marcos.

— Ahí el gran misterio, la gran incógnita... ¿Qué hacen con ellos? —reflexionó enigmático Esteban.

— ¿Y dónde? —agregó con tono inquietante Linda.

La cuestión quedó como suspendida en el aire, generando un silencio en la sala que dio lugar a que los cuatro policías presentes dedicaran unos segundos para meditar a ese respecto.

— ¿Alguna idea? —indagó el oficial.

Fran negó con su cabeza. Linda y Esteban cruzaron sus miradas cómplices un rato, sopesando cada uno en su pensamiento, y tratando de reflejar su conclusión en la expresión de sus ojos, si ese era el momento adecuado o no para dar por finalizada la reunión.

Al salir del despacho, Linda, con la emoción todavía a flor de piel, después de los nervios que le había provocado tener que enfrentarse a la cita con el teniente Marcos para exponer las pesquisas en las que llevaban meses trabajando, compartió con Sonia la sensación general de

satisfacción por el resultado que les había transmitido su jefe, y le dio sinceramente las gracias. Esteban propuso hacer un descanso e ir a comentar la jugada tomándose un café de máquina, y hasta allí que se fueron los tres. Al regresar, Linda no paró en el servicio como sus compañeros, y disfrutó de unos minutos de intimidad sentada en su silla. Sacó el móvil y tecleó en la pantalla: *«Tengo dos noticias en mi poder — escribió—, una buena y una mala: la buena es que, a pesar de mi apretada agenda y si te portas bien, la promesa que te hice sigue en pie, el día que quieras, esta semana, y te llevo a mi casa—* añadió aquí un emoticono de rostro amarillo silbando un corazón rojo*—; tristemente, la mala, es que te noté asustado y, creo intuir que, al final, no te vas a atrever —*cerró el texto con el dibujo de una gallina de cuerpo entero*—»*. Linda repasó el texto, sonrió ligeramente y se lo envió a John.

— ¡Se te ve pletórica! —exclamó de pronto Esteban, agarrándola por los hombros desde atrás—. ¿Es por la reunión?, que creo que no ha sido para tanto —cuchicheó esto último con tono gracioso—, o... ¿qué es lo que te traes entre manos, Linda?

Linda, que dedujo que desde el punto de vista en el que su compañero la había abordado había podido ver claramente el contenido del teléfono, hizo girar la silla lentamente hacia el agente veterano y le dedicó una enigmática mirada, entre lo profesional y lo personal.

La visita que Mario hizo días atrás a curiosear el bar restaurante que se traspasaba le había sentado muy bien a su salud mental. Como era del todo lógico, no podía pretender que su vida cambiara sin él tener que hacer nada; tenía que salir ahí fuera y enfrentarse a sus miedos, buscar la oportunidad de ponerse a salvo, de sí mismo y de la Policía. Y por si fuera poco, había querido dar ese nuevo paso en compañía de sus hijos, lo que, además de convertir ese momento en algo especial, de algún modo significaba que afrontaba la idea de que otras personas cercanas pudieran conocer sus intenciones —aquí estaba pensando en su exmujer—, tratando de superar así el hermetismo con el que llevaba actuando los últimos años. Con relación al negocio, en opinión de Mario, el emplazamiento y las condiciones eran inmejorables, y el local tenía posibilidades de hacer dinero, pero él conocía en primera persona cuál era, habitualmente, el principal adjetivo con el que se calificaba ese trabajo: esclavo, y Mario llevaba tiempo alejado de esos ritmos diarios tan exigentes. También tenía en cuenta que, los años conduciendo el camión, o la temporada que llevaba recogiendo y volatizando muertos, habían menoscabado sus habilidades sociales y las ganas de comunicarse hasta hacerlas prácticamente inexistentes. Y eso era un claro hándicap. Pero por otro lado, reflexionó Mario, haciendo una lectura positiva, todo era ponerse, y no precisar formación para desempeñar el oficio resultaba un argumento a valorar; regentar una taberna era algo que él ya había hecho, y sabría volver a hacer bien.

Al mirar por la ventana del salón de su apartamento, Mario comprobó que, tal y como pronosticaban las previsiones meteorológicas, la mañana del jueves amanecía soleada. Un contratiempo inicial menos, consideró. El agua de lluvia nunca era bien recibida en su quehacer fuera de la ley, ya que era un hecho contrastado que ralentizaba el tráfico y aumentaba la posibilidad de que quedaran huellas y rastros reveladores o incriminatorios de la propia actividad, tanto en las viviendas de los clientes como en los caminos.

Esa noche no había tenido pesadillas ni sueños extraños, al menos que él recordara, y había podido dormir del tirón las casi cinco horas que pasaron desde el momento en que se acostó hasta que sus ojos se le habían abierto plácidamente. Como tenía presente que tenía que trabajar de madrugada, había intentado retomar el sueño cerrando otra vez sus párpados y abandonándose a un pensamiento en blanco, pero no lo había conseguido. Así que resolvió desayunar unas tostadas con jamón y un zumo de naranja, tomarse un café expreso y sin azúcar y, tan pronto dieran la diez de la mañana, una hora prudente en la que los colegios ya estarían funcionando y la gente con trabajo ocupada en sus asuntos, se bajaría con el balón a lanzar unos tiros a las canastas de baloncesto. Lo más probable es que en la cancha estuviera él solo y, además de poder practicar relajado y tonificar sus músculos, pudiera, asimismo, aprovechar ese tiempo para refrescar en su cabeza los milimétricos y escrupulosos pasos que, cuando cayera la noche y saliera en solitario a recoger al cliente, tendría que seguir al detalle si quería que todo resultara perfecto.

Lo cierto fue que, ante la proximidad en la ejecución del trabajo, y entre canasta y canasta, la ausencia de John se le antojó entonces realmente comprometida. Tal vez tenía que haberse echado atrás en la idea de llevarlo a cabo él solo. Quien ha tenido que cargar en alguna ocasión bultos sabe que contar con una ayuda siempre es una gran ventaja si quieres ganar tiempo y evitar viajes. Y disminuye los riesgos. Resulta evidente que es más limpio levantar un cuerpo entre dos personas que tener que arrastrarlo uno solo. Y resulta menos cansado.

Con ese poso enrarecido merodeando, y el ánimo alicaído, había vuelto a casa al mediodía y se estaba dando una ducha cuando oyó sonar el timbre de la puerta, de forma insistente. Mario se secó un poco, se envolvió el tronco inferior con la toalla y fue a abrir.

— Intuía que estarías esperándome —le soltó alegre Rosa, tras recorrer con mirada lujuriosa desde sus pies hasta su cara, recreándose en el torso desnudo.

— ¿Qué haces aquí? —le preguntó suspirando Mario—. ¿Vienes de fiesta o vas?

Mario había formulado esa cuestión porque el vestuario de Rosa le resultó extravagante a esas horas: calzaba unos zapatos de tacón largo que le hacía mucho más alta de la realidad; vestía una ajustada minifalda color vino que no llegaba a la altura de las rodillas y una cazadora tejana abierta que enseñaba el atrevido top negro de encaje con puntillas con el que cubría sus pechos, pero dejaba su ombligo al descubierto; y lucía su atractivo pelo rizado, recién lavado, salvajemente alborotado en torno a su rostro que, con gusto por lo natural, apenas había maquillado.

— Tengo el día libre, turnos, ya sabes, y he presentido que me necesitabas —le explicó radiante ella.

— Trabajo esta noche —se lamentó lacónico Mario a modo de excusa sosteniendo la puerta, tratando de hacer lo que hacía siempre que barruntaba inquietud, encerrarse en sí mismo.

— Bueno, eso aún queda muy lejos ¿no? —celebró risueña ella—. Podemos comer juntos —sentenció, antes de colarse decidida en el apartamento.

En las horas siguientes y siguiendo un orden convencional, contra pronóstico —dadas las circunstancias—, prepararon la comida y la despacharon con tranquilidad sentados en la mesa del salón. Arroz con verdura y filetes de ternera. Y de postre, flan. Rosa le contó muchas anécdotas de su trabajo y Mario, que estuvo parco como en él era habitual, intentó resultar al menos amable en su escuchas e intervenciones, agradecido en el fondo como estaba por su inesperada visita. Al terminar, se sentaron un rato en el sofá a ver las noticias, pero los sucesos enseguida desagradaron a Rosa, que sugirió a Mario irse con ella a recostar en el cuarto para echarse una buena siesta. Mario accedió deprisa, sabedor de que dormir y restablecer el ánimo era lo que más necesitaba en ese momento. Al llegar a la cama, vencieron la pesadez de sus barrigas e hicieron el amor de una manera mucho más delicada y contenida, pero igualmente placentera, tras lo cual Rosa buscó el pecho de Mario y se quedó profundamente dormida. Él, sin embargo, echó su mano libre detrás de la nuca, sobre la almohada, y se quedó cavilando sobre sus prioridades vitales con la mirada perdida en el techo, incapaz de conciliar el sueño.

Sobre las siete de la tarde y ataviado ya con su ropa de trabajo, Mario, intranquilo, se secaba la cara frente al espejo del aseo y se terminaba de ajustar el chaleco dispuesto a abandonar sigilosamente su vivienda, cuando el sonido de llamada de su teléfono de trabajo le alertó. Salió presto de puntillas a cogerlo en el recibidor de la entrada.

— ¿Sí? ¿Sí? —pronunció dos veces sin obtener respuesta—. Nada —dijo antes de colgar y quedarse mirando contrariado la mini pantalla que el aparato disponía sobre las teclas analógicas.

Al levantar sus ojos, Mario descubrió, a través del umbral de la puerta de su dormitorio, que Rosa se acababa de despertar, seguramente por el timbre del móvil, y le miraba cándida desde la cama, tumbada de lado, con su mejilla reposando sobre sus dos manos.

— Me voy ya —se despidió calmoso Mario, levantando hacia ella la palma de su mano derecha—. Quédate hasta cuando quieras.

— Se te ve pálido —le advirtió ella.

— Tranquila, estoy bien —le contestó, tras un largo bostezo.

Él se esforzó en esbozar una media sonrisa antes de encaminarse a la puerta, y ella se la devolvió complacida.

— ¿Cuándo me llevarás contigo? —le gritó Rosa al verlo marchar.

— Cierra bien al salir —le recordó con tibieza Mario antes de voltear la puerta, ignorando su solicitud.

— ¡Todavía no he visto tu camión! —vociferó ella desde el lecho, dramatizando su indignación.

Rosa oyó el golpe brusco de la puerta al cerrarse y estiró sus brazos y sus piernas sobre las sábanas para desperezarse y ponerse de pie. Salió directa al baño, pero escuchó un maullido triste del gato y desvió su camino hacia el salón para acariciarlo y decirle cosas bonitas. De pronto, el cuerpo de Rosa dio un respingo, por susto, que casi la tira para atrás.

— ¡Hostia! —advirtió un forma junto a la puerta—. ¿Tú? —identificó a Mario apoyado en la pared—. ¡Eres imbécil! —le gritó, con gesto de reproche.

A Rosa se le escapó la risa nerviosa entendiendo que era una broma que le había gastado, pero comprobó que el rostro de Mario estaba a años luz de sonreír.

— ¿Qué te pasa? —le inquirió preocupada, mientras se le acercaba con lentitud.

— Perdona —se disculpó inexpresivo él.

Rosa intentaba entender que era lo que había pasado, alternando la atención de su mirada entre Mario y la puerta.

— ¿Quién hay ahí afuera? —le preguntó, intrigada.

— No, nadie —le aclaró él, chascando la boca, y arrancó a andar con urgencia hacia el grifo de la cocina—. De repente me he dado cuenta de que me siento cansado. Y es que estoy seco. Voy a beber algo —le explicó ansioso, de camino.

Rosa siguió sus pasos y le tocó con su mano la espalda cuando él se detuvo frente a la encimera y se agachó para beber directamente a morro del grifo.

— Duermes fatal, o directamente no duermes, qué quieres —le expuso ella, agasajándole—. ¿Te preparo un café?

— No me queda café. Agua, agua está bien —paró un segundo para contestar y volvió a amorrarse al chorro.

Cuando terminó de beber, Mario se reincorporó con pausa y resopló frente al armario antes de apartar con delicadeza la cariñosa presencia de Rosa en su zona íntima, alejándola con sus brazos medio metro.

— Perdona Rosa, necesito un poco de aire —le solicitó.

— Claro —accedió de inmediato ella, dando simultáneamente un paso al lado.

Mario se inclinó para mojarse las manos y se echó agua a la cara, especialmente por sus ojos. También cargó líquido en su palma y lo volcó varias veces sobre su nuca, aguardando un instante después agachado en la fregadera. Al levantarse, con el cuello aún chorreante, volvió a beber.

— Ya estoy mejor —exhaló con alivio—. Era esto, hidratación —concluyó Mario.

— Si te dedicaras a otro cosa diría que te acaba de dar un ataque de ansiedad, pero a ti, con el camión... —Rosa meneó su cabeza con el ceño fruncido, indagando la razón—. ¿Transportas mercancías peligrosas o algo así?

Mario sonrió lacónico su intuición y guardó silencio.

— Ahora sí que me voy —le dijo, dando un palmada como impulso y alejándose hacia la puerta.

A él no le salió dar un beso de despedida ni ella se lo pidió.

— Para en algún bar y pide un café doble. Lo necesitarás —le aconsejó amable ella, viéndole llegar a la puerta.

— Descuida —repuso él con ademán cortés antes de cerrar la puerta decidido.

— Ve con cuidado —le gritó ella desde el otro lado.

Rosa oyó al gato volver a maullar y, cuando se quiso dar cuenta, ya lo tenía frotándose en su

pies.

— Ven aquí bonito... —lo cogió tierna entre su brazos—. ¿Qué dices tú?, ¿eh? ¿Nos damos una ducha?

El felino le enseñó sus diente y le regaló un sonoro bufido.

El cielo se había tornado gris a lo largo del día en Madrid. En el aire de la tarde se respiraba una sequedad tensa que, tal como se esperaba en esa época del año, presagiaba un descenso de la temperaturas significativo en las próximas horas. Sin embargo, no había amenaza de lluvias, ni en la capital ni en las provincias limítrofes, así que sobre el asunto metereológico, Mario podía estar tranquilo.

Como tenía por costumbre, había salido de su apartamento resuelto a dirigirse directamente al punto donde recoger el vehículo que Anna le tenía preparado para la ocasión, en este caso al este de la ciudad, en el parking de un centro comercial en el distrito de Moncloa Aravaca.

Tres cuartos de hora después, tras el soporífero trayecto en vagón —con trasbordo de líneas incluido—, que había realizado desde la terminal sur Hospital de Móstoles, salió por la boca de metro de la estación Príncipe Pío y, atendiendo a la sugerencia que le había hecho Rosa al despedirse, alteró el protocolo habitual y cruzó la calle en busca de una cafetería en la que tomarse un café doble sin azúcar. Mientras lo esperaba, de pie junto a la barra, sintió su garganta reseca, así que pidió también un poco de agua. Bebió las dos cosas deprisa. Respiró lentamente y se humedeció los labios con la lengua antes de pagar.

Al poco se arrancó y retomó el camino.

Siguiendo las precisas instrucciones que le había transmitido Anna, localizó fácilmente la furgoneta, se enfundó los guantes con la misma naturalidad que si fueran de abrigo y, tras agacharse y despejar las llaves que le había dejado escondidas tras la chapa sobre la rueda, se metió en el interior de la cabina. Como Mario ya imaginaba, el automóvil presentaba una particularidad especial dadas las circunstancias, pues montaba un banco de asientos traseros con tres plazas disponibles al que se accedía por una gran puerta lateral, sin ventana, que se situaba en el lado opuesto al del conductor.

Abrió la guantera y lo primero que hizo fue coger las dos jeringuillas que, en esta ocasión, podía llegar a necesitar. Con la segunda en su mano, y antes de esconderla en el bolsillo superior de su chaleco, pensó un instante en lo efectiva que había resultado en el desagradable incidente con Antonio —letal y mortífera, precisó—. Tragó saliva. Él hizo lo que había que hacer, como no podía ser de otra manera. Y aprendería a sobrellevarlo. Pero no debía de volver a pasar.

A continuación, revisó la dirección en la que tenía que recoger al individuo y sacó la fotografía para contemplar el rostro del tipo: era un hombre mayor de aspecto saludable, con un buena mata de pelo canoso —cuidadosamente peinado en raya hacia atrás—, con las cejas bien pobladas, la nariz ancha y un afeitado escrupuloso, que evidenciaba su incipiente papada bajo la barbilla.

Cuando Mario salió de los sótanos del aparcamiento, la difusa luz del final de la tarde había dado ya paso a la noche y, aunque el cielo aún no estaba totalmente negro, las variopintas luces de la ciudad iluminaban con creciente intensidad el escenario urbano en el que se iba a desarrollar la primera parte de la obra que él tenía por delante.

A esa hora, el tráfico de la zona metropolitana era denso, y un reguero de faros rojos se extendía a lo largo de la vía frente a él, que los contemplaba impertérrito a través de la luna del parabrisas. Mario suponía que, las desordenadas tácticas que Anna utilizaba para recoger los

vehículos, casi siempre aparcados bastante alejados del lugar al que se dirigían, respondían a un criterio de seguridad que hasta ahora les había funcionado, y no era cuestionable. Sin embargo, la ruta a trazar desde allí para llegar al destino era cosa suya, y él también tenía sus rarezas al respecto, así que evitaría los semáforos y atascos de la zona centro y cogería la vía de circunvalación M-30, en sentido sur, para rodear la ciudad y aparecer por el paseo de la Castellana conduciendo con su cuerpo orientado hacia el norte.

Prácticamente al mismo tiempo, pero más próximo al punto de encuentro, Santiago salió parsimonioso por el portal de su vivienda y se detuvo un instante en el escalón para, desde allí, otear el cielo encapotado de esa noche. Como imagen inspiradora, el manto uniforme gris oscuro con el que le obsequió el firmamento le resultó insípido, sin volumen ni brillo, poco digno para una ocasión tan especial; no obstante, muy ilustrativo del tiempo que le había tocado vivir, concluyó. Después, recorrió con su vista la calle, detenidamente, recreándose en los recuerdos que, como fogonazos breves, afloraban de repente en sus pensamientos al pasar la mirada por cualquiera de los rincones. Apretó los labios con ademán satisfecho y echó a caminar por el paseo en busca de un taxi. Iba vestido elegante, con zapatos negros, pantalón de pinza oscuro y camisa azul claro perfectamente planchada, que cubría con un jersey verde salvia sin mangas. En su mano portaba una funcional maleta de viaje marrón, en cuya empuñadura sostenía, colgada a ambos lados, una chaqueta de abrigo.

Conforme se acercaba al momento de la recogida, a Mario se le iban templando los ánimos. Aunque resultara paradójico, una vez que estaba metido en faena sus preocupaciones y miedos se le disipaban, su angustia desaparecía, y retomaba el control total sobre sus emociones y acciones. Tenía un cometido, una misión que llevar a cabo. Estaba concentrado en eso. No había lugar para nada más. Los debates filosóficos sobre las cuestiones fundamentales de la vida podían esperar. El sufrimiento podía esperar. Por eso necesitaba agarrarse a la rutina de un trabajo y estar siempre ocupado. Para huir de su propio desequilibrio psíquico.

Esa noche no había encendido el navegador de la furgoneta porque la dirección no tenía pérdida para él. En cinco minutos, y a la hora acordada, al tomar la glorieta después de pasar el edificio Torre Picasso, se desviaría ligeramente hacia la derecha. Para adentrarse, inmediatamente después, en la zona de aparcamiento que el estadio Santiago Bernabéu tenía a ese lado del paseo de la Castellana. Aprovechó esos instantes previos para revisar la cabina y el salpicadero, y se guardó el móvil de trabajo que había dejado apoyado sobre el asiento del copiloto en el bolsillo bajo de su chaleco. Movié los dedos de su mano sobre el volante para celebrar que los guantes siempre se los ponía antes de entrar al vehículo, y aprovechó el primer semáforo para extraer la máscara de la guantera y cubrirse con ella el semblante. Acto seguido, y ya en marcha, se estiró a coger la gorra azul con un logotipo rojo y se la puso en la cabeza.

Al encontrarse con su mirada en el espejo retrovisor y detenerse a contemplar su jeta consideró que, esa careta del rostro, de no sabía qué director —y que era la misma que él y John se habían puesto en la anterior ocasión fallida del suicida—, guardaba gran parecido con la jodida cara de su cliente. Tenía la piel menos envejecida, no tenía el pelo cano, y la nariz era aguileña, era verdad, pero los rasgos generales de los dos, de seres pánfilos y cejones, eran iguales. Mario opinó que el toque personal y original que Anna trataba de aportar al negocio igual se le estaba yendo de las manos.

Santiago aguardaba pacientemente en el sitio acordado, justo después del único paso de peatones que había en el primer cruce del recinto, en el mismo borde de la acera en la que, metros

después, se encontraba un pequeña gasolinera. Mario lo identificó por la maleta, pues en ese instante el hombre le daba la espalda, ya que miraba, como despistado, en el sentido contrario por el que circulaban los coches.

El acceso de doble vía al parking estaba relativamente tranquilo y, justo en esa zona, el carril derecho disponible se despejaba y era más ancho de la normal, porque contemplaba un línea destinada al aparcamiento que, en ese punto, no podía habilitarse por estar en una intersección. Así que Mario, con todo favorable, ralentizó la velocidad, activó las luces de emergencia y detuvo la furgoneta —sin parar el motor—, a la altura del hombre, que se giró sin sobresaltos.

Mario se deslizó por el asiento de la cabina con agilidad y bajó del vehículo por la puerta del copiloto. Esta operación tan fina era doblemente segura: por un lado evitaba el riesgo de accidente con alguno de los coches que pasaban pegados a la puerta del conductor; y por otro, le permitía parapetarse, con la puerta tras de sí, de buena parte de las potenciales miradas curiosas de los viandantes, si bien, en ese momento, escaseaban.

Una vez estuvo de pie afuera, actuó con rapidez y naturalidad. Primero empujó con fuerza la puerta lateral hacia atrás, hasta abrirla completamente, y después invitó al hombre, con un gesto cortés inclinando su mano, a que entrara dentro. Tan pronto Santiago se sentó, Mario cerró el portón lateral arrastrando con fuerza hacia él, y se introdujo diligente en la cabina.

Los seguros de la furgoneta se cerraron al unísono con un sonido seco.

Después de posicionarse correctamente en el asiento de conductor, y antes de emprender el viaje, Mario se giró hacia atrás y extendió la palma de su mano abierta hacia el cliente, en claro gesto de esperar algo de él. Los ojos de Mario no transmitían para nada la inquina interna con la que en ese momento escrutaba a Santiago. Ahí lo tenía, frente a sus propias narices: el hombre trastornado que, sólo unas semanas atrás, se había encaramado en el balcón de su vivienda y había amenazado con tirarse al asfalto ante el pasmo de sus vecinos y el recocijo de la televisión. Queriendo o sin querer, les había puesto a todos en serio peligro.

Santiago, que conocía bien el protocolo del servicio que contrató —más que por su propia atención, por la insistencia de Anna—, se desabrochó el reloj de pulsera y, junto con su teléfono móvil táctil, que ya llevaba apagado, se lo entregó dócil al hombre de la máscara.

— Pálpese la ropa —le ordenó Mario.

Obediente, Santiago golpeó con las palmas abiertas todo su torso —sin provocarse ninguna arruga—, y deslizó después sus dedos hacia los bolsillos del pantalón, donde reconoció, con sorpresa, un bulto del que se había olvidado.

— Sí, es verdad, las llaves de casa —le dijo, y las depositó también sobre su mano—. Y en el abrigo no llevo nada, mire... —palpó la cazadora en un periquete a dos manos y la sacudió al aire con ligereza, ante la atenta mirada del individuo de rostro oculto.

Mario asintió conforme, apoyó los tres objetos en una repisa del salpicadero y, oteando por el retrovisor de su lado para encontrar el momento oportuno, puso la furgoneta en movimiento para reincorporarse a la circulación.

Santiago aprovechó esos primeros compases del viaje para acomodarse. Apartó de su regazo la maleta y la chaqueta y las dejó apoyadas en el sillón de su izquierda. A la altura de los pies, pero en ese otro extremo, observó que había una pequeña y coqueta nevera de camping, de color naranja y bordes blancos, sin la tapa superior, de la que asomaba una botella de plástico, y en la que, al estirarse, le pareció distinguir en su interior varias latas de bebida. Apoyó la espalda sobre su respaldo y resopló. Aunque pareciera un contrasentido, necesitaba ponerse el cinturón de seguridad, así que buscó la cinta y la enganchó. Contempló unos segundo al hombre enmascarado que tenía delante. Por sus hechuras era un hombre ágil y fuerte. En su mirada atisbó la serenidad

de alguien maduro. Transmitía confianza y ahí, con el volante en sus manos, concentrado y absorto en la conducción, entre el trajín de destellos y reflejos con que les obsequiaba la negrura de la ciudad, parecía saberse lo que hacía.

— ¿Dónde vamos? —preguntó calmoso Santiago.

Expectante por escuchar la respuesta, en el reflejo del retrovisor interior se cruzó con los ojos del conductor —la única parte de su hermética cara que gozaba de vida propia, observó—, que le miraron impávidos sin pestañear.

— Tápese los ojos —le replicó conciso e imperativo Mario, señalando fugazmente con su dedo índice el asiento del copiloto.

Santiago advirtió entonces que, del respaldo del asiento que tenía delante, colgaba una tela negra.

— Ah, entiendo... Tranquilo. Me portaré bien —le repuso amable, mientras cogió la venda en sus manos, la estiró al completo para medirla, y cubrió con ella tensa sus ojos por delante, para terminar anudándola por la nuca.

Un rato después, en el silencio tenso y frío de la furgoneta, cuando Mario tomaba una de las salidas norte de la capital, percibió un movimiento justo a su espalda y escuchó golpecitos secos que le alertaron y reclamaron su atención. Instintivamente giró su cabeza y miró ladeado por el rabillo del ojo para descubrir a Santiago estirado en oblicuo hacia él y rebuscando al tuntún en el interior de la fresquera. El hombre, a ciegas, trataba de hacerse con alguna de las tres bebidas que Anna había incluido en la oferta del día, que se reducía a agua, refresco de cola o birra. Hubiera podido elegir cualquiera de ellas al principio, cuando las tenía a la vista, reflexionó Mario. Sin embargo, ahí estaba, con los ojos tapados y decidiendo entonces cuál de ellas escoger, explorando torpemente los envases con su mano, como tratando así de adivinar su contenido. ¿Era realmente idiota y no le daba ni para preguntar? ¿O es que se estaba tomando esta mierda como un juego? Mario sacudió la cabeza receloso y se centró en el tráfico de la carretera.

Al poco, con la conducción cada vez más relajada, Mario volvió a fisgar furtivo a través del retrovisor interior y observó cómo Santiago sostenía ya en sus manos, aún sin abrir, la única lata de cerveza que contenía la nevera. Había tenido suerte el cabrón, musitó para sí.

Pasaron unos minutos hasta que, abandonando ya el área metropolitana de Madrid, y en compañía únicamente del soporífero ruido de fondo del motor y del agradable soniquete de aire fresco y nocturnidad que entraba constante por la ranura de la ventanilla —la que Mario mantenía entreabierta para aliviar el calor que le provocaba el látex en su cara—, en el interior de la cabina se oyó, de pronto, el chasquido metálico y la pequeña explosión de gas que la lata produjo al abrirla. Mario curioseó de nuevo a través del espejo y vio a Santiago sentado con la venda en sus ojos y actitud relajada, llevándose el líquido a la boca y bebiendo del envase dos tragos cortos de forma consecutiva, para quedarse después saboreando la sensación con deleite, chasqueando la boca lentamente, como si eso formara parte de su propio ritual.

Mario entendió entonces que un momento así precisaba de una musicalidad específica y buscó en el dial hasta que sintonizó Radio Clásica, cuya emisión sabía que era idéntica para todo el territorio.

Y los acordes de un piano comenzaron a sonorizar el final del primer acto de la noche.

— ¡Oh, es perfecto! —exhaló susurrando Santiago al escuchar la melodía. Y esbozó una sonrisa.

Justo cuando Linda salía de la ducha dispuesta a ponerse el pijama y pasar el tramo final de la tarde tumbada relajadamente en sofá, con la idea de cenar algo rápido e irse a dormir pronto, recibió un mensaje de texto de John. Si no tenía inconveniente, el chico se acercaba a verla donde ella le dijera esa misma noche. Linda le había recordado que al día siguiente, y temprano, él tenía un examen. Pero él repuso que lo tenía controlado y que necesitaba desconectar. Y que además, así, podría comprobar finalmente si era una mujer de palabra o iba de farol por la vida. Añadió a la provocación una ilustrativa cara amarilla desconfiada y pensativa. Linda se pasó la mano por la nuca sopesando qué hacer. Como no había vuelto a tener noticias de él, llevaba intención de descansar esa noche para no llegar fatigada al fin de semana, ya que igual se escapaba a hacer una visita exprés y por sorpresa a su madre, que la había notado al teléfono algo alicaída la noche anterior y seguro le haría mucha ilusión. Pero por otro lado, ella también precisaba poner algo de aventura en su vida.

A las nueve y media de esa noche sin estrellas, en la que no se movía ni una brizna de humedad en el aire, Linda y John entraban a zamparse un bocadillo de jamón, que acompañaron de unas cervezas y una ración de bravas, en una tasca temática que la joven conocía a dos manzanas de su casa, y que tenía una ubicación perfecta para quedar, ya que estaba a escasos metros de una parada de metro.

Mientras liquidaban el asunto, y la joven policía masticaba anonadada escuchando como el risueño John hablaba entusiasmado de la popularidad que el implante de microchips estaba alcanzando en algunos países del norte de Europa —la gente era cada vez más idiota, razonó él, y por abrir sin manos una puerta o poder pagar sin llevar tarjetas, obviaba la pérdida de privacidad y el riesgo que en su seguridad provocaba llevar dentro de su piel ese inquietante invento, que en un futuro cercano, según él, permitiría a las élites totalitarias que gobernarán el mundo controlar hasta la esperanza de vida del ser humano—, Linda dudó de si no hubiera sido mejor que, cuando él se había acercado a la puerta del local para saludarla con dos besos en la mejilla, ella se hubiera lanzado directamente a comerle la boca con lengua y a arrastrarlo en volandas hasta su casa, para saldar su deuda cuanto antes y ganarle tiempo al cronómetro, que mañana tenía que trabajar. Pero lo cierto era que los dos llegaron con hambre a la cita y los pasos que había que dar para llegar a cualquier sitio, especialmente a la cama —ella lo sabía bien—, convenía recorrerlos de uno en uno.

Aunque Linda no era religiosa, la figura decorativa del Ángel de la Guarda que, cuando era una niña, su padre le colocó en la estantería de pared que tenía sobre su cama —después de arroparla y darle un beso de buenas noches, como hizo todos los días de su vida hasta que se la quitó—, le acompañó desde entonces en todos los cuartos y pisos donde le había tocado vivir, especialmente variopintos en los años de academia.

Era un santo de resina policromada, de veinte centímetros de altura, con grandes alas blancas a la espalda, y con sus brazos en actitud protectora hacia la dulce y risueña niña que tenía a sus pies, que por casualidad o no, era la viva imagen de ella misma a la edad de los seis años.

La estampa gozaba de una situación privilegiada en el apartamento que Linda tenía en ese momento en Madrid, pues estaba encaramada en una balda elevada en mitad del pasillo, con todas las habitaciones localizadas en su amplio campo de visión, como si eso, dejarle al celestial guardaespaldas la vista despejada para que pudiera contemplar hasta la línea del horizonte de lo que era todo su mundo, ayudara a garantizar a la joven la cobertura de protección que la figura tenía para su existencia.

Esa noche, en el silencio calmo que la ausencia de Linda había dejado en el apartamento, y bajo la tenue luz de calle que, a través de las ventanas, iluminaba la estancia y la imagen del santo, los ojos protectores del ángel se desvelaron de pronto con el sonido de unas llaves introduciéndose en el bombín de la cerradura. A continuación, contemplaron a Linda abrir divertida y enérgica la puerta de entrada y, atrayendo con sus manos a un joven, introducirlo en el piso y empujarlo contra la pared para, a la vez que lo manoseaba y lo besaba con actitud más que cariñosa, cerrar a una mano la puerta y echar el pestillo sin mirarlo.

Solo unos minutos después, cuando el confiado espíritu del Ángel de la Guarda por fin se despezó del todo y bajó a tierra firme para velar por su protegida, el rastro abandonado de la ropa de los dos jóvenes tirada por el pasillo bajo sus pies le ayudó a interpretar y entender las respiraciones fuertes y los ruiditos húmedos y esponjosos que, conforme se aproximaba cauteloso al cuarto de la joven, escuchaba con más nitidez.

A través del umbral de la habitación, con la puerta abierta de par en par, observó cómo la pareja de amantes rodaba entrelazada y ardiente sobre la cama, afanadas en ese punto en despojarse mutuamente la ropa interior. Entornó su sonrisa de santo y se le escapó una risita cómplice. Hacía por lo menos un año que no cuidaba de Linda en una ocasión como esa.

La observó felizmente entregada y, sabiéndose de más, regresó por el sitio que había venido hasta encaramarse de nuevo a la balda del pasillo.

Con sus cuerpos totalmente desnudos, las manos de Linda acompañaron la cabeza de John en su descenso, hasta perderlo de vista.

Una cosa detrás de la otra, la tensión de sus músculos aflojó de pronto tras los jadeos. El pecho de él cayó sobre sus pechos. El rostro de Linda era de goce. Rezumaba placer. Mientras lo abraza entre sus brazos, sintiéndose reconfortada, dirigió su mirada al reloj despertador que descansaba sobre la mesilla. Las once y cuarto de la noche. Suficientemente tarde ya. Torció el gesto.

Al poco de salir de la autovía, y a punto de tomar el primero de los desvíos que se iban a concatenar hasta llegar al camino de montaña, Mario reflexionaba sobre su propia capacidad de adaptación y de su instinto supervivencia ya que, de momento, no había extrañado la ausencia de John ni un instante, y no creía que lo fuera a echar en falta el resto de la noche, porque su forma de ser lo había llevado siempre a tirar hacia adelante con los compromisos adquiridos, sin pararse a pensar cómo hubiera sido de otra manera, o buscando cualquier excusa para acobardarse. Él se bastaba y se sobraba por sí solo. Así había hecho hasta entonces y no iba a ser distinto en el futuro.

Por otro lado, se preguntaba qué suerte correría el chaval en la prueba que tendría al día siguiente. Desde luego, si le iba bien, Anna ya estaba olvidándose de él y buscándose a otro para sustituirlo. Y acertar con la persona adecuada no iba a ser para nada sencillo. Por muy jodido que siguiera estando el mercado laboral para los jóvenes, que en su día, un chico como John, sano, con inquietudes y poco problemático, aceptara arriesgar el tipo y actuar a demanda —al margen de la ley—, para hacer dinero, había sido para ellos como encontrar una aguja en un pajar. Llegado el caso, lo más normal para Anna sería disponer de perfiles de aspirantes mucho menos inteligentes y más marginales o conflictivos; y tener así que elegir entre entre paja y más paja, que luego él, qué remedio, se encargaría de afinar y de domar. Por si no tuviera ya pocas preocupaciones.

El caso era que, a pesar de los inconvenientes inmediatos que conllevaba la posible salida de John del negocio, Mario deseaba que al muchacho las cosas le fueran bien y consiguiera por fin trabajar en aquello que lo estimulaba y le hacía sentir realizado; era un tipo positivo y alegre, con todo por delante, que merecía que la vida le viniese de cara. Un joven que le había demostrado lealtad y confidencialidad en el tiempo que, hasta la fecha, habían compartido. Y en el que se podía confiar —obviando, eso sí, el experimento del dron con el GPS activo del móvil en la simbólica despedida del último cliente, que Mario le recriminó por ser del todo imprudente, pero le reconoció después que tuvo un resultado espectacular.

Sin duda, John no lo habría dejado esa noche en la estacada sin una buena razón y, en ese mismo momento en el que él se encontraba, conduciendo la furgoneta a modo de chófer del suicida en dirección al matadero, seguro que el joven estaría concentrado hincando los codos, apurando las últimas horas de estudio antes de la decisiva prueba, persiguiendo, sin cejar, conseguir su sueño —concluyó Mario.

Llevaban ya unos cuantos kilómetros de la ruta sin cruzarse con ningún coche y sin que ninguna farola ni elemento urbano iluminase su itinerario, cuando llegaron al cruce no señalizado donde debía reducir la velocidad de su marcha y hacer girar las ruedas de la furgoneta a la derecha, para que el neumático pasara de rodar por el asfalto de la carretera a pisar la tierra compacta de la pista de montaña que, serpenteante, se adentraba kilómetros y kilómetros en el bosque en perfecta armonía con el entorno.

El tal Santiago debía de haberse quedado dormido detrás porque, después de verlo apurar el último sorbo de la cerveza, y desde que la radio había comenzado a sonar hacía casi un hora, no había vuelto a moverse ni a pronunciar palabra.

— ¿Qué es ese traqueteo? —soltó de pronto aturdido el hombre, que movía inquieta su cabeza a los lados como si realmente pudiera ver a través de la venda opaca que cubría sus ojos.

Mario lo observó en el reflejo del retrovisor y sonrió sin contestarle. Aunque no pudo verle abrir los ojos, seguro que acababa de despertarse, y el tic nervioso de la boca y sus gestos desconcertados tenían su gracia.

— ¿Ya llegamos? —preguntó Santiago al rato, más sereno, tras la pausa de varios segundos que le llevó recordar en qué andaba metido.

— Aún queda —le aclaró Mario.

A pesar de que delante de él, tras el cristal, los faros de la furgoneta destacaban claramente el camino con dos potentes conos blancos de luz, conforme Mario se sumergía con nocturnidad y alevosía en ese basto entorno natural rodeado de árboles y frondosa vegetación, y enfilaba lentamente las cada vez más empinadas y largas cuestas —presintiendo el escarpe del terreno a su lado—, su cuerpo se tensaba y se ponía en alerta. Sentía cómo la oscuridad de la noche se hacía cada vez más densa, más tenebrosa y, entre las tinieblas, todo eran sombras, y el peso de la inmensidad de la negrura caía sobre su soledad para recordarle una realidad que no debía nunca perder de vista y que a menudo olvidaba, su propia existencia y los amargos vericuetos de la misma, eran algo nimio, prescindible e irrelevante en el universo que a todos nos acogía. Un pequeño fallo de coordinación muscular, un despiste, y todos al hoyo. Aquí paz, y después gloria.

Unos minutos antes de la medianoche, Mario llegó al ensanche de la pista que daba acceso a la parcela de terreno en la que se encontraba la casa de montaña, y detuvo la furgoneta enfrente de la fachada. Apagó el motor y, dejando solo la luz de posición dada, Mario se bajó del vehículo y abrió el portón lateral.

— Ya estamos, coja la maleta y venga conmigo —le ordenó.

Acto seguido se encaminó, no hacía al garaje anexo como hacía habitualmente cuando se encontraban en la fase de incinerado, sino a la entrada principal de la vivienda.

Al llegar e introducir las llaves en la cerradura, observó desde allí que Santiago se había quedado de pie inmóvil junto a la furgoneta y, como si la ceguera por llevar la venda le hubiera dejado indefenso ante el mundo, abrazaba la maleta sobre su pecho rodeándola con sus brazos y sin saber en qué dirección moverse.

— Camine en dirección a mi voz. No hay obstáculos —le indicó.

Mario lo vio acercarse timorato hacia él. Aprovechó para reajustarse la máscara y airearse un poco el rostro. Al segundo, abrió la puerta del caserón.

Después de hacer el amor con Linda, entrelazar sus manos contra el colchón por encima de su cabeza, besarle cariñosamente la boca y quedarse tumbado sobre ella jadeante y extenuado, con los cuerpos humedecidos de sudor, John sintió cómo ella lo empujaba suavemente a un lado y se lo quitaba literalmente de encima para, tumbada como estaba, poder coger bocanadas de aire limpio y tratar así de recuperar el control de los latidos de su corazón.

— ¿Qué tal? —quiso saber él.

Linda percibió en el tono que no era simplemente una pregunta cortés para la que bastara un leve sonido, una mirada o un gesto de satisfacción, sino que él aguardaba expectante una respuesta.

— No esperarás que te ponga nota... —le espetó ella, tras girar hacia él su cabeza y mirarlo a la cara con incredulidad.

Dicho lo cual, se reincorporó sobre la cama, buscó entre las sábanas la ropa interior y, tras ponérsela en un santiamén, se dirigió decidida a la zona abierta de la cocina.

— No, venga ya. No te enfades —le rogó John al verla salir del cuarto—. ¡Era solo una frase hecha! —le explicó. No me lo digas y ya está, no quiero saberlo.

Mientras abría la nevera y cogía de su interior fiambre para prepararse un sándwich, la joven policía se volteó hacia atrás y lo miró de soslayo, con ademán de poner en duda lo que estaba oyendo.

— ¿Pero bien? ¿Para repetir? —insistió él con naturalidad, como si no le importara evidenciar así lo contradictorio de sus argumentos.

— No he repetido nunca, nunca —le aseguró convencida Linda, mientras se preparaba el emparedado sobre la encimera.

John, que había aprovechado ese tiempo para sanear el campo de batalla y envolver en papel el preservativo, la escuchaba ahora en calzoncillos, recostado sobre el cabecero de la cama. Achicó los ojos extrañado y guardó silencio.

— ¿Por quién me tomas? —continuó por fin ella, que por el soniquete agudo de manosear plásticos parecía únicamente afanada en su alimentación— He ido a curso por año. Soy toda una licenciada —puntualizó.

— Joder, tienes más peligro que yo... —exclamó John, receloso, en cuanto advirtió que la policía jugaba jocosamente al despiste refiriéndose al tema académico.

Linda, que terminaba de salpicar con unas gotas de aceite de oliva extra el jugoso sándwich de jamón de york y queso que ya tenía armado, le pegó un buen mordisco y, de vuelta al dormitorio, advirtió que John había dejado apoyado sus dos móviles sobre la pequeña repisa de la estancia que delimitaba el final de la cocina y el comienzo del salón. Masticando, se acercó hasta allí a curiosear con sigilo y, tras pensar si hacerlo o no, agarró el móvil más pintoresco, el antiguo, el que le resultaba más sospechoso, con una de sus manos. Volvió a dar un bocado al pan.

— Ya me fijé el otro día que llevas dos teléfonos... —comentó Linda mientras rumiaba en dirección al dormitorio, antes de detenerse en el vano de la puerta y terminar de tragar—. Este, por no tener, no tendrá ni GPS.

John se sorprendió al ver de pronto a la policía, a contraluz, en el marco de la puerta, sosteniendo su móvil analógico de trabajo en una de sus manos y refiriéndose a él. Le vino a la cabeza, a modo de *flashback*, la reprimenda que le hizo Mario en el coche el día en que, casualmente, la encontraron trabajando y descubrió a qué se dedicaba: «¿Policía? ¡Cuida bien donde metes la polla! Mándala a tomar por culo», le advirtió impetuoso entonces. Acababa de pasarse por el forro su generosa recomendación.

— Es para... —titubeó el joven antes de improvisar la explicación— para poder ligarme a

varias chicas del mismo grupo de amigas a la vez. Si les das el mismo número, te acaban pillando.

Linda, sin apartarle ni un segundo la mirada mientras lo escuchaba, y alabándole con parsimonia la explicación arqueando las cejas y asintiendo con la cabeza, se había acercado al lado de la cama en el que estaba recostado el chico y, de pie junto a él, le extendió su mano, ofreciéndole morder de su comida. Él rehusó girando a un lado su rostro.

— ¡Ya! —expresó con escepticismo Linda—. Si no llevas GPS será porque no quieres que te rastreen, ¿verdad? —aventuró en tono incriminatorio y misterioso al joven, al que observó tragar saliva y aguardar sin intervenir, como un mero espectador de su actuación—. ¿Es eso, eh? —insistió en su supuesto, apuntándole con su dedo índice—. No quieres que sepan dónde estás y puedan ir a por ti... —refrendó su hipótesis asintiendo—. ¡Que hay mucha loca suelta! —soltó de pronto con sarcasmo ella, como si la frase la hubiera dicho él.

John, por un momento, tuvo la perturbadora sensación de estar en pleno interrogatorio informal de una serie policial. De esos en los que, jugando con la moral del acusado y sin saber bien cómo, el tono se va tensando hasta que la presión se hace insostenible y uno se derrumba finalmente.

— Sabes que, si quisieran, te podrían localizar incluso usando estas antiguallas sin conexiones, ¿verdad? —le previno, con gesto de advertencia—. Se triangulan las llamadas a través de antenas de telefonía móvil y... —hizo una pausa para negar con su cabeza antes de rematar—, estás jodido igualmente.

— Ya. Bueno. No es tan fácil como suena —objetó él, con suficiencia.

Linda se acercó un paso más hacia él y lanzó el móvil de teclas, con despecho, al otro lado de la cama.

— ¿Quieres? —le volvió a ofrecer hincar el diente al sándwich.

— No, gracias.

— Come... Come... —le ordenó Linda, mientras se lo empujaba con brusquedad a la boca y se lo restregaba por los labios hasta que él, con la cabeza presionada contra el cabecero, no quiso alargar más la extraña situación y lo mordió.

— Buen chico, John —exclamó reconfortada la policía—. Haz siempre lo que te digo, que será lo mejor para ti.

John masticaba sin apetito y miraba alucinado lo que consideraba una actuación policial exagerada y, como él tenía algo que esconderle, y no sabía si ella lo sospechaba de verdad, o era puro teatro, no pilló la gracia del asunto.

— ¿Cómo puedes tener hambre?, hemos cenado hace nada —le cuestionó desaborido el joven.

— Después del sexo, a unos le da por fumarse un cigarro en la cama... y a otros, como yo, por asaltar la nevera y acojonar al amante con cualquier pretexto susceptible de delito—le desveló, con actitud ya relajada y amistosa—. Ya ves. ¡Tenías que haberte visto la cara! —exclamó, antes de soltar una desternillante carcajada.

— Sí, supongo que todos tenemos nuestras filias y nuestras fobias —musitó resignado él.

Linda mordió un trozo de sándwich y, con delicadeza, apoyó una rodilla tras la otra en el colchón, para ponerse encima de él y sentarse juguetona sobre sus piernas. A John le resultó un movimiento muy sugerente.

— ¿Y a ti no te da vergüenza venir a verme el mismo día que habías dicho que no a un trabajo?

— La verdad que ni me acordaba —repuso indiferente él.

— ¿No? —insistió ella, con mueca de duda en la cara.

— No —negó seco él.

— Pero podías haber escogido cualquier otro día de la semana... —le apuntó ella

— Podía...

—¿Piensas que te estarán echando de menos?

— No, se las apañarán sin mí.

— ¿No será que te pone ir de malote y hacer precisamente lo que no se debe hacer? ¿Lo que puede comprometerte? —Linda se echó el último bocado de sándwich a la boca y escaló su posición a ras del cuerpo de John para sentarse sobre su entrepierna—. ¿Esa es tu filia? ¿Vivir al límite? ¿Jugártela?

El tono que usaba la policía no era lujurioso ni lascivo en sí mismo, pero ese contraste de lo impúdico y lo jovial le resultaba a John tremendamente provocador, y le despertó de nuevo la libido.

— A mí lo que me pone ahora mismo eres tú. —le contestó él, y se mordió el labio inferior con deseo—. Ven aquí, joder.

Le rodeó la espalda con sus brazos y la atrajo hacia sí, para besarla de nuevo con pasión. Linda le agarró fuerte la cara con sus dos manos.

De pronto comenzó a ser perceptible el sonido de una alerta de móvil y los rostros de Linda y John se paralizaron desconcertados a la vez, buscando con mirada inquieta la ubicación del dispositivo. El teléfono estaba apoyado sobre la mesita de Linda, y hacía retumbar la madera cada vez con más fuerza, produciendo un sonido molesto. Con ademán de lamento, la policía descabalgó al chico y se estiró hasta el otro rincón para apagarlo. Las doce y un minuto de la de noche, verificó en la pantalla. En el mismo vistazo también advirtió el aviso de recepción de una secuencia de notificaciones pendientes aún de leer, que en ese momento pasó por alto.

— No es por ser apagafuegos —le dijo—, pero tendrás que vestirte. Mañana, bueno, hoy madrugó, y aún tengo que ordenarme y hacer alguna cosilla de trabajo.

John se echó las dos manos a la cabeza como si acabara de producirse una catástrofe de escala mundial.

— Claro, claro. Me echas, perfecto —aceptó resignado y de un impulso se quedó sentado sobre la cama con los pies en el suelo—. Yo también debería dormir, tengo el examen.

Linda salió en busca de la ropa que se habían ido despojando el uno al otro y que había quedado tirada por el pasillo. Ordenó la suya mientras John se vestía. Cuando él terminó, lo observó ponerse a buscar algo infructuosamente encima de la mesilla, debajo de la almohada, dentro de un cajón...

— ¿Qué haces? —le preguntó, extrañada.

— ¿Qué crees que hago? —le espetó él como indignado, negando incrédulo con su cabeza—. Busco el dinero. ¿Me vas a pagar, no?

— Venga, desaparece de aquí —le ordenó sonriente ella, indicándole la salida con la mano.

— ¿Te volveré a ver?

— Todo depende. Estate alerta... —respondió enigmática ella.

Otro beso cariñoso es lo más que John pudo rascar de la responsable Linda que, al cerrar la puerta, fue a mirar de nuevo su teléfono y a consultar qué eran esos mensajes que le habían llegado.

Apartados del mundanal ruido, perdidos en la montaña, en la oscuridad cerrada de la madrugada de esa noche sin estrellas, sin brillo, y bajo los inquietante sonidos nocturnos del bosque, Mario esperó a que Santiago, que caminaba cauteloso hacia él dando pasitos cortos para no tropezarse, se aproximara hasta su posición.

No tenía especial interés por alargar la situación y recrearse con ello —de hecho a Santiago, que en una mano sostenía la maleta y con la otra palpaba el aire en busca de obstáculos, se le veía andar tranquilo y precavido—, pero Mario tenía que reconocer que ver la escena de la silueta de un hombre con una venda en los ojos avanzar a tientas por un terreno irregular, a contraluz, solo iluminado desde atrás por los faros de la furgoneta, que le deslumbraban con cada paso y dejaban ver a ráfagas su contorno, tenía su punto dramático interesante, y reflejaba muy bien el suspense que la situación a la que esa noche se enfrentaba le producía. Luces y sombras. Halos de luz. Tineblas. Destellos de incertidumbre.

En el mismo momento en que agarró del brazo a Santiago y le ayudó a traspasar el umbral de la puerta, Mario pensó que, metafóricamente, él también avanzaba en la vida instintivamente sin saber adonde se dirigía.

Entraron directamente a la estancia principal de la vivienda.

— Apoye la maleta en el suelo y quítese la venda —dispuso Mario, mientras cerraba con llave desde dentro el portón de acceso.

Santiago se destapó los ojos y le costó unos segundos poder abrirlos del todo para contemplar lo que tenía ante sí.

En el ambiente se respiraba olor a cerrado y un poso de humedad, lógico por la altura a la que se seguramente se encontraban —dentro de la furgoneta pudo sentir, aún más claramente con los ojos cerrados, el progresivo aumento de su presión arterial al ascender significativamente con respecto al nivel del mar—, y por los días que parecía llevaba cerrada la vivienda a cal y canto. El aire estaba viciado, y hacía algo de frío.

El salón era amplio y austero, de paredes lisas amarillas y techo y muebles de madera. Tenía los mínimos elementos posibles para poder considerarlo confortable. Desde donde estaba podía ver la planta en su totalidad. Frente a él, al fondo, presidía un bonita chimenea de piedra con un gran sofá de tres plazas y un buen sillón a su vera. A su derecha, debía de haber un cuarto al que se tenía que entrar por otro lado, supuso, porque el espacio lo cortaba una pared que partía desde la misma entrada y terminaba al poco; ese tabique lo adornaba un cuadro horrible del retrato de un perro con la lengua afuera y un perchero colgado. Justo después, el espacio del comedor se abría para dejar sitio a una funcional mesa rectangular con seis sillas, y a la cocina, que se disponía en línea paralela al lateral diestro de la casa. En el rincón de ese lado, una escalera de caracol subía a otra planta, pero observó que una chapa metálica soldada en el hueco impedía utilizarla. Al fondo, pero en el extremo izquierdo —junto al espacio del hogar—, destacaba un sencillo armario vajillero de cristal en la esquina y una puerta de habitación cerrada en el lateral. Y más próximo a su posición, un voluminoso mueble con estanterías y cajones, mitad armario mitad librería, cubría el resto de la pared hasta el límite de la fachada.

— ¿Aquí va a ser? —inquirió sereno Santiago, tras ojear el sitio.

— Sí —le respondió seco el misterioso hombre de la máscara.

Mario observó cómo el cliente, que curioseaba alrededor, torcía el gesto como si el lugar no fuera del todo lo que él hubiera esperado.

— Le prepararé algo de fuego —le anunció Mario—, para caldear un poco el ambiente y que le resulte más acogedor.

— Lo agradezco, sí. Me encanta el fuego.

— Pues este final es perfecto entonces —opinó Mario, buscando de soslayo la reacción del cliente.

— Sí, lo es —corroboró él, tras unos segundos apretando tenso los labios y asintiendo en señal de aceptación.

— Siéntase como en casa —Mario acompañó la invitación con una cortés apertura de sus brazos, y se encaminó hacia la chimenea. A ambos lados de la construcción tradicional había apilados troncos de madera de distintos grosores. En el rincón del montón de la derecha, junto a la piedra, tenía guardados unos periódicos y una cuantas revistas viejas, y sobre ellas, astillas de madera y ramas secas. El mechero lo llevaba en uno de los bolsillos del chaleco.

Santiago se tomó al pie de la letra la recomendación del enmascarado y, moviéndose despacio, había comenzado a explorar la casa. Reparó en que la planta tenía tres ventanas: una daba a la fachada principal —a la izquierda, tal y como había entrado—; otra apuntaba al norte —entre la zona del hogar y la escalera—; y la última le permitiría ver el amanecer, al este, si llegaba el caso —sobre la encimera de la cocina—. Eso, si su orientación lógica era la correcta, y su delante era el Pirineo y su derecha era oriente, que con la experiencia sensorial de haber recorrido el trayecto con los ojos tapados, no podía asegurarlo al cien por cien. Tras el marco de cristal de todas ellas advirtió un candado metálico que impedía destapar las voluminosas y opacas contraventanas de madera.

— ¿Podrá abrirme alguna? —le inquirió Santiago, señalando a una de las aberturas.

— Ya ve que no. Protocolo.

Mario había preparado en el hogar una base de yesca con el papel asomando por debajo y sirviendo de apoyo a ramitas secas, astillas y a las propias virutas de la madera. Encima había dispuesto, en paralelo, dos trozos de leña medianos, y en torno a ese núcleo central, había construido una bonita tienda de campaña con leños ligeros y ramas gruesas. Es ese momento, prendía con el mechero una de las hoja del diario y soplabla suavemente sobre la llama tratando de avivarla.

— ¿Y está usted solo? —le preguntó el individuo.

— No, luego vienen refuerzos a ayudarme —Mario le mintió sin dudar—. No se preocupe.

Santiago fisgoneaba el interior de los armarios de la cocina cuando oyó unas espiraciones largas y seguidas que le hicieron girar y contemplar, fascinado, como el hombre sin rostro y con gorra, de cuclillas junto a la chimenea, había conseguido preparar y encender la fogata en tiempo récord. Era extraño, porque el palpito que le dio en su primera impresión tenía mucho de verdad, las máscara le confería una presencia inquietante, pero la sobriedad y eficiencia de su forma de actuar transmitía a la vez seguridad. Ahora se había levantado y preparaba, sobre la mesita pequeña de delante del sofá, el cóctel letal. Lo vio sacarse de su chaleco una jeringuilla cargada y verter el líquido transparente en un vaso de plástico, que llenó de agua después hasta la mitad. Dejó también ahí, sobre el tablero, una tira de seis pastillas y la botella abierta de agua mineral.

— Aquí le dejo esto —le indicó la voz del rostro pánfilo e inexpresivo de látex—. Bébaselo de un sorbo, es mejor para usted. No busque alcohol, no hay. Si quiere tomarse unos tranquilizantes antes, beba a morro de aquí —señaló el envase de plástico.

Mario repasó cuidadosamente con la mirada que estuviera todo en orden y no le quedara nada pendiente. Cogió la maleta de Santiago y se encaminó decidido hacia la puerta.

— Me la llevo. Le dejo tranquilo —le informó, girado hacia él—. Volveré en dos horas. Si no lo ha hecho usted, lo haré yo ¿Entendido? —Mario le clavó su mirada y esperó a que el cliente hiciera un gesto de conformidad.

El sujeto asintió convencido.

— Gracias —le dijo.

— Buen viaje —se despidió él.

Mario sonrió para sí, giró la llave, abrió la puerta y traspasó el umbral. Cerró desde fuera con dos vueltas a la cerradura.

Santiago sintió de golpe los ecos del silencio en el interior de la casa, que parecía cerrada herméticamente. Reparó entonces en el relajante crepitar de las llamas, que hacían prender ya parte de los troncos. Se acercó a observar el hipnótico movimiento del fuego para evocar por última vez sus mejores recuerdos, evaluar definitivamente su conciencia, y familiarizarse con la idea de que esa misma noche iba a morir.

Unos segundos después, a escasos metros de distancia del lugar donde se encontraba el cliente, en la nave colindante, el sonido de arrastre de unas cadenas anticipó que la persiana metálica del garaje crematorio comenzara a enrollarse verticalmente, y la tenue luz de la noche, y una ligera corriente fría de aire, se colaran de pronto en el amplio y diáfano espacio de paredes blancas.

Desde el interior, con la iluminación fluorescente de la sala encendida, y con el marco rectangular de la puerta de acceso despejado, la figura de Mario de espaldas caminando tranquilo e imparable hacia la furgoneta, con su silueta recortada por la luz de los faros, era la representación de que todo marchaba según lo previsto a esa hora de la noche.

Estaba a punto de culminar con éxito la primera fase de su trabajo, la habitual recogida del cadáver —en este caso equivalente al traslado en vida que Mario había hecho con el cliente desde la ciudad hasta la casa de montaña—, y tocaba preparar los elementos para llevar a cabo la segunda, la más larga de las tres, la reducción del cuerpo de Santiago a cenizas, que acometería aproximadamente en dos horas —si todo iba bien—. Así que, se montó en la furgoneta y la escondió en la cochera.

Una vez dentro, paró el motor y apagó las luces del vehículo, bajó de la cabina para cerrar el acceso exterior de la nave y, de vuelta, abrió el portón trasero del furgón para tener los elementos que iba a precisar a la vista. Dejó la bolsa negra con cremallera en el suelo y descargó también la maleta. Miró el reloj. Las doce y ocho minutos de la madrugada. Frunció el ceño y titubeó con relación a qué iba a hacer a continuación. Le sobrevino un bostezo largo. Resolvió dejar adelantado ya el grueso de las quehaceres que tenía por delante, así que fue a coger los elementos de la guantera suministrados por Anna, la fotografía de Santiago, los datos de contacto, por un lado, y el teléfono, las llaves y la cartera que le había entregado el hombre, por el otro, y los echó a la bolsa. De alguna manera, agrupar todos estos elementos personales e incriminatorios junto al cuerpo del difunto y que todo ello se quemara a la vez constituía una especie de ritual sagrado para Mario. En poco más de dos horas, cuando contara con el fiambre, añadiría al grupo la máscara y la gorra. Así lo había hecho hasta entonces y siempre le había ido bien. Acto seguido puso a caldear el horno a cuatrocientos grados. Con la maleta no encontró reparos en reducirla ya a cenizas, así que la introdujo en el interior. Agarró también la lata de cerveza y la echó también dentro. Cerró la puerta de acero.

De pronto se sintió cansado. La cosa estaba yendo bien, pero la angustia de los días atrás y la tensión del viaje en solitario le había pasado factura y, en ese momento de silencio, aislamiento y espera forzosa, su cuerpo le mandaba mensajes de necesitar descanso. Miró hacia la cabina de la furgoneta unos segundos tentado a subirse al asiento y recostarse un rato, pero venció a la sugestión y, después de coger la botella de agua de la nevera, se sentó en el frío suelo con su espalda apoyada en la pared del crematorio y sus brazos colocados sobre las rodillas. Iba a echar un trago cuando cayó en la cuenta de que todavía llevaba puesta la máscara, y que el calor que

esta le daba era seguro una de las causas de su repentino agobio. Podía habérsela quitado afuera con la brisa de la noche y hubiera sido reconfortante. Pensó que esa falta de reflejos, no habitual en él, era fruto de la fatiga. Se la levantó con dificultad, pues estaba pegajosa, dejando su cara sudada al descubierto. Sintió un alivio inmediato. Respiró profundo y proyectó en sus pensamientos la secuencia que estaba por venir. Esperó que Santiago fuera capaz de cumplir con su parte de la función. Dos horas pasarían rápido, así que pronto saldría de dudas.

Imaginó que en ese momento, en la lobreguez del bosque y con el insulso firmamento sin matices de fondo, las dos chimeneas de la misma vivienda —la que calentaba el cuerpo de Santiago en el salón, y la que lo iba a carbonizar después en el garaje y que ahora tostaba su maleta— estarían expulsando desde el tejado, en dirección a las tinieblas de la madrugada, dos hilos esponjosos de humos grises con distinto grosor y textura, que la ligera corriente de aire imperante se encargaría de esparcir. Si hubiera habido luna en el cielo y, en lugar de muerte, celebración, de la bucólica imagen campestre de esa noche podía haberse hecho una idílica postal promocional para cualquiera de las empresa que gestionan escapadas rurales por la zona, consideró Mario para sus adentros.

John se había levantado temprano y con un ánimo magnífico para afrontar el segundo paso del proceso de selección de personal de la empresa internacional de desarrollos de productos que se iba a instalar en Madrid. Pensaba que se había preparado bien para la prueba escrita, al menos todo lo bien que estaba en su mano, pero sin duda, debía agradecer al sentido de responsabilidad de Linda el haber podido descansar esa última noche y no haber tirado todo el trabajo por la borda justo al final porque, si por él hubiera sido, habría sacrificado las horas de sueño por una desenfadada sesión triple de placeres carnales con la agente, y a esa hora él valdría intelectualmente bien poco o nada, y sus posibilidades de superar el examen y terminar consiguiendo el trabajo se habrían esfumado.

Aunque acostarse con chicas era algo que siempre había estado en su ADN, y para lo que, sin duda, tenía cierta facilidad, debía reconocer que llevarse a la cama a Linda había sido para él especial, y no por la particularidad de que fuera policía y él hiciera cosas oscuras de madrugada que igual no estaban todavía bien vistas legalmente, sino porque estando con ella sentía cosas que no había sentido antes y con las que se encontraba muy cómodo.

Además, fue una sorpresa comprobar que, detrás de esa apariencia de joven inocente y tímida que nunca ha roto un plato, escondía una mujer divertida con mucha personalidad, que tenía muy claro quién era y lo que quería conseguir en esta vida, y poseía un perfil desinhibido y práctico sexualmente que daba sopas con ondas a muchas mujeres de las que hacían ostentación de sus habilidades amorosas con posturitas y poses en Instagram, y luego se quedaban en mera fachada.

Aunque tenía que admitir que en ese juego de ingenio con el verbo, en el que tanto a él como a ella les gustaba moverse, en ocasiones no distinguía el límite dónde terminaba la policía y dónde empezaba la mujer. Y eso le inquietaba un poco. ¿Por qué dejó caer la pregunta de si descargaba camiones en la montaña? ¿Por qué razón eligió ser indiscreta esa noche y cogió precisamente su móvil viejo refiriéndose al GPS? ¿Por qué le respondía con ambigüedad cada vez que le preguntaba a qué se dedicaba como policía? ¿Sabía algo más de él de lo que él le había contado? ¿Le estaría realmente investigando, o utilizando, para llegar hasta la empresa de Mario y Anna? ¿Su encontronazo en el bar de copas fue casual? Se llegó a cuestionar incluso si esa noche él le introdujo su número de teléfono en el bolsillo como hacía tantas veces, o si ella lo tenía ya con anterioridad y, conociendo de antemano su estrategia, se había hecho la tonta al llamarlo... John sacudió la cabeza angustiado y resolvió de pronto que estaba sacando las cosas de quicio e imaginando cosas que seguro que no eran así, fundamentalmente porque estaba nervioso por la convocatoria a la que se había presentado. Y también porque la aparición de delirios persecutorios cuando un delincuente comparte confidencias personales y fluidos corporales con una policía y se deja llevar por la pasión eran comprensibles y del todo normales, aunque en este caso no tuvieran un fundamento sólido.

No obstante, justo cuando llegaba a la dirección de la citación y antes de entrar, tuvo un pensamiento positivo para Mario, que a esas horas, casi las nueve de la mañana, estaría regresando a su casa después de quemar y volatilizar el cuerpo del cliente, como no podía ser de otra manera. Esperaba que le hubiera ido bien y no le guardara resentimiento, aunque últimamente

le estaba dando motivos para ello.

A John le sorprendió la organización y la cantidad de candidatos que había. Los iban llamando en orden alfabético y sentando en hileras de pupitres como si la prueba de conocimiento a la que había sido citado fuera una oposición. Tras pasar con éxito la entrevista, que resolvió de manera fantástica, se había estimulado creyendo que sería unos pocos los elegidos que pelearían por la gloria, y ahí habría, al menos, un centenar de personas como él. Sin duda, la oferta de trabajo era una oportunidad de oro en el desolado paisaje laboral que, desde hacía unos años, los jóvenes vislumbraban ante sí, y todo el mundo habría dado su mejor versión porque nadie quería perdersela, consideró.

Sentado en el pupitre escrutó los rostros de sus competidores. No sabía a cuántos de ellos tenía pensado la empresa contratar, pero sus posibilidades estadísticas se habían reducido considerablemente. Aún así, no iba a dejar que esa perspectiva mermara el extraordinario ánimo con el que se había levantado esa mañana y que era capital mantener, si quería tener opciones de alcanzar su propósito.

Una mujer de tez blanca con el pelo rizado pelirrojo le observaba fijamente dos filas a su izquierda. Al coincidir sus miradas, ella sonrió. Tenía pequeñas pecas en su risueña cara y resultaba tremendamente atractiva. Él asintió seco y giró el rostro. No era el momento de nuevas conquistas, por más bellas y seductoras que estas fueran. Sacó el móvil y volvió a la conversación que estaba manteniendo con Linda desde que había salido de su casa en dirección al metro. Se habían dado los buenos días silbándose corazones, y él le había dicho que si notaba que ese día le temblaban las piernas, que no se preocupara, que no era por nervios; a lo que ella le había contestado que, aunque le costara creerlo, su espectáculo no había sido para tanto. «Ya estoy aquí. Impaciente», le escribió entonces John. La pantalla le informó que ella estaba en línea y le estaba contestando, así que aguardó. «¡Mucha suerte! —le deseó, y lo acompañó con un icono de dos dedos cruzados—. Yo ya estoy de camino, en marcha. Luego me cuentas» —le explicó.

— Atención. Guarden sus apuntes, teléfonos móviles y objetos personales, que vamos a empezar —les anunció en alto una voz grave y contundente.

John silenció y escondió con rapidez su teléfono esbozando una sonrisa en el rostro. Mientras esperaba expectante a que uno de los representante de la empresa pusiera sobre su mesa las hojas del examen, comenzó a darle vueltas nerviosas al bolígrafo sobre el pulgar. Una pregunta le asaltó de pronto: ¿De camino a dónde?

La luz del sol tardó en despuntar en el punto de la sierra en la que se encontraba el caserío de la muerte y el horno crematorio. El día había amanecido despejado y frío, y el rocío de la mañana impregnaba la vegetación colindante y la tierra del camino. La ausencia de aire hacía que, en ese remanso de monte, el piar de los pájaros, que parecían cantar los buenos días a los cuatro vientos, retumbara en las montañas y creara una burbuja sonora transparente que, en armonía con el entorno natural verde y frondoso, provocaba una sensación de paz y aislamiento idílica.

— ¡Putá madre! —exclamó desconcertado Mario, tan pronto abrió los ojos.

Miró a un lado y advirtió como un resplandor de claridad solar asomaba desde afuera por la rendijas del portón del garaje. «No puede ser, no me lo puedo creer», musitó para sí Mario. Miró la hora de su reloj y la realidad le dio de bruces en toda la cara. Las ocho y cincuenta minutos de la mañana. Finalmente, se había quedado ahí dormido, sentado en el suelo con la espalda apoyada sobre la pared del horno. Recordó que, cuando le asaltaron los primeros bostezos, pensó en ponerse la alarma por si acaso, pero concluyó que era innecesario, porque nunca había tenido necesidad de echarse una cabezada y esa noche, por más fatiga que pareciera tener acumulada, no iba a ser distinta. Si habitualmente le costaba dormir unas horas seguidas tumbado confortablemente en el colchón de su dormitorio, cómo iba a imaginar que, recostado sobre las baldosas, se iba a quedar traspuesto toda la noche.

Se reincorporó a toda prisa y se propinó una secuencia de bofetadas bruscas en su rostro como quien se lava la cara con prisas, pero en seco. La situación se había torcido bruscamente y necesitaba estar al cien por cien para poder resolverla de manera satisfactoria. Fue a por la bolsa negra con cremallera y se la guardó maquinalmente entre su tripa y el chaleco, dejando sus manos libres. Levantó la persiana del garaje y se dirigió hacia la puerta de entrada del caserío. Esperaba que el cliente sí que hubiera cumplido con su parte del trabajo. Por si acaso, justo antes de meter la llave en la cerradura, cubrió su cara con la máscara y verificó, al tacto, que llevaba en el bolsillo del chaleco la segunda jeringuilla.

Linda había podido dormir pocas horas esa noche. Tan pronto salió John de su apartamento, el móvil la mantuvo expectante y despierta gran parte de la madrugada. Sostuvo una larga conversación con Sonia acerca de temas de trabajo. A las siete de la mañana, después de dormir unas tres horas y media, se despertó, se dio una ducha rápida, desayunó unos cereales con leche y un café doble, y salió de casa. A las ocho menos cinco estaba ya en la puerta de la comisaría esperando a Esteban, perfectamente uniformada como Policía Nacional, preparada para lo que pudiera depararle el día.

Observó llegar hasta allí a su compañero, que caminaba por la acera con andares desgarrados y rictus serio, pero talante animado.

— ¿Qué tejemanejes os lleváis entre manos la rubia y tú? —le preguntó, aún a varios metros de distancia—. Vaya madrugón. Te lo advierto —le apuntó con el dedo—, me tendrás que compensar con un lomo con queso de almuerzo, por lo menos.

Tan pronto llegó hasta ella, el agente veterano se detuvo en silencio y se quedó mirándola, esperando algún tipo de reacción por su parte. Se echó el aliento sobre el hueco que dejó al juntar las palmas de sus manos frente a su rostro, y se las restregó de frío. Linda advirtió cómo las partículas de agua presentes en el aire que exhalaba por la boca se condensaban al instante y se convertía en vapor. El invierno estaba a la vuelta de la esquina.

— ¡Buenos días! —la saludó por fin sonriente Esteban, y sopló con sus labios como si exhalara el humo de un cigarrillo.

— Buenos son para ti, que aún no has empezado a trabajar y ya te los quieres cobrar —le soltó ella, con desparpajo.

— Venga, vamos a la faena, a patrullar —pronunció él con entusiasmo, frotándose las zarpas con avidez.

Tan pronto se sentó en el puesto del copiloto del coche policial, en los sótanos que servían de cochera a la comisaría, Linda contempló un rato la actitud de su compañero a los mandos del vehículo. Esteban parecía diez años más joven. Se le notaba actuar con agilidad y atención, pero mantenía el entusiasmo contenido, como si en sus adentros se estuviera celebrando una gran fiesta secreta y los ecos de la misma reverberaran en sus ojos y en su piel. En el esbozo tenue de su sonrisa advirtió el disfrute de quién de pronto revive sensaciones placenteras que permanecía extraviadas en el recuerdo. Sin duda, Esteban era un hombre de acción y carne de calle. El trabajo de oficina lo hacía mucho menos interesante profesionalmente, lo efectuaba desmotivado y a regañadientes. Sin embargo, era salir de las cuatro paredes y parecía otro. Se preguntó si condenar la carrera de alguien por cometer un solo error no era demasiado castigo para todas las partes, pues estaba claro que todos perdían. Él, por no poder redimirse en su profesión con más éxitos; y la Policía, por no rentabilizar, de acuerdo a su potencial, un valor propio. Ojalá su suerte cambiara en el futuro y alejara de su cabeza la jubilación anticipada, que en casos vocacionales como el suyo era lo mismo que anticipar la muerte.

Salieron a la calle y giraron en el primer semáforo.

— Tú me vas diciendo... —le instó él, apartando un segundo la mirada de la carretera.

— De momento, todo para arriba —indicó escueta ella.

Al cabo, leyó el primer mensaje de John en el teléfono móvil, y le hizo sonreír. Lo pasaron bien la noche pasada. Pero no creía que las piernas le fueran a temblar esa mañana; ni tampoco que lo que ella experimentaba en ese momento fueran precisamente nervios, simplemente se sentía animada con lo que suponía poner un poco de acción en la investigación. Lanzar supuestos, generar hipótesis, actuar en alguna dirección. Hacía ya tiempo que no encontraban ningún argumento, ni tampoco apoyos, para salir a pie de calle a preguntar sobre un desaparecido u otro.

Sobre el papel, resultaba complicado distinguir la fina capa que separaba el grueso de los sucesos acontecidos de los otros, los que a ellos les interesaban; y la información proporcionada por las familias, o por la propios agentes, no siempre eran detalladas ni ajustadas fielmente a los hechos.

Los datos que manejaba eran alarmantes y dramáticos: cada día que pasaba en España se presentaban noventa y seis denuncias de desapariciones. Al año eran más de treinta mil. Según los datos facilitados por el propio Ministerio de Interior, aunque la mayoría de los casos tenían un final feliz, aproximadamente un diez por ciento no regresaban a sus casas, por lo que se generaban tres mil y pico expedientes revisables, de los cuales casi tres cuartas partes correspondía a adultos y podían encajar en el perfil de personas que investigaban. Pon que fueran dos mil en doce meses. ¡Dos mil! —caviló apabullada Linda—. Y luego había que cotejarlos con las muertes por suicidio. Diez suicidios al día en la península. Tres mil quinientos sesenta y cinco al año. En resumen, que eran tres personas en el equipo y hacían lo que podían. Era fácil no encontrarle ningún sentido.

En realidad, esa mañana no sabía muy bien ni dónde se dirigían ni si conseguirían obtener algo relevante para el caso. Pero tenían que probar. Dejarse guiar por la intuición.

Llevaban cuarenta minutos montados en el coche y dejando atrás la ciudad cuando Linda interaccionó táctilmente con la pantalla y tecleó en el móvil para desear suerte a John.

— Te veo algo despistada últimamente, Linda —le recriminó con tacto Esteban.

— Para ti sonreír a la vida es despistarse —le soltó la joven, con desdén.

— Puede ser —admitió sereno él—. Pero céntrate en lo que estamos, por favor.

— Eso hago —apuntó, enseñándole la aplicación con el navegador activo.

— Bueno, bueno, tú verás —le advirtió con tono amistoso, y aguardó unos segundos de tenso silencio antes de continuar—. ¿Es guapo? ¿eh?

Esteban la buscó con la mirada tierna y ella no pudo evitar que se le escapara una risita divertida antes de contestar.

— ¡Guapísimo! Y gracioso, como tú. Espero que me resulte más útil —zanjó Linda, fijando su mirada en la carretera.

Esteban rió ladeado y le dedicó una mirada cómplice que no encontró destinatario. Observó a Linda vigilar sus movimientos por el rabillo del ojo y aguantar rígida, obsequiándole el perfil. Así que, con mueca de resignación, le tocó disfrutar en solitario de ese gesto amigo de poner punto y final al momento de intromisión en la vida privada de su compañera.

Se acercaban nuevas señales azules sobre la vía.

— ¿Por dónde? —quiso saber el agente veterano.

— Coge la siguiente salida —le precisó Linda, como si nada—. Y en la glorieta, nos iremos a la izquierda.

Por suerte para Mario, Santiago había puesto fin a su vida y yacía tendido sobre el mullido sofá frente a las cenizas apagadas de la chimenea, en la que, salvo algún trozo de tizón desperdigado que se autoconsumía en sus propias brasas, ya no quedaba nada de enjundia que quemar.

Mario había cogido aire un segundo antes de girar la llave en la cerradura y había entrado con determinación, preparado para tener que actuar con brusquedad en el peor de los casos. Tenía recelos justificados con relación a la fiabilidad del cliente. Ya se la había jugado una vez, por qué pensar que ahora iba a ser diferente.

Al principio, fruto del estrés, la quietud reinante que se encontró en la planta incluso le sobresaltó, y activó sus alertas en derredor girando sobre sí, pues de pronto temió que el individuo le hubiera preparado alguna emboscada o jugarreta.

Cuando avistó los pies asomando del tresillo y se acercó cauteloso para contemplarlo en cuerpo entero, vio al hombre ahí encogido en postura fetal, y dudó si no se había quedado plácidamente dormido. Pero, descubrir primero el vaso de plástico vacío, y confirmar después la ausencia de respiración en sus pulmones y de latidos en su corazón, le confirmó la feliz defunción. Santiago estaba frío y rígido. Llevaba unas cuantas horas muerto, seguramente las mismas que él se había dormido de más, así que el rigor mortis ya era evidente y sus músculos habían empezado a tensarse.

Mario se levantó la máscara de director de cine y respiró aliviado. Ahora se quedaba él solo contra el reloj. Tenía que actuar con rapidez. En sus oscuros menesteres, la luz del día era el factor a evitar, por su poder delator. Y en ese sentido ya estaba jodido. Todo lo que le quedaba por hacer —para terminar felizmente su cometido— tendría que hacerlo en presencia del sol. Y sólo del sol. No podía haber testigos.

Echó la bolsa al suelo, la extendió y estiró el cadáver dentro hasta encajarlo en su interior. Recogió lo poco que había de más en la austera escena del suceso: vaso, botella de agua y pastillas —que para su sorpresa, estaban intactas—, y los echó sobre el cuerpo. También la chaqueta. Y finalmente, se despojó de la máscara y se quitó también la gorra, para perderlas definitivamente de vista. Cerró la cremallera y, agarrando el embalaje por las piernas, lo orientó hacia la puerta de la calle para disponerse a arrastrarlo.

Una vez tuvo todo el cuerpo del cliente afuera, en el camino que llegaba hasta la fachada, giró sus pies noventa grados en dirección a la entrada del garaje, cuya persiana había dejado a medio bajar. El fulano pesaba lo suyo, y trasladarlo veinte metros con la bolsa deslizándose sobre la áspera superficie de la tierra, a empujones zigzagueantes, le iba a suponer un gran esfuerzo.

Al tercer empujón hacia sí, oyó un desgarró de tela que le hizo detenerse. Enseguida advirtió la zona donde la rozadura con el suelo había provocado la rotura, sobre todo porque ahora, del lateral del macuto, asomaba la mano derecha de Santiago, cuyas cinco yemas rozaban con la arena del suelo. Se agachó por instinto natural a inspeccionar el roto y comprobar si eso le iba a suponer algún problema instantáneo. Si era que sí, tenía que barajar otra fórmula para transportar el cadáver.

De pronto, de fondo al sonido ambiental, presidido por el canto de los pájaros y el chascar de las hojas movidas por el viento, percibió un sonido disonante. Se reincorporó con preocupación y miró con cuidado alrededor. Parecía aún lejano. Distinguió con claridad el origen y su procedencia. Apresurado, agarró por las piernas el bulto, lo volvió a rotar en dirección a la vivienda y lo introdujo con celeridad sin importarle que, con la brusquedad de la acción, el agujero se hiciera algo más grande. Una vez dentro, cerró la puerta de golpe.

Tosió de pronto convulso sin saber por qué y se quedó agachado, apoyando sus palmas sobre

sus piernas abiertas, como si fuera a vomitar. Carraspeó por inercia, pero estaba seguro de que esa noche no se había resfriado. Aguardó unos segundos inmóvil junto a la entrada con el hambre en el suelo. ¡Cómo podía haber sido tan imbécil de quedarse dormido!, se recriminó, apretando sus dos puños y castigándose con el lado blando de los mismos la frente. Sabía que por el día todo iban a ser problemas. Si pasaba rápida la incertidumbre de ese momento, y se quedaba en nada el sobresalto, igual era buena idea permanecer escondido en la casa y esperar a que volviera a anoecer. De repente le pareció una idea de lo más razonable. Al menos, a él nadie lo echaría en falta por un día. Al instante, esa percepción se le antojó descabellada. Ni loco se quedaría cerrado doce horas sin comida, ni apenas bebida, con la única cosa que hacer que velar al muerto.

Preso de la tensión y la inquietud que le provocó el torbellino de pensamientos, un frío calambrazo contraído con brusquedad todos los músculos su cuerpo.

Suspiró profundo.

En un rato —recapitó—, el susto habrá pasado, y él podrá reanudar tranquilamente su trabajo, que era lo que había venido a hacer.

Contempló sereno la estancia absolutamente sellada y silenciosa. Como una cueva, ese lugar parecía ajeno al mundo exterior y a la hora del día que fuera.

Después, apagó la luz de las bombillas para quedarse prácticamente a oscuras.

Siguiendo las instrucciones de Linda, y conforme se alejaban kilómetros y más kilómetros de Madrid, el agente veterano condujo el coche patrulla por carreteras de cada vez menos calificación. Quince minutos después de atravesar el último pueblo, y recorrer un puñado de kilómetros insulsos rodeados de campos de cultivos y huertas —todo enmarcado en un valle de media montaña—, se desviaron en una de las bocas laterales de tierra que salpicaban el transcurso de esa vía comarcal por la que transitaban, y que daban acceso a las fincas particulares.

Al coger la salida, que era más ancha que las que habían visto antes, Esteban detuvo un instante el vehículo. Aunque el firme terroso de la senda parecía compacto y estaba seco, no era el cómodo asfalto por el que acostumbraba a moverse el policía.

— ¿Seguro que es por aquí? —inquirió receloso Esteban.

— Eso parece —le contestó Linda, mirando el móvil.

— Es un camino forestal, no sé si llevamos el vehículo adecuado. ¿Qué tal si volvemos otro día con un todo terreno? —sugirió el agente, buscándola con la mirada.

Linda cabeceó con seguridad.

— Tira un poco a ver...

Esteban se lo tomó con calma y fueron adentrándose en la sierra.

Conforme avanzaron, Linda observó cómo las vistas del valle iban ganando altura y la vegetación se iba haciendo más salvaje. Representó un instante en su cerebro la imagen cenital de ellos dos desplazándose por la serpenteante pista y tuvo la sensación de estar siendo engullidos por la voraz montaña.

Al rato, abrió la guantera y sacó de ella un mapa de carreteras. Desplegó sobre sus rodillas las hojas de la zona por la que estaban y trató de localizar el punto concreto en el que se situaban, cotejando el seguimiento de la ruta que le proporcionaba el navegador con la información real de lo que ella veía a través de la ventanilla.

— Hace mucho rato ya que no actualiza —dijo la joven, con tono de mosqueo, atenta a la pantalla del móvil—. La señal queda muy atrás —precisó.

— ¿Damos la vuelta? —propuso Esteban—. No sabemos hasta dónde nos lleva esto...

Linda chascó la lengua y escrutó inquieta hacia adelante y en derredor, antes de contestar.

— Un poco más.

Esteban asintió, esbozando además media sonrisa triunfadora, como si hubiera jugado en su pensamiento a anticipar de antemano la respuesta de la agente y hubiera ganado. Desde luego era tan terca y persistente como presumía ser.

Linda advirtió cómo la estrecha línea de nubes que a primera hora de la mañana se divisaban al oeste se habían desplazado y tornaban ahora el cielo gris, volviendo el paisaje más apagado.

— ¿Aún lloverá y nos fastidiará la excursión?

Esteban se inclinó un poco sobre el volante para levantar su vista a través de la luna delantera.

— No, no creo que traigan agua —opinó, tras analizar los cúmulos—. Lo que sí que trae esta humedad es frío.

Linda hizo una mueca con su boca de resignación.

— Si quieres nos damos ya la vuelta —le dijo, por fin rendida, a Esteban. Este no le contestó de inmediato, y lo observó escudriñar con sus ojos al frente.

— Mira... —le dijo el agente veterano, tras terminar de tomar la curva en pendiente y atisbar algo que llamó su atención a unos metros de allí—. Allí hay otra casa —le precisó.

Linda giró su cabeza siguiendo la indicación de la mano de su compañero y distinguió, entre

árboles y maleza, una construcción. Su semblante recuperó de pronto el brillo.

— Vamos a ver...—pronunció esperanzada.

— A ver si tienen café... —Esteban soltó un instante el volante para frotarse las manos con impaciencia.

Mario aguardaba sigiloso en el interior del caserío con sus ojos pegados a la mirilla de la puerta. En la lente y en forma de ojo de pez, igual que una imagen se refleja en una esfera, divisaba el exterior: en primer término del cristal, distorsionado en amplitud, observaba el ensanche de terreno abierto del que disfrutaba la entrada a la finca, que parecía mucho más grande de lo que realmente era; al fondo, se distinguía perfectamente el camino por el que él llegaba hasta allí en furgoneta que, a modo de línea de horizonte, cruzaba de lado a lado esa vista de ladera verde de montaña que tenía la casa, y continuaba su trazado.

Desde ahí, Mario, parapetado tras la hoja gruesa de madera, tenía el control visual de la situación pero había perdido la percepción espacial del sonido. Salir de dudas sería cuestión de segundos. De momento, solo las ramas de los árboles se movían. Respiró profundo y se restregó preocupado el rostro con su mano. Al sentir la aspereza de los guantes sobre la piel reparó de pronto en algo importante. «Mierda», masculló justo antes de dirigirse apresurado hasta la bolsa negra con el cadáver, agacharse junto a ella para abrir de un tirón el primer tramo de la cremallera y sacar de dentro la máscara de látex. Estaba hecha un zurullo porque, en principio, había cumplido ya con su misión, pero como en todas las cosas de la vida, hasta que se terminaban, nunca se sabía, y había que estar preparado porque todo era posible, reflexionó Mario, mientras estiraba el material gomoso a dos manos y se lo colocaba, con diligencia, sobre su jeta. De paso, agarró también la gorra azul y se cubrió la cabeza. Con un poco de suerte, el atuendo no sería necesario, pero ninguna de las dos prendas estaba de más en ese intrigante momento, pensó.

Tan pronto volvió a mirar a través de la mirilla se le heló la sangre. Un coche de policía irrumpía lentamente por el lado izquierdo de la escena. El peor de los escenarios posibles. Mario ni siquiera lo había contemplado. Algún vecino de la zona, una excursión campestre, algún montañero... pero eso, no. «Pasa de largo, pasa de largo y piérdete...», deseó Mario. Pero el vehículo aminoró la marcha y salió del camino en dirección a la vivienda, directo hacia él. En el interior del vehículo, tras el cristal, identificó la presencia de dos agentes uniformados, un hombre calvo al volante y una mujer de copiloto. ¿Qué cojones hacía la Policía allí? ¿Quién los podía haber llamado?

Esteban detuvo el coche a escasos metros de la puerta principal del caserío, que era de madera color castaño y tenía un pequeño tejadillo sobre sí. Según observaron de un vistazo desde el asiento, a los lados, de forma simétrica, dos contraventanas tapaban de esquina a esquina sendas aberturas rectangulares. La fachada de la casa tenía dos alturas, la primera forrada de piedra, y la mitad superior con un revoco liso color melocotón y una ventana ojo de buey justo debajo del vértice del tejado. Una casa de montaña parecida a las otras cuatro por las que habían pasado en la primera parte del camino.

Linda dobló el mapa y lo apoyó sobre el salpicadero antes de bajarse presta del vehículo. Esteban salió del coche también.

— ¡Qué bien sienta el aire de montaña, madre! —exclamó el agente veterano tras inspirar profundamente y resoplar.

— No tiene mucha pinta de haber nadie... —dedujo Linda, que terminaba de examinar cautelosa la pared lateral derecha del edificio para descubrir que había otra ventana orientada hacia el este, pero que estaba también clausurada y sin vistas.

A pesar de la paz reinante —en el sitio solamente se oía el piar de los pájaros y el soniquete del aire moviendo las hojas—, o precisamente por eso, un policía debía de actuar siempre con precaución y atención, nunca confiarse, se recordó Linda, mientras oteaba la monumental caída de la ladera hacia el valle que quedaba tras la construcción.

Mario observó desde el interior de la vivienda a los agentes bajarse del vehículo y hablar algo entre ellos. La mujer parecía tener una curiosidad especial por la casa, pues la miraba con interés. A través de la imagen deformada de la mirilla le pareció una chica joven. El hombre era maduro, alto, fornido de constitución, pero blando de pose. Aparentaba tener en ese momento más interés en el entorno y en su alimentación, pues lo primero que hizo al bajar del coche fue contemplar la montaña y tocarse preocupado la barriga. Ninguno de los dos parecía ser consciente del lugar en el que se encontraban; merodeaban la cueva del lobo sin saberlo. Les delataba la falta de tensión corporal. Estaban ahí por casualidad. Si todo iba bien, no tardarían en continuar su ruta.

Las pupilas de Mario se dilataron cuando advirtió que la policía se dirigía decidida hacia su posición.

— Voy a llamar... —le anunció Linda a Esteban.

Bajo el tejadillo, pegada a la puerta, la agente examinó con su vista el marco buscando el timbre, pero no lo encontró. La aldaba que halló a la altura de sus ojos tenía cara de diablo y en su boca debía de sostener la anilla metálica con la que poder golpear el pequeño yunque cuadrado que había unos centímetros debajo, pero estaba arrancada, por lo que era inutilizable. El propietario del caserío no acostumbraba a tener visitas, supuso. Así que golpeó la puerta con los nudillos de su mano. Esperó uno segundos agudizando el oído junto a la lámina de madera, pero no escuchó nada. Volvió a dar tres toques fuertes y buscó con la mirada a Esteban, que inspeccionaba los alrededores de la casa.

— Pues diría que hay alguien dentro. O que lo ha habido. La chimenea emana algo de humo —opinó él.

Linda se separó unos metros de la fachada para poder divisar el tejado y confirmar el dato, pero frunció el ceño escéptica, pues no fue capaz de advertir rastro de gases.

— Por no hablar de esto... —Esteban señaló hacia el otro lado, al oeste.

La persiana metálica del garaje anexo estaba medio abierta. El policía veterano caminó con sigilo y se agachó para ojear por debajo el interior. Desde donde estaba vio una sala diáfana de paredes blancas, prácticamente vacía, con algún útil colgado de la pared y una furgoneta blanca aparcada en primer término, en la que centró su atención. Tenía el portón trasero abierto pero estaba vacía. Ni en las dos hileras de asiento ni en el resto de la estancia divisó presencia humana.

— Hay una furgoneta —susurró vocalizando hacia Linda cuando se incorporó, señalando con su índice derecho hacia ese lado.

Linda arqueó alarmada las cejas. El rictus de Esteban se puso serio y, tras mantener unos segundos sus miradas fijas y expectantes el uno en el otro, el agente veterano asintió. Era prudente disponer de las armas reglamentarias a mano, así que los dos desabrocharon la cartucheras y sacaron sus pistolas semiautomáticas de nueve milímetros.

Al acercarse hacia Linda, Esteban se detuvo en la primera contraventana que encontró para tratar de encontrar un hueco entre la madera por el que poder divisar el interior. No hubo manera.

— Vamos a entrar —resolvió decidido Esteban.

El agente veterano agarró una piedra del camino, y se encaminó hasta la puerta principal, donde Linda aguardaba tensa.

— Déjame —le solicitó Esteban a la agente, apartándola a un lado con su brazo.

Linda observó cómo su compañero enfundaba temporalmente su pistola, sacaba una llave — supuso que maestra— que llevaba en su llavero, y la manipulaba en la cerradura hasta introducirla por el agujero. Luego le dio unas golpes secos con la piedra hasta que, de repente, la pudo hacer girar en el cilindro. Se deshizo del pedrusco tirándolo atrás y empuñó de nuevo el arma. Moviéndose

cabeza hacia Linda dándole a entender con el gesto que iba a actuar de inmediato y que se pusiera en guardia. Accionó la llave con su mano izquierda a la vez que le daba una patada fuerte a la puerta, que se abrió de golpe. Rápidamente, asió la pistola a dos manos apuntando hacia adelante y la movió instintivamente de un lado a otro del marco.

— ¿Hay alguien ahí? Policía.

Según vio Esteban al asomarse, la luz natural que entraba ahora por el hueco de la entrada era la única iluminación con la que contaba en ese momento el lóbrego interior de la casa, por lo que percepción que tenía de la vivienda se limitaba a un tenue pasillo de claridad, sin elementos relevantes, rodeado de negrura. De repente se dio cuenta de la debilidad de su situación en ese momento: se había quedado de pie, quieto, titubeante y perfectamente expuesto a contraluz en el arco de la puerta, así que, raudo, se giró sobre sí mismo para apoyar la espalda en la pared de la fachada y resguardarse. Resopló. No es que estuviera viejo, es que estaba oxidado porque había perdido práctica, era entendible, pensó, con ademán de circunstancias.

— Busca el interruptor de la luz —le sugirió Linda, protegida al otro lado.

Esteban introdujo el brazo por el marco y buscó al tuntún con su mano sobre la pared hasta encontrar el pulsador. El cuarto se iluminó al instante.

El agente veterano miró de soslayo con complicidad a Linda y armó de nuevo la instintiva postura de asalto, apuntando los dos brazos tras las pistolas con los codos extendidos de forma natural.

— Sígueme —le indicó, justo en el momento que traspasaba el vano de la puerta y se adentraba en la vivienda, ahora con todos sus elementos a la vista.

Linda relajó los hombros dejándolos caer y, con el arma en el mismo plano que sus ojos y la línea central de su cuerpo, echó el cuerpo para adelante y siguió sus pasos. Tan pronto entró en la estancia, miró de un rincón al otro sin dejar de apuntar al mismo tiempo la boca de fuego de su pistola en la dirección de riesgo. Esteban le había señalado el lado izquierdo, que era por donde iba a ir él, así que ella inspeccionó el derecho.

— Fuego —musitó Esteban, al comprobar que en el hogar había restos humeantes de ceniza.

Linda giró la cabeza hacia su compañero y observó como él, junto a la chimenea, intentaba transmitirle con mímica un mensaje: acababa de verificar actividad reciente de hoguera y humo allí mismo. Si eso era así, la cosa iba en serio. Tal vez estaban en el sitio, reflexionó la joven. Tenían que seguir inspeccionando. El espacio era funcional y frío, con todas las ventanas opacas. Una casa de campo para el fin de semana, a lo sumo. Delante de ella se abría un espacio con mesa de comedor y cocina, con unas escaleras por las que no se podía subir de primeras, y al doblar la esquina descubrió una puerta de habitación contigua cerrada. La abrió sin pensar, encendió la luz y se introdujo en el cuarto. Al instante, una voluminosa bolsa negra tirada en el suelo, junto a la cama, llamó su atención. Presentaba salientes puntuales que tensaban el macuto en varios puntos, como si contuviera objetos sólidos de difícil encaje, tipo barras, o armas, pensó la joven. Linda la golpeó con el pie sin dejar de apuntar a dos manos con la pistola. Al ver que no se movía y tampoco era rígido, se agachó con curiosidad a correr la cremallera. Tan pronto abrió el primer palmo se topó con el rostro de un hombre mayor. Casi se cae de culo. Tenía la piel pálida, casi azulada en algún punto, los ojos cerrados y un semblante de serenidad inquietante. De los papeles que vio sobre su cara cogió escrupulosamente la fotografía, y comprobó que era el mismo hombre pero en vida, con gesto amable y aire campechano.

— ¡Aquí hay un muerto! —exclamó sin miramientos Linda, para que su compañero oyera la noticia sin dificultad.

Esteban, que al irrumpir en la planta había advertido que no era especialmente grande y se respiraba quietud, se había quedado examinando la zona de sofás dispuestos frente al hogar, alrededor de la casi extinta fogata, por si en ellos podía localizar algún objeto olvidado o algún resto biológico adherido delator del propietario: pelos, saliva, sangre... Desde ahí llamó su atención la falta de simetría en la disposición de la leña apilada a ambos lados de la chimenea y distinguió, en el lado derecho, un porta útiles con cinco ganchos, del que contabilizó colgaba un fuelle, una tenaza, una pala de metal y una escobilla. ¿Cuál era el elemento que faltaba? Estaba sumido en sus pensamientos con la mirada fija en el gancho que advirtió vacío cuando escuchó la voz de Linda retumbar entre las paredes.

— ¿Qué? ¿Un muerto? —gritó alarmado Esteban, girándose hacia la procedencia de la voz. A su derecha, un poco atrás, contempló la habitación abierta desde la que le hablaba la joven—. Mucho cuidado, Linda —le previno.

— Sí, igualmente —le oyó contestar.

Un fuerte golpe sacudió de súbito la cabeza de Esteban y le hizo perder el conocimiento al instante.

Mario se había ocultado en la habitación de ese lado con un atizador de hierro metálico en la mano y había aprovechado ese momento de conversación para salir sigiloso, colocarse detrás del policía, flexionar las rodillas, y golpearle con fuerza y certeramente el lateral trasero de la mollera igual que si ejecutara un saque de golf. El cuerpo del agente se desplomó al peso y él lo sostuvo entre sus brazos acompañándolo en la caída hasta el suelo. En el gesto, el hombre soltó el arma, que cayó al piso de baldosas, y Mario dejó caer el atizador de la mano. Los dos objetos sonaron con estrépito en la tranquilidad hasta entonces reinante.

— ¡Esteban! —chilló sobresaltaba Linda, que andaba figoneando la hoja con la identificación y el contacto del cadáver.

Instintivamente se incorporó y lanzó su espalda contra la pared, para asomar sin dilación, fugazmente, la cabeza por la puerta, con la vista apuntando hacia la zona de la chimenea. En esa primera aproximación no avistó a su compañero de pie tras los sofás. Suspiró un instante, con la mirada perdida, tratando de controlar sus nervios y decidiendo lo que tenía que hacer. Su propia respiración jadeante le impedía escuchar los posibles movimientos que se estarían produciendo en el salón. Podía haber un sujeto o podían ser varios, era incapaz de precisar.

Mario se estiró agachado en el suelo a coger la pistola del policía y se escabulló escurridizo.

Linda, que notó cómo el corazón se le aceleraba hasta parecer que le iba a salir por la boca, echó mano de la radio walkie-talkie, tragó saliva y pulsó el transmisor.

— Atención. Central. Aquí Unidad 7. Necesitamos refuerzos —murmuró, con una dicción clara y limpia.

Linda esperó tensa varios segundos un sonido de respuesta, que no llegó. Apenas unas interferencias tibias.

— Central. Diez cero cero. ¿Central? Mierda —masculló finalmente, tras constatar que el aparato estaba encendido y no entender por qué no funcionaba.

Cerró los ojos un segundo y cogió aire. Era el momento de actuar. Asomó de nuevo la vista por el marco del dormitorio y observó más detalles de la situación. Al fondo, junto a la chimenea, había una puerta abierta. Seguro que era el lugar donde al menos uno de los sujetos se había escondido, y ahora mismo podía seguir allí o estar oculto en otro lado.

Apuntando la pistola hacia delante a la altura de su pecho salió con decisión de la habitación.

La zona derecha de la cocina le preocupaba menos, porque supuso que de alguna manera, visual o sonora, habría percibido el cruce de alguien a ese costado. Por si acaso, dedicó a esa

esquina de la casa una mirada de reojo para confirmar su hipótesis. No había nadie.

Ante sus ojos el camino parecía despejado: la mesa de comedor, la chimenea, los sofás, la puerta del cuarto abierta... Tenía que tener el rabillo del ojo pendiente especialmente del marco de esa estancia, no fuera a ser que de su interior saliera alguien de pronto.

Avanzó unos pasos y afrontó con arrojo, y sin dilación, el momento de traspasar el primer punto ciego de riesgo. A su izquierda, la esquina del dormitorio le impedía ver toda la parte del salón que quedaba detrás de esa pared. En esa zona también podía estar guarecido un hombre. Dio un paso firme hacia adelante al mismo tiempo que giró el cuerpo hacia ese lado. Nada. «Lo más seguro es que sea solo uno», caviló, tan pronto reparó en que en esa intersección podía haber sido asaltada por sus dos flancos a la vez.

Observó desde ahí la puerta de la entrada del caserío, que permanecía abierta de par en par. «Tal vez el cabronazo haya salido afuera. Es lo más lógico», concluyó.

Aún así, le quedaba salir de dudas con relación al cuarto del fondo. Tenía que abordarlo. Pero consideró que sería menos peligroso hacerlo guardando las distancias. Se acercaría al punto medio entre la mesa de comedor y los sofás y, a la altura de la puerta, atravesaría esa zona de total exposición al enemigo de un salto, con la vista y el arma fija en el interior de la estancia. Si descubriera a alguien dentro, ella podría resguardarse tras la pila de troncos de madera e iniciar desde ahí la detención. Así que caminó sigilosa con todos los sentidos a flor de piel y rebasó de un salto el umbral de peligro. Observó estanterías de madera con libros y un escritorio, pero no le pareció que su interior tuviera espacio para más.

Protegida tras la leña, enseguida distinguió en el suelo el cuerpo tendido de su compañero.

— ¡Esteban! —exclamó sorprendida, como si de pronto, ocupada como estaba en proteger su vida, ese último minuto se hubiera olvidado de la situación de su compañero.

Se acercó nerviosa hasta él y, por impulso natural, se arrodilló junto a su pecho para comprobar su estado.

— Esteban, ¿puedes oírme? —le inquirió exaltada, tras recorrer de los pies a la cabeza todo su cuerpo inmóvil.

Esteban respiraba y tenía los ojos cerrados, estaba inconsciente. Linda apoyó su mano izquierda sobre su cara y volteó suavemente su cabeza para descubrir un pequeño charco de sangre bajo la nuca. La herida la tenía justo detrás de la sien y el líquido se deslizaba por su calva y chorreaba en el suelo. Golpe seco, herida abierta, pérdida de conocimiento y sangre. Tenía que centrarse en detener la hemorragia, que por suerte no era exagerada. Esperaba que bajo los huesos del cráneo no hubiera daños irreparables.

Se estiró por encima del cuerpo inerte para alcanzar la gorra de Esteban, que había caído a medio metro de su posición. Pensó que tal vez poniéndola de nuevo convenientemente en su cabeza la presión de la goma ayudaría a frenar el flujo. Una vez lo probó, y comprobó que le quedaba algo holgada, decidió sacarse la suya, hacerle un doble, e introducirla a presión en el hueco entre la tela y la zona del impacto. Algo de compresión sobre la herida había conseguido. Después, apoyó con cuidado en la baldosa el rostro de Esteban sobre ese lado.

— Tranquilo, Esteban. Estoy contigo. Vienen a buscarnos. Todo va a ir bien —le susurró junto a la cara con voz serena, antes de probar suerte de nuevo con la radio—. Atención. Diez cero cero. Aquí Unidad 7. Necesitamos refuerzos y una ambulancia. ¿Me reciben? —al no escuchar respuesta alguna blasfemó con ademán de impotencia—.

«Ahora voy a salir en busca de ese hijo de puta», se dijo para sus adentros.

Linda notó como sus pupilas se dilataron de pronto, sus ojos se arquearon y el mundo pareció detenerse en ese instante. Percibió con nitidez que alguien estaba detrás suyo.

— Deja el arma en el suelo con cuidado —pronunció con sequedad una voz.

El agresor se aseguró de rozar por su cuello el frío caño de la pistola para que se olvidara de hacer cualquier movimiento inoportuno. Sintió estremecerse y temblar. De un rápido vistazo a la cartuchera de Esteban infirió que era la nueve milímetros de su compañero. La cosa iba en serio. Se quedó paralizada de la impresión.

— Y suelta el walkie. ¡Vamos! —le apremió con tono duro el hombre, tocando su piel de nuevo con la gélida boca de fuego—. Haz lo que te digo, no quiero hacerte daño —le explicó, más delicado.

Mario observó cómo la joven policía, que se había quedado inmóvil del susto, reaccionaba con el segundo toque de su arma y obedecía con presteza, evitando malentendidos en sus gestos. En el mismo momento que ella, con su mano derecha, apoyó con cuidado la pistola en el suelo, él la apartó unos metros de allí de un golpe con el pie. Tan pronto la vio despegarse de la radio, estiró su brazo por delante de la mujer y le hizo un gesto seco con la palma de su mano para que se levantara.

Linda sabía que en esa situación estaba vendida, no tenía nada más que hacer que acatar sumisa sus peticiones, evitar regalarle al criminal algún motivo para apretar el gatillo, y esperar a ver si en los segundos siguientes tenía fortuna y el fulano titubeaba o bajaba un instante la guardia. Al incorporarse, buscó de soslayo el reflejo de uno de los cristales del armario vajillero que, a su derecha, hacía esquina en el rincón de los sofás. En el vidrio encontró la imagen de su cuerpo levantándose con los brazos en alto y la figura de un hombre, con una máscara sobre el rostro y una gorra, apuntándole por detrás. El malhechor advirtió al momento su atrevimiento y Linda lo vio girar presto su arma para apuntar directamente al reflejo de sus ojos en el cristal. Por un segundo, la vista le jugó una mala pasada y por su cabeza pasó la idea de que iba a presenciar su propia muerte. Disparó inmutable en dos ocasiones a la vidriera, haciéndola saltar en mil pedazos y la volvió a encañonar. Linda se llevó las manos a las orejas del repentino estruendo, que resonó varios segundos entre las desangeladas paredes de esa vivienda deshabitada.

— Las esposas. Póntelas en una mano... —le ordenó.

Mario había conseguido amedrentar a la agente con las certeras descargas de munición. La observó titubear con su mirada, sin atreverse a encontrarle siquiera de reojo. Parecía haber entendido que no debía de hacer ninguna tontería. La mujer hizo lo que le dijo, descolgó sus esposas del cinturón, metió su muñeca izquierda en uno de los dos aros a modo de brida metálica y lo cerró, dejando la otra abrazadera colgando como si fuera un llavero.

— Eso es. Atrás, trae...

Mario agarró firme el brazo de la policía y lo echó hacia su espalda. Ella, sumisa corporalmente, enseguida acompañó su otra mano atrás para que la inmovilizara, y él la encadenó con facilidad.

— Vamos, camina... —le ordenó, apretando ambas muñecas y empujándola de un golpe por el lumbar—. Al cuarto de allá —le precisó, apuntando con la pistola hacia el lateral de la cocina.

— Vaya mierda de trabajo el vuestro —le espetó con desdén la joven en cuanto se puso en movimiento—. ¿Por qué haces esto? ¿Quiénes sois? —le preguntó, justo cuando sus cuerpos se frenaban antes de rebasar el marco de la puerta.

Mario la había llevado a la habitación hasta la que había arrastrado el cadáver rígido de Santiago cuando los agentes llamaron a su puerta. Ahí seguía él, enfundado en la bolsa, pero ahora con la parte superior abierta y el rostro cadavérico e descolorido a la vista. Una cremallera al alcance de una mano era demasiada tentación para la curiosidad humana, supuso; si el macuto

hubiera escondido una bomba, a buen seguro hubiera explotado. La joven no había podido reprimir su ansia de indagar, y se había dedicado a fisgar también los documentos. Ahora Mario sabía que ella había descubierto unas cuantas cosas sobre su negocio que hubiese sido mejor para todos que no las hubiera llegado a conocer.

La obligó a girarse junto al radiador que había entrando a la derecha, la lanzó sin miramientos con la espalda a la pared y, empujando con fuerza hacia abajo sobre uno de sus hombros, la forzó a sentarse en el suelo.

— Se terminó, sabes, os hemos encontrado —le anunció severa ella, buscándole los ojos con su mirada—. ¿Ahora qué vas a hacer? ¿Matarme? —usó un tono provocador mientras él, sin perderla de vista, se agachaba y echaba mano al interior de la bolsa—. ¿Por qué no me enseñas cómo es tu rostro de verdad, el rostro del valiente que se esconde tras una máscara?

Mario advirtió el retintín con la que la agente pronunció la palabra valiente. Si hubiera tenido las manos libres, la hubiera entrecomillado con sus dedos. Se acercó despacio e intimidante hacia ella y la miró fijamente. Esos ojos saltones y aniñados los había visto en alguna ocasión, le recordaban a alguien. De repente evocó la reunión en el pub, la chica con la que ligaba John y que miraba con recelo Anna, esa que unos días después su socio descubrió que era policía. ¡La misma noche del intento fallido de Santiago!, reparó alarmado, cuando cayó en la cuenta que era el mismo hombre que ahora yacía tendido frente a ellos. Analizó lentamente las facciones de la joven y sí, era ella. No podía ser una coincidencia que hubiera llegado hasta allí. ¿Qué les habría contado ese viejo soplón montón de mierda, ahora fiambre, que Anna había aceptado como cliente por segunda vez? Porque, a su parecer, Santiago era el único nexo de unión posible entre ellos. A no ser, claro, que John hubiera tenido los huevos de volver a quedar con ella. Se lo dejó meridianamente claro aquel día, en su situación no debía flirtear con una policía, sería imperdonable; pero lo creyó capaz. Igual que se folló a Anna sin pensar en las posibles consecuencias, se follaría lo que se le pusiera por delante, y más si la aventura le resultaba excitante por comprometida, pensó. Esperaba que no fuera el chico el que se hubiera ido de la lengua con la agente. Eso lo condenaría en el acto por conducta desleal. Aunque, si lo analizabas un poco, el coincidente desmarque de su socio para ese trabajo y la presencia allí de una patrulla policial olía notoriamente a traición. Se la había podido jugar.

Linda, aprovechando que durante unos segundos el enmascarado había clavado sus ojos en ella y, en silencio, no dejaba de mirarla, trató de ver más allá de las pupilas del criminal y examinó atentamente los hechos para llegar a adivinar sus rasgos psíquicos. Él no había abierto la boca más de que lo necesario, sin duda era parco en palabras, pero su forma de actuar era un signo evidente de inteligencia y madurez. Parecía manejarse como pez en el agua en situaciones complicadas. Había demostrado habilidad al esconderse, paciencia para aguardar el momento justo, y una capacidad de ejecución certera y eficiente que no podía discutirse, pues se había hecho fácilmente con el control de la situación estando en inferioridad numérica. Era un hombre bregado en mil batallas, daba la sensación. Curtido. Rudo. Profesional. Pero algo en su mirada le transmitía la sensación de que no era un asesino. Podía atreverse a pronosticar que su expresión tenía un poso de tristeza. Lo vio dar dos pasos para atrás, ponerse en instante en cuclillas y, con la mano con la que no le apuntaba, rebuscar alrededor del cadáver, para sacar al poco una lámina de pastillas envasadas. Extrajo tres píldoras en su palma enguantada. Se aproximó de nuevo enérgico y, con un movimiento que pareció coreografiado, sacó también de su chaleco un rollo de esparadrapo. De un gesto rápido, y haciendo uso de sus dos manos, extendió una tira y, arrodillándose encima de ella, se agachó ante su jeta para meterle en la boca, a la fuerza, los tres comprimidos blancos. ¿Qué tipo de pastillas serían?, caviló agitada Linda. ¿Letales? ¿Las mismas

que habrían servido para matar a Santiago? Esperaba que esa cara plastificada de pánfilo no fuera lo último que fuera a ver en su vida. De pronto sintió pánico. No quería morir ahí y de esa manera. Pensó en todo lo que le quedaba por hacer. En su madre. Tenía que escupirlas. Trató de expulsarlas empujándolas con su lengua hacia afuera. Pero el desalmado se lo impidió. Le agarró firmemente la nuca con una de sus manos mientras que con la otra le apretó con firmeza la boca, silenciando así sus quejas y entorpeciendo también que respirara con normalidad. Linda aún se revolvió algo con nervio, pero el hombre estrujaba sus piernas con las rodillas y ella apenas podía agitar ya la cabeza. Sentía presión interior. Falta de aliento. Terminó tragando. Y él lo percibió. La soltó de pronto y, sin dejarla resollar ni emitir un jadeo de alivio, al instante le pegó la tela adhesiva sobre sus labios y, dándole unas cuantas vueltas en horizontal sobre la cabeza, precintó su boca con el esparadrapo, dejando el rollo de plástico colgando.

— Tranquila, dormirás un rato —le dijo con tono indulgente, antes de salir apresurado de allí.

Linda se dejó caer de lado en el suelo y se estiró como pudo para asomar su vista por la abertura de la puerta. Vio al tipo ir hacia el lugar donde se encontraba tendido Esteban. Lo observó inspeccionando su estado y reincorporarlo ¡Por Dios! ¿Qué iba a hacer con su compañero? Lo agarró por los sobacos y, sentado como estaba, lo arrastró hasta apoyarlo en la pared. Cogió sus esposas y, como a ella, primero ató un mano por delante y luego atrapó las dos por la espalda. Linda sentía que cada segundo que pasaba le costaba mantener más su párpados abiertos. Luchaba contra ese final. Quería seguir siendo testigo de los movimientos del principal sospechoso en el caso de los desaparecidos. Le vio enderezar el rostro de su amigo y levantar con cuidado la gorra para poder ver la herida, de la que parecía que apenas brotaba ya sangre. Se alegró pensando que la intervención que ella había improvisado con la gorra habría ayudado. Contempló cómo el hombre volvió a echar mano de las pastillas y se las introdujo en la boca de Esteban. Presa de su letargo, resolvió sin duda que quería matarla a ella, y rematarlo a él. Linda sentía que su energía se apagaba sin ningún sufrimiento ¿Pero para qué esposarlos entonces? ¿Qué necesidad tenía? Lo último que vio antes de desvanecerse completamente fue la forma en que el enmascarado volvía a entrar a la habitación en la que ella iba a perder el sentido.

Al introducirse en el cuarto Mario observó cómo la joven policía, que yacía inclinando la cabeza hacia él, cerraba finalmente los mismos párpados que había mantenido intermitentes viéndolo venir. Las pastillas actuaban deprisa. Igual que tenía que hacer ahora él. Echó la pistola del hombre y el walkie-talkie de la chica que había recogido del suelo al regresar, dentro del macuto con el difunto. Comprobó después que el resto de las cosas: hoja del contacto, fotografía, teléfono, llaves y cartera, seguían en su interior, antes de subir de nuevo la cremallera. Agarró otra vez por los tobillos la masa inerte y la arrastró para sacarla del dormitorio en dirección a la puerta principal. Apagó la luz.

En el exterior del caserío el tiempo también parecía haberse enrarecido. El cielo se había encapotado y la intensidad de las ráfagas de aire que soplaban en ese momento anulaban cualquier otro sonido que no fuera el de hojas y ramas agitándose al unísono. En ese momento, la idílica postal del caserío perdido en un hermoso rincón de la montaña tenía poco de bucólica y mucho de inquietante, consideró Mario, mirando con atención el bosque de alrededor desde el umbral de la entrada.

Lo normal sería que esa mañana por allí no transitara nadie y la presencia del coche policial frente al caserío pasara desapercibida entre los vecinos de la redolada unas cuantas horas. Eso le daría el tiempo que necesitaba para terminar de hacer su trabajo y huir. En eso pensaba mientras caminaba de espaldas arrastrando, a golpe de lumbar, el rígido cuerpo de Santiago y demás

objetos de la bolsa, rumbo al garaje.

Tras abrir del todo la persiana metálica y llegar hasta la boca del horno, introdujo, no sin dificultad, el muerto en el cámara de cremación. Primero apoyó el cadáver —enfundado en la bolsa negra de cremallera—, vertical en la pared, sujetándolo con su propio torso; y luego, con la cabeza por delante, lo alzó por la abertura para empujarlo desde los pies y desplazar tanto su tronco superior como inferior por la base interior hasta meterlo por completo. Se apartó la máscara de su rostro y notó el calor abrasador sacudiendo directamente su piel. Era una sensación similar a la de asomarse por un agujero a las puertas del infierno. Desde ahí, a cara descubierta, pudo comprobar que la maleta y la lata estaban ya calcinadas.

Antes de cerrar de nuevo la puerta de acero —que, por estar revestida internamente con paneles de fibra cerámica, no le quemaban los guantes, a pesar de que el asador llevaba encendido toda la noche—, Mario se giró ciento ochenta grados y oteó despacio la estancia. Iba a eliminar todos los potenciales hallazgos policiales que pudiera. No le costaría apenas un par de minutos vaciar la sala. Primero, fue a por la trituradora industrial. La desconectó del enchufe, la cargó con sus brazos y la metió dentro del horno. Después, se agachó para recoger del suelo la botella de agua con la que se había hidratado la noche pasada y la lanzó a las llamas. De entre las pocas cosas que había sobre la mesa metálica, rescató un pequeño bote de líquido inflamable y un mechero, y se los guardó en uno de los bolsillos del chaleco. Del resto, no salvó nada. Vació las paredes de herramientas y útiles de limpieza y los mandó fundir uno a uno. Volvió a examinar en derredor, acalorado y sudoroso. Reparó en la furgoneta y recordó que, esta ocasión, no cargaba ni la carretilla ni el armatoste de madera en forma de reloj. Así que casi había terminado. Selló la boca de acero del crematorio y subió la temperatura al máximo, mil cincuenta grados. Debía de quemarse deprisa.

Miró el reloj. Prácticamente la diez y media. Solo le quedaban un cosa por hacer y podría irse de allí tranquilo. Se subió a la furgoneta y puso marcha atrás para sacarla del garaje y dejar la nave despejada. Después, una vez tuvo el vehículo afuera, echó el freno de mano y, sin parar el motor, regresó a pie al interior y agarró la manguera para, de dentro hacia afuera, y evitando mojarse las botas, echar agua a presión a toda la sala. El mismo grifo aspersor tenía junto a la salida un depósito dosificador de líquido desinfectante, así que Mario se deleitó observando cómo el fluido espumoso resultante bañaba las superficies y se deslizaba en dirección al sumidero. Se deshizo de la manguera tirándola sobre el suelo mojado —la observó contraerse en la lámina de agua—, y salió de nuevo al exterior. Cuando se disponía a subir de un salto a la cabina de la furgoneta, se detuvo. Había olvidado un pequeño detalle. También muy cinematográfico, estimó esbozando media sonrisa. Caminó unos pasos adelante a la vez que sacó de uno de los bolsillos de su chaleco una navaja suiza, la blandió con la hoja desenvainada y, asestando rabiosas puñaladas, reventó una a una las cuatro ruedas del coche patrulla. Nunca se sabía. Toda precaución era poca estando la Policía de por medio.

Ahora sí, allí había terminado. Observó el humo gris que salía abundante por la chimenea. La esencia del suicida comenzaba a diseminarse por el aire en partículas procedentes de la combustión de su cuerpo. Hasta nunca, Santiago, se dijo. Era la primera vez que dejaba un trabajo a medias. Pero no tenía nada que reprocharse, era obvio que no tenía más remedio. Se montó de nuevo en la furgoneta, se extendió la careta de látex por la cara y salió de allí a toda prisa.

El pitido largo y grave de un camión que, de pronto, al tomar una curva a derechas en una carretera de doble sentido, vio venir de frente, le hizo dar un volantazo instintivo que evitó, por

los pelos, que su vehículo se estampara frontalmente contra la cabina de un tráiler. Fue como si hubiera capeado de casualidad, súbitamente, la embestida de un mastodonte enfurecido, igual que el que le perseguía en sus sueños, pensó. Pero aquí por poco no lo cuenta... Habían pasado ya veinticinco minutos desde que se habían puesto en marcha camino forestal abajo y no sabía cuánto tiempo llevaba conduciendo en estado de shock, porque no tenía consciencia del último tramo del recorrido y, por lo que acababa de comprobar, hacía nada que había cogido la carretera comarcal en sentido contrario al que había venido la noche pasada. Debía de haber estado sumido en una especie de limbo mental y manejando el vehículo de forma automática. Y no era de extrañar después de cómo se habían ido desarrollando los inesperados y estresantes acontecimientos de la mañana y la intensidad emocional de los mismos. Nunca se hubiera imaginado tenérselas que ver cara a cara con unos agentes de policía, y mucho menos en una situación tan extrema y límite. Esperaba no haberle hecho más daño del necesario al hombre con el golpe en la cabeza. Por la joven no tenía que preocuparse, se despertaría tan sólo aturdida.

Necesitaba pensar, aclarar sus ideas. Aminoró la marcha, se despojó de la máscara y de la gorra —las dejó en el asiento del copiloto— y buscó su reflejo en el espejo del retrovisor. Tras el rostro sudado encontró la mirada perdida y gélida de un hombre algo mayor que, en sus adentros, deseaba encontrar la manera de salir vivo y coleando de su particular pozo negro y profundo. Quería volver a intentarlo ahí afuera. Encontrar de nuevo su hueco en el mundo. Ese hueco que un día disfrutó y él mismo —siempre inmaduro ante los avatares imprevistos de la vida— se empeñó en perder.

De repente sintió una rabia incontrolable y golpeó con ira el volante. Gritó con furia hasta desgañitarse, tratando de liberar la tensión.

Meditó un rato sobre qué se suponía que tenía ahora que hacer. Anna, John, Rosa, Mercedes, sus hijos... Había lazos que tenía que cortar antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que ser honesto, humilde y valiente. No sabía si sería capaz de reunir el valor suficiente.

De momento, cambiaría la ruta de vuelta a casa. Había escuchado a la agente comunicar por radio y era posible que conocieran su ubicación. Oteaba el horizonte una y otra vez porque creía oír los ecos de las sirenas de la columna de coches de policía yendo para allá, cruzándose con él en el camino. Esa situación no era deseable, no debía de producirse. Empezaría por desviarse en el primer cruce del predecible itinerario por el que circulaba, y evitaría las vías principales.

Y tenía que idear cuanto antes la forma de deshacerse del vehículo.

Las condiciones meteorológicas parecía estar locas esa mañana en ese punto de la montaña y, próxima la hora al mediodía, un rayo de sol conseguía asomar entre la pequeña grieta que se abría entre dos masas de nubes cada vez más ligeras y estiradas. El viento había amainado y el cantar de los pájaros parecía dar la bienvenida a la resplandeciente luz que devolvía su habitual colorido al apacible valle.

Dentro del caserío, en la quietud de la fría y oscura estancia, los cuerpos maniatados de Linda y de Esteban permanecían inconscientes, sumidos en un sueño profundo, en la misma posición en que los había dejado Mario, ajenos a los vaivenes del tiempo y a la incesante actividad de las llamas en el horno ubicado en el edificio colindante. El haz de luz dura que ahora penetraba por las rendijas de las contraventanas de la fachada ponía en evidencia las partículas de polvo que, en torno a ellos, y entre enigmáticas luces y sombras, flotaban suspendidas en el aire.

La intermitente vibración por llamada entrante en el móvil que Linda guardaba en su chaquetilla del uniforme llevaba unos minutos haciendo oscilar la tela del bolsillo a escasos centímetros del suelo.

Pegar las matrículas falsas sobre las auténticas no estaba de más antes de abandonar la furgoneta en esa zona resguardada y algo apartada del polígono industrial de El Henares, en la ciudad de Guadalajara. Y por qué no, también fijaría el vinilo publicitario en los laterales de la caja, «Agrovida, expertos en viña». Mario tenía presente que, cuando llegó la pasma y él se encerró en el caserío, había dejado la puerta del garaje a medio cerrar, y cualquier agente avezado —el hombre calvo y fornido le pareció que sería uno de esos— se hubiera agachado a fisgonear antes de ponerse a tirar la puerta de la vivienda abajo, y habría obtenido con facilidad la marca, el modelo, el color y la matrícula de vehículo. Así que, llegado el caso de que alguien avistara ahí la furgoneta con recelo, y cotejara su descripción con la información facilitada por la Policía, de primeras no la relacionarían directamente con el caso y algo más de tiempo ganaría. Y Mario estaba convencido de que, para su seguridad y tranquilidad futura, el transcurrir del tiempo era vital para que las aguas retornaran a su cauce.

Había pensado en sumergirla en algún conocido pantano de las inmediaciones —tenía varias buenas opciones para elegir—, o incluso tirarla por un precipicio que conocía a menos de media hora de allí, manipulada para que ardiera en llamas al colisionar. Pero estimó que eran soluciones muy aparatosas y llamativas, contrarias al perfil de exposición bajo que había decidido mantener en las próximas semanas. ¿Qué hubiera conseguido con eso? Muy sencillo, atraer la atención de los maderos hasta el vehículo y servirles en bandeja la investigación. Un error mayúsculo, sin duda. Ahí donde la dejó, bien aparcada entre otros automóviles, en el límite de un entorno urbanizado, productivo y transitado que él conocía, tenía más probabilidades de pasar desapercibida una buena temporada.

Actuar con naturalidad siempre era una buena elección si se quería transmitir que uno no tenía nada que esconder, reflexionó, mientras se quitaba definitivamente la máscara y la gorra de encima —se las había vuelto a poner en el último tramo del recorrido por carretera, tan pronto se serenó y dejó de sudar—, y las escondía en los bolsillos de su chaleco.

Mario, con la coqueta nevera naranja colgando de su hombro, atravesó transversalmente el campo yermo colindante para llegar antes a una calle con más trasiego de circulación que discurría en paralelo. El soniquete que las malas hierba producían al ser desplazadas y pisadas por sus pies amenizaron su oído y las sensaciones de esa pequeña excursión con la que se alejaba del lado oscuro e ilícito y regresaba de nuevo a la cara honrada y recta de la ley. En esta ocasión, a diferencia de las anteriores, las cenizas del cliente no habían volado esparcidas por ningún sitio, y la furgoneta que dejaba atrás no estaba en el lugar estratégico designado previamente por Anna. Pero por lo demás, si se abstraía de lo ocurrido, era prácticamente lo mismo. Llegados a ese punto, una mezcla de satisfacción y extenuación inundaba todo su cuerpo. Solo que aquí eran emociones tamizadas, embadurnadas por el poso de la incertidumbre.

Una vez en la acera, entornó los ojos escudriñando a ambos lados. A escasos metros, en sentido contrario al que le llevaba a la zona donde se encontraban juntas todas las naves, divisó un contenedor de obra. Caminó decidido sin detenerse. Cuando llegó a su altura se deshizo de la fresquera apoyándola boca arriba. En su interior arrojó la máscara de látex y la gorra. También los papeles protectores de las matrículas adhesivas y los vinilos. Por último, del bolsillo a la altura de su corazón, sacó la jeringuilla de la muerte y se despidió de ella. Roció todo con el líquido inflamable hasta que hizo un charco en la base y, finalmente, arrojó dentro el propio envase metálico del combustible. Bastó un chispazo en la parte superior de la nevera para prenderle fuego al conjunto. En unos minutos no quedaría ni rastro. En ese momento sintió sonar su teléfono móvil.

Anna aún no había recibido notificación alguna de la correcta finalización del trabajo y

andaba preocupada. Su socio Mario era un hombre metódico y, a esas horas de la mañana, pasado el mediodía, siempre había cumplido satisfactoriamente con su misión y se lo había hecho constar. Era mala señal que ese día no hubiera dado ningún signo de vida. Incluso si algo hubiera ido mal, en la ejecución de Santiago por ejemplo, o hubiera surgido cualquier otro problema técnico en la casa o con el horno, él lo habría resuelto de una manera u otra y se lo habría comunicado.

— No sufras tanto por mí, hija. Estoy bien. —le dijo con sorna su padre, que llevaba un rato observándola nerviosa, de pie, con la mirada perdida más allá del cristal de la ventana.

— Sabes que para mí tú eres lo más importante —Anna se recompuso y le contestó con tono dulce, tratando de camuflar su inquietud.

— Pero es obvio que no soy lo único que te preocupa —sentenció con tino Ramón—. Y me alegro que así sea —repuso con alegría—, siempre y cuando no estés en peligro —matizó.

La hija negó con el gesto, tratando de quitarle importancia.

— Qué triste sería la vida sin emociones, ¿verdad? —continuó él—. Anda, búscame *Cantando bajo la lluvia* y haz lo que tengas que hacer.

Anna sonrió cariñosa y asintió. Ocultar a su padre a qué se dedicaba realmente era un cosa, pero tratar de disimular sus preocupaciones internas era otra bien distinta. Desde niña, cualquier pequeño gesto titubeante la delataba ante los sagaces ojos de su progenitor. Sin duda, ese hombre octogenario de salud débil, optimista y divertido con el que ahora compartía su vida, la conocía mejor que nadie. Y ella lo amaba.

Llamó a Gabriel para que hiciera compañía unas horas a su papi y les preparó la película para la sesión matinal de cine. Después se vistió deportiva para salir a correr y, tan pronto llegó el joven, trotó a toda prisa para tratar de contactar con Mario cuanto antes y preguntarle si todo estaba bien. Se moría de ganas de descubrir qué era lo que había pasado y por qué no le había informado. Después de los últimos encontronazos con su ahora socio y antiguo amante, necesitaba saber que todo seguía en pie.

En cuanto llegó a la cabina de turno marcó el número del teléfono Nokia que llevaba Mario. Con la primera, con la segunda y con la tercera llamada los tonos de comunicación se agotaron sin obtener ninguna respuesta. No era extraño tratándose de él. Supuso que, por alguna razón, Mario llevaba el móvil silenciado y no lo había podido escuchar. Así que volvió a insistir.

Mario orientó la pantalla hacia su vista: número desconocido, leyó. Sabía que era Anna. Por protocolo, nadie más le llamaba a ese dispositivo, ni siquiera John. Estaría histérica esperando recibir las habituales noticias positivas a cerca del negocio. Pero la noche había resultado ser un auténtica mierda. Y él no estaba para charlas ni explicaciones. Así que apretó el botón rojo cortando en seco el intento de comunicación, abrió la carcasa del móvil en dos y lo arrojó de lleno a las llamas, procurando que la tarjeta SIM fuera lo primero que se quemara. Se despojó también de los guantes y los abrasó en el fuego. El cuchillo y el mechero fueron los únicos objetos que utilizó en las últimas quince horas que decidió conservar. El primero, para no dejar pistas sueltas que relacionaran esa quema con los reventones de las ruedas en el coche de la policía —la hoja de la navaja seguro que no se iba a fundir entre esas llamas—; y el segundo, por una cuestión sentimental, era parte de su pasado.

Se alejó de inmediato de allí, no fuera a ser que la batería del teléfono le explotara en la cara y le provocara un disgusto adicional. A escasos metros de su posición, al otro lado de la vía, advirtió que un hombre robusto y de aspecto descuidado —que rebuscaba entre contenedores de basura—, había levantado su vista hacia él, y seguía su caminar con atención. Mario imaginó que estaría esperando a que se alejara para fisgonear lo que fuera que hubiera dejado ahí abandonado. Giró su rostro hacia él y le dedicó una mirada intimidatoria. El individuo captó el mensaje al

vuelo, e introdujo de nuevo su cabeza en el interior del depósito.

En unos minutos, las escasas pruebas incriminatorias serían irreconocibles y habrían quedado reducidas a cenizas.

Anna torció el gesto contrariada cuando, con la cuarta llamada, el receptor cortó de forma abrupta la señal a los pocos tonos. Habitualmente, si Mario oía la llamada, siempre contestaba; aunque fuera para responder con monosílabos, pero descolgaba el teléfono. Si no lo hacía, era porque no había oído el timbre, bien porque estuviera en la ducha, tuviera el dispositivo lejos, o lo hubiera apagado para tratar de dormir. Pero cortar voluntariamente una llamada que estaba oyendo sonar, eso no lo había hecho nunca. Algo realmente extraño pasaba. Sintió un punzante escalofrío recorrer su cuerpo que le hizo presagiar los peores augurios, sin lograr hacerse una idea clara de cuáles serían esas malas nuevas. Tragó saliva y volvió a marcar el número. El teléfono ni siquiera dio señal. «El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento», le apuntó una voz automática de mujer. Enfadada, Anna colgó de un golpe seco el auricular. Recogió la monedas que escupió con sonido metálico la boca del balancín sobrante y, con gesto tenso, las tiró al aire con rabia. De alguna manera, no sabía aún cual era la razón, intuyó que el próspero tiempo de negocio junto a socio fiel se había acabado. Y tal vez el suyo, pues no le resultaría fácil reemplazarlo. De momento tenía a John, pero ¿hasta cuándo? ¿Qué haría con su vida si todo se fuera al traste? Igual era el momento de regalarle el viaje de su vida a su padre. Necesitaba aclarar su mente y continuar su camino. Salió de allí corriendo.

Linda percibió cómo unos sonidos de sirenas se colaban en su subconsciente onírico y la guiaban de vuelta a la realidad. Abrió de pronto los ojos, aturdida, en la oscuridad de la habitación. Se descubrió tumbada en el suelo, encadenada, amordazada, y confundida. En la penumbra, solo con el pequeño haz de luz que penetraba por un resquicio de la opaca contraventana, apenas logró reconocer nada del cuarto ni de lo que ella hacía allí. Escuchó algo de alboroto y alguna voz hueca procedente del exterior. Por un instante se alarmó, y agitó nerviosa sus extremidades intentando deshacerse de las ataduras. Tenía las piernas liberadas, así que por lo menos podía ponerse de pie, razonó. Empezó por colocarse de rodillas y, de repente, oyó el golpe seco de una puerta que se abrió violenta y el sonido de unos pasos alterados. Instintivamente, se reincorporó de un brinco y, con las manos maniatadas a la espalda, se desplazó a ciegas buscando un lugar donde guarecerse, hasta que sus pies se toparon de repente con algo sólido que obstaculizó su avance, le hizo perder el equilibrio y caer de bruces. El sonido alargado del impacto y la blandura de la superficie le dio a entender que había caído sobre un colchón. Qué suerte, y qué torpe, pensó. Con el ruido que acababa de hacer había puesto en evidencia su presencia, y notó cómo, al otro lado de la pared, pareció cesar la actividad y se hizo un silencio tenso. Ahora, los miembros de la banda criminal que acababan de entrar en su casa para matarla sabían a ciencia cierta donde se escondía. La habían descubierto.

A los pocos segundos otro contundente golpe la sobresaltó y observó la sombra de dos hombres armados irrumpiendo enérgicos en el cuarto. La luz que de sopetón entró por el umbral de la puerta —más el destello de una linterna— le cegó los ojos y apartó la vista, momento en el que recordó de pronto todo lo ocurrido y tomó consciencia de la situación en la que se encontraba.

— ¡Policía! —le anunció la voz de un compañero a la vez que dejaban de apuntarla con el cañón—. Tranquila, está usted a salvo.

Linda trató de gritar su identidad pero no pudo articular palabra porque fue incapaz de despegar sus labios.

— ¡La tenemos! —vociferó hacia atrás el otro.

Los dos agentes, que se habían encontrado a Linda tendida de lado sobre la cama, desorientada, y acurrucada con los muslos pegados a su pecho, enfundaron sus pistolas y le ayudaron, con cuidado, a sentarse sobre el colchón.

— ¡Id con Esteban! —exclamó excitada Linda, tan pronto uno de ellos le despegó el esparadrapo de la boca— Ahí afuera, junto al hogar —les señaló en varias direcciones, todavía descentrada.

La joven policía vio cómo el agente más grueso salió de la habitación diligente y continuó dirigiéndose a él.

— Le han sacudido un golpe fuerte en la cabeza. Estará aún inconsciente. ¡Llamad a la ambulancia! —le gritó.

— Ya estamos con él, tranquila —le dijo con voz serena el policía más flaco que se quedó con ella—. Respira un poco, estás aturdida. Coge aire —le indicó.

— Estoy bien, estoy bien... —musitó ella, con la mirada fija en el hueco de la puerta.

— Déjame un segundo que lo compruebe a ver...

Linda recordó el instante en el que el maleante la encañonó por sorpresa y se reprochó no haber actuado con mayor habilidad e inteligencia en una situación tan crítica. Por unos segundos, tras el sobresalto que supuso el inesperado ataque, bajó del todo la guardia al preocuparse exclusivamente del estado de Esteban, y ese descuido lo había pagado caro. El individuo no había salido huyendo de allí a toda prisa como ella se imaginó. Debió de esconderse tras el umbral exterior de la puerta y esperó paciente su oportunidad para atraparla a ella también. Se lo había

puesto muy fácil. Pecó de pardilla. No debía de volver a infravalorar el peligro que uno corre al asistir a un compañero sin cerciorarse antes de la ubicación real del delincuente.

Su mirada a través de la máscara, las pastillas que le metió en la boca y creyó letales, el disparo... Mientras trataba de ordenar todas las imágenes que aparecían en su cabeza, sintió cómo las manos del hombre uniformado inclinaban su rostro, y sus ojos escrutantes inspeccionaban con atención la piel de su cara y cuello que ahora le picaba, suponía que irritada y enrojecida por el adhesivo. Después lo vio explorar con la mirada el resto de su cuerpo, por delante y por detrás, buscando posibles restos de sangre.

Al poco, Linda contempló desconcertada entrar de nuevo en el cuarto al policía voluminoso. Llevaba algo en las manos e iba directo a donde estaba ella.

— ¡Pero vaya con él! —le recriminó, sin entender qué hacía de nuevo allí—. He dicho que estoy bien —Linda movía nerviosa el rostro y las pupilas de un lado a otro sin llegar a comprender por qué el agente que regresó se detenía a su lado y, a la vez, el otro policía la sujetaba por los hombros y giraba su tronco superior para ofrecerle la espalda—. ¡Preocúpense de él! —exigió alterada.

De repente oyó el sonido metálico de las esposas crujir, y sintió liberadas sus manos. Llevó naturalmente las palmas hacia adelante y se las quedó mirando, absorta y extraña. Las observó inmóviles y entumecidas. Ni recordaba que las tenía.

El agente flaco se puso de cuclillas para hablarle a su altura.

— Está todo controlado, Linda. Esteban también está bien —le consoló—. Espere aquí un poco, respire profundo y no se preocupe más. Ahora vienen por usted.

En el exterior del caserío, a escasos metros de donde se encontraba Linda, dos policías de la Científica, enfundados de arriba a abajo en monos de plásticos blancos con capucha, mascarillas del mismo color, calzas negras y guantes de látex azules, entraban diligentes por la abertura del garaje, dispuestos a recoger y analizar cualquier tipo de prueba que pudiera resultar relevante en la escena del delito.

— Aquí lo que apetece es tomarse un cafecito con el calor, ¿no les parece? —les dijo con gracia un guardia civil que se les había adelantado, y que se encontraba junto a la puerta del horno calentándose las manos.

— ¿Qué hace usted aquí? No haga el imbécil —le espetó con malos modos el que, de los dos que acaban de entrar, era el suboficial, y se dirigía hacia su posición.

— ¿Quiere que se lo apague? —le propuso, aún con tono amable pero visiblemente contrariado el agente local, haciendo ademán de manipular el termostato con su mano.

— ¡No toque nada, por favor! Y váyase por donde ha venido. Déjenos trabajar —le exigió con sequedad el investigador.

Tras acercarse al horno y comprobar que se encontraba funcionando a pleno rendimiento, el propio suboficial giró con suma finura la rueda hasta apagarlo. Después abrió la puerta del crematorio y, tras tener que apartar unos segundos el rostro y su cuerpo del abrasante golpe de calor que salió por la boca, se asomó cauteloso a explorar el interior. En cuanto lo hubo analizado, frunció el ceño, chascó sus labios torciendo el gesto y negó con su cabeza. Después tornó su cara en dirección a su compañero y, en cuanto este terminó de fotografiar el rincón vacío de la mesa metálica y buscó su reacción, le obsequió con un gesto lastimero. En lo relativo al fuego, seguramente habían llegado demasiado tarde para lograr identificar con claridad lo que fuera que se estuviera quemando en el interior.

— Centrémonos en posibles huellas sobre las superficies —dispuso esperanzado.

Los rotativos azules y ámbar adornaban de color el ya de por sí saturado paisaje de montaña.

Sentada en la parte de atrás de la ambulancia, cubierta con una manta térmica sobre los hombros, Linda miró el reloj. Habían pasado algo más de tres horas desde que, junto a Esteban, asaltaron la guarida del lobo, y hasta allí se había desplazado un amplio dispositivo policial. Ahora tres coches patrulla y dos ambulancias se sumaban a su propio vehículo con las ruedas pinchadas y cercaban innecesariamente la casa de montaña. Uno de los agentes terminaba de precintar la zona. Pero allí no quedaba nadie peligroso. El delincuente había salido airoso de ese primer envite y les había dado un buen toque de atención, poniendo en evidencia su falta de experiencia. Eso, la destreza que da la práctica, reflexionó Linda, se conseguía gracias a lecciones como esa. A fin de cuentas, tenía que estar agradecida por la suerte que habían corrido, los dos podían contarlo. El enmascarado les había perdonado la vida. A su juicio, ese gesto delataba que, tal y como pudo deducir en el breve análisis de su mirada poco antes de quedarse dormida, ese hombre no era un asesino. Aunque era obvio que el espeso humo que salía en ese momento por la chimenea era el de un cadáver calcinándose. Esto no había hecho sino empezar, y todavía les quedaba mucho por investigar. Deseaba volver a encontrarse con ese cara cubierta de látex y descubrirla con sus propias manos.

Linda contempló cómo dos sanitarios sacaban de la casa en camilla a Esteban. Le habían vendado la cabeza y estaba consciente, aunque todavía conmocionado. Mantenía la mirada perdida apuntando al cielo. Le acompañaba, agarrándolo de la mano, su buen amigo Fran.

— Usted aquí tranquilita, no se mueva —le exigió la médico que estaba junto a ella agarrándola del brazo, tan pronto hizo ademán de ir a interesarse por su compañero.

— No se te puede confiar nada. ¡A poco me lo matas! —le reprochó con gesto serio su colega, al cruzarse en dirección a la otra ambulancia.

Linda sonrió tenue su gracia y Fran asintió cómplice, aprobando su sentido del humor.

En el momento que cargaban a Esteban en la ambulancia y cerraban el portón trasero, el teléfono móvil de la agente vibró. Era un mensaje de John: «Regular el examen. Aquí estoy, de nuevo echando una mano al cuerpo», le escribió. El joven adjuntaba una fotografía en la que podía verse a él mismo haciéndose un selfi en la calle con tres policías sonrientes a sus espaldas mirando al objetivo. Al final la cosa seguía su curso, pensó Linda, antes de levantar un instante la mirada de la pantalla y ver venir hacia ella, entre el ajetreo de la situación, al teniente Marcos. Apresurándose, le dio tiempo justo a responder a John tecleando sobre dos emoticonos: el de un brazo fuerte y el de una cara alegre pero sudada.

— Linda, Linda... —exclamó con tono animado el teniente poco antes de llegar a su altura—. Al final, su plan secreto ha funcionado.

El oficial se la quedó mirando. Linda se fijó en la mueca de orgullo que transmitía su rostro.

— Eso parece —le contestó escueta ella, arqueando las cejas con ademán de insatisfacción.

— Pues es una fantástica noticia —aseveró el oficial—. Creo que, llegados a este punto, merezco oír los detalles claves de la operación...

— Sí, por supuesto, mi teniente —accedió Linda, y se tomó unos segundos para aclarar su mente antes de confesarlos—. Verá... Sabe que, hará poco más de un mes, tuve que hacer una sustitución a un compañero, y que esa noche, un hombre bebido que decía que se quería suicidar tirándose del balcón de su vivienda montó un escándalo público considerable... —Linda, esperó a que el teniente Marcos confirmara estar al corriente de la información, y este afirmó tibio—. Pues bien, para mi sorpresa, en el interior de su vivienda se encontraron hallazgos que lo relacionaban con el *modus operandi* que investigábamos: billetes de viaje, efectos personales, maleta... Así que, sabiendo que el hombre había sido ingresado, y tratando de aprovechar su debilidad

emocional tras la resaca, a la mañana siguiente lo fui a visitar al hospital y procuré sonsacarle información de utilidad para el caso. A pesar de las evidencias coincidentes, él no soltó prenda. En principio, no sabía ni de qué le hablaba. No reveló nada que lo relacionara con esa gente...

Linda levantó su vista un instante a la mirada atenta del teniente y advirtió, en el brillo de sus ojos, cierta expectación complaciente.

— ¿Entonces...? —le instó él.

— Si algo aprendí de mi padre —continuó exponiendo ella—, es que un suicida difícilmente deja de serlo, así que intuí que ese hombre lo volvería a intentar. Y tal vez recurriera a la misma fórmula. Era poco probable, pero podía ocurrir. Solo era cuestión de tiempo averiguarlo. Pensé en su maleta. Era nuestra oportunidad, nuestra baza para intentar ir por delante. Su seguimiento nos llevaría a algún sitio. ¿Usted ha visto *Minority Report*?

— ¡Cómo no! —exclamó él, de pronto sonriente—, gran película de Steven Spielberg protagonizada por Tom Cruise.

A Linda le sorprendió el repentino entusiasmo con el que su superior hizo gala de su conocimiento cinematográfico.

— Pues yo todavía no —repuso ella, levantando las palmas tratando de excusarse con el gesto—. Pero creo que la idea era un poco esa. Anticiparnos al supuesto delito, no para evitarlo en este caso, sino para que, si se llevaba a cabo, esa pista nos proporcionara información capital para llegar hasta ellos. —Linda comprobó que, en ese punto, el teniente Marcos aprobaba la comparación asintiendo con rotundidad—. Hablé con Sonia al salir del hospital —prosiguió— y, tras organizar el papeleo, esa misma noche, antes de que a él le dieran el alta, nos metimos en su casa y le colocamos, muy bien disimulado, un geolocalizador a la maleta... —Linda recreó con sus manos el momento de fijar el artilugio en uno de los pliegues de la piel—. Hasta ayer el aparato no había registrado movimientos significativos. Sin embargo, anoche el dispositivo alertó de que la maleta salía del edificio y se desplazaba por la ciudad. Hemos dedicado la madrugada a preparar el rastreo de esta mañana que, con algo de fortuna, pues en esta zona no registraba nada bien la señal, nos ha traído hasta aquí.

Linda resopló satisfecha y reflexiva, recorrió con su mirada el caserío de montaña. Alzó su vista hacia el tejado.

— Si no me equivoco, el propietario de la maleta y su valija es lo que se estará quemando en ese garaje —infirió—. Una prueba más de que nos enfrentamos a delincuentes profesionales; y ejemplares en lo suyo —concluyó.

El teniente Marcos volteó hacia atrás el cuerpo para concentrar su atención en el humo de la chimenea.

— No creía que llegaríais tan lejos. Buen trabajo —celebró, mirando a Linda con orgullo.

— Hemos tenido suerte —admitió ella—. Francamente, era nuestra única apuesta. Pero aún nos falta cogerlos.

La joven fantaseó en su pensamiento el momento de volver a encontrarse cara a cara con el enmascarado. Ese día llegaría, y todo sería diferente porque ella estaría ya preparada, proyectó convencida.

De repente, Linda cayó en la cuenta de que en el interior de la casa solo se habían topado con un individuo, cuando todos los indicios señalaban que, como mínimo, serían dos, como en el caso del vídeo grabado por el vecino en el que uno de ellos llevaba la máscara con el rostro de Tarantino. ¿Por qué habría intervenido en esa ocasión un solo hombre? ¿O acaso estaban los dos, y ella había interactuado únicamente con uno de ellos? La agente frunció el ceño con escepticismo: aún quedaban muchas hipótesis por lanzar y muchas cuestiones por resolver. Más sombras que

luces, a pesar del aparente éxito.

— Y los cogemos, no le quepa duda —le dijo el teniente con tono tranquilizador, tratando de rebajar su gesto preocupado—. Tarde o temprano. Nadie escapa a la ley. Para eso trabajamos.

Linda sonrió con desgana la breve arenga de su jefe.

— Pero no lo harán ustedes. Ya no —soltó de pronto el teniente—. Los aparto del caso —remató finalmente, como si acabara de dar una buena noticia—.

— ¿Perdone? ¿Que nos saca del caso? —respondió estupefacta Linda—. ¿Por qué? No puede hacernos eso —reclamó vehemente.

— Puedo y sería tonto si no lo hiciera —le aclaró sereno él—. Es usted un diamante en bruto.

Linda se echó las dos manos a la cabeza y deslizó sus palmas por el rostro hasta quedar mirándole con gesto suplicante, no dando crédito a lo que acababa de escuchar.

— Pero si yo lo que quiero es resol...

— No hay más que hablar —le interrumpió tajante el superior.

— Podré, al menos, expresar mi opinión al respecto, mi teniente —solicitó molesta Linda.

— Podrá, pero no le servirá de nada —le aclaró él.

Linda examinó con rabia la altivez y firmeza del mando y resopló contenida, negando resignada con la cabeza.

— Entiendo que estés indignada —le indicó comprensivo—. Y es normal que quieras terminar lo que has empezado. Pero la vida es así, este trabajo es así, y hay que aceptarlo.

El teniente dejó unos segundos de silencio para que la joven, que permanecía absorta con la mirada perdida, asimilara la situación.

— Tengo algo nuevo para ustedes —le anunció.

— ¿Algo nuevo? —cuestionó con indiferencia ella.

— Nuevo o viejo, según cómo se mire... pero ahora mismo, más importante que esto.

— Más mediático, querrá decir —le espetó Linda con tono provocador, aludiendo a la conocida predilección de su superior por salir en los medios.

— Más urgente —matizó el teniente con tono dócil, evitando la confrontación—. Tanto Esteban como tú os lo habéis ganado.

Linda esbozó sin querer una media sonrisa de consolación. Supuso que a Esteban sí que le alegraría escuchar de boca del jefe esas palabras. Y en eso sí creía que el teniente tuviera razón; su veterano compañero de fatigas se había ganado poder volver al ruedo, salir a la calle. Tener otra oportunidad.

Mario conocía bien ese concurrido polígono industrial en el que había dejado abandonada la furgoneta. Se detuvo un instante para pensar. Achicó los ojos. Tenía varias opciones. Podía, echándose a andar un rato, pasar al otro lado del río Henares, hacia el núcleo urbano de Guadalajara, y bajar por el parque hasta llegar a la estación de autobuses. Seguramente la idea era buena porque su presencia pasaría totalmente desapercibida entre la cantidad de gente que iba y venía a la capital durante todas las horas del día. Pero la imagen de él —de pie, con su chaleco de trabajo, junto a la ventanilla sacando el billete—, que seguro captaban las cámaras de seguridad, y la más que probable revisión de las mismas que efectivos policiales llevarían a cabo los días posteriores a que se encontrara y vinculara la furgoneta con los hechos le hizo desechar esa opción. Lo había visto en muchas series policiales, y aunque la realidad era distinta y las herramientas de identificación mucho más dificultosas, no quiso arriesgarse. Optó por echarse a andar y preguntar al primer conductor de vehículo industrial que se fuera a poner en marcha. En las inmediaciones de la empresa de mensajería, o en cualquiera de las de muebles, encontraría a algún desconocido que lo sacaría de allí. En ese entorno, con su vestimenta de electricista autónomo, y la excusa de necesitar volver a Madrid —se había quedado ahí tirado por no poder acompañar a su socio en un segundo desplazamiento inesperado que les habían solicitado desde Sigüenza—, seguro que no le costaría persuadir a alguien que le dejara subirse al vehículo. Eso sí, analizaría las potenciales conductores y valoraría sus posibilidades de éxito antes de preguntar a nadie. Cuantas menos personas abordara, mucho mejor. Menos opciones tendría la Policía de llegar en un futuro hasta él, de obtener su descripción.

John había salido del examen con el ánimo algo contrariado, pues tenía mucha confianza en que lo iba a hacer bien y la prueba no resultó tan práctica como había esperado. Aún así, la vida continuaba y a él le quedaban muchas cosas por hacer. Caminó titubeante un rato, mordiendo nervioso el bolígrafo con el que había respondido a las preguntas de cuestionario, pensando si tomarse algo de almorzar en algún bar de la zona y escribirle a Linda para contarle, cuando un agente de policía se acercó hasta él por el costado y le abordó con una hoja desplegada en su mano.

— Seguro que usted puede indicarnos —le dijo, con gesto de premura en el rostro—. Es urgente, por favor —reclamó.

Al instante llegó un segundo policía hasta su posición y les espoleó para ponerse en marcha.

— Venga, vamos para allá. Sígame.

John les acompañó unos metros escuchando su apresuradas explicaciones. Cruzaron la calle. Torcieron la esquina. Subieron las escaleras que conducían a una zona verde que se alzaba sobre el manto de asfalto de la calle. Allí les esperaba un tercer policía.

Encaramados en una pequeña ladera, desde la que se divisaba gran parte del barrio, los agentes siguieron con atención las indicaciones que, sobre el papel, les dio el joven.

A petición de John, pararon un momento para que pudiera hacerse un selfie y enviar un mensaje.

Mario había llegado finalmente a Madrid recorriendo los últimos veinte kilómetros en el autobús urbano que cogió desde Torrejón de Ardoz, que era la población hasta donde se había podido acercar con el primero de los conductores que abordó frente a una empresa de maquinaria de hostelería. En realidad, con tal de alejarse de la ubicación de la furgoneta involucrada en la operación, el destino a Mario le era un poco indiferente. Así que aceptó al instante y se subió a la cabina. Una vez lejos de allí, las variables a considerar por la Policía eran tantas, los medios y los horarios tan inabarcables, que no le supondrían ningún riesgo potencial utilizar cualquier

transporte público que lo llevara de nuevo hasta su casa.

Al llegar al intercambiador de Avenida América se bajó del bus y puso rumbo al metro para subirse a la línea que lo llevaría hasta su barrio. Dos paradas antes de llegar, al igual que le hubiera recomendado Anna como estrategia de seguridad, se bajó del vagón y salió a la calle a andar el último trecho.

Acalorado, sacudió un poco el jersey y le invadió el fuerte olor a sudor que emanaba su cuerpo. Tenía unas ganas enormes de llegar a su casa, despojarse de la ropa, y darse una buena y larga ducha con agua caliente y jabón.

Zancada tras zancada, conforme se acercaba a su destino, iba sintiendo más intensamente la necesidad de liberarse de una vez por todas del peso que la mentira y la clandestinidad llevaban cinco años acumulando y cargando a sus espaldas hasta asfixiar su respiración. Desde ese fatídico día en el que le despidieron del exigente pero bien pagado trabajo de instalar puertas brindadas por toda España. Esa ocupación que le había mantenido siempre en ruta y en apariencia feliz, pero que seguramente habría sido la causa principal por la que acabó distanciándose primero y perdiendo definitivamente después a su mujer, que claudicó buscando consuelo en otro hombre. Eso ya no tenía solución. No valía la pena fustigarse echando la vista atrás. No quería ser hijo de su pasado. Era obvio que se había equivocado y que no había reaccionado a la adversidad con valentía. Él, que nadie que lo conociera hasta entonces habría dicho que careciese de valor. Pero en esos momentos difíciles su cabeza comenzó a enmarañarse de pensamientos insanos, y en ese vendaval de negatividad, su voluntad se dejó arrastrar. Cuando todavía no se había recuperado del terremoto, llegó el huracán. Y no supo reaccionar. O lo hizo eligiendo el camino más fácil, compadeciéndose de sí mismo y echándole la culpa al resto. Su cerebro le había jugado una mala pasada de la que no había encontrado la manera salir. Pero ya tocaba pasar página. Los últimos avatares le habían puesto en aviso, pero conseguir salir airoso esa mañana era la señal inequívoca de que seguir tentando a la suerte con negocios ocultos iba a tener además consecuencias legales. Y penales. Tenía que mirar firme hacia adelante. Quería ser el padre de su futuro. Intentarlo. Gobernar la nave. Sentirse capaz. Lo tenía decidido.

Dos giros más abajo se adentraría en la frecuentada calle comercial que necesitaba atravesar para llegar por fin hasta el edificio en el que se encontraba el portal de su vivienda. Confiaba en que ese paseo peatonal, a esas horas de la comida, no estuviera tan plagado de gente como cuando estaban todos los negocios abiertos.

— Dile que espere un poco. Está a punto —le dijo John a uno de los agentes que estaban con él.

El grito del policía llegó hasta el tercer agente, que se encontraba alejado casi cien metros de su posición. Aguardaba en una esquina de la calle del parque en cuclillas, sosteniendo algo entre las manos, mientras observaba atentamente las indicaciones que bien el chico o sus propios compañeros le hacía desde la atalaya.

Alguno de los vecinos observaban impacientes la actuación del dispositivo policial que parecía desplegado por la zona.

El joven parecía escrutar a un lado y al otro de una de las avenidas que se divisaban desde esa zona elevada del parque.

— No, aún no —vociferó John, haciendo aspavientos con su brazo al aire.

Los dos policías que tenía a su lado observaban sus hábiles manos manejando la pantalla del control y permanecían expectantes.

— Un segundo... Despliega... ¡Ahora! —bramó John.

La orden llegó al agente más alejado y actuó de prisa, dando unos pasos atrás. John soltó el

mando que portaba en las manos del agente que tenía pegado a él.

— ¡Dale! ¡Sin miedo! —urgió John al poli que manejaba.

El agente accionó la palanca. Los rostros de los presentes se iluminaron de pronto.

— ¡Sí! —exclamó triunfante John.

El dron de vigilancia que los policías creían tener averiado, dotado de un sistema de transmisión de vídeo de última generación, movió sus cuatro hélices, alzó su posición y echó a volar por el cielo.

— Lo veis, ya está, ya vuela. Libre como un pájaro. Era sencillo —dijo jocosamente el joven, quitándole importancia a su intervención—. Ahí los dejó.

Con el entusiasmo reinante, John quiso desaparecer de allí discretamente, pero el mismo policía que lo había abordado minutos antes lo buscó tendiéndole la mano.

— Muchas gracias ingeniero, la seguridad ciudadana del barrio está ahora garantizada —se despidió, dándole un fuerte apretón—. Ya sabía yo que trabajando en esa empresa no podías decepcionarnos.

— ¿Trabajar ahí? Eso quisiera yo. Salía de un examen —le aclaró John, antes de echar a andar.

— Quién lo iba a decir, visto lo visto —expresó sorprendido el agente—. Pues que tengas suerte —le deseó, alzando su palma al aire.

— Ojalá, pero con los tiempos que corren es complicado—respondió John, girándose hacia él con una sonrisa de oreja a oreja—. Hasta la vista.

El joven se alejó de allí dejando el runrún del aparato a sus espaldas y con la satisfacción interna de haber servido de ayuda al Cuerpo Nacional de la Policía. Detalle que, sin duda alguna, le haría subir algún peldaño que otro en su decidida escalada hacia conquistar el corazón de Linda, esa joven y atractiva agente por la que ahora bebía los vientos y que cada vez ocupaba más espacio en sus pensamientos.

Por primera vez en su vida una chica había despertado su interés de verdad, y sentía que por ella sería capaz de hacer lo que fuera necesario. Tenía que ser inteligente y controlar bien sus comentarios y emociones, pues con su apuesta sentimental tenía mucho que ocultar y todo que perder. Al menos mientras siguiera dedicando alguna de sus noches libres al turbio y tentador negocio de volatilizar cadáveres con Anna y con Mario. Jamás se perdonaría cometer el error de comprometer su futuro o el de alguno de sus socios por decidir compartir su vida con una policía. Eso no iba a pasar. Él tenía recursos de sobra para evitar que esos dos mundos opuestos se conocieran y compartieran juntos la misma cama.

Por cierto, pensó, anotando a fuego en su frente. Se tenía que acordar; en la próxima salida que hiciera con Mario, se disculparía a la cara y se interesaría por cómo le fue en solitario. Con lo máquina que estaba hecho, seguro que no lo había echado en falta.

Mario sonrió para sí al doblar la esquina y encontrar despejado el habitual paseo comercial repleto de gente. Sintió que era como otra señal que le indicaba que el camino tomado era el correcto. El largo e intenso trayecto desde la casa de montaña hasta su propio piso le había servido para remover y lidiar a cara de perro con parte de las inquietudes vitales que le venían atormentando los últimos tiempos. Era extraño, pues apenas habían pasado unas cuantas horas, pero sentía que el hombre que regresaba ahora a casa era un hombre radicalmente distinto al que partió desde allí la tarde anterior.

Sentía un motor interno que le gritaba no te pares, acelera, ve a por ello.

Se preguntó cuántas semanas le llevaría aprender el oficio de Pedro —el entrañable panadero que traspasaba su negocio—, y si él estaría aún dispuesto a enseñarle sus secretos.

Esperaba que no estuviera ya dilapidando su fortuna en las playas de Honolulu. De pronto se vio acostándose pronto y teniendo que madrugar a diario. Imaginó a sus hijos pasándolo pipa y divirtiéndose a los clientes comiendo pasteles junto al mostrador. Fantaseó con el olor a repostería que impregnaría la piel de Rosa al besar su cuerpo para hacerle el amor antes de cenar. Soñó con salir unos cuantos días al año de vacaciones y con volver a ser una persona normal, sin más ataduras que la honestidad.

Tenía en el techo del baño algún ahorro de más al que debía dar salida, y en el bolsillo alguna tentación a la que plantearse volver a abrir la puerta. ¿Para qué vivir amargado?

Era su momento, sentía el palpito. Confiaba en que ese bienestar mental con el que ahora caminaba, esa excitación vital que sentía en su interior, no fuera solo fruto del chute de adrenalina liberado esa mañana. Esperaba que esa sensación de fuerza, de confianza en sí mismo, que tenía casi olvidada, hubiera vuelto para quedarse, y desde ese momento fuera la energía que guiara sus pasos sus pasos.

Fuera lo que fuese en lo que terminara ocupado. Sin preocuparse de la suerte que correría. Disfrutando al máximo de cada momento. Y sintiéndose libre.

Se acercó hasta un grupo de hombres que alternaban fumando en la terraza de un bar.

— Disculpen, ¿me podrían dar un cigarro? —les preguntó.

— ¿Un cigarro? Sí claro —le contestó uno de ellos, y le extendió el paquete abierto para que él mismo lo cogiera.

— Se lo agradezco —repuso cortés Mario.

El hombre junto a ellos extendió su brazo y dio lumbre al mechero que sostenía en su mano.

— No, no se moleste, ya me lo enciendo yo —se disculpó Mario, sin que al hombre pareciera importarle lo más mínimo.

A partir de ahora él, y solo él, tomaría el mando de sus acciones. Se desvinculaba de su pasado reciente. Perdería de vista a sus socios. No quería volver a saber nada del negocio. Llegado el caso, negaría la mayor. Estaba a tiempo de rehacer su vida y lo iba a intentar. Tenía todo el derecho de hacerlo. Empezaría por abrir su corazón y contar parte de su verdad a la dos mujeres más importante de su vida, Mercedes, la madre de sus hijos, y Rosa, su actual pareja. Ninguna mentira más, se juró. Las dos se merecían disponer de su mejor versión.

Al final de la calle, de un popular restaurante comenzó a salir un grupo de deportistas alborotados. Mario supuso que sería la comida de celebración de un club de baloncesto, porque entre todos los tipos jóvenes, fibrosos y altos que ahora pululaban por la acera se podía haber hecho un torneo de ocho equipos. De la nada habían brotado setenta tipos.

Se detuvo un instante antes de tener que atravesar la masa de gente que ahora colapsaban la zona y estrechaban necesariamente el paso. Sacó su mechero del chaleco y encendió el cigarro. Llevaba tiempo sin fumar y ni siquiera tosió con la primera bocanada de humo que inhaló. Otra señal de fortaleza que le reafirmaba, pensó, mientras saboreaba con extraño deleite el momento de caminar hacia su futuro teniendo que abrirse paso entre los jóvenes.

Emprendió los pocos metros que faltaban para su casa y, segundos después, su figura se perdió entre el tumulto.

FUNDIDO A NEGRO

Los surcos que quedaban al amasar con sus dedos el ondulado manto blanco que tenía frente a sí dejaban ver la carne de gallina en la piel de Rosa. En sus senos. Bajo el vello erizado de sus brazos. En sus nalgas.

Conforme ella se sacudía sobre él, lasciva, violenta, en todas las direcciones, el polvo con la que cubría su cuerpo desnudo se desprendía al aire, sobre todo el de su pelo, y un manto de partículas blancas quedaban suspendidas en torno a ellos, justo por encima de la posición de Mario. Otra vez partículas.

Alguien más en la habitación. Giró la cabeza.

Atrás, a escasos metros de la cama y junto a un voluminoso saco abierto, dos niños jugaban divertidos a mancharse de blanco el uno al otro. Eran sus hijos. Cogían del interior. Llenaban sus palmas. Se lo tiraban el uno al otro. Lo probaban. Reían ajenos a todo. Comenzaban a empujarse.

Entre jadeos, Rosa lo miraba condescendiente y, de pronto, tras ladearse un poco, cargó algo en su mano y lo introdujo en la húmeda boca de Mario, que se dejó hacer.

Pastoso. Polvoriento.

Después, ella apoyó sobre su palma todo su peso.

Harina.

No podía respirar. Rosa no quería que siguiese respirando. Se ahogaba. Sus extremidades no respondían a los impulsos de movimiento que gritaba su cerebro.

Sonido de fuerte ráfaga de viento.

Ventana al exterior. Ecos de sirenas. Tos.

Abrió los ojos. Mario, en la tenue luz de la madrugada, encontró el techo de su dormitorio.

Hacía meses que no se despertaba en sueños.

Miró al lado.

Maldijo para sí.

CRÉDITOS FINALES

Notas del autor

Me gustaría compartir algunos detalles del origen de la historia que tal vez os interese conocer. *Las cenizas del éxito* es la versión novelada de un guión que escribí para ser película.

A principios de 2015, pocas semanas después del estreno de la mayor aventura cinematográfica que a nivel particular he dirigido hasta la fecha —una ficción de 32 minutos, cuya experiencia y resultado me impulsaban a emprender retos aún mayores—, me refugié unos días en una casa aislada en el Pirineo oscense en busca del argumento de lo que quería que fuese mi siguiente proyecto, en esta ocasión, por fin, el ansiado largometraje.

Imaginaba una película de corte independiente, rodada en inglés, de bajo presupuesto y de viable realización, pero tenía que tener algo diferente que la hicieran atractiva y que me permitiera encontrar financiación. Y eso sólo lo podía conseguir con una idea potente detrás. Únicamente si daba con algo bueno y original valdría la pena ponerse de nuevo los guantes y saltar al ring a pelear duro por sacar el asunto adelante.

Siempre se dice que todo está inventado, y tal vez sea así, pero pensé que si nos pusiéramos en la piel de los protagonistas con los que en ese momento fantaseaba, y fuera cuestión de vida o muerte tener que ofertar algo único para sobrevivir, tener esa urgencia, seguro que nos vendría a la cabeza algo insólito e inaudito en lo que nadie nunca hubiera aún pensado. Y tendría su público.

Así, poniéndome en lo peor, busqué en mi imaginación nichos de mercado aún sin explorar. Traté de ver la vida a través de los ojos de distintos perfiles de personas y consideré sus potenciales voluntades hasta que di con este servicio de volatizar la materia. Busqué en internet y no encontré nada. Buena señal. Me convenció. Era exportable, internacional. Podía funcionar.

Así que me puse a ello. Definí los personajes, tejí la trama —guardo los bocetos con cariño—, esquematicé el argumento y escribí las primeras veinte páginas del guión. Ese fue el germen de *Losers Win*—así se iba a llamar la película—.

Esos cuatro días de paz y soledad en el campo, dedicado únicamente al banal cometido de la escritura, ha sido, sin lugar a dudas, una de las experiencias personales creativas más reconfortantes que tendré nunca.

Cuando retomé la rutina profesional y familiar ansiaba poder sacar tiempo para continuar con ello. Pero ahí se quedó. En una carpeta. Perfectamente archivado. En el cajón. Tal y como lo guardé.

Dos años después, a finales de 2017, sin dejar de oír el runrún en mi cabeza, le conté la idea a un amigo y me urgió a desarrollarla. Iniciaba un curso de producción cinematográfica de gran nivel y necesitaba un proyecto sobre el que trabajar. Era perfecto. Tenía solo tres meses por delante para escribir, pero era el azote que necesitaba. Además, si lo presentaba a tiempo, podríamos cotejar técnica y profesionalmente su hipotética viabilidad a nivel presupuestario.

Durante el año siguiente no paré de corregir una y otra vez las ciento cuarenta y pico páginas

de guión que en febrero viajaron a la capital, de incorporar matices, de tratar de enriquecer la trama, de ver cómo reducir el número de hojas... Mientras, en paralelo, con la ilusión de quien sabe que está dando los pasos necesarios para sacar adelante un sueño, íbamos tanteando el mercado, reuniéndonos con gente y recabando consejos cualificados.

Sin embargo, a finales de ese mismo año tuve la absoluta certeza de que esa historia no llegaría a convertirse pronto en película. Es realmente complejo dar ese paso siendo un particular —la historia, además, es intencionadamente de corte minoritario—, y no me compensaba ya deambular en la incertidumbre de las palabras. Zandarrear tus propias ilusiones desgasta bastante. Y te hace sufrir.

Hasta ese momento no había escrito nunca un guión que no terminara finalmente rodando. Si no me hubiera sentido capaz de convertirlo en película —de una manera u otra— no lo habría proyectado. Pero era real que en esta ocasión encontré un límite. Había que parar. Sentí rabia. Supongo que me jodía haber dedicado tanto tiempo para nada. No se podía quedar así. Estaba agotado de darle vueltas a las escenas, a los hipotéticos planes de producción, al dinero... pero si quería superar esa frustración interna con la que convivía infeliz tenía que hacer algo. No me servía pensar en otra cosa.

Respiré hondo, eché gasolina al motor de los sueños y decidí adaptar el texto. Sí, convertirlo en novela. Reciclarlo. Darle otra salida. La misma cosa vestida de otra manera. Contaría conmigo mismo, no hacía falta nadie más. Ahorraría saliva y resultaría bastante más barato. Sin duda, la mejor decisión que pude tomar.

Ha sido duro y me ha exigido ser disciplinado y renunciar a unas cuantas cosas de la vida, pero he disfrutado intensamente durante todo el proceso. He luchado contra mis propias carencias y limitaciones literarias —que no son pocas— y creo que he conseguido aprender y sacar lo mejor que tengo dentro de mí.

Hoy, en enero de 2020, escribo estas líneas y puedo decir que me siento totalmente afortunado y liberado. Igual que si hubiera hecho la película. A ratos, ya pienso en qué será lo siguiente.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias por partes.

Desenlace.

A Juan Flores, por el diseño de la portada del libro y porque siempre serás el primer lector que tuvo la novela. Esa primer cruce de miradas y ese ademán entusiasta de aprobación —noventa páginas dijiste que te habías leído del tirón esa noche—, no lo olvidaré nunca. Tampoco, a los días, tu indignación final. Me encantaron ambas, porque eran de verdad.

A Christian Peribáñez, por tus generosas palabras y por sacarme las vergüenzas con la corrección ortográfica. Da mucha seguridad haber pasado por tus manos. Salvo erratas, si hay faltas serán culpa tuya. Es broma. Te debo una.

A Rocío González, por ofrecerte a leerla y compartir tus impresiones antes de decidir qué iba a hacer con ella.

Desarrollo.

A Carmen Vicente, mi pareja, por facilitarme disponer de la ingente cantidad de tiempo que he necesitado (no soy precisamente rápido) para dar salida a este vaivén de emociones enmarañadas dentro de la vorágine diaria de un familia trabajadora con dos hijos. Como diría Sabina, pedirte, además, que me quisieras, ¿no sería pedirte demasiado?

Inicio.

A Santi Aznar, por creer originalmente en la historia, incitarme a sacarla del cajón y ponerla en valor, pensando, como yo, que este proyecto podría llegar a convertirse en una película —¡o en una serie!

A Carlos Mateos, por tu experiencia y conocimiento del lenguaje cinematográfico y tu paciente asesoramiento en el desarrollo de guión literario.

Créditos finales.

Y a tí, lector, por haber elegido hacer tuya esta historia y llegar hasta su final. Gracias y un abrazo cómplice.

Un favor sencillo. No seas muy explícito en tus comentarios en redes sociales acerca de la forma en la que Mario, Anna y John se ganan la vida. Yo intento ser muy parco y escueto con la información que proporciono en aras de la intriga. Si escribes una reseña online —gracias, por cierto, eso dicen que ayuda mucho—, no aludas directamente al servicio que prestan, ni siquiera bajo la etiqueta “Spoiler”. Pienso que la intriga del primer tercio de la novela saltaría por los aires y con ello parte de las posibilidades de que a futuros lectores le sorprenda. Si quieres comentar algo al respecto de ese particular “oficio”, puedes hacerlo por email y te responderé con mucho gusto personalmente.

Si has pasado un buen rato, escíbeme y cuéntamelo.

#lascenizasdelexito
twitter.com/maxicampo
instagram/maxicampo

maxi_campo@yahoo.es
www.maxicampo.com